



Por la autora de
La isla de las mariposas

CORINA
BOMANN

La rosa del viento

Lectulandia

LA ROSA DEL VIENTO

CORINA BOMANN

CORINA
BOMANN

La rosa del viento

Traducción:

LAURA MANERO JIMÉNEZ

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con nombres, embarcaciones, lugares y personas, vivas o muertas, es fruto de la coincidencia. Sí es cierto, sin embargo, que muchos ciudadanos de la República Democrática Alemana y muchos otros de la República Federal de Alemania pusieron en peligro tanto sus vidas como las de sus familiares para huir hacia la libertad o ayudar a otros a conseguirlo.

PRÓLOGO

La mujer se acomodó junto a la ventana en un sillón que estaba algo raído. Llevaba el pelo cortado al rape y cubierto por un pañuelo verde, su cuerpo enjuto casi desaparecía dentro de un vestido de hilo color beis. A su lado, en una mesita, tenía una grabadora de casete.

Como hacía ya un rato que no decía nada, alargó una mano y apagó el aparato, que emitía un suave zumbido.

Quién habría dicho que una grabadora de casete acabaría convirtiéndose en una reliquia de tiempos pasados, pensó. En su época, los jóvenes eran capaces de hacer cualquier cosa por conseguir una. Aguantaban colas durante horas, suplicaban a parientes del Oeste, sobornaban a dependientas. Habían luchado contra una escasez que ya nadie era capaz de imaginar.

En la actualidad, cualquiera tenía un reproductor MP3 o un teléfono móvil con el que escuchar música. Las tiendas estaban llenas de esos chismes, pero ella era incapaz de seguirles el ritmo a todos esos avances tecnológicos que evolucionaban cada vez más deprisa. Prefería hacer las cosas a la antigua. Sobre todo si se trataba de algo tan importante como ese deseo que le ardía en el alma desde hacía años.

Con esos cacharros modernos también se podía grabar la voz, desde luego, pero ¿cómo se le entregaba luego a alguien? ¿Se enviaba un archivo por correo electrónico o algo así? Eso le parecía absolutamente impersonal. Antes, como muestra de afecto, le regalabas a tu novio o a tu novia una cinta recopilatoria llena de canciones grabadas de la radio con muchísima dedicación. Ahora solo había que enviar una *playlist* por correo electrónico, y así iban cambiando todas las cosas...

Por eso le había sorprendido tanto que consiguieran encontrarle una grabadora de casete. Un amigo se la dejó encima de la mesa un día que fue a verla.

—¿Y qué es lo que quieres hacer con esto? —le preguntó.

—Dejar un testimonio —respondió ella, pero con una sonrisa, porque su amigo no estaba al corriente de la situación en que se encontraba.

Su mundo se había vuelto muy pequeño durante esos últimos años; ya solo le quedaba esperar, en realidad. El momento oportuno, el día oportuno, cartas, visitas.

Había tardado una eternidad en recibir aquella carta tan fundamental, pero por fin había llegado y con ello había desencadenado una serie de acontecimientos que estaban en su punto culminante.

Abrió la tapa de la grabadora y sacó la cinta. En el fondo, también lo que había creado ella era una cinta recopilatoria. La cinta recopilatoria de una vida. No lo había contado todo, solo la parte más importante. Algún secreto había que llevarse a la tumba...

Paseó la mirada por la mesa hasta llegar a los folios que se apilaban sobre la pequeña cómoda. Esas fotocopias le habían ayudado a ordenar sus recuerdos.

También había redactado una carta. Estaba en lo alto de la pila, con la dirección y el sello puestos. Solo faltaba llevarla a correos.

Cuando lo hiciera, la espera comenzaría otra vez desde el principio. Aún le quedaba algo de tiempo. No mucho, pero con suerte el suficiente para explicar por fin lo sucedido tantos años antes. Para sacar la verdad a la luz y concluir de una vez aquello que había estado postergando durante tanto tiempo.

PRIMERA PARTE

ANNABEL

1

La casa me cautivó ya en la primera visita, solo con verla por fuera. Los arbustos de saúco y las matas de zarzamoras bordeaban todo el jardín delantero, unos rosales trepadores se encaramaban por la barandilla del porche y llegaban hasta lo alto del frontón de madera, que estaba decorado con tallas artísticas.

Llevaba unos tres meses imaginando cómo sería trasladarme a vivir allí y pasear con mi hija por la playa buscando pechinas, liberada de la carga de esos últimos años catastróficos y de un pasado cuyo recuerdo había reprimido a causa del miedo.

Por fin había llegado el momento. El contrato de alquiler estaba firmado, los propietarios me esperaban, y yo me sentía tan emocionada como antes de una primera cita.

—Mamá, ¿hemos llegado ya? —me preguntó mi hija desde el asiento de atrás.

Leonie, mi angelito, se había pasado la mayor parte del viaje durmiendo, cosa que no era de extrañar, porque nos habíamos puesto en marcha muy de madrugada. En ese momento bostezó y se estiró.

—Sí, cielo, ya hemos llegado —respondí, y saqué la llave del contacto.

Debajo del capó del Volvo se oía un leve tictac. Aunque el coche tenía más de quince años, había realizado sin ningún contratiempo el largo trayecto desde Bremen, en el noroeste del país, hasta Binz, en el noreste.

Después de que mi matrimonio fracasara, lo compré sobre todo porque era un coche muy fiable y podía transportar mucha carga. Jan habría sacudido la cabeza en un gesto de censura, pero su opinión ya no era importante. Había intentado dejarla atrás, igual que también había dejado atrás, en Bremen, todas mis posesiones materiales.

Me apeé y desaté a Leonie de su asiento infantil.

—Mira, esa es nuestra nueva casa. ¿No te parece que tiene un jardín precioso y grande para jugar?

Mi hija abrió mucho los ojos, asombrada, y asintió con la cabeza.

El jardín trasero, que estaba separado del delantero por una valla de madera blanca, era un pequeño paraíso que habría despertado la envidia de cualquier revista de plantas y jardines. Había cenadores de diferentes maderas autóctonas y arriates en los que plantas y flores estaban dispuestas de una forma que parecía casual. Varios senderos se extendían junto a espesos rosales y se bifurcaban por delante de un pequeño huerto de plantas aromáticas.

Yo seguía sin comprender por qué el matrimonio Balder quería dejar esa casa para trasladarse al sur.

—¿Y papá vendrá a vernos aquí también?

La pregunta de Leonie me sacó con brusquedad de mis sueños ajardinados. Había cosas de las que era imposible escapar.

Mi hija echaba mucho de menos a su padre. Siempre esperaba que viniera de visita, y a mí siempre me dolía en el alma tener que mentirle cuando le prometía que lo haría. Pero ¿qué otra cosa iba a decirle? ¿Que su padre, aunque pagaba su manutención, en realidad no estaba interesado en hablar con ella ni en verla?

El dinero que entraba en mi cuenta corriente todos los meses era la única señal de vida que tenía de él desde que nos despedimos en los juzgados, y de eso hacía ya un año. Desde entonces, no había llamado para preguntar por Leonie. Ni siquiera en su cumpleaños. Jan había ordenado las transferencias automáticas de la pensión alimenticia y consideraba que con eso ya tenía el asunto resuelto.

—Tal vez venga, sí —respondí, conteniendo mis amargos sentimientos, y esperé que Leonie aceptara mi sonrisa.

Mi hija me abrazó y después bajó del coche de un salto.

Al darme la vuelta, vi que el dueño de la casa venía hacia nosotras.

August Balder, antiguo capitán de barco mercante que llevaba diez años jubilado. Con la camisa de cuadros que se había puesto y sus pantalones de pana, en lugar de un marino más bien parecía un jardinero.

Por suerte, tampoco la decoración del interior de la casa era demasiado marinera. Me había gustado su estilo sencillo, y por eso no me molestaba en absoluto que los propietarios quisieran dejar allí sus muebles. En Bremen, después de irme de la casa de Jan, también había vivido en un apartamento amueblado, así que para mí no era ningún problema. Las pocas cosas que había conservado habían en unas cuantas cajas de cartón que ya había enviado unos días antes aprovechando la oferta de una compañía de transporte, y que los Balder habían sido tan amables de recoger por mí.

—¡Vaya, vaya, aquí tenemos por fin a las dos mozas! —exclamó el hombre mientras abría la verja del jardín.

—¡Buenos días, señor Balder! —contesté yo, y lo saludé con un gesto.

Le di la mano a Leonie y las dos nos acercamos a él.

—¿Han tenido buen viaje? —El señor Balder me ofreció un apretón de manos.

—¡Sí, mejor de lo esperado! —repuse—. Incluso el dique de Rügen estaba bastante vacío de coches.

—Han llegado en buen momento. —Consultó su reloj de pulsera—. Hace ya unas dos horas que el tráfico de hora punta ha pasado. Deben de haber salido de casa en plena noche, ¿verdad?

—No del todo, pero sí que era bastante temprano.

Tenía que reconocer que aún me sentía un poco espesa, lo cual, después de casi seis horas de coche por culpa de un atasco en Hamburgo, tampoco era de extrañar. Pasaban ya de las once de la mañana y lo que más me habría gustado hacer era volver a echarme a dormir. El señor Balder pareció leerme el pensamiento.

—Bueno, pronto podrá echarse a descansar un poco. Mi mujer y yo saldremos ahora mismo hacia Hamburgo y, desde allí, ¡directos a Fuerteventura!

—¡Qué gozada! Pero ¿no echarán de menos su casa? —pregunté. Por mucho que

me gustaran las vacaciones, no acababa de imaginar cómo sería vivir todo el año en las islas Canarias ni en ningún otro archipiélago tan meridional.

—Eso ya lo veremos. Por lo que respecta a mi reuma, seguro que no añora en absoluto el frío de aquí. No tenga usted ningún miedo, que no vendremos a echarla. Y, quién sabe, tal vez en algún momento termine por decidir que quiere comprar la propiedad.

—Tal vez —contesté, diplomática, porque, aunque el sitio era precioso, una propiedad siempre conllevaba responsabilidades, y por el momento mi vida era todavía un poco inestable. ¿Y si, al cabo de una temporada, comprobaba que no me sentía a gusto allí? Además, no tenía previsto meterme en un crédito tan grande.

—Bueno, bueno..., tómeselo con tiempo y calma, señora Hansen. Tampoco es que nosotros tengamos ganas de desprendernos de esto a toda prisa. Pero, si hubiese que venderlo, ¡sí que nos gustaría que lo comprara usted!

—Muchas gracias, sé lo mucho que significa eso.

Balder se inclinó hacia Leonie.

—¿Y tú, señorita? Tú y yo no nos conocíamos aún.

Mi hija, que en esos momentos se había metido en la boca uno de sus rizos pelirrojos, se apretó contra mi pierna, pero le sostuvo la mirada con decisión. Una sonrisa reservada apareció entonces en el rostro de Balder. El viejo lobo de mar le había caído bien, por lo visto, aunque todavía no se atrevía a demostrárselo.

—¿Cómo te llamas? —siguió Balder.

—Leonie —contestó ella.

El hombre soltó una carcajada.

—¡Conque Leonie! ¿Sabías que tu nombre viene de «león»?

Mi hija puso unos ojos como platos y dijo que no con la cabeza. Hasta entonces nunca había preguntado por el significado de su nombre, porque había otras cosas que le parecían muchísimo más interesantes. Con eso de que supiera de dónde venía, el señor Balder se la había metido en el bolsillo.

—Yo podría contarte un par de cosas sobre leones —continuó—. Incluso estuve una vez en África, y allí vi algunos.

—August, ¿es que no vas a invitarlas a entrar? —llegó hasta nosotros, con tono de reproche, la voz de Lucia Balder.

La mujer esperaba en el umbral de la casa y todavía llevaba una pierna escayolada. Se había caído por la escalera de madera que bajaba desde la propiedad hasta la playa. No porque la madera estuviese podrida, sino porque había ido con poco cuidado.

Yo misma había visto esa escalera y me había dado la sensación de que era muy empinada. Ese era, quizá, el único fallo que tenía la casa. De alguna forma tendría que impedir que Leonie bajase sola por allí.

—¡Ahora vamos! —repuso el señor Balder, y se adelantó.

La casa nos recibió con aromas de café, panecillos y bizcocho casero. No había

contado con eso; pensaba que se limitarían a hacerme entrega de la llave nada más.

—Buenos días, señora Balder —saludé a la que todavía era la señora de la casa, y le di la mano. Aunque estaba algo impedida, la mujer no había podido resistirse a prepararnos ella misma esas delicias en el horno, tal como deduje al notar el calor que salía de la cocina—. ¿Cómo se encuentra?

—Cada vez mejor —respondió, y se señaló la pierna—. De momento ya me han puesto una escayola especial para caminar, así que al menos puedo viajar. Eso es lo que pasa siempre con los planes, ¿verdad? Los prepara uno con todo cuidado y luego siempre hay algo que se tuerce.

En eso tenía razón, y lo que se torcía solía ser tan grave que el plan entero se iba al garete. Yo habría podido escribir un libro al respecto.

—Bueno, pero me tienes a mí —dijo August mientras servía el café—. Te habría bajado del avión en volandas si hubiese hecho falta.

—Aun así, prefiero valerme de las dos piernas. Por suerte, mi médico tiene un conocido en Fuerteventura que me atenderá hasta que pueda volver a caminar con normalidad. Y, por suerte también, el vuelo no es demasiado largo. Pero todavía no me ha presentado usted a esta joven damisela. Que es su hija, se sabe solo con mirarla.

De hecho, Leonie se parecía bastante a su padre, pero la gente, por lo general, solo veía sus ojos verdes y su melena pelirroja, y esas dos cosas las había heredado de mí. Con algo de buena fe también podía añadirse a esa lista la nariz, pero yo de eso no estaba tan segura.

—Esta es Leonie —dije para presentarla.

Leonie «Corazón de León», como la llamaba yo a veces, por una antigua serie infantil que había caído en el olvido hacía tiempo.

—Un nombre muy bonito —repuso la señora Balder mientras le tendía una mano a mi hija—, y una niña muy guapa. Cuando sea mayor, tendrá usted yernos para elegir.

—Eso prefiero dejárselo a ella, que será quien tenga que vivir con él. Lo único que le pediré yo es que la haga feliz.

Leonie arrimó la mejilla a mi mano igual que un gatito. Afortunadamente, aún no sabía que ese asunto de los yernos era cualquier cosa menos fácil. Jan les cayó bien a mis padres, y ¿de qué me había servido? Bueno, tampoco es que lo hubieran elegido ellos, pero a veces me preguntaba si no deberían haberse mostrado un poco más críticos con él, quizá.

—Entonces su yerno la querrá mucho por ello —terció el señor Balder—. Pero siéntense, por favor. Con lo temprano que han salido, seguro que agradecerán un pequeño tentempié.

Media hora después estábamos contentas y con el estómago lleno, y los Balder se preparaban para partir.

—Espero que no le moleste que hayamos dejado algunos de nuestros libros —

dijo el señor Balder cuando me entregó la llave.

A esas alturas habíamos comentado ya lo más importante: me había explicado cómo funcionaba la calefacción y dónde estaban la llave de paso del agua y la caja de los fusibles.

—No, no me molesta en absoluto —repuse.

—Lo que no quiera conservar, puede regalarlo con absoluta tranquilidad —añadió la señora Balder—. Todo lo que necesitamos nosotros nos está esperando en la nueva casa. —Una sonrisa apareció en su rostro al decir esas palabras.

Yo comprendía perfectamente su alegría ante la nueva etapa que los aguardaba.

Nos dimos la mano. Había llegado el momento. De repente sentí el corazón en la garganta. La última vez que había experimentado ese nerviosismo positivo fue cuando los Balder me aceptaron como inquilina.

—Y recuerde una cosa: lo que se sueña la primera noche que se pasa en una casa nueva, se hace realidad —comentó la señora Balder medio en broma mientras alcanzaba las muletas.

—Pensaba que eso era solo para las camas nuevas —repliqué.

—No, también sirve para las casas —insistió la mujer guiñándome un ojo, y dejó que su marido le ayudara a subir al coche.

Desde la puerta de entrada, contemplé cómo el señor Balder cargaba entonces la última maleta en el coche y subía también. Puso el motor en marcha y, poco después, el Mercedes salió de la propiedad. A partir de ese momento, la plaza de aparcamiento cubierta sería solo para mi Volvo.

Después de que se marcharan los Balder, la casa quedó sumida en el silencio. El viento susurraba entre los árboles y unos gorriones daban saltitos en el jardín delantero, iluminado por el sol.

Leonie seguía muy concentrada hojeando el libro de leones que le había regalado el señor Balder. La miré con una sonrisa y después fui a pasearme por las cuatro habitaciones de la casa.

El dormitorio era desde donde se tenían mejores vistas del jardín. Un enorme rosal silvestre exhibía sus capullos, que estaban a punto de abrirse y no tardarían en inundarlo todo con su aroma. Algo más al fondo crecía un seto de rosa espinosa blanca junto a un estrecho sendero que conducía a un laberinto verde en cuyo centro había unos bonitos muebles de jardín blancos sobre una pequeña y linda terraza.

Comprobé que tanto los colchones como las sábanas estaban por estrenar. Una cama doble, demasiado grande para mí. Ya en Bremen me había sentido perdida en la cama de matrimonio desde que Jan había decidido «hacer más horas extras» con mujeres a las que conocía en alguna feria de muestras. Al final se me olvidó lo que era eso de dormir con otra persona en la misma cama.

Desde el salón se veía el bosque, que abrazaba protectoramente la propiedad y al mismo tiempo, sin embargo, tapaba las vistas del mar, que solo se veía desde el desván.

Dejé por el momento las otras dos habitaciones de la izquierda —una de ellas tendría que transformarla todavía un poco para Leonie— y subí la escalera del desván.

La estancia de allí arriba estaba acondicionada, pero nunca le habían dado un uso concreto. Tal vez los Balder la habían mantenido libre para que su hijo pudiese trasladarse allí en caso de necesitarlo.

Me coloqué en el centro de la habitación, que estaba dividida en cuadrados regulares por los pilares desnudos, y mi imaginación hizo aparecer ante mí el despacho que me iba a montar allí. En una esquina habría también una pequeña «oficina» para Leonie, por si algún día no iba a la guardería. Le gustaba que la sentara a una mesa y le dijera que aquel era su despacho. Así se quedaba durante horas en su sitio, igual que yo cuando trabajaba en algún encargo, pero dibujando caballos y princesas.

Lo que más me gustaba era que hubiese espacio para una mesa de dibujo de verdad. En mi pequeño despacho de Bremen no había podido tener una.

De ese modo fui repartiendo mentalmente muebles por la enorme superficie e imaginé también la pequeña fiesta de inauguración que organizaría allí arriba para mis clientes. A algunos, el viaje hasta Rügen les resultaría un poco largo, sin duda, pero tal vez lograra convencerlos usando la baza del mar. El lugar ideal para montar el despacho ya lo tenía, por lo menos.

Y allí, bajo esa ventana desde la que se veía el mar coronado de espuma al otro lado de los árboles, estaría mi escritorio...

El paraíso, volví a pensar. Aquello era un auténtico paraíso, y estaba convencida de que todo empezaría a cambiar. De que todo nos iría mejor.

2

—¿Qué me dices? ¿Dónde quieres que cuelgue el póster?

Leonie se mordía el dedo índice como hacía siempre que pensaba concentrada en algo. A sus cinco años, ya tenía unas ideas muy claras sobre cómo debía ser su habitación, y por eso dejé que fuese ella quien decidiera la disposición de lo que iba colgado en la pared, aunque nos llevara más tiempo.

Mi hija fue mirando una pared tras otra. Los muebles que había no eran de unos colores demasiado alegres; los Balder habían usado esa habitación como cuarto de invitados. Algo de remedio podríamos ponerle con las sábanas de princesas de Leonie, su mantita y sus peluches, y desde luego con sus pósteres, en los que posaban princesas con vestidos de color rosa, elfos y unicornios. Lo demás tendríamos que ir a comprarlo al centro de la ciudad de Binz, a las afueras de la cual se encontraba nuestra casa, sobre un pequeño promontorio.

—¡Ahí! —decidió al fin mi princesita, y señaló un punto de la pared que quedaba por encima de la cama.

—¡Muy bien! —contesté yo, y lo colgué.

Acababa de pegar las últimas tiras de cinta adhesiva cuando sonó mi móvil. Lo rescaté de la mesa y vi el número de un cliente nuevo al que le había presentado un proyecto para un posible encargo mientras aún estaba haciendo las cajas del traslado. Mis probabilidades de conseguir el trabajo no eran especialmente buenas, ya que entre mis competidores se contaban dos grandes agencias de publicidad con bastante renombre. Su llamada hizo que se me acelerase el pulso. ¡Seguro que no se tomaba tantas molestias solo para rechazar mi oferta!

—Annabel Hansen, diga —contesté al teléfono.

—Hartmann, del Meerblick —repuso mi interlocutor.

Se me ocurrió que esas tres palabras juntas sonaban casi como un nombre nobiliario, aunque Joachim Hartmann no pertenecía a la nobleza, desde luego.

—Hola, señor Hartmann. ¡Me alegro de oírle! —exclamé antes de caer en un silencio expectante. ¡Venga, va!, gritaba algo en mi interior. ¡Desembucha!

—¿Qué tal, señora Hansen? ¿Ha llegado bien a Binz?

—Sí, gracias. Llevamos toda la mañana deshaciendo maletas.

Le lancé una mirada a Leonie, que en esos momentos estaba ocupada colocando sus pequeñas figuritas en el alféizar de la ventana.

—Me alegro. ¿Cree que mañana tendría tiempo de pasarse un momento a vernos? Nos gustaría mucho hablar con usted sobre el nuevo proyecto.

—¿Significa eso que van a adjudicármelo?

Me quedé de piedra. Tuve que hacer un gran esfuerzo para conseguir contenerme y no ponerme a gritar de alegría. ¡Mi primer encargo en la casa nueva! Ya sabía yo que me traería suerte.

—Sí, se lo vamos a adjudicar. De todas las propuestas, la suya es la que más nos ha convencido. Mañana me gustaría comentar un par de detalles con usted antes de marcharme de viaje. Así, después tendrá tiempo más que suficiente para desarrollar la campaña.

—Mañana me va de maravilla —confirmé enseguida, aunque todavía no tenía ni idea de dónde dejaría a Leonie. La plaza de la guardería no quedaba libre hasta el lunes, y al día siguiente era viernes. Tal vez la niña no tuviera nada en contra de ir a dar un pequeño paseo conmigo por la ciudad—. ¿Le importaría que llevara a mi hija? No puedo dejarla en la guardería hasta el lunes que viene.

—Ningún problema —me aseguró Hartmann—. ¿A las once le parece bien?

—¡Sí, desde luego!

Sonreí para mis adentros. La casa nueva sí que parecía traerme suerte de verdad.

Después de colgar, me sentí como flotando entre nubes. Había deseado con todas mis fuerzas poder ocuparme de la campaña publicitaria del Hotel Meerblick, en Sassnitz. No solo porque Joachim Hartmann pagaba bien, sino porque el emplazamiento del hotel era único. Desde su elevación, dominaba prácticamente todo el puerto de Sassnitz, en el que se podían ver entrar y salir a los barcos. Incluso decían que había un submarino. No estaba segura de si a Leonie le apetecería mucho la idea de ir, pero mi hija se mostró entusiasmada.

El Meerblick también era algo así como el proyecto más personal de Joachim Hartmann, que en los últimos años había fundado su propia cadena de hoteles. Para equipar el edificio había contratado a un famoso arquitecto de interiores, y lo único que le quedaba por hacer era lanzar una campaña publicitaria adecuada que transmitiera a los posibles visitantes la idea de que en su establecimiento disfrutarían de una estancia como en ningún otro hotel de la zona.

—¡Mami, mami! —me llamó Leonie de pronto desde la cocina.

Mi hija había salido de la habitación sin que me diera cuenta mientras yo hablaba por teléfono.

Alarmada, me sobresalté como cada vez que la perdía de vista y, de repente, me llamaba. Sabía que era una tontería, pero siempre sentía ese miedo a que pudiera haberle pasado algo.

Entré corriendo en la cocina con el corazón a mil por hora.

Leonie se había levantado la sobrefalda floreada del vestido y señalaba un gato que se había colado por la puerta abierta de la casa. El animal, de pelaje gris y atigrado, se asustó al verme y se encogió mientras me vigilaba con sus ojos verde amarillento.

¿Se habían olvidado los Balder de llevarse a su mascota?

—¡Mira, un gatito! —exclamó Leonie, emocionada—. ¿Nos lo podemos quedar?

Apenas había dicho eso, el animal aprovechó la oportunidad para escapar. Su ágil cuerpo desapareció como el rayo por la puerta hacia campo abierto.

—¡Gatito! —gritó Leonie, y echó a correr tras él sin pensárselo dos veces.

—¡Leonie! —la llamé yo, y corrí para alcanzarla.

Cuando llegamos al jardín delantero, el gato ya no estaba por ninguna parte, por supuesto.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó mi hija mientras escrutaba los arbustos.

—Seguro que cuando menos te lo esperes vuelve a aparecer —dije, porque, aunque no había crecido en el campo, sabía que los gatos solían frecuentar siempre los mismos lugares, sobre todo si eran sitios donde no los querían—. Ven, vamos dentro a seguir con tu habitación. Puede que el gato venga a vernos otra vez más tarde.

A pesar de que ese día todo había salido a pedir de boca, no conseguía quedarme dormida. Mientras escuchaba el susurro del viento que se había levantado hacia el anochecer y que mecía los árboles, no podía evitar recordar lo que la señora Balder me había dicho antes de partir: que lo que soñara esa primera noche acabaría haciéndose realidad.

No era supersticiosa, porque, si creyera en esas cosas, a mi edad tendría que trabajar de conductora de tranvía; justo eso era lo que había soñado cuando me fui a vivir con Jan a nuestro piso común.

Sin embargo, en cierto modo me inquietaba que en mis sueños pudiera colarse algo negativo. Algo que yo no deseara. Nada debía arrebatarme mi buenos presentimientos en ese nuevo comienzo.

Cuando los párpados empezaron a pesarme como el plomo y todos mis pensamientos angustiosos se esfumaron, me vi transportada de nuevo a una cocina. Era una cocina muy vieja y anticuada, y también bastante pequeña. Estaba en un edificio de nueva construcción y eran los años ochenta. Eso último lo supe al ver el calendario de la pared, que mostraba la página del 17 de septiembre de 1985. Sobre un tendedero plegable, en primer término, colgaban trapos de cocina, y más al fondo se veían otros secos, que parecían haber quedado muy tiesos. Algo golpeteaba en la cocina mientras en el salón se oía el ruido de un televisor encendido. Hasta mí llegaba una voz nasal, masculina, que debía de estar dando las noticias.

Yo estaba sentada a una mesa. El mantel de hule de topos azules estaba algo desgastado en las esquinas y tenía unos pequeños cortes que estropeaban el estampado. A mi madre a veces se le escapaba el cuchillo del pan de la tabla de cortar, con lo que cada pocos meses teníamos que ir a los almacenes para intentar conseguir un hule nuevo. A veces era muy difícil, sobre todo cuando hacía tiempo que se habían agotado las existencias y ni siquiera les quedaban manteles de estampados feos.

Qué curioso que se me ocurriera pensar eso justamente en ese momento, cuando lo que yo quería, en realidad, era hacer un dibujo. Ante mí tenía una caja de pinturas con las pastillas muy gastadas. El agua donde lavaba el pincel de plástico, con cerdas negras y un poco estropeado ya, había adquirido un singular tono lodoso. No era de

extrañar, porque había utilizado casi todos los colores. Así lo hacía siempre que pintaba cualquier cosa; me aseguraba de usar todos los colores que tenía a mi disposición.

Yo era mi yo de hacía unos veintinueve años: una niña pelirroja y con pecas, no mucho mayor que mi propia hija, y estaba tan concentrada en el dibujo que no me di cuenta de que mi madre entraba por la puerta de la cocina.

—Bella, ahora tienes que dejar de pintar, que enseguida empezará el programa de irse a dormir.

—Solo un ratito más —pedí sin apartar la mirada de mi obra.

—Mañana podrás seguir pintando —dijo mi madre, y se puso a recoger todos mis trastos.

La observé con tristeza mientras se llevaba la caja de pinturas y el vaso de agua, pero no quise soltar mi dibujo.

—Mejor déjalo aquí, que la pintura no está seca todavía —me advirtió mi madre.

Aun así, no quise entregárselo. Era mi obra maestra, el mejor dibujo que había hecho jamás. Estaba convencida de ello.

Por fin mi madre dio su brazo a torcer y dejó que me lo llevara al salón, donde me acomodó en un sillón tapizado con una basta tela roja. A veces, cuando jugábamos, ese era mi trono, aunque uno de los brazos estaba algo raído.

Me arrellané en el sillón con mi dibujo y sentí que de repente me pesaba mucho el cuerpo. Se me cerraban los ojos, y eso que era el día que en el programa de irse a dormir daban un cuento del señor Fuchs y la señora Elster. Pero nada, no conseguía aguantar despierta. Justo entonces empezó a sonar la sintonía del programa, pero la oí lejana y distorsionada, y entonces todo se quedó a oscuras.

Cuando desperté de nuevo, vi una luz azul que lanzaba destellos. Todo lo demás estaba oscuro, lo único que brillaba era esa luz que, a intervalos de un segundo, iba iluminando a personas y vehículos. Oía voces, pero como si vinieran de muy lejos. No comprendía lo que estaba ocurriendo, así que cerré los ojos y esperé volver a dormirme enseguida para soñar con alguna otra cosa, con algo bonito... Porque estaba convencida de que esos coches y esa luz azul no eran más que parte de un sueño, o de una de esas series policiacas que mi madre veía a veces...

Me desperté sobresaltada. Tenía el camisón empapado por el sudor y pegado al cuerpo, el corazón me latía desbocado. Oía el murmullo del viento y los susurros de los árboles; desde lejos me llegaba el rumor del mar azotando la orilla. Aunque sabía dónde estaba y que lo que había visto quedaba muy atrás, tardé un buen rato en quitarme esas imágenes de la cabeza.

Ese sueño era un viejo conocido mío. Habían pasado varios años desde la última vez que lo soñé, pero ahí lo tenía de nuevo, obsequiándome con el mismo pánico que me invadía cada vez que recibía su visita.

Cuando todavía era una niña, casi siempre soñaba con aquella noche: la última noche que estuve con mi madre. No recordaba muchas cosas de ella, pero ese último

rato que pasamos juntas se me quedó grabado a fuego en la memoria, junto con la fecha. De nada habían servido todos los intentos que hicieron en su momento por conseguir que olvidara lo sucedido. No, ni yo misma había podido reprimir el recuerdo. De vez en cuando volvía a emerger y me advertía de que, bajo la fachada de la Annabel adulta, que lo tenía todo controlado, existía también una Annabel pequeña, que no sabía por qué la había abandonado su madre. Esa pequeña Annabel a quien no dejaron de repetirle que, en efecto, su madre se había deshecho de ella, hasta que se lo creyó.

¿Y qué decía la Annabel adulta al respecto? Hacía ya tiempo que no pensaba en si mi madre me había abandonado de verdad, o si todo aquello no había sido más que una mentira de los funcionarios del Partido.

Pero ¿por qué no había vuelto a pensar en ello después de la reunificación de Alemania?

¿Y por qué lo hacía justamente ahora?

Me quedé mirando al techo. El corazón me latía con fuerza. También hacía bastante tiempo desde mi última taquicardia. Una amiga me aconsejó que en esos casos abriera una ventana y me destapara. Sin embargo, lo que necesitaba era otra cosa.

Recorrí el pasillo de puntillas y con el corazón palpitante. Era una tontería, pero en ese momento sabía que no podría volver a dormirme hasta que lo encontrara. El dibujo.

Durante todos esos años, siempre había viajado conmigo metido en una carpeta. Nadie más que yo sabía de su existencia. Daba igual adónde me trasladara, siempre lo llevaba escondido. Jamás había encontrado el valor para deshacerme de él; era el único testimonio que me quedaba de mi antigua vida.

Fui al salón y, con la certeza de un sonámbulo, encontré la caja donde lo guardaba. No habría sabido decir en qué paquete estaba mi vestido rojo, o el despertador con orejitas de gato, pero sí sabía exactamente dónde había metido el dibujo. Arrastré la caja con manos temblorosas y, sintiendo que me fallaban las rodillas, la abrí.

Primero tuve que revolver entre muchas otras cosas: bufandas, bolsitas con horquillas para el pelo, una caja con sellos antiguos que utilizaba para decorar las tarjetas de felicitación... Debajo del todo había algunas muestras de trabajos, y ahí la encontré.

La carpeta en la que guardaba mi dibujo tenía la misma edad que yo. Lo sabía porque alguien había escrito el año de mi nacimiento en ese cartón, ahora descolorido. No tenía ni idea de cuál había sido el uso originario de la carpeta, pero en el lugar destinado al nombre se leía «Silvia Thalheim». Alguien lo había borrado con goma, o por lo menos lo había intentado; el negro de la mina había desaparecido, pero la marca que había dejado la punta del lápiz seguía ahí. Y sin duda ahí estaría hasta que, algún día, alguien tirara la carpeta a la basura.

Un escalofrío me recorrió la espalda al retirar las gomas que la cerraban. La abrí.

Solo contenía ese dibujo. Una representación descolorida de una niña delante de un molino de viento. La niña estaba de pie en un campo lleno de flores y sostenía un globo en una mano. Su cuerpo era un sencillo triángulo pintado de rojo y tenía el pelo de color amarillo, igual que el sol gigantesco que se veía por encima de las aspas del molino. Era el dibujo que había hecho la noche antes de que todo cambiara. Vacilante, acaricié el molino, pero aparté la mano al ver que un poco de pintura se resquebrajaba del papel.

Era el último dibujo que hice en nuestra cocina, el último dibujo que vio mi madre antes de desaparecer de mi vida y abrir un profundo abismo en mi interior.

—Mami —oí que me llamaba mi hija desde el pasillo—. Mami, ¿dónde estás?

Al instante regresé al aquí y al ahora. Leonie se había despertado. Volví a guardar la carpeta del dibujo en la caja a toda prisa y me levanté.

—¡Estoy aquí, cielo! —exclamé, y fui a la puerta del salón.

Mi hija me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó mientras apretaba en un abrazo a su conejito de peluche rosa.

—No podía dormir y me he puesto a mirar en las cajas.

—¿Qué buscabas? —quiso saber.

Aunque solo tenía cinco años, era imposible engañarla. Siempre me descubría el juego.

—Nada en concreto —respondí, y la levanté en brazos—. Solo quería comprobar que no me he olvidado nada.

Detestaba mentir a mi hija, pero tampoco quería hablarle de ese dibujo. Todavía no. En algún momento lo haría, aunque..., ¿qué iba a contarle? Lo que me había ocurrido en aquel entonces se perdía en la niebla. Siempre lo había ocultado con tanta facilidad que ni yo misma sabía ya qué era lo que había sucedido exactamente. Además, me guardaba mucho de remover en el pasado.

—¿Quieres venir a mi cama? —le propuse a Leonie con la esperanza de que olvidara sus preguntas.

—¡Ay, sí! —exclamó entusiasmada.

Mi plan había surtido efecto. Me la llevé a esa cama tan grande en la que había puesto sábanas limpias, le canté una nana y la tuve abrazada hasta que se le cerraron los ojos y su respiración se hizo profunda y regular

3

Tener a Leonie a mi lado me tranquilizó un poco. Su calidez me transmitía seguridad y futuro, un contrapunto a todo lo que a veces se apoderaba de mí durante el sueño y me provocaba inseguridad.

Sin embargo, ya no pude volver a dormir. Las imágenes oníricas se empeñaban en no abandonarme. Normalmente lograba contenerlas enseguida y retomar la actividad diaria. Pero esta vez fue diferente. Me puse a escuchar el viento, la respiración de mi hija y los latidos de mi corazón, pero las voces del pasado me susurraban sin descanso. Al parecer, no lo había dejado todo atrás en Bremen. Aunque ¿acaso era posible? ¿Dejar atrás mi historia? Sobre todo cuando no tenía nada que ver ni con Bremen ni con Jan, sino con mi propia familia... Todas esas preguntas reclamaban mi atención.

Si en aquel entonces las cosas hubieran ocurrido de otra forma, ¿estaría yo aquí? Si mi madre se hubiese quedado conmigo, ¿viviría yo todavía en Leipzig? ¿Habría tomado quizá un camino por completo diferente al que tenía tras de mí?

¿Y si ella hubiese regresado de repente para buscarme? ¿Habría podido yo, o querido, separarme de los Hansen?

Mis vivencias, y mis padres adoptivos en no menor medida, me habían convertido en la persona que había llegado a ser. Estaba satisfecha conmigo misma, pero, aun así, a veces me carcomía la duda y volvía a sentir ese viejo desgarró en mi interior. ¿Habría sido todo mejor, quizá, si no se hubiese producido esa ruptura en mi vida en aquel momento? Respiré hondo e intenté ordenar mi caos mental, concentrarme en el aquí y el ahora.

Me gustaba la idea de comenzar de nuevo, me gustaba esa casa, y quería a mi hija por encima de todas las cosas. No habría estado dispuesta a cambiarla por nada del mundo. Lo ocurrido con mi madre en el pasado quedaba muy lejos, me repetí como para convencerme, y preferí concentrarme en la montaña de deseos que tantas veces había postergado, sobre todo ese último año.

Para mí, deseaba disfrutar otra vez de la cercanía de un hombre. No solo en el sentido sexual, aunque también. Deseaba un compañero que me abrazara, que me consolara cuando algo saliera mal, que se alegrara conmigo cuando algo diera resultado, y que me ayudara cuando la situación me superase.

Sin embargo, la certeza de que no podría sacudirme todo aquello de encima tan fácilmente era algo que en ese momento me desestabilizaba más que nunca. Tenía que reconocer que me faltaba valor para enfrentarme a lo que había ocurrido aquel 17 de septiembre de 1985. Habían intentado explicármelo de distintas maneras, muchas personas habían querido influir en mí, hasta el punto de que ni yo misma sabía ya lo que era cierto y lo que no. Hacía tiempo que debería haberle puesto punto y final a todo aquello, haber sido capaz de averiguar lo que de verdad ocurrió. Sin embargo, el miedo y la decepción estaban muy arraigados en mi interior. Demasiado, incluso en

ese preciso instante.

Estuve un buen rato dándole vueltas a la cabeza, hasta que un sonido se abrió paso a través de mi conciencia. El mar por la mañana. Oí su rumor y fue como la llamada de un amante impaciente. Cómo me gustaba ver salir el sol en el mar, aunque muy pocas veces había tenido ocasión de hacerlo.

Cuando nos íbamos de vacaciones, a menudo me lo había impedido el hecho de estar con Jan, porque nos quedábamos durmiendo hasta que la playa estaba más que repleta de gente. Y antes, en Hamburgo, cuando iba a clase a primera hora de la mañana, la salida del sol sobre el río Alster nunca me había interesado.

Sin embargo, de pronto me sobrevino un deseo irrefrenable de ver el mar al amanecer.

Miré a Leonie, que se había acurrucado junto a mí igual que un gatito cansado. Sus dedos se movieron un poco, como si quisiera agarrar algo en sueños. Me separé de ella con cuidado y la tapé con cariño. Cuando despertara, yo ya habría vuelto.

En cuanto conseguí levantarme de la cama, me recogí el pelo y me puse el chándal. Hacía bastante tiempo desde la última vez que había salido a correr de verdad. Para ser exactos, mis últimas carreras se remontaban a antes de quedarme embarazada de Leonie. Tal vez podría retomar ahora esa vieja costumbre. Debía de ser fantástico correr por la orilla y sentir el viento en el cabello y los pulmones.

Antes de salir sin hacer ruido del dormitorio, miré otra vez a Leonie. Mi hija se movió un poquito y se tapó aún más bajo el edredón. No parecía haberse dado cuenta de que me había levantado. Al principio siempre me daba mucho reparo dejarla sola en una habitación, pero, si se despertaba y yo no estaba ahí, ella sabía que estaría en algún otro lugar de la casa. No pensaba abandonarla ni mucho menos. La sola idea me partía el corazón, y esperaba que ella lo supiera.

Al salir por la puerta me saludaron los primeros cantos matutinos de los pájaros, y de fondo oí el leve susurro de las olas. Todavía quedaba un pequeño retazo de noche azul marino en el cielo, pero la mañana empujaba ya desde el este por encima del mar, trayendo consigo el nuevo día.

El aire estaba algo frío y cargado de olor a algas, pero me encantó. Era muy diferente a despertar con el rumor del tráfico o con el estrépito del camión de la basura, que no mostraba ninguna consideración hacia quienes habíamos tenido que trabajar hasta altas horas de la noche y carecíamos de motivos para saltar de la cama a las seis de la mañana.

Me quedé varios minutos en el jardín delantero mirando a mi alrededor, casi sin acabar de crearme que de verdad estuviésemos allí. Mi paraíso. Justo en eso se convertiría, por mucho que las sombras del pasado, tal como me había dejado muy claro mi sueño, siguieran sin querer soltarme.

Puse fin a la contemplación de los árboles y fui hacia el jardín de atrás. El rocío me humedeció los tobillos y expulsó de mis huesos esa pesadez que solía sentir cuando no había dormido suficiente por la noche.

Pasé por delante de los rosales, cuyos botones estaban medio cerrados y

destellaban cargados de rocío, y no pude evitar pensar en tiempos pasados y en el jardín de mis padres; los llamaba así porque, después de aquella noche fatídica, solo los había tenido a ellos.

En esa época leí un cuento que trataba de una princesa que codiciaba una diadema hecha con gotas de rocío. Yo sabía que eso no podía ser, pero durante un tiempo estuve fascinada por la idea de tener un jardín en el que relucieran diamantes. Cada vez que nos íbamos a la casa de campo, junto a la orilla del mar, salpicaba con agua un trozo del jardín y esperaba a que el sol de la tarde descendiera hasta la altura adecuada. Entonces me sentaba en la hierba mojada y contemplaba cómo las gotas empezaban a resplandecer.

También aquí sucedería lo mismo, así que pensaba enseñarle a Leonie mi palacio de gotas de rocío en cuanto pudiera.

Por el momento, dejé atrás las exuberantes y aromáticas rosas y crucé por entre la vegetación hacia la pequeña verja que conducía a la escalera de la playa.

Las escaleras en general siempre me habían dado un poco de respeto, así que bajé despacio y con cuidado. Hacia el final, la densa maleza se cerró por encima de mí e hizo que la noche regresara unos instantes, pero enseguida se abrió ante mis ojos la playa rocosa, que me recibió con el resplandor rojizo de un alba que empezaba a extenderse desde detrás de las rocas cretácicas.

Sobrecogida por esa visión, me quedé quieta unos instantes y contemplé las olas, cuyo embate asaltaba la playa con un canto monótono.

Salvo por unas cuantas gaviotas que flotaban perezosas en el agua, estaba completamente sola. A mi derecha se extendía la playa pedregosa; a mi izquierda alcancé a ver la ciudad, con sus bares en primera línea y los hoteles y las pensiones del paseo marítimo. Las farolas del puente de la isla, junto al que se amarraban los barcos de recreo, iban apagándose poco a poco. No faltaba mucho para que el día les concediera su merecido descanso.

Aunque el paseo marítimo resultaba muy tentador, me decidí por la playa de rocas. Empecé a correr despacio, porque, tal como me demostraron mis pulmones pocos metros después, había perdido bastante la forma física. Al cabo de un rato, sin embargo, la cosa mejoró y encontré un buen ritmo.

Al principio solo pisaba arena, pero, cuanto más me alejaba corriendo, más pedregoso se volvía el terreno, hasta que al cabo de un rato me encontré con que ante mí se levantaban unas rocas enormes. Algunas estaban medio metidas en el agua y cubiertas por una gruesa capa de algas, y muchas tenían considerables costras de sal y arena por la parte de abajo.

Perseveré un poco más, avancé entre las rocas y al final me encaramé a una para contemplar el mar desde allí. El viento me secó las gotas de sudor de la frente. A lo lejos, rodeado por la neblina, un carguero navegaba en dirección a Sassnitz. El sol hacía brillar su blanca estructura superior.

Hubo una época en la que deseé con locura subirme a un barco y marcharme lejos, muy lejos, de todas mis preocupaciones. Pero era un anhelo que ya no sentía, y

eso que algunas de esas preocupaciones seguían estando ahí.

Di media vuelta y vi algo encima de una roca. Al principio lo tomé por un traje de baño de color rosa que alguien habría extraviado. A veces los nadadores perdían alguna prenda bajo el agua. El mar tardaba mucho en devolverlas a la costa y, cuando lo hacía, casi siempre estaban tan llenas de algas que apenas se podían reconocer como lo que eran en realidad.

Sin embargo, al bajar de la roca y acercarme más, vi que se trataba de un ramillete de rosas silvestres de color rosa. Las flores estaban todavía bastante frescas, de modo que no podían llevar mucho tiempo ahí.

¿Quién las habría dejado, y por qué?

¿Se trataría de una pedida de mano romántica?

Esa idea me hizo sentir una pequeña punzada, pero nada más que eso.

Apenas unos meses antes, imaginar algo así me habría hecho llorar.

Cuando descubrí que mi marido ya no era «mi marido» desde hacía tiempo, todo mi mundo se vino abajo. No podía soportar la felicidad de los demás. Allá adonde intentase huir con Leonie, parecía que por todas partes pululaban parejitas de enamorados. Envidiaba la felicidad de los demás y me odiaba a mí misma por ello.

Contemplé un rato las rosas y las toqué con cuidado. Los pétalos eran pequeños y delicados como la seda, desprendían un aroma dulce y embriagador. Era la misma clase de rosa silvestre que había en mi jardín. Probablemente crecían por toda la zona.

¿Y si me quedaba a esperar por si aparecía alguien?

No, no me apetecía ser testigo de la felicidad de otra pareja. Era su vida, y yo haría mejor concentrándome en la mía.

4

En Sassnitz reinaba una actividad frenética. Una invasión de caravanas había ocupado todo el casco antiguo. Mientras buscaba el desvío correcto que me llevara al Hotel Meerblick, me crucé por lo menos con quince de ellas. Era más que evidente que la temporada de *camping* había empezado.

Después de perderme, me detuve en una zona de estacionamiento prohibido a buscar la ruta en el móvil. Nada de aquello era muy propio de una profesional, pero tampoco había esperado que Sassnitz tuviera caminos secretos que ni siquiera el navegador encontraba.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó Leonie.

Estaba inquieta y, con sinceridad, yo también, porque entretanto ya eran las once menos diez; no me quedaba mucho tiempo para encontrar el hotel.

—Todavía no, cielo, pero llegaremos enseguida —contesté distraída.

Después de dar una segunda vuelta, al fin vi el pequeño callejón y pude torcer por donde correspondía. El resto fue un juego de niños. Tras dejar atrás una calle algo empinada y bastante estrecha, lo vi.

Ya en internet me había parecido una propiedad grandiosa, pero en vivo y en directo era sencillamente impresionante. Aparqué en la única plaza libre que quedaba para las visitas y bajé del coche. Con Leonie de la mano, enfilé el camino asfaltado que llevaba hasta la entrada, ante la que aguardaba un portero con librea roja. El hombre nos saludó con amabilidad y nos abrió una gran puerta de cristal en la que se leía «Hotel Meerblick» escrito en letras doradas.

No solo el portero transmitía la sensación de haber realizado un viaje al siglo XIX, todo el vestíbulo del hotel estaba decorado en estilo modernista. Pesados y cómodos sillones de cuero invitaban a los clientes a sentarse a pasar el rato. El mostrador de recepción parecía proceder de los primeros días del hotel; la madera y su hermosa marquetería habían sido restauradas con mimo. Incluso el tablón original para colgar las llaves seguía en su lugar.

—¿En qué puedo ayudarle? —me preguntó la recepcionista, cuyo traje también era rojo, aunque ni mucho menos anticuado.

—Tengo una cita con el señor Hartmann a las once.

Miré hacia el antiguo reloj de pie que había detrás de la recepción. Las once y tres minutos. ¡Mierda!

—Un momento, voy a avisarlo —repuso la mujer con una sonrisa, y descolgó el teléfono.

Mientras intentaba localizar a su jefe, yo miré a Leonie, que estaba fascinada por la visión de esos muebles antiguos y la araña de cristal que colgaba sobre nuestras cabezas como si fuera un gigantesco racimo de uvas resplandecientes.

—¿Podemos tener también nosotras una lámpara así? —preguntó sin apartar la mirada.

—No, cielo, por desgracia nuestra casa es muy pequeña para eso.

—¿Es que no las hacen más pequeñas? —insistió mi hija.

Antes de que pudiera responderle, la recepcionista se volvió de nuevo hacia mí.

—El señor Hartmann la espera en su despacho, en la segunda planta. Solo hay que subir en el ascensor y luego seguir el pasillo hasta el fondo.

Le di las gracias y me fui con Leonie al ascensor, del que justamente en ese momento salía un matrimonio mayor. La mujer llevaba el pelo teñido de rosa pálido y se le iluminó la cara al ver a Leonie.

—Pero ¡qué niña tan preciosa! —exclamó con dulzura.

Le di las gracias con amabilidad para no perder más tiempo y desaparecí en el interior del ascensor.

Me miré nerviosa en el espejo, que estaba montado en un marco dorado con arabescos. Cuando iba a visitar a clientes con mi traje azul, siempre me sentía un poco rara. Aun así, no era una sensación desagradable. Le demostraba al mundo que aquella de allí no era una mujer con un matrimonio fracasado y que a veces no sabía por dónde tirar; ante ellos tenían a una mujer de negocios que dominaba la situación, y a la que también se le daba muy bien fingirlo cuando en realidad no era así.

La puerta del ascensor se abrió con un suave sonido de campanilla. Un aire fresco salió a nuestro encuentro; o bien se habían pasado un poco con el aire acondicionado, o hacía bastante corriente, pero esperé llegar al final del pasillo sin pillar un resfriado.

Llamé a la puerta y una voz femenina me invitó a pasar. La mujer que estaba sentada tras el escritorio llevaba una blusa de color rosa con una falda negra y se había recogido la melena oscura en un moño. Nos lanzó a ambas una mirada interrogante.

—Buenos días, me llamo Annabel Hansen.

—La publicista —dijo, adelantándose a mí, y puso una sonrisa profesional—. ¿Le importaría esperar un momento?

La secretaria desapareció tras una anticuada puerta de dos hojas que dejó entreabierta. Yo acaricié los mechones rizados de Leonie y luego eché un vistazo por la ventana. ¡Qué vista del puerto más maravillosa!

—Mami, ¿cuándo vamos a ir a la ciudad? —preguntó mi hija, a quien las vistas le interesaban muy poco.

—Después —prometí—. Primero tengo que hablar con el dueño del hotel, y luego iremos a comernos un helado.

A Leonie se le iluminó la mirada. El helado era lo que más le gustaba del mundo, y también era el mejor método para conseguir que tuviera un poco de paciencia.

—Ten. —Le di un libro ilustrado en el que había dibujada una sirena con brillantes escamas verdes y azules—. Mira a ver qué le pasa a la sirenita.

Leonie me sonrió con picardía.

—Pero si la historia siempre es la misma.

Tenía cinco años y ya no había forma de hacerle creer que la historia de un cuento

podía cambiar cada vez.

—Es verdad, pero quizá se te ocurre alguna otra historia mirando los dibujos —repliqué—. Cuando un cuento se termina, eso no significa ni mucho menos que la historia tenga que acabar.

—Una idea inteligente —dijo una voz masculina detrás de mí.

Me estremecí, sobresaltada. No lo había oído llegar. Cuando me di la vuelta, vi a un hombre alto y rubio, de cincuenta y pocos años. Su rostro era alargado y de facciones marcadas, y su cuerpo esbelto; vestía un traje azul marino de raya diplomática. Los colores de la corbata y del pañuelo de bolsillo eran idénticos y realizaban el azul de sus ojos, con los que me miraba sonriente.

—Joachim Hartmann —se presentó, y me ofreció un apretón de manos.

Por supuesto, llevaba una manicura perfecta. Me dio un poco de vergüenza saludarlo, porque yo llevaba las uñas cortas y sin pintar, hacía un año que no veía un centro de belleza por dentro, y los restos de laca de uñas que me quedaban estaban resecos.

—Annabel Hansen. —Me erguí un poco y correspondí su apretón de manos con firmeza y seguridad. Lo más probable era que ni se fijara en mis uñas descuidadas y, además, estaba ahí para trabajar con él, no para impresionarlo con mi físico—. Me alegro mucho de conocerlo, señor Hartmann.

—La alegría es toda mía. —Su voz sonaba mucho más profunda en persona que por teléfono—. Supongo que esta es su hija.

—Sí, Leonie. —Al decir su nombre, una fugaz sonrisa me iluminó la cara.

La niña llevaba todo ese rato mirando fijamente al hombre que teníamos delante. Tal vez algún día acabara convirtiéndose en una extraordinaria agente de policía; lo que era observar a las personas, se le daba muy bien. En un abrir y cerrar de ojos era capaz de decidir quién le caía simpático y quién no. Con Hartmann parecía un poco escéptica, según vi por cómo se mordía el dedo índice.

—Buenos días, Leonie —dijo él, y le tendió una mano.

No pareció molestarle que la mano derecha de mi hija estuviera toda babeada de tanto morderse el dedo. Leonie dudó un instante más, pero, como yo le había enseñado que tenía que darle la mano a la gente cuando ellos se la ofrecían, puso la suya encima de la del hombre.

—Buenos días —dijo con timidez.

—Una señorita muy educada —constató Hartmann, y me miró con una sonrisa—. Y además es clavadita a su madre.

De nada habría servido explicarle lo mucho que se parecía a su padre, en realidad. Además, no era un asunto que viniera al caso. Yo solía separar de forma estricta mi vida profesional de la personal; esas dos vertientes solo se encontraban ocasionalmente si tenía que llevarme a Leonie a alguna reunión porque la guardería estaba cerrada o la canguro no estaba disponible.

—Bueno, pues pase a mi despacho. Su hija puede acompañarnos con toda tranquilidad, hay una mesita para ella.

La mesa no estaba pensada para un niño, pero por suerte Leonie era lo bastante alta para sentarse a ella.

—Aquí tienes tus lápices de colores —le dije mientras rebuscaba en mi bolso, que era como un kit de supervivencia para cualquier situación. Dentro llevaba un libro para mí, por si teníamos que esperar en algún lugar, y para Leonie tenía lápices de colores, un libro de colorear y también un pequeño bloc de dibujo por si no le apetecía decorar vestidos de princesas—. Quédate aquí sentadita, que no tardaré mucho.

Asintió con la cabeza, obediente, y enseguida se puso a trabajar.

Entonces tuve ocasión de admirar la decoración del despacho de Hartmann. Sorprendía lo moderna que era y lo mucho que contrastaba con los antiguos techos de estuco, que habían sido restaurados con esmero.

El lugar que ocupaba un sólido escritorio estaba muy bien elegido. Desde allí, Joachim Hartmann no solo podía ver todo el despacho y, si la puerta estaba abierta, la antesala; cada vez que el trabajo lo fatigaba o lo aburría, también podía mirar por la ventana.

—Tome asiento, por favor —dijo, y me sorprendió al no señalar la silla que estaba frente al escritorio, sino el tresillo de cuero que había junto a la ventana—. Stefanie nos traerá un café enseguida.

En efecto, la secretaria apareció con el café poco después de que nos sentáramos en los cómodos sillones. Aunque en realidad no era cualquier café, sino un *latte macchiato* digno de haber salido de las manos de un barista profesional.

Alto, para, me dije. Seguro que en este hotel tienen barista, aquí la secretaria no está ni mucho menos para hacer el café.

La mujer cerró la puerta con discreción al salir y nos dejó a nuestros asuntos.

—Bueno, tal como le dije por teléfono —empezó a exponer Hartmann mientras destrozaba con una larga cucharilla la hoja de cacao dibujada sobre la espuma de la leche—, de todas las campañas que nos han hecho llegar, la suya es la que más me ha gustado. Tengo, por tanto, la esperanza de que no decida usted pasarse nunca al negocio hotelero, y mucho menos aquí, porque eso significaría mi ruina.

Soltó una risotada que resultó algo artificial, porque sin duda sabía que yo nunca abriría ningún hotel. Aunque sí que había fantaseado alguna que otra vez con abrir una cafetería, pero hasta la fecha mi trabajo como publicista me había impedido planteármelo en serio.

—No se preocupe, mi campo es la publicidad y es ahí donde espero hacer bien mi trabajo.

—Trabaja usted de maravilla.

Hartmann me miró. No como alguien que estaba encargando un trabajo, sino como alguien que quería conocer mejor a su interlocutor. Eso me descolocó bastante, porque, desde Jan, casi ningún hombre me había mirado así, y al que lo había hecho yo nunca le había correspondido de la forma que se esperaba. Tampoco en esta ocasión lo hice, por mucho que Hartmann fuese un hombre sobradamente atractivo.

De todos modos, seguro que solo buscaba la confirmación de que a alguien como él no le interesaba en absoluto una mujer divorciada y con una niña.

De manera que me puse en modo profesional y empecé a exponerle de nuevo mis ideas y a ofrecerle ejemplos concretos para las estrategias publicitarias. El dueño del hotel me escuchó con atención y poco a poco desapareció también esa mirada halagadora.

Mientras hablaba, yo no hacía más que mirar a Leonie con el rabillo del ojo, que estaba muy concentrada pintando algo con un lápiz rosa fucsia.

Cuando terminé mi intervención, Hartmann me sonrió.

—La mejor elección que podría haber hecho —dijo una vez más, y me dio luz verde con un apretón de manos—. Dígame, ¿qué planes tiene para este próximo fin de semana? —preguntó entonces.

Casi me atraganté con el último sorbo de café.

En mi descripción personal había indicado que estaba divorciada, pero ¿por qué deducía de ello que podía estar interesada en él?

Aun así, debía andarme con cuidado porque, mientras el contrato entre nosotros no estuviese firmado, Hartmann podía retirar su adjudicación en cualquier momento. ¿Sería de esos? ¿Me había escogido a mí justamente porque pensaba que podría tener una aventura conmigo?

Sonreí para ocultar mi desconcierto.

—El fin de semana vienen a visitarme mis padres, que quieren echarle un vistazo a nuestra nueva casa —contesté entonces.

Era una mentira como una catedral, pero me pareció mejor que meterme en complicaciones que no me apetecían en absoluto.

—Ah —repuso él. Resultaba evidente que había dado por hecho que no tendría nada previsto.

Le dirigí una mirada escrutadora. ¿Tendría eso consecuencias en mi trabajo? En tal caso, quizá fuese mejor que se lo pensara. Por mucho que yo fuese joven y estuviese divorciada, eso no significaba que quisiera liarme con un cliente. Eso mismo debió de transmitirle mi mirada, porque de pronto me pareció algo abochornado.

—Bueno, tal vez en otra ocasión —dijo, casi para sí.

—Muchas gracias por el café y por el encargo. No lamentaré haberme adjudicado el trabajo —dije yo enseguida, pasando por alto su comentario.

Vernos en cualquier otra ocasión también quedaba descartado. Si algo me habían enseñado esos últimos años con Jan, era que no había que liarse con hombres de negocios de éxito que enseguida se aburrían de cualquier cosa.

Cuando me levanté para irme, mi mirada se deslizó una vez más hacia la ventana y la espectacular vista del puerto. Un velero avanzaba con calma, los pesqueros se balanceaban en el agua, el submarino flotaba como un enorme puro negro junto al muelle.

Y entonces lo vi. Me quedé paralizada unos instantes y de repente oí en mi cerebro una voz que me decía que tenía que acercarme más. Tenía que verlo.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó Joachim Hartmann, que se había dado cuenta de mi estupefacción.

—Sí, perfectamente —respondí enseguida, y me dispuse a recoger el material de dibujo de Leonie—. Es solo que me he acordado de algo.

Sonreí y me despedí de él.

—Pero mami, ¿adónde vamos? —preguntó mi hija.

Empezaba a pesar demasiado para llevarla en brazos, pero así avanzábamos más deprisa, y en esos momentos corría por la empinada carretera que bajaba hacia el puerto. Unos cuantos coches pasaron junto a nosotras; a algunos, el motor les rugía a causa del esfuerzo. Como no había una acera en la que pudiésemos refugiarnos, yo me mantenía todo lo apartada a la derecha que podía.

Al llegar abajo volví a dejar a Leonie en el suelo, y fue entonces cuando me di cuenta de que todavía no había contestado la pregunta de la niña.

—Quería bajar un momento al puerto —dije mientras la agarraba de la mano.

—¿Para ver el submarino? —preguntó, y miró hacia donde el coloso de acero negro sobresalía del agua.

Durante nuestro viaje habíamos hablado de él.

—No, para ver un barco. ¡Ahora te lo enseñaré!

A esa hora, en el puerto había una gran actividad de pesqueros. Algunas tripulaciones descargaban cajas de pescado, otras comprobaban los aparejos. En una embarcación de recreo había un hombre barriendo la cubierta superior mientras el barco idéntico que había a su lado se preparaba para recibir al grupo de turistas todavía algo escaso que esperaba en el embarcadero.

Y entre todos ellos se encontraba el barco cuya visión me había dejado paralizada en el despacho de Hartmann. Mientras corría, solo podía pensar en lo perfecta que me había parecido su imagen. Aunque el mundo entero me tomara por loca, como hacían aquellos marineros que me miraban mientras tiraba de mi hija en línea recta por el embarcadero de madera en dirección al bolardo.

El «barco de mis sueños» era un antiquísimo pesquero que hacía mucho tiempo que no pescaba nada, ni peces, ni cangrejos siquiera. Alguien había desmontado la mayor parte de los aparejos de pesca y había instalado una espaciosa cabina para pasajeros delante de la cabina del timón.

La pintura azul del casco, que para un pesquero era más bien estrecho, ya se estaba desconchando un poco, y lo mismo sucedía con el blanco de las estructuras superiores. Aquí y allá se veían zonas llenas de óxido, pero eso no afeaba en absoluto su impresionante aspecto. Por lo que yo podía ver, los aparejos de navegación estaban intactos, y también el suelo de cubierta parecía seguir en muy buen estado.

En la proa saltaba a la vista una inscripción ya algo desgastada: «Rosa del

Viento».

Me quedé como hipnotizada.

Era evidente que el barco había dejado atrás sus días mejores, pero, a pesar del óxido y de los demás desperfectos visibles, me había fascinado.

¿A quién narices se le habría ocurrido transformar un pesquero en un barco de pasajeros? Como en la proa no figuraba ningún puerto de matrícula, fui a buscarlo a la popa. Allí descubrí que habían tapado con pintura el nombre del puerto original y, en su lugar, se leía «Timmendorfer Strand». Entrecerré los ojos y bajo esas letras creí ver el rastro de una inscripción anterior.

—Mami, ¿por qué pones esa cara tan rara? —preguntó Leonie.

—Quiero ver de dónde procede este barco —respondí, y le aferré la mano con más fuerza. De ninguna manera podía permitir que se me escapara.

—¿No lo dice ahí? —se extrañó mi hija.

Todavía no sabía leer, claro, pero yo le había enseñado algunas letras y su propio nombre, que escribía con mayúsculas en todos sus dibujos.

—Sí, lo dice ahí, pero me parece que lo han escrito por encima de otra palabra.

Distinguí una H y una A. La inscripción anterior era más corta, y eso solo podía significar que el primer puerto del *Rosa del Viento* había sido Hamburgo.

Al instante se puso en marcha un mecanismo en mi cabeza. ¿Habría en Hamburgo algún tipo de documentación sobre el barco? ¿Lograría descubrir por qué lo habían vendido? ¿Por qué lo habían transformado?

Pero ¿por qué quería hacer algo así? No podía explicármelo, pero el deseo estaba ahí. Probablemente se debiera a que había crecido en una familia de constructores de barcos.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó una voz masculina detrás de mí. Se parecía a la de Joachim Hartmann, y por un momento creí que me había estado vigilando desde la ventana de su despacho y luego me había seguido.

Sin embargo, cuando me di la vuelta me encontré frente a un hombre con barba que llevaba un gorro de lana y un mono azul. Sus ojos claros me miraban con expectación.

—Mmm... La verdad es que solo quería ver este barco de cerca. Es..., es bastante viejo.

El hombre asintió.

—Sí que lo es. Pero no puede subir a bordo.

¿Acaso daba la impresión de querer subir al barco? Seguro que sí, porque con mis miradas casi había conseguido hacer saltar la pintura del casco.

—No, de verdad que solo quería echar un vistazo... —Me mordí el labio. ¿Por qué no preguntar? A fin de cuentas, ese hombre trabajaba allí, así que tal vez estuviera enterado de algo—. ¿No sabrá usted quién es el propietario? Lo tiene bastante deteriorado.

El trabajador del puerto se encogió de hombros.

—Ni idea, pero van a venderlo, según he oído decir. Será de algún tipo del Oeste.

Después de más de veinte años de reunificación alemana, eso de «del Oeste» sonaba algo extraño, por lo menos a mis oídos. Sin embargo, para algunos la frontera parecía existir aún, en cierta forma.

Me limité a asentir con la cabeza. Si iban a vender el barco, seguro que antes tendrían que repararlo; si no, raro sería que consiguieran desprenderse de él.

—Tenga cuidado de que la pequeña no se acerque demasiado al borde —dijo el hombre, que sin duda no sabía más del asunto.

—Descuide —repuse yo, pero inconscientemente tiré de Leonie para acercarla un poco más a mí—. Nos iremos ahora mismo.

Como el hombre seguía mirándome con impaciencia, le hice una última pregunta antes de marcharnos.

—¿Sabe usted dónde podría enterarme de quién vende el barco?

—Seguro que en internet lo pone. Solo tiene que ir a la página web del puerto, y ahí hay un apartado de anuncios.

Le di las gracias y luego recorrí el muelle con Leonie a mi lado. Me di cuenta de que nos estaban observando.

Había un hombre con una casaca marrón sentado en uno de los muros de roca erigidos alrededor de la dársena. Desde lejos no distinguía bien los rasgos de su rostro, pero llevaba barba de tres días y su pelo castaño oscuro y rizado sobresalía alborotado en todas direcciones, como si acabara de levantarse de la cama.

Cuando vio que lo estaba mirando, se volvió hacia otro lado y fingió sentir un ardiente interés por el submarino y el extremo opuesto del puerto. Te he pillado, amiguito, pensé, y sonreí. ¿No sería el propietario, que había ido a echarle un vistazo a su embarcación? Desde aquella distancia no podía estar segura, pero tampoco me apetecía acercarme y preguntarle qué era lo que le parecía tan interesante de nosotras, así que tiré de Leonie para seguir camino.

«Seguro que en internet lo pone», resonaban en mis oídos las palabras del trabajador del puerto.

Lo comprobaría en cuanto llegara a casa.

Mientras daba una vuelta por la ciudad con mi hija y nos comíamos en una cafetería el helado que le había prometido, no podía quitarme el barco de la cabeza.

El pesquero estaba a la venta. Eso me invitaba a soñar. ¿Qué podía hacerse con un barco como ese? ¿Un café flotante, tal vez?

¡Y también estaba la historia que se ocultaba en cada uno de los detalles del pesquero! Con lo viejo que era, seguro que había sobrevivido a muchos rudos marineros..., y a mares más rudos aún. Si no me equivocaba en mis cálculos, había vivido incluso la Segunda Guerra Mundial. ¡Una historia como esa sería de lo más publicitaria!

—¡Mamá, no estás comiendo nada! —Leonie señaló mi copa de helado, cuyo

contenido estaba casi del todo derretido.

Mi hija había sido más rápida. El suyo ya había desaparecido en su barriga, y lo que no se había comido lo tenía repartido entre la barbilla, los mofletes y la nariz.

No pude evitar reírme.

—Pareces un payaso —le dije. Saqué un pañuelo de papel y le limpié la cara—. Un payasete de helado de fresa.

—Ayyy... —protestó—. ¡Sin saliva!

—Está bien, pero entonces vamos al lavabo. —Y me la llevé de la mano al cuarto de baño.

Cuando regresamos, mi helado de vainilla estaba completamente derretido y la nata montada flotaba triste sobre un mar amarillo blancuzco. Pero no me importaba, porque en esos momentos no necesitaba ningún helado par ser feliz. Lo era, sin más.

5

Por la noche, el estado anímico de Leonie decayó. Hacía un año que eso sucedía de vez en cuando sin previo aviso, y yo me moría de miedo en cada ocasión.

Mi angelito solía ser una niña alegre y despreocupada, pero de repente una nube negra encapotaba su humor y hacía que se retirase a un rincón y se pusiera a mirar al vacío con apatía.

Llevábamos ya dos meses sin que le hubiera vuelto a ocurrir, porque había estado tan emocionada como yo con la casa nueva, y tal vez esperaba incluso que su padre volviera con nosotras a causa del traslado.

Los cambios de humor de Leonie comenzaron el día en que tuve que comunicarle que su padre ya no quería vivir más con nosotras. Mi hija no lloró, sino que se refugió en su propio mundo. A veces esos episodios le duraban tanto que yo temía que acabaran desembocando en una depresión. En alguna parte había leído que, aunque no era frecuente, algo así también podía pasarles a niños muy pequeños.

El pediatra opinó que la separación de mi marido la había traumatizado. Eso no había contribuido precisamente a aplacar la ira que yo sentía hacia Jan. Su egoísmo había traumatizado a nuestra hija. Era el colmo. Y me indignó más aún porque yo misma sabía lo que se sentía cuando de repente te faltaba un progenitor.

Cierto era que Leonie, a diferencia de mí en mi época, seguía teniendo a su madre; pero, como estaba acostumbrada a tenernos a ambos, debía de dolerle tanto como a mí la pérdida de mi madre biológica. A mi padre biológico nunca llegué a conocerlo, mi madre solo me contó que había muerto antes de que yo naciera. Y, aunque lo que no has tenido nunca tampoco lo puedes añorar, de pequeña muchas veces me preguntaba si todo habría sido diferente de haber estado él ahí.

Leonie, sin embargo, conocía a su padre y lo echaba de menos. Yo a veces deseaba que se diera cuenta de lo miserable que se mostraba Jan, y de que nunca había merecido el amor incondicional que ella sentía por él. Aun así, su hija lo quería y soñaba con que llegara el día en que volviéramos a vivir juntos y todo fuese otra vez como antes. Ella, desde luego, no sabía que el amor de Jan por mí había dejado de existir ya incluso el día en que ella nació.

—Leonie «Corazón de León», ¿qué te pasa? —le pregunté, pero mi hija solo miraba la muñeca que tenía en las manos, sobre cuyo cabello desgreñado descansaba una diadema torcida—. ¿Estás triste? —insistí, a pesar de que sabía muy bien qué era lo que le ocurría. Añoraba a su padre—. ¿Quieres que vaya a buscar al gatito? Tal vez podamos hacer que vuelva con un poco de leche...

Nada me daba más repelús que tener trato con ese gato desconocido, pero estaba segura de que no aparecería.

Leonie dijo que no con la cabeza.

Yo solté un hondo suspiro. Era inútil seguir haciendo como que no veía lo evidente.

No tenía ni idea de lo que opinaría un consejero para padres en un momento como ese, pero sin duda lo mejor era hablar con ella. Solo así podría lograr, quizá, sacarla de su encierro.

—Echas de menos a papá, ¿verdad?

Leonie asintió con la cabeza. La estreché entre mis brazos y, por suerte, ella se dejó. Se acurrucó contra mí y yo hundí el rostro entre sus rizos.

—Ya sé que lo añoras mucho —me oí decir, y mi voz sonó como la de mi madre adoptiva poco después de que me llevaran a casa de los Hansen.

«Ya sé que la echas mucho de menos —me decía—, pero las cosas son como son, y con nosotros estarás muy bien.»

Mi hija sabía que conmigo estaría bien; a fin de cuentas, yo era su madre. Su aflicción solo tenía una cura: la atención de su padre. Pero ¿cómo iba a conseguírsela yo?

Estuve un rato sopesando palabras en mi boca, incapaz de pronunciarlas. Me partía el corazón ver a Leonie tan triste, pero todo mi fuero interno se revolvía en contra de la idea de hacerle una promesa que no podría cumplir. Que no quería cumplir.

Entonces respiré hondo.

—¿Quieres que lo llame por teléfono y le pregunte si puede venir a verte?

Era muy consciente de que mi hija se quedaría más abatida aún si Jan, con su tono arrogante, me comunicaba que estaba demasiado ocupado y que no tenía tiempo para viajar hasta el mar Báltico. Igual que era consciente de que me enfadaría tantísimo al oírle decir eso que seguramente bajaría la escalera de la playa y me pondría a gritar hasta sacar toda la rabia de dentro.

Sin embargo, en cuanto pronuncié esa frase que en realidad no deseaba decir, mi pequeño sol volvió a brillar.

—¡Ay, sí! —exclamó Leonie con un brillo esperanzado en la mirada.

Era evidente que estaba convencida de que en la casa nueva todo cambiaría. Que tenía incluso el poder de deshacer lo que había ocurrido.

—Vale —le dije, y le di un beso en la cabeza—. Lo llamaré.

—¿Ahora mismo?

Tendría que haber contado con eso. Leonie siempre quería que las cosas importantes pasasen ya.

Yo no estaba preparada para oír la voz de Jan, y mucho menos para hablar con él y mantener una conversación, la primera desde la última vez que nos vimos en los tribunales.

Pero ¿qué iba a hacer? Leonie era mi hija, y yo habría sido capaz de hacer cualquier cosa por verla sonreír. La única pregunta era si Jan me seguiría el juego. A fin de cuentas, no era la primera vez que intentaba ponerme en contacto con él.

Mientras sonaba el tono de llamada, el corazón me cerró la garganta. ¿Qué iba a decirle si resultaba que contestaba? ¿Que nos habíamos trasladado y ya está? ¿O

también que Leonie lo echaba de menos y que se alegraría mucho de volver a verlo?

Seguro que se limitaría a contestar que no tenía tiempo y que ya nos llamaría, y luego esa llamada no llegaría jamás.

Después de tres tonos, saltó el contestador. Al oír la voz de Jan animando a quien llamara a dejar un mensaje, colgué. El corazón me seguía latiendo a mil por hora. Esta vez de rabia. Hacía tanto que no oía su voz, que se me había olvidado lo taimada que sonaba en realidad. Antes me parecía *sexy*, pero de repente ya no soportaba esa forma babosa que tenía de alargar las vocales.

Sin embargo, no se trataba de mí. Se trataba de Leonie, que adoraba la voz de su padre y añoraba oírla. Y que sin duda también era lo bastante lista para preguntarse por qué él no quería verla más.

Volví a intentarlo, aunque con el mismo resultado. Jan no contestó. Colgué con un suspiro y regresé junto a Leonie. Ella, entretanto, había vuelto a calmarse un poco y se había sentado en la cama con sus muñecas.

Al oír que entraba en la habitación, levantó enseguida su cabeza llena de rizos.

—¿Y? ¿Va a venir?

—No ha podido ponerse al teléfono, debe de estar trabajando —respondí, disculpándolo de nuevo ante nuestra hija—. Luego lo intentaré otra vez.

También habría podido dejarle un mensaje.

Leonie asintió, esforzándose por ser valiente, pero no aguantó mucho. Solo una inspiración después, una lágrima cayó sobre la cara de su muñeca.

Corrí a su lado.

—Eh, cielo, eso no puedes hacerlo —dije—. Seguro que la muñeca pensará que fuera está lloviendo. ¿O qué dirías tú si te cayera una enorme gota de lluvia en la cara?

Leonie no contestó a mi pregunta, solo se acurrucó a mi lado y su reguero de lágrimas me empapó la camiseta. La rodeé con los brazos y me propuse dejarle un mensaje a Jan en el contestador. Más tarde, cuando hubiera vuelto a calmarme y me viera capaz de hablar con él de una forma tan objetiva como con mis clientes.

Después de asegurarme de que Leonie estaba plácidamente dormida, me quedé un buen rato tumbada en la cama, despierta, pensando en mi infancia. Pensé en lo que sabía y en lo que no sabía.

También yo había perdido algo. También yo había llorado una pérdida. Todavía recordaba a la perfección el desván del hogar infantil de Leipzig al que me llevaron antes de que me adoptaran los Hansen. Tenía un tragaluz, y yo lo abría todo lo que me permitía la cadenita de seguridad. Allí apostada, miraba hacia la calle de abajo con la esperanza de que apareciese alguien y me dijera que todo había sido una confusión. Esperaba que mi madre volviera. Sin embargo, nadie de cuantos pasaban por delante de la casa levantaba la mirada hacia mí. La conocida imagen de mi madre se fue desdibujando cada vez más, hasta que ya no fui capaz de recordar cómo era. Aunque hubiese pasado por delante del hospicio, no la habría reconocido.

Mientras esos recuerdos se alejaban de mí, me di cuenta de que tenía las mejillas

húmedas. ¡Estaba llorando! Hacía mucho que no lloraba, y era lo último que quería, además.

Me di la vuelta en la cama para mirar hacia la ventana, tras la que susurraba la oscuridad. Me concentré en intentar oír el mar y entonces, por fin, vi algo diferente ante mí: aquel pesquero blanco.

Rosa del Viento era un nombre estupendo para un barco. Belleza y robustez unidos en un solo concepto. Me parecía un calamidad que estuviera oxidándose en el puerto, abandonado, esperando a que lo desguazaran. ¿No podía hacerse nada para salvarlo?

El amor por los barcos lo había heredado de mi padre; mejor dicho, de mi padre adoptivo. En la época de la República Democrática Alemana, trabajaba en los Astilleros Populares de Stralsund, y más adelante lo hizo para Nikolai & Jensen, ya en Hamburgo. De pequeña, siempre que iba a buscarlo a su trabajo, me quedaba fascinada con las enormes embarcaciones que tenían allí en grada. Durante un tiempo incluso había querido ser constructora de barcos de mayor, pero mi padre me lo había desaconsejado. Lo cierto era que eso no me habría impedido seguir adelante con mi idea, pero en algún momento comprendí por mí misma que aquella no era una profesión para mí, y al final decidí dedicarme a ofrecerles a las empresas una buena publicidad. Aun así, de todos modos ese sueño siempre estuvo ahí, el sueño del barco blanco con el que podría salir huyendo de mis problemas.

Y ese barco se encontraba de pronto en el puerto de Sassnitz, como si me hubiese estado esperando desde el principio. Aquel trabajador había dicho que lo vendían. ¿Acaso el destino me estaba enviando una señal?

Esa idea me cautivó tanto que tuve que sentarme en la cama.

¿Y si compraba el barco? Si conseguía volver a convertirlo en algo que tuviera sentido, como por ejemplo una embarcación de recreo..., ¡o una cafetería! Sí, una cafetería me pareció una gran idea. Y no una cafetería cualquiera en la que disfrutar de una tarta de fresas durante un trayecto frente a la costa, no; mi barco cafetería tenía que ser algo especial. Con exposiciones, conciertos, conferencias y pequeñas representaciones teatrales. En realidad era una idea un poco alocada, sobre todo en los tiempos que corrían. Sin embargo, ¿no era justamente eso lo que con tanta impaciencia habíamos deseado en el Este más de veinte años atrás? ¿Unos tiempos en los que los sueños pudieran hacerse realidad, fuera cual fuese el resultado final?

Rescaté mi teléfono móvil, abrí el navegador y me puse a buscar el *Rosa del Viento*. ¿Cuánto podía costar un barco tan oxidado? Seguro que no mucho. La restauración se tragaría un presupuesto enorme, claro, pero yo tampoco era una novata sin ninguna idea de cómo comercializar después el resultado. ¡A fin de cuentas, era publicista!

En la página web del puerto había varios barcos de los alrededores a la venta. No aparecían los nombres de los propietarios, pero sí un número de teléfono. La fotografía de mi pesquero debían de haberla retocado, porque en el puerto no tenía tan buena pinta. Eso no me impidió guardar el número.

Después volví la mirada hacia el despertador que tenía junto a la cama. Las tres y cuarto. Estaba tan entusiasmada que casi habría querido llamar en ese mismo instante, pero me contuve. Si el número pertenecía a un particular, seguro que lo asustaría y me tomaría por loca; si se trataba del teléfono de una empresa o un agente, la oficina estaría vacía.

Aun así, ¡algo tenía que hacer con toda esa energía desbordante!

Me levanté de la cama sin hacer ruido y fui al salón, donde todavía estaban las cajas por desempaquetar. Leonie seguía profundamente dormida; el llanto la había dejado agotada. Mi ira hacia Jan se encendió de nuevo unos instantes, pero la dejé aparcada. ¡Ese hombre no nos estropearía nuestra nueva vida!

Empecé a vaciar cajas en silencio. Mis manos iban metiéndolo todo de forma mecánica en cajones y compartimentos de armarios y, cuando de pronto me encontré con la carpeta que había abierto el día anterior, toda mi energía se desvaneció. Me quedé mirando un rato las tapas de cartón, pero no tuve valor para sacar el dibujo del molino de viento. De repente sentí una opresión en el pecho y creí oír de nuevo la voz de mi madre. Qué extraño que esos sentimientos, de los que en realidad creía haberme librado ya, regresaran de pronto con tanta intensidad.

Al final guardé la carpeta en uno de los últimos cajones del mueble del salón y me senté en el sofá. No encendí ninguna luz, pero tampoco era necesario. Durante varios minutos estuve mirando la oscuridad y oyendo cómo la casa crujía y respiraba. ¿Echaría de menos a sus antiguos habitantes?

Mientras estaba sentada a oscuras, sentí que me iba tranquilizando otra vez. Desde luego, no todo podía arreglarse de la noche a la mañana. Y menos aún lo que concernía a Jan. ¿Podría olvidar Leonie alguna vez lo sucedido?, me pregunté, y creí oír en el fondo de mi mente una vocecilla que me contestaba con otra pregunta: ¿Acaso has llegado a olvidar tú todo lo que sucedió en tu infancia?

De sobra conocía la respuesta.

Y de repente volví a ver ante mí aquellas imágenes del pasado. Solo que esta vez no hui de ellas, como de costumbre, ocupándome de otras cosas o distrayéndome. Dejé que vinieran a mí.

6

ANNABEL

—¡Annabel! —exclamó la voz de la cuidadora desde abajo, pero yo no tenía ganas de contestar.

Hacía tres meses que estaba en ese hogar infantil al que me habían llevado después de que mi madre desapareciera.

Era una casa antigua de tres plantas que tenía las paredes empapeladas con un estampado de panales en blanco y amarillo. Por todas partes había el mismo papel: en los pasillos, en los dormitorios y en la cocina. Incluso el cuarto trastero estaba empapelado igual.

Pero a mí eso me daba lo mismo. Mi lugar preferido era el desván, al que en realidad no estaba permitido subir. Aun así, desde que descubrí que la puerta de la escalera nunca estaba cerrada con llave, me escondía allí siempre que podía.

También ese día estaba sentada ahí arriba, con el dibujo del molino de viento en las manos, el último dibujo que había pintado en mi casa. Como si pudiera ayudarme a recuperar a mi madre.

Mis compañeros de juegos me caían tan mal como yo a ellos. No quería estar allí. Una vez había intentado escaparme por la puerta principal para irme corriendo a mi casa, pero con ello solo me gané un sonoro bofetón de una de las cuidadoras.

El desván era el único lugar en el que podía estar sola. En el que podía esperar que mi madre volviera a por mí. Allí arriba estaba oscuro, porque no me atrevía a encender la luz. En realidad, todos los trastos y las cajas que había desperdigados por ahí deberían haberme dado miedo, pero a esas alturas ya conocía miedos peores. Los monstruos de las sombras no eran nada, en comparación.

Desde la ventana se tenía una buena vista de la calle. Los coches pasaban petardeando por delante del hogar infantil, los peatones llevaban sus bolsas de la compra, un par de niños habían salido a jugar después de comer. A veces veía también a la directora del hospicio, o a otros niños que hacían recados para ella o regresaban del colegio.

Ya era invierno y la ciudad estaba especialmente gris y triste. Oscurecía enseguida, pero la noche anterior los tejados habían quedado cubiertos de nieve. El cielo, que parecía colgar muy bajo por encima de los edificios, estaba de un blanco plomizo.

—Annabel, ¿dónde te has metido?

Seguí sin responder. Sabía muy bien que tendría problemas si me encontraban allí arriba, pero no quería apartarme del tragaluz. Estaba convencida de que mi madre vendría a buscarme. Por lo menos aún seguía en Leipzig, y ella conocía bien la ciudad.

Durante las primeras semanas, cuando las cuidadoras me llamaban, siempre creía

que era porque mi madre se había presentado a recogerme, y en cada una de esas ocasiones, sin embargo, me había llevado una decepción.

Así que me quedé sentada todo lo que pude, mirando al exterior y esperando. En mis fantasías, mi madre recorría la ciudad entera buscando a su niña, preguntaba por mí a la gente, les enseñaba mi fotografía. Mi madre tenía muchas fotos bonitas de las dos; las últimas las había hecho unos días que pasamos juntas en el mar Báltico. Normalmente no podíamos irnos de vacaciones, pero el verano anterior nos habíamos lanzado sin pensarlo demasiado.

¿Por qué me habían llevado a ese hogar infantil? Todavía no acababa de entenderlo. Lo que sí recordaba muy bien, no obstante, era lo que sucedió después de que me despertara en un coche de la Policía.

Una mujer se subió al coche conmigo. Delante iba sentado un agente. Yo todavía tenía mi dibujo bajo el brazo, el dibujo del molino de viento que había pintado la tarde anterior.

—¿Dónde está mi mamá? —pregunté, y me aferré al papel como si fuera un salvavidas.

—Tu mamá ya no está —me dijo la mujer con voz amable—. Vamos a llevarte a un hogar infantil.

—Pero ¿dónde está mi mamá? —Se me saltaron las lágrimas.

¿Qué había ocurrido? La muerte era algo muy abstracto para mí, no tenía ni idea de cómo funcionaba exactamente, pero sí sabía que la gente se moría y dejaba de existir.

La mujer que estaba sentada a mi lado, que olía raro y tenía una cara peculiar, me contó que mi madre se había marchado.

—Pero no está muerta, ¿verdad? —pregunté yo, llevada por el pánico, y busqué una forma de abrir la puerta del coche.

Tenía un miedo espantoso, sobre todo porque la mujer dudó igual que hacían todos los adultos cuando les preguntabas algo que no querían responder.

Me llevaron a una casa extraña cuyas habitaciones olían a col y a salsa de asado. ¿Eso era el hogar infantil? Hasta entonces no había estado nunca en una casa así, y mi miedo se intensificó más aún. Me eché a llorar otra vez, y aquella desconocida no pudo consolarme. Me dolían los brazos de tanto apretar el dibujo, de tanto sostenerlo con fuerza contra mi pecho.

No me calmé hasta que dos hombres con traje marrón entraron en la sala. No porque me consolaran, sino porque mi miedo se hizo tan grande que ya ni siquiera fui capaz de llorar.

Uno de ellos se sentó detrás del escritorio, sobre el que había una carpeta de color mostaza. Asustada como estaba, solo me enteré a medias de que también entraban en la sala otras dos mujeres.

—O sea que tú eres Annabel Thalheim —dijo el hombre después de abrir la carpeta.

Asentí con timidez.

—Seguro que no te gusta que te hayamos sacado así de la cama, pero no hemos tenido más remedio.

Miré hacia abajo y entonces vi que todavía llevaba puesto el pijama. Me dio mucha vergüenza ir vestida así.

—¡Tu madre ha traicionado a nuestra República Democrática Alemana! Por eso vamos a llevarte con una gente que podrá educarte para que te conviertas en mejor persona.

Me lo quedé mirando con pavor. No tenía ni idea de qué era eso a lo que mi madre había traicionado. Tal vez tuviera secretos, pero seguro que jamás habría traicionado a nadie.

—Quiero ir con mi mamá —dije entre sollozos, porque no entendía nada de lo que me decía ese hombre.

—¿Es que no me has oído? ¡Ya no está aquí! Ha cruzado al Oeste. ¡A partir de ahora vivirás con nosotros!

Su semblante furioso no contribuyó precisamente a que me tranquilizara. Al contrario, empecé a llorar con más ganas.

—Camarada Werner, deje ya a la pequeña —dijo una voz de mujer con tono apaciguador—. Todo esto aún es muy nuevo para ella. Primero tiene que hacerse poco a poco a la idea, luego podrá hablar usted con ella.

No me gustaba esa mujer que pretendía consolarme, olía muy raro y me parecía muy fría, pero, como no encontré ningún otro punto de apoyo, me agarré con fuerza a su falda. Por lo menos había hecho callar a ese hombre horrible.

—Está bien. Llévase la arriba, ya hablaremos con ella más tarde.

—Vamos —me dijo la mujer con amabilidad—, ahora iremos con los demás. Aquí tendrás muchos nuevos compañeros de juegos y cuidaremos bien de ti.

—¿Vendrá mi mamá a buscarme? —pregunté quejumbrosa, porque esos nuevos compañeros de juegos no me interesaban nada. Tenía a mis amigos de la guardería y con eso me parecía más que suficiente.

—Tal vez —respondió—, pero ahora, antes que nada, tienes que dormir. Mañana seguiremos hablando.

En ese momento no comprendía aún con claridad la suerte que había tenido. Fácilmente habrían podido meterme en un campo de trabajo juvenil. Incluso los niños de seis años acababan a veces en esos lugares, pero eso no lo supe hasta mucho después.

La mujer, que quería que la llamáramos «tía Margot», me llevó a la sala dormitorio que compartiría con otros doce niños. Tenía un miedo horrible. Los demás se despertaron, por supuesto, y se me quedaron mirando; sus cuchicheos pendían en el aire como el zumbido de unos insectos. La cuidadora lo tenía todo dispuesto. Como si hubiese sabido de antemano que mi madre escaparía esa noche, ya había una

litera libre preparada y con las sábanas puestas.

—¿No quieres dejar el dibujo?

La mujer alargó una mano hacia mí, pero yo dije que no con la cabeza.

—¡Pero se quedará todo arrugado si te lo llevas a la cama! Yo te lo guardaré.

¿Qué motivo habría tenido para confiar en ella? Quizá el dibujo habría desaparecido a la mañana siguiente, igual de deprisa que se había esfumado mi madre.

Aun así, al final se lo entregué.

—Lo cuidaré bien —me prometió.

De todas formas me acosté intranquila en la litera. El colchón no tenía nada que ver con la blanda cama de mi casa. Era duro e incómodo, me sentía como en una tumbona.

La cuidadora no les explicó a los demás quién era yo. Lo más probable era que lo dejase para el día siguiente. En lugar de eso, les ordenó que se estuvieran callados y apagó la luz.

Mientras miraba la oscuridad, me sentí muy sola y amenazada. Los demás niños siguieron cuchicheando un rato más en voz baja y luego todo quedó en silencio. Ninguno de ellos se acercó a mí, ni siquiera los que estaban en las camas contiguas me preguntaron quién era.

Sin embargo, en ese momento me pareció mejor así. Aunque tenía mucho miedo, al final terminó por imponerse el agotamiento, que me hizo caer rendida en un sopor profundo y sin sueños.

Tal vez por la mañana todo vuelva a ser normal, fue lo último que pensé.

No obstante, al despertarme nada había vuelto a la normalidad, por supuesto. Solo mi dibujo, que sí seguía estando ahí.

Al día siguiente conocí a las demás cuidadoras. No presté atención a sus preguntas ni a sus palabras amables. En lugar de eso, no hacía más que atosigarlas para saber cuándo regresaría mi madre de una vez.

Probablemente para que las dejara tranquilas, me dijeron que seguro que vendría en algún momento, pero que todavía no. Así que, mientras tanto, yo me quedaría en ese lugar y podría jugar con los demás niños.

A mí no me apetecía jugar con ellos. Dentro de mí ardían el miedo y las preguntas. Miedo a que mi madre me hubiese abandonado de la noche a la mañana, o a que le hubiese ocurrido algo malo. Y preguntas como el porqué. ¿Qué era eso a lo que había traicionado mi madre? ¿Y por qué estaba tan enfadado aquel hombre del traje marrón? ¡Si yo no le había hecho nada!

Entretanto, al menos habían ido a buscar un par de cosas mías de casa, vestidos y mi carpeta de dibujos. Esos objetos olían tanto a mi hogar que, por un lado, me alegré de tenerlos, pero, por otro, la nostalgia por mi madre y mi vida anterior estuvo a punto de destrozarme.

Varios días después, aquellos hombres regresaron. Hablaron conmigo, y no con un tono más amable que el de la vez anterior, pero yo ya había comprendido que aún se enfadaban más si me ponía a llorar. Así que les dejé hablar, asentí o negué con la cabeza, les contesté a todo aquello para lo que tenía respuesta. No era mucho, ya que ni siquiera entendía la mayoría de sus preguntas.

Palabras como «fuga de la República», «asocial», «extranjero no socialista» o «enemiga del Estado» se arremolinaban en torno a mí, pero yo no tenía ni idea de qué hacer con ellas.

En algún momento, aquellos hombres se dieron por vencidos y la tía Margot volvió a llevarme con los demás niños.

Estaban jugando en el jardín del hogar infantil, pero yo me senté en un banco para intentar comprender lo que acababa de ocurrir.

—¿Annabel?

Las imágenes desaparecieron de repente cuando oí unos pasos que subían la escalera a zancadas. Me estremecí. Seguramente la cuidadora que me estaba buscando había comprendido dónde encontrarme.

Por un instante consideré la idea de esconderme. Sin embargo, antes de que pudiera echar a correr, la mujer ya estaba ahí. Lo primero que vi fue el cardado de su pelo castaño rojizo, luego su rostro furioso.

—¡Aquí estás! —me soltó.

Pocos segundos después, sus dedos se cerraron como una garra de hierro alrededor de mi muñeca y tiró de mí escalera abajo sin pararse a mirar si mis pies tocaban los escalones o no. En la planta baja, me metió en la cocina.

—¡Qué se te ha perdido ahí arriba! —me gritó la mujer que quería que la llamásemos «tía Elke» mientras me zarandeaba—. Pensábamos que te había pasado algo. ¡Como castigo, hoy te irás a la cama sin cenar!

Por lo menos no me dio ninguna bofetada. Aun así, durante las horas siguientes casi deseé que lo hubiera hecho. Seguro que la cosa no se acababa solo con esa reprimenda y esa cena de menos. También tuve que irme a dormir antes que los demás; por supuesto, no sin antes contarles a todos por qué había recibido ese castigo.

La cuidadora les pidió a los niños que se rieran de mí por mi comportamiento. Eso me dolió más aún de lo que me habría dolido cualquier bofetón.

Mientras todos veían el programa de irse a dormir en el televisor de la sala comunitaria, yo ya estaba en mi litera con el deber de reflexionar sobre lo que había hecho. Pero ¿qué había hecho yo? Esperar a mi madre, ¡nada más!

Sí, por supuesto, sabía que se suponía que había huido al Oeste y que eso no estaba bien. Pero tal vez se lo pensara y decidiese regresar. Al fin y al cabo, ¡mi madre me quería!

Al día siguiente me mantuve alejada del desván, pero aun así intentaba mirar por la ventana cada vez que tenía ocasión. Las cuidadoras no me quitaban el ojo de

encima y yo tenía la sensación de que siempre había alguna de ellas muy cerca, vigilando que no subiera allí arriba. Por lo visto tenían miedo de que volviera a escaparme.

Al cabo de una temporada, por suerte, aquello pasó, pero mis ganas de querer subir al desván a cada rato para estar sola no desaparecieron. De modo que me refugié en mi mundo de fantasía y me inventé un montón de historias sobre cómo mi madre se presentaba de pronto para sacarme de allí. Tal vez me llevara con ella al Oeste, aunque yo todavía no sabía muy bien dónde estaba eso.

A veces, cuando la desesperanza ganaba la partida, me pasaba horas enteras llorando sin que nadie pudiera consolarme. Los demás niños se apartaban entonces de mí, probablemente porque les daba reparo. Al principio, las cuidadoras intentaban animarme con un chocolate caliente, pero ¿cómo iba a sustituir eso a mi madre? En Navidad fue todavía peor. Todos los niños de mi grupo estaban muy contentos, pero yo solo podía pensar en mi madre. ¿Dónde estaría? ¿Por qué no había venido a buscarme aún?

Me quedaba mirando la pared, abatida, mientras los demás niños parloteaban con alegría. ¿Por qué no estaban tristes ellos también? ¿Es que nunca habían tenido padres? Yo hasta entonces no me había atrevido a preguntárselo.

Lo cierto era que hablaba muy poco con mis compañeros. La mayoría de ellos no me hacían ningún caso, otros se mostraban hostiles. No tenía ninguna amiga. Quizá también porque nunca buscaba el contacto con los demás. Solo esperaba a la única persona que alguna vez había significado algo para mí: mi madre.

Incluso llegué al punto de pedirle en secreto a Papá Noel que, como regalo, me trajera a mi madre de vuelta. Ese año no quería ninguna otra cosa.

Eso era lo que me habría gustado escribir en la carta, pero no me atreví. Las cuidadoras del hogar infantil se quedaban con todos los sobres y, como yo siempre me hacía notar con mi deseo de que mi madre viniera a buscarme, seguro que volverían a hacer que los demás se rieran de mí.

A esas alturas ya me habían castigado varias veces de esa forma. Cuánto me habría gustado darle buen bofetón a cada una de esas caras sonrientes, pero no me atrevía. Seguro que después me castigaban con algo todavía peor. Así que, cada vez que la tía Elke o la tía Sabine les decían a los demás que se rieran de mí, yo intentaba que me entrara por un oído y me saliera por el otro. Al cabo de un tiempo se me dio tan bien que en esos momentos conseguía transportarme de nuevo a la que había sido nuestra casa. Y las carcajadas que seguía oyendo se convertían entonces en la risa de mi madre mientras bailaba contenta conmigo por todas las habitaciones.

Como de todos modos yo no quería ningún otro regalo, tampoco me decepcionó no recibir casi nada. Me tocó una cajita con perlas de plástico y una muñequita con el pelo desgreñado; los niños mayores tuvieron reglas, lapiceros y libretas de dibujo.

Mientras cantábamos villancicos todos juntos, mi mirada no hacía más que deslizarse hacia la ventana y escudriñar la oscuridad que había al otro lado de las cortinas.

Mi mayor deseo no se hizo realidad. Mi madre no apareció. Papá Noel había sido una absoluta decepción, así que tampoco quería para nada mis otros regalos. Esa misma noche le arranqué el pelo a la muñeca y luego la escondí entre mis cosas.

Los meses siguientes transcurrieron sin grandes incidentes. Lo único por lo que tuve problemas fue la muñeca, que una de las cuidadoras terminó por encontrar entre mis pertenencias.

Recibí una fuerte regañina por haber tratado así un regalo tan valioso, pero dejé que me riñeran sin inmutarme. A fin de cuentas, había conseguido protegerme con una armadura. Ya no me molestaban las risas de los demás niños. Cuando las cuidadoras me exigían algo, obedecía.

Me convertí en una gran entusiasta de la hora de los cuentos, al caer la noche, cuando una de las cuidadoras nos leía alguno de los libros que normalmente guardaban bajo llave en un armario.

Me fascinaba el de Cenicienta. También ella había perdido a su madre, así como a su padre, y había quedado en manos de su madrastra y sus hermanastras. No lo pasaba bien, tenía que trabajar mucho, pero un día un par de palomas le regalaban un vestido muy bonito y hacían posible que asistiera a un hermoso baile y conociera al príncipe.

Semanas después de haber oído ese cuento, yo aún salía una y otra vez al jardín, buscaba uno de los árboles donde un par de palomas habían hecho su nido y les susurraba mis deseos. Sin embargo, no les pedía que me agasajaran con «oro y plata», sino que me devolvieran a mi madre.

No pasaba nada si no hacían realidad mi deseo enseguida. Era muy consciente de que era mucho mayor que el de Cenicienta, así que sin duda tardarían un poco más en cumplirlo.

Por lo menos pude seguir yendo a la misma guardería y conservé a mis compañeros de juegos. Sin embargo, no le confesé a ninguno de ellos lo que había ocurrido con mi madre. No tenía ni idea de si sus padres lo sabían o si les habían dicho a sus hijos que no me preguntasen nada.

Comoquiera que fuese, entre las cuidadoras del hogar infantil y las maestras de la guardería parecía existir el acuerdo tácito de que no se hablara nunca de la desaparición de mi madre. Cuando en la clase salía el tema de los padres, yo guardaba silencio y las maestras tampoco se dirigían a mí. Solo sentía sus miradas compasivas, y demasiado evidentes, pero eso se terminó en cuanto acabé la guardería.

Al llegar el verano y acercarse también el momento en que tendría que empezar en el colegio, un día se presentó en la guardería la tía Margot.

Que la directora del hogar infantil apareciera por allí una mañana normal y corriente podía significar muchas cosas, pero estaba claro que tenía que ver conmigo, puesto que yo era la única alumna del hospicio.

De repente sentí un millar de hormigas correteándome por la barriga. ¿Y si mi

madre había ido al hogar infantil? ¿Y si me había localizado y les había exigido a las cuidadoras que le devolvieran a su hija?

De repente me emocioné tanto que se me olvidó lavar el pincel que todavía estaba lleno de pintura roja.

—¡Eh! ¡Pero ¿qué estás haciendo?! —protestó mi compañero de mesa cuando mi pincel dejó un rastro rojo en el bote de pintura azul.

Teníamos que dibujar a unos campesinos trabajando, y yo acababa de pintar un enorme tractor rojo sobre el papel. Y de pronto, ¡eso!

Me quedé asustada mirando el bote. Como el niño que tenía al lado era un pequeño chivato, enseguida saltó y se fue corriendo a buscar a la maestra.

—¡Señora Meier, señora Meier! ¡Annabel ha ensuciado la pintura con su pincel!

Yo lo seguí con una mirada de furia. ¡Menudo alboroto por un poco de pintura! Pero estaba claro que me castigarían y, como mínimo, me enviarían al rincón. O, igual que en el hogar infantil, harían que los demás se burlaran de mí. Así que me saqué el pañuelo del bolsillo e intenté salvar la pintura estropeada.

Entonces se presentó allí la maestra. Yo estaba convencida de que me regañaría por lo de la pintura y vi el pañuelo sucio en mis manos, por lo que me reñiría la tía Margot. Sin embargo, en esa ocasión nadie me soltó ninguna reprimenda.

—Annabel, ven un momentito conmigo.

Me acerqué con un poco de miedo a la directora del hogar infantil. La tía Margot me dijo que fuese a buscar mi bolsa, luego me dio la mano y me sacó de la guardería. Regresamos juntas al hospicio, donde me hizo pasar a su despacho.

Estaba segura de que allí sí que me regañaría por lo de la pintura y empecé a prepararme, intentando trasladarme mentalmente a la casa donde había vivido con mi madre.

Por otro lado, también sentía una minúscula esperanza de encontrarla a ella tras esa puerta. Durante todo el camino no me había atrevido a preguntar, pero quizá esta vez sí se había cumplido mi deseo.

Cuando la puerta se abrió, allí dentro no me esperaba mi madre.

En el despacho había un hombre y una mujer. El hombre tenía el pelo oscuro y, tal como estaba de moda entonces, llevaba unas patillas muy grandes. La mujer tenía el cabello castaño y lo llevaba recogido con un coletero, lo que le daba un aspecto juvenil.

—Esta es Annabel —me presentó la directora.

Desde mi llegada al hogar, había perdido mi apellido. Pasé a ser Annabel nada más, incluso delante de desconocidos que tal vez fueran muy conscientes de que yo una vez había tenido madre.

—Annabel, estos son Elfie y Martin Hansen. Han venido desde Stralsund para llevarte con ellos.

¿Llevarme con ellos? Aquello me dejó tan descolocada que no me di cuenta de que los dos me sonreían con amabilidad.

—Pero ¿por qué? —pregunté—. ¿Por qué quieren llevarme con ellos?

Sin darme cuenta, apreté más la mano de la directora. Si me llevaban de allí, ¡mi madre no sabría dónde encontrarme!

—A partir de ahora vas a vivir con ellos. Serán tus nuevos papás.

—¡Pero yo ya tengo una mamá! —exclamé sin poder contenerme.

Padre no tenía, claro, porque el mío había muerto, pero hasta entonces tampoco lo había echado en falta; mi madre era todo lo que necesitaba.

Y de pronto se presentaban allí esos dos extraños, ¿y pretendían ser mis nuevos padres?

—¡Yo no necesito nuevos papás! —Me solté, obcecada, para echar a correr hacia la puerta.

La tía Margot me agarró, por supuesto.

—Disculpen a la niña, por favor. Todavía no ha superado del todo la situación —les dijo a los dos desconocidos, y luego me llevó al otro lado de la puerta—. Escúchame bien —me siseó—. ¡Tu madre no regresará nunca! Se ha ido al Oeste y a ti te ha abandonado aquí y punto. Le da igual lo que te pase.

Me la quedé mirando fijamente. Las lágrimas me inundaron los ojos. Eso no era verdad. ¡No me había abandonado! ¡Ella nunca haría algo así!

—Esas personas de ahí dentro quieren que seas su hija y deberías estarles agradecida por ello. Se ocuparán de ti, muy al contrario que tu madre. Ella no regresará jamás, ¡no hace falta que la sigas esperando! Así que ahora, cuando volvamos a entrar, te comportarás como es debido, ¿está claro?

El horror y la ira bullían en mi interior. ¿Que mi madre me había abandonado? Eso no podía creerlo. Aunque, por otro lado, ya había pasado casi un año y yo seguía en el hogar infantil. ¿No sería cierto que le daba igual lo que me pasase?

Asentí, aturdida, y dejé que me hiciera entrar de nuevo en su despacho.

Ya no recordaba qué más se habló allí, pero, al final de la conversación entre la tía Margot y los Hansen, quedó claro que me iría con ellos. A Stralsund.

La noche antes de partir me pasé todo el rato mirando el techo del dormitorio comunitario. A mi alrededor todos dormían, y una niña que se llamaba Kati protestaba en sueños de vez en cuando. Sin verla, sabía que era ella porque todos los demás dormían sin hacer ruido. ¿Tal vez profería esos sonidos porque también estaba triste? Sus gemidos sí sonaban bastante tristes, en cualquier caso.

No conseguía quedarme dormida, porque todo el rato me acordaba de que al día siguiente me marcharía del hospicio. De que me iría a Stralsund. ¡A Stralsund! Pero ¿dónde estaba eso?

En aquel momento, para mí el mar Báltico solo significaba una cosa: que mi madre no sabría nunca adónde me habían llevado. Si se presentaba buscándome, ¡jamás me encontraría!

Aunque, ¿y si la tía Margot tenía razón al pensar que le daba igual lo que me

pasara? Me resistía a creerlo, pero era cierto que en todo ese tiempo no había aparecido por allí.

De repente empecé a odiar por dentro ese «Oeste» al que se había marchado mi madre y al que no me había llevado con ella.

Cuando los Hansen vinieron a buscarme a la mañana siguiente para el «período de prueba», como lo llamó la tía Margot, levanté con valentía mi pequeña maleta infantil, en la que había metido también mi dibujo del molino de viento, y salí del dormitorio comunitario.

Si mi madre me quería de verdad, me dije, me encontraría aunque fuese en Stralsund.

Y por si acaso, como seguía creyendo en las hadas de los cuentos, les susurré a las palomas del árbol que le dijeran adónde me llevaban.

La mujer era muy simpática conmigo, y también era muy guapa, y el hombre que iba a ser mi nuevo padre, no, mi primer padre, me sonreía.

—Bueno, Annabel, ¿no estás contenta de ir a ver el mar? —me preguntó él—. Cuando lleguemos a casa, ¡te enseñaré unos barcos tan grandes que te quedarás de piedra!

La verdad era que esos barcos tan grandes me interesaban. ¡Quizá mi madre viniera a buscarme en uno de ellos!

Nos montamos en un Wartburg amarillo que estaba aparcado delante del hogar infantil y nos pusimos en marcha.

Me giré una última vez hacia el hospicio, pero no para despedirme de los niños que estaban junto a la valla, sino para pedirles en silencio a las palomas que se acordaran de mi deseo.

Aunque todavía era un poco pronto para llamar un sábado, marqué el número del vendedor del barco con el corazón palpitante.

Esperaba que saltara el contestador automático, pero tres tonos de llamada después respondió una voz de mujer. La señora me informó de que su marido no estaba en esos momentos y me pidió que lo intentara de nuevo más tarde.

Colgué y, nerviosa, empecé a mordirme la uña del pulgar. Detrás de mí borboteaba la cafetera. El aroma que salía de ella llenó la cocina y se abrió paso hasta mi mente.

Entonces empezó a sonarme el móvil. ¿Ya había vuelto el hombre? Me saqué el aparato del bolsillo a toda prisa. No, era el número de mi padre. Contesté y lo saludé.

—¡Eh, me alegro de oírte! —me dijo él—. Ya pensaba que se te había tragado la tierra entre Bremen y Rügen.

—No, papá, no te preocupes. Hemos llegado bien y ahora estamos instalándonos poco a poco.

No tuvo que hacerme ningún reproche; por el pequeño silencio que siguió, enseguida supe que debería haberlos llamado nada más llegar.

Vivía sola desde que tenía dieciocho años, llevaba mi propia vida, tomaba mis propias decisiones. Mis padres solo se entrometían cuando yo se lo pedía. Sin embargo, sí había una cosa que esperaban de mí: que llamara y les asegurase que Leonie y yo estábamos bien.

—Entonces, ¿te gusta el sitio?

—¡Huy, sí, mucho! —repuse.

La primera vez que había estado allí ya les hablé maravillas de la casa. Había visto el anuncio de un agente inmobiliario en el periódico por casualidad, y la idea de volver a trasladarme a la región donde había crecido me atrajo enseguida.

Mi padre, como el escéptico que era, se guardaba mucho de creer en mi entusiasmo hasta que llevara un tiempo viviendo allí y conociera el lugar de verdad.

—La habitación de Leonie tiene una vista preciosa de unos rosales silvestres maravillosos, y desde la ventana de mi despacho puedo ver el mar.

—Y los barcos —añadió mi padre—. Por allí hay, ¿verdad?

—Papá, ya conoces Binz —repuse con cierto retintín. Cierto era que no habíamos ido muy a menudo; para ser exactos, una única vez, poco antes de trasladarnos a Hamburgo. Sin embargo, él había pasado gran parte de su vida en Mecklemburgo—. Sassnitz queda muy cerca, así que aquí se ven toda clase de embarcaciones, desde veleros hasta barcos de arrastre.

Mi padre se echó a reír.

—Solo quería tomarte un poco el pelo.

Sopesé si aquel sería un buen momento para hablarle del pesquero, pero él se me

adelantó.

—¿Se ha despertado ya nuestro pequeño angelito? —preguntó.

—No, todavía duerme plácidamente.

Miré en dirección a la habitación infantil, que tenía la puerta entreabierta. La luz de la mañana inundaba el pasillo, pero de ahí dentro no salía ni un solo ruido.

—¿Qué tal está llevando el cambio?

—Muy bien, creo yo. Son otras cosas las que la entristecen. —Enseguida lamenté haber dicho nada, porque sería inevitable que mi padre hurgara en la herida.

—Todavía no ha superado lo de Jan, ¿verdad?

—Es probable que no lo supere nunca —repuse, y casi sentí cierto enfado. ¿Cómo podía nadie sobreponerse a la repentina desaparición de uno de sus padres? ¿A que ya no quisieran seguir ocupándose de ti?

Se me encogió el estómago. De repente, el olor a café recién hecho me pareció insoportable.

Nos quedamos unos instantes callados al teléfono. Mi padre no decía nada porque esperaba que fuese yo quien siguiera hablando, quien ofreciera una salida. Y yo no decía nada porque no me apetecía. No tenía forma de cambiar el hecho de que Jan no se interesara por su hija ni le importara lo mucho que lo añoraba la niña.

—Tal vez deberías llamarlo —opinó mi padre tras un silencio, con cautela.

Mis padres se quedaron destrozados cuando Jan y yo nos separamos, pero no habían intentado hacerme cambiar de opinión ni influir en la de él.

—Ayer mismo lo hice, de hecho, pero no contestó. Ya sabes lo difícil que es ponerse en contacto con él.

También en el pasado, cuando todavía teníamos algo parecido a un matrimonio, me costaba conseguir que me contestara al teléfono, porque siempre estaba en alguna reunión o tenía algún compromiso de negocios. De nada servía enviarle un mensaje de texto. A todo aquello que no le parecía importante se limitaba a no hacerle ningún caso.

—Mmm... —musitó mi padre, como siempre que no se le ocurría qué contestar. O, mejor dicho, cuando no quería decir lo que pensaba por consideración hacia mí.

En realidad opinaba que a Jan habría que cantarle las cuarenta y meterle a golpes en esa cabezota suya que hiciese el favor de estar disponible para la niña que había engendrado. Cada vez que decía algo así, yo me ponía hecha una furia, aunque sabía que mi padre jamás llegaría a las manos con nadie.

—Bueno, pero también tengo una buena noticia —seguí diciendo, porque no quería hablar más del tema.

—¿Y qué noticia es esa? —A mi padre todavía se le oía la rabia contenida contra Jan.

—He encontrado un barco en el puerto de Sassnitz. Se llama *Rosa del Viento*. Es un viejo pesquero que alguien reconvirtió en una embarcación para excursiones. ¿Te lo puedes creer?

—¿Que has encontrado un barco? —Con ese mismo tono podría haberme preguntado si de verdad había visto marcianos en el jardín delantero—. ¿Qué quiere decir eso de que has encontrado un barco? ¿Es que buscabas uno?

—No, en realidad no. Pero lo vi mientras estaba visitando a un cliente. Miré por la ventana de su despacho y lo vi allí abajo.

Silencio. Mi padre estaba sorprendido.

—Hola, papá, ¿sigues ahí?

—Pues claro, solo que me pregunto cómo se te ha ocurrido interesarte por un barco.

Bueno, la verdad es que ni yo misma podía explicármelo del todo. Solo estaba aquel sueño mío de escaparme en un barco navegando hacia la libertad.

—Ha sido amor a primera vista, creo —repuse—. Imagínate la de cosas que podrían hacerse con una embarcación así.

—Huy, sé muy bien lo que puede hacerse con una embarcación así, pero eso quiere decir... ¿que quieres comprarlo? —Seguro que era lo último que había esperado.

—No lo sé —contesté—. Tal vez. Podría buscarme una segunda fuente de ingresos si abro una cafetería flotante. O un barco para eventos culturales. Algo que todavía no exista por la zona.

—Sin duda sabrás que a la gente a veces le cuesta un poco eso de la cultura —comentó mi padre, dándome qué pensar.

—Pero no cuando está de vacaciones. Y tampoco es que todos los autóctonos sean unos zotes sin intereses culturales. Nosotros no lo éramos cuando vivíamos en Stralsund.

—Aquellos eran otros tiempos. Sin teléfono móvil ni el ruido constante del televisor encendido.

—Aun así, sigue habiendo personas capaces de no dejarse arrastrar por todo eso. —Respiré hondo—. Bueno, ¿qué te parece? ¿Estaría bien para mí?

—Mmm... —dijo mi padre—. Un barco como ese conlleva una responsabilidad, ya lo sabes. Y será caro. Necesitas dinero para sacar adelante tu nueva vida. Pero, por otro lado, siempre estoy a favor de que una persona aproveche la oportunidad de hacer realidad sus sueños. Sobre todo si se trata de mi hija. Deberías tener muy claro por qué lo quieres y qué pretendes hacer con él. Ya sabes que aquí tienes a alguien que sabe de barcos y que se muere de ganas por ayudarte, si tú quieres.

—¿Ah, sí? ¿Quién? —repuse en broma, puesto que tenía muy claro que él estaría a mi lado, fuera cual fuese la locura que se me ocurriese cometer.

Mi padre resopló, pero enseguida contestó con una voz en la que no pasaba desapercibida una sonrisa.

—A por ello, moza. ¡No desfallezcas!

—Eso puedes darlo por hecho —le aseguré, y después colgué el teléfono.

Acto seguido volví a marcar el número del propietario del barco y esperé que esta

vez sí estuviera en casa.

En efecto, descolgaron después del tercer tono y en esta ocasión contestó una voz masculina.

—Ruhnau, dígame.

Me estremecí. La voz sonaba oscura y un poco hosca. Aquel hombre parecía ser un viejo lobo de mar que quizá se extrañase de que una mujer quisiera comprar el barco.

—Buenos días, me llamo Annabel Hansen y he visto en internet que quiere vender el *Rosa del Viento*, que está en Sassnitz.

—Así es. La jornada de visitas será el lunes por la mañana, si quiere venir.

¿Una jornada de visitas? ¿Como en la compra de una casa?

Eso también quería decir que no era la única interesada en el barco. Me habría encantado preguntarle cuánta gente asistiría, pero me mordí la lengua.

—¿A qué hora? —pregunté, en cambio.

—A las diez —me informó el hombre, que por lo visto no tenía muchas ganas de entablar conversación.

Anoté la hora y le di las gracias. Cuando colgué, me quedé mirando la nota.

El lunes. De manera que todavía tenía todo el fin de semana para reflexionar sobre lo que quería, y sobre si ese barco podría proporcionarme tal vez la tranquilidad de espíritu que deseaba.

8

El lunes por la mañana, me senté en un pequeño banco con una taza de café en la mano a ver cómo despertaba el puerto de Sassnitz. Poco a poco iban llegando vehículos al gran aparcamiento. De ellos se apeaban hombres vestidos con un mono azul y calzado de trabajo. En uno de los almacenes había cajas de pescado vacías esperando a que las cargaran en los barcos. Una cuadrilla de obreros de la construcción estaba renovando uno de los edificios del puerto. A lo lejos murmuraban las grúas que desembarcaban la carga de un gran barco.

El pequeño centro comercial de las inmediaciones del muelle todavía estaba cerrado. Las tiendas ofrecían recuerdos y ropa, sobre todo artículos de baño para los días cálidos e impermeables para los días más fríos. Tal vez me pasara con Leonie por allí en algún momento.

Su primer día en la guardería había resultado menos problemático de lo que yo creía. Mi hija era bastante reservada por naturaleza, y más aún con desconocidos. Sin embargo, cuando nos plantamos ante la puerta de la guardería Seestern de Binz, un par de niños la saludaron desde la ventana y, mientras yo hablaba con la maestra, una pequeña salió y se llevó a mi hija de la mano. Las dos desaparecieron en la sala de juegos y, aunque sentí una leve punzada, también me alegré de que la acogida fuese tan buena. A saber, tal vez acababa de comenzar una bonita amistad. Esperaba con todo mi ser que Leonie encontrase amigos que consiguieran distraerla un poco de la inquietud que sentía respecto a su padre.

Alcé la vista justo cuando un hombre pasó por delante de mí. Llevaba una americana de pana y una gorra azul de marinero. Caminaba con paso pesado, con las manos hundidas en los bolsillos de la americana, y bajo el brazo sujetaba una carpeta negra. Estaba convencida de que era el propietario del barco. Andaba como alguien que quiere librarse de una carga. ¿Sería mi oportunidad?

Habría podido correr tras él, pero decidí esperar mientras me terminaba el café. Cuando alguien mostraba demasiado interés por una cosa, lo único que conseguía era que aumentara el precio. Además, todavía faltaba una hora larga.

Durante el fin de semana, tal como me había aconsejado mi padre, le di muchas vueltas a la posible compra del barco. Evidentemente, era una gran cantidad de trabajo la que me caería encima, y seguro que el esfuerzo económico tampoco sería despreciable. Sin embargo, mientras repasaba todas las eventualidades, vi con claridad lo mucho que deseaba hacerme cargo de un nuevo proyecto. Algo que no estuviera relacionado con mi antigua vida en Bremen.

Esa mañana, al despertarme, supe que iría a echarle un vistazo al *Rosa del Viento* y que ocuparme de él tal vez conseguiría evitar que volviera a darle tantas vueltas al asunto de mi madre biológica.

Así que allí estaba.

Media hora después, el vaso de café estaba ya en una papelera y los primeros interesados empezaban a llegar. Un hombre con pantalones de pana y botas de goma, de unos cincuenta años de edad y con evidente experiencia en lo que a barcos se refería. Otro, algo más joven, con cazadora vaquera y pantalones de trabajo azules. Uno más, también con botas de goma e impermeable, y también un surfista que parecía algo aburrido. Dos señores con camisas de cuadros y cazadoras; los dos habrían podido pasar por gemelos. Ni una sola mujer.

Y nadie parecía esperar tampoco que yo me uniese a su comitiva.

Aunque tenía el corazón en un puño, me puse de pie y me encaminé al embarcadero.

¿Cómo mostraba uno su interés por comprar un barco? Había oído contar a conocidos que, en las jornadas de visitas de pisos, había quien intentaba meterse en el bolsillo al vendedor con palabras bonitas. En mi caso, nunca había necesitado presentarme como una inquilina ejemplar, mis pisos siempre los había conseguido con mayor o menor suerte y por casualidad. Y, de pronto, allí estaba: sin ninguna experiencia en adulación. Aunque ¿podría resultar eso ventajoso?

Dos de los posibles compradores habían entablado conversación y la interrumpieron cuando me acerqué a ellos. También los demás se me quedaron mirando. Solo el surfista siguió con la mirada fija en su teléfono móvil sin darse cuenta de mi llegada.

Saludé al grupo y metí las manos en los bolsillos de la cazadora. Me sentía incómoda. Los rostros de esos hombres se preguntaban claramente qué se me había perdido a mí allí. Intenté no hacer caso, me puse a mirar la inscripción del nombre del barco y me concentré en las marcas de algas que había sobre la pintura desconchada.

Enseguida los dos hombres retomaron su conversación y los demás me dejaron en paz. Levanté la mirada, pero el dueño, o el vendedor, no estaba por ninguna parte. ¿Esperaba a más gente aún?

Miré hacia un lado. Alguien más se acercaba deprisa al barco con largas zancadas. Llevaba traje, como si fuese banquero o tuviese una comida de negocios; aunque había prescindido de la corbata, su vestimenta parecía una armadura.

Cuando llegó, por encima de ese atuendo tan envarado distinguí una cara simpática, algo angulosa y con barba de tres días que estaba enmarcada por unos rizos castaños. Sus ojos azules relucían ya desde lejos. Era, sin lugar a dudas, el hombre más atractivo de todo el amarradero. Y en cierta forma me resultó familiar. ¡Sí, era el hombre al que había visto cuando me acerqué al *Rosa del Viento* con Leonie! Aquel día iba vestido como un estibador. ¿De dónde salía de pronto ese traje?

Su mirada se detuvo en mí un momento sin dar muestra alguna de reconocerme. Seguro que solo se preguntaba qué hacía allí una mujer. Luego se acercó a los demás.

Seguí mirándolo unos instantes, pero él no me hacía caso. Un barco a la venta no era un garito de ligoteo y, por su aspecto, seguro que estaba casado o tenía una relación estable. Lo de llevar siempre puesto el anillo ya no era algo tan habitual.

Volví a mirar al frente, donde el hombre de la americana de pana azul se irguió y

consultó la hora en su reloj de muñeca. Yo había estado tan concentrada en la contemplación del hombre de traje que ni lo había visto aparecer. Carraspeó y anunció:

—Doy por hecho que ya estamos todos aquí. —Como nadie dijo ni que sí ni que no, siguió hablando—: Me llamo Heinz Ruhnau y soy el dueño del barco. Por lo menos de momento. —Alargó los brazos. En la mano izquierda sostenía la carpeta que antes le había visto bajo el brazo—. Me alegro de que hayan venido a echarle un vistazo a este precioso cascarón. El *Rosa del Viento* se construyó en 1940 en Hamburgo, en principio como pesquero, pero luego se le retiraron los aparejos de pesca y el barco se utilizó como embarcación bélica para dragar minas. Después de la guerra se transformó en un barco de recreo y se trasladó a Timmendorfer Strand.

El hombre relataba los hechos de una forma completamente desapasionada, pero yo, con mi imaginación, iba viendo cómo botaban el barco con los mejores deseos y el casco entraba por primera vez en el mar. Cómo, en lugar de sacar redes llenas de peces, dragaba minas y tal vez recibía daños durante el bombardeo de Hamburgo. Y cómo llegaba el final de la guerra y entonces recibía un cometido del todo pacífico.

—En realidad, me encantaría volver a acondicionar el barco yo mismo, pero por desgracia mi mujer ha enfermado y ahora necesitamos reunir dinero para reformar la casa. —Soltó un hondo suspiro.

Noté que no le resultaba fácil separarse de la embarcación. Estaba claro que el destino podía jugar malas pasadas.

—Aun así, espero que en alguno de ustedes encuentre un buen propietario que le ayude a recuperar su viejo esplendor.

Tras esas palabras comenzó la visita por las cubiertas de proa y de popa, la cabina del capitán, la sala de máquinas y la cabina de pasajeros.

—El barco tiene veinticuatro metros de eslora y seis de manga, cuenta con un motor diésel de doscientos veinte caballos que, cuando esté reparado, alcanzará nueve nudos. Los demás detalles técnicos los encontrarán en la hoja informativa que les entregaré al salir —nos comunicó Ruhnau.

Yo había contado con que le harían preguntas, pero aquellos hombres parecían un tanto pasmados. Y con razón, porque el paso del tiempo había hecho mucha mella en el barco. Prácticamente podía oír los suspiros de mi padre como si estuviese allí. Muchos de los cabos estaban dañados, el suelo de la sala de máquinas tenía manchas de aceite para dar y tomar, el motor ofrecía una triste estampa. La sala de pasajeros había perdido su antiguo esplendor. Por todas partes había algo desconchado o astillado.

—Pueden echar un vistazo con tranquilidad —dijo el propietario cuando terminó la visita—. Nos encontraremos fuera más tarde, por si tienen alguna pregunta o quieren saber el precio de venta. —Dicho eso, se retiró.

Yo miré a los demás. ¿Qué era lo que se hacía cuando querías comprar un barco? Aunque mi padre había trabajado en astilleros y yo había crecido entre embarcaciones, no sabía muy bien qué era lo que tenía que buscar, así que seguí a

quienes me pareció que eran más entendidos y saqué fotos con el móvil, ya que, si había un juicio experto del que me fiaba, era del de mi padre.

Con mi ojo profano solo vi dos cosas: primero, que sería muy caro volver a acondicionarlo todo. Bancos de asiento, pintura, ventanas, suelos..., habría que renovarlo por completo. También oí refunfuños de disgusto por parte de los entendidos en cuanto al motor y los aparejos.

Segundo: me di cuenta de que ese pesquero, una vez estuviese restaurado, sería precioso, y de que todavía le quedaba mucho antes de acabar en un cementerio de barcos, como había mascullado uno de los posibles compradores cuando entramos en la sala de máquinas. Ese hombre desapareció enseguida, por suerte, y casi todos los demás siguieron su ejemplo. Algunos hicieron gestos negativos con la mano, resignados, otros parecían indecisos.

Les cedí el paso a todos ellos, puesto que quería ver el barco una vez más yo sola. Por fortuna, también el hombre atractivo del traje había salido, así que me coloqué en el centro de la cabina de pasajeros, intenté no hacer caso de los muchos e increíbles olores que habían impregnado la madera con el paso de los años y miré a mi alrededor. En una pared seguían pegados los restos de un viejo póster que anunciaba una marca de limonada. El tapizado de los asientos era de una tela gruesa y de rayas color naranja. En algunas de las mesas había cosas grabadas. Descubrí un corazón con una flecha y la inscripción de «Susi + Peter», además de un ancla y otros garabatos que habían quedado indescifrables.

¿Qué no habría visto ese barco? ¿Había vivido también la guerra? ¿Se habían decidido en él los destinos de muchas personas? Seguro que sí. Y todo ello bien contado se convertiría en un maravilloso trasfondo que resultaría ideal para publicitarlo.

Cuando bajé a tierra firme, vi al hombre del traje. Él y yo éramos los únicos, junto al dueño de la embarcación, que seguíamos allí. ¿Acaso los demás no estaban interesados en comprarlo?

Cuando el hombre del traje me vio, se acercó a mí.

—¿Y bien? ¿Qué le parece?

Lo miré, sorprendida.

—Que es un barco muy bonito.

—¿O sea que quiere comprarlo? —Ladeó un poco la cabeza, como si pretendiera leerme el pensamiento.

—Depende del precio. Pero, si es aceptable, ¿por qué no?

Me puse algo tensa. Por muy atractivo que fuese ese tipo, con tantas preguntas empezaba a resultarme algo antipático.

—¿Y por qué quiere usted el barco? —insistió mientras hundía las manos en los bolsillos del pantalón. Por lo visto no pensaba dejar que le arrebataran la compra.

Me habría gustado soltarle que eso no era asunto suyo, pero mi instinto me dijo que era mejor mantenerme calmada y ecuánime con él.

—Me gustaría convertirlo en una cafetería —contesté con franqueza, aunque un

instante después él consiguió que lo lamentase.

—¿Y por qué no abre una en tierra firme? —preguntó con tono de burla.

Sus palabras me llenaron de rabia. ¿Quién se había creído que era? ¿Mi asesor empresarial?

—En tierra firme ya hay muchas cafeterías, sería una locura comercial abrir otra. —Lo miré con actitud desafiante.

—Por el agua ya navegan barcos de recreo a montones. Y con «servicio de comidas».

Dicho por él, sonó como si fuesen botes queapestaban a grasa rancia y chucrut, donde los clientes volvían a ofrecerle la comida a Neptuno nada más ingerirla, porque esos cascarones eran incapaces de mantenerse estables sobre las olas.

Muchos años atrás, mis padres me habían llevado una vez en una de esas excursiones y, si no había acabado asomada por la borda como los demás pasajeros, solo podía agradecerse a la entereza de mi estómago.

—No sería lo mismo, créame —repliqué—. Además, no pienso hacer navegar a la gente entre patatas salteadas y huevos fritos. Mi intención es que en este barco haya también cultura. Cultura de verdad, no leyendas sobre el pirata Störtebeker ni sobre supuestos ciervos blancos.

Justamente esa leyenda se me había quedado grabada en la memoria porque fue en aquel instante cuando la gente empezó a salir corriendo en manada hacia la barandilla.

—Bueno, son leyendas muy queridas por aquí.

—Pero a veces llega el momento de cambiar las cosas. —Me crucé de brazos. Estaba bastante molesta por haberme dejado llevar y haberle desvelado más de lo que había sido mi intención—. Y usted, ¿qué quiere hacer con el barco? —contraataqué.

—Eso es cosa mía, no le interesa a nadie —contestó con una sonrisa de suficiencia.

En ese momento me habría gustado saltarle a la cara y arrancarle esa barba de tres días, pero entonces apareció el propietario.

—Por lo que se ve, siguen ustedes aquí —constató.

—Sí, y por lo que se ve, tampoco tenemos pensado marcharnos hasta que nos diga el precio de venta —repuso mi competidor, y luego me miró.

Intenté que no se me notara el enfado por la forma en que me había sonsacado información.

—El precio base del barco es de veinte mil —anunció el dueño casi como de pasada mientras nos ponía una hoja en la mano a cada uno—. Si quieren aumentar la oferta, desde luego, queda a juicio de ustedes.

En ese momento me sentí como si alguien hubiese retirado los tablones que pisaba. ¡Veinte mil euros! Bueno, el barco era especial, sí, pero estaba en muy mal estado y, con sinceridad, yo había previsto unos diez mil tirando por lo alto. Eso ya habría sido una suma exorbitante, pero ¿para qué, si no, enviaban los bancos esas

cartas en las que te conceden créditos de cantidades por el estilo?

Luché un instante por serenarme y al fin logré recuperar la compostura. El tipo que estaba a mi lado no debía intuir bajo ningún concepto que me faltaban medios económicos. Él, por su lado, acogió el precio de venta con una inclinación de cabeza informal. Quizá habría reaccionado de la misma forma aunque la cantidad hubiese sido más elevada.

—En caso de que alguno de ustedes se decida por la compra del barco, puede ponerse en contacto conmigo durante esta semana. Quien me haya hecho la oferta más alta se lo lleva.

¿La oferta más alta? ¿Es que tenía más interesados aún? ¿Realizaría más visitas guiadas?

Me invadió el pánico.

—Muy bien —dijo el hombre del traje, y le tendió una mano jovial al propietario—. Le llamaré sin falta.

Luego me dirigió una breve mirada y se marchó.

Yo seguía inmóvil, como si acabasen de echarme un cubo de agua por la cabeza.

—¿Alguna cosa más? —preguntó el propietario, que por dentro sin duda esperaba que me diera por vencida y me fuese de una vez.

El del traje le había caído mucho mejor, al parecer.

—No, yo... —empecé a decir, tartamudeando—. Solo querría saber hasta qué hora puedo llamar para que, tal vez, pueda adjudicarme la venta. —Sentí escalofríos subiéndome por la espalda. Con la tranquilidad que había demostrado mi rival, el pesquero no podía interesarle ni la mitad de lo que a mí.

—Antes de las seis de la tarde estaría bien. Después tengo que marcharme. Si llama antes de esa hora y su oferta es más alta que la del caballero, el próximo lunes podrá recoger el barco. —Y dicho eso, se despidió con un movimiento de cabeza y se alejó a grandes pasos por el embarcadero.

Me lo quedé mirando un momento y luego me volví hacia el *Rosa del Viento*.

Me habría gustado pensar algo como: «Vieja dama, no te preocupes, que te rescataré», pero esa era una promesa que no podía hacerle.

Puesto que mi despacho todavía no era tal, al regresar me instalé en el salón, donde algunas cajas esperaban que las vaciara. Coloqué el portátil en la mesita de café y me hundí en el sofá con una postura no demasiado buena para la espalda, pero tenía pensado encargar todo el mobiliario del despacho al día siguiente. Me habría encantado poder quedarme con los muebles de Bremen, pero no eran míos, sino del propietario del despacho. Era extraño, pero en Bremen, por alguna razón, no había querido acumular posesiones después de que Jan me dejara, como si ya hubiese sabido que no me quedaría mucho tiempo allí.

Durante las horas siguientes estuve dándole vueltas a la campaña publicitaria del hotel. Los pilares básicos ya los tenía, solo me faltaba concretar un poco más. En

realidad, esa parte no era ningún problema para mí. Sin embargo, el *Rosa del Viento* no hacía más que colarse en mi pensamiento.

Veinte mil euros por un barco de ese tamaño era, a primera vista, relativamente poco, pero en un segundo examen se hacía evidente que resultaba demasiado para una madre divorciada que después tendría que invertir otra cantidad como mínimo igual para la restauración y la remodelación.

La pensión que me pasaba Jan me dejaba en una buena situación económica, y Hartmann también me pagaría un buen pellizco por la campaña, pero ese era un dinero del que tendría que vivir hasta que diera con el siguiente gran encargo. De ahí tendría que pagar el alquiler, la luz y el agua, los impuestos, la guardería, también la comida y cualquier otra cosa que surgiera. Siendo sincera, ni siquiera podía reunir el precio base sin incurrir en un riesgo.

Y luego, además, estaba mi competidor. Esta vez el hombre no me había parecido un marinero andrajoso, sino alguien con pinta de poder aflojar el bolsillo sin inmutarse. ¿Qué era? ¿Un chatarrero que tenía pensado sacar ganancias con el desguace del pesquero? En todo caso, no me había dado la sensación de que quisiera hacer nada útil con él. Más bien parecía alguien que se encargaba de que joyas como el *Rosa del Viento* —o por lo menos las partes que no podían venderse— acabaran en cementerios de barcos anónimos, descuartizadas por potentes tenazas hidráulicas.

Entonces me sonó el móvil y volví a la realidad. El número de Hartmann apareció iluminado en la pantalla.

—Hansen, diga —contesté.

—Me alegro mucho de oírla. ¡Soy Hartmann! —saludó mi jefe con voz cantarina. Por lo visto estaba de muy buen humor.

—La alegría es toda mía —repuse yo, no con total sinceridad, pero aun así sonriendo, de modo que seguramente también le parecí animada—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Habría contado con cualquier cosa menos con lo que me anunció Hartmann.

—¡Se va a quedar boquiabierta! ¡Hemos encontrado un álbum con fotografías históricas! —Lo dijo como si fuera un catedrático de arqueología que acababa de dar con el fragmento de loza decisivo—. ¿Por qué no se pasa por aquí para que podamos echarles un vistazo juntos? —No le hizo falta añadir: «¿Esta noche?», pero las palabras flotaron de forma patente en el aire.

Ya me estaba oyendo decir que en realidad era mejor que me enviase el álbum cuando quisiera, pero al mismo tiempo cobré conciencia de que ese hombre era mi único cliente. Pedirle que me lo mandara no sería motivo para que me despidiera, pero sí era una enorme descortesía por mi parte.

—Con mucho gusto —respondí—. Dejo a Leonie en la guardería sobre las nueve, ¿qué le parece si nos vemos mañana a eso de las diez?

Oí cómo Hartmann pasaba las hojas de su agenda.

—¿Y le iría bien sobre las dos de la tarde?

—¡Por supuesto! —repuse, porque así podría despedirme a las cuatro como muy

tarde, que era la hora a la tenía que ir a recoger a mi hija a la guardería.

—Trato hecho —dijo él—. Entonces, ¡hasta mañana a las dos!

Cuando colgó, respiré hondo. Necesitaba más clientes con urgencia, por seguridad tanto para nosotras como para mi empresa. Y necesitaba dinero para el barco. Tenía que ponerme ya mismo a buscar encargos nuevos.

—¿Te ha gustado la guardería, cielo? —le pregunté a mi hija mientras le tendía la chaqueta.

Todavía había por allí unos cuantos niños jugando con bloques de construcción. Leonie incluso parecía tener ganas de quedarse un poco más.

—¡Muchísimo! —contestó—. He jugado con Janine y con Lukas y con Claudia.

¡Tres nuevos compañeros de juegos! Quién lo habría dicho.

Le sonreí a la maestra, que justo entonces cruzó la puerta. Nicole era una cuidadora de guardería de manual, alta, algo regordeta, con el pelo rizado y pecas. La clase de mujer que a un niño de cinco años le encantaría tener como tía.

—¡Hola, señora Hansen! —me saludó, y le sonrió a Leonie—. ¡Bueno, pues ya hemos superado el primer día!

—Y, por lo que parece, ¡con nota!

Estaba orgullosa de mi hija. En Bremen, a veces lo habíamos pasado mal cuando los padres de otros niños se enteraban de nuestros problemas conyugales. Al final, cuando las peleas entre Jan y yo culminaron en la separación, dejé de llevar a mi hija allí, porque no quería exponerla a las preguntas de los demás niños. En cambio, sus nuevos compañeros, por suerte, no sabían nada de lo que había ocurrido en nuestra familia.

—Mmm, ¿podría hablar un momentito a solas con usted? —me preguntó Nicole de repente.

Yo no imaginaba a qué podía venir aquello y me la quedé mirando con sorpresa. ¿Qué tenía que comentar conmigo?

—Sí, desde luego. —Miré a Leonie—. Enseguida vuelvo.

Mi hija asintió con ganas y se puso a jugar con los cordones de sus zapatos para deshacer el lazo y volverlo a anudar.

Acompañé a la maestra a la sala comunitaria, donde había dos niños jugando con unos cochecitos y gritando cada vez que los hacían chocar. Aunque quizá fuese mejor así, porque de ese modo nadie oyó cómo le preguntaba:

—¿Ha pasado algo?

La maestra se mordió el labio inferior. Era evidente que no sabía cómo abordar el tema.

De repente sentí una piedra grande como un puño en el estómago e intenté reprimir la sensación de *déjà-vu* que nacía en mí, ya que en Bremen había tenido bastante a menudo esa clase de conversaciones con las maestras.

—No, no, no ha pasado nada —dijo por fin Nicole—. Pero es que Leonie..., en el

corro de preguntas ha..., ha reaccionado con bastante susceptibilidad.

Enarqué las cejas.

—¿Y eso?

—Bueno...

Las mejillas de Nicole se tiñeron de un intenso rubor. Aquella conversación le resultaba a todas luces incómoda. Por si acaso, me preparé para aguantar lo que fuera que tuviera que decirme.

—Es sobre su padre... En el corro de la mañana siempre hablamos de lo que han hecho los niños durante el fin de semana. Como Leonie es nueva, primero hemos querido saber un poco más sobre ella, claro. Y cuando ha salido el tema de su padre...

Algo frío me subió por la espalda.

—Ya les dije que mi marido y yo estamos divorciados —repuse, y me obligué a mantener la calma. No se habrán burlado de Leonie porque su padre no viva con nosotras, ¿verdad? ¿O quizá sí?

—Sí, nos lo dijo, y por eso he intentado ser todo lo cuidadosa que me ha sido posible, pero entonces una niña de la clase le ha preguntado por él y por qué ya no vivía con ustedes. —Agachó la cabeza, avergonzada—. Y Leonie se ha echado a llorar.

Me volví para mirar a mi hija, que seguía sentada en su banco, obediente, toqueteando el cierre de su bandolera.

—¿Ha sido alguna de sus compañeras de juegos?

Nicole negó con la cabeza.

—No, otra niña. Leonie se ha negado a jugar con ella durante todo el día.

Pero a Nicole no era eso lo que le preocupaba.

—En fin, querría saber... cómo le gustaría que tratásemos esto —dijo.

Me la quedé mirando como si acabara de hablarme en chino.

—¿A qué se refiere?

—¿Qué quiere que hagamos si la cosa vuelve a llegar tan lejos? —preguntó entonces, algo más segura esta vez—. Se ha puesto a llorar de una forma tan desconsolada que no había forma de tranquilizarla.

—Bueno, es que todavía hace pocos meses de la separación. Echa mucho de menos a su padre.

—Nos ha dicho que su papá no la quiere y que no quiere verla.

Ahora sí que tuve que respirar hondo. No es que nuestras relaciones familiares fuesen de la incumbencia de la maestra, pero podía entender que se preocupara si mi hija lloraba desconsolada y luego, como explicación, soltaba semejantes verdades.

—Hace algún tiempo que su padre no se pone en contacto con nosotras —expuse con el corazón en un puño.

Me costaba mucho hablar con desconocidos sobre lo que ocurría en nuestra casa. El divorcio ya había sido bastante malo de por sí, pero el comportamiento posterior

de Jan siempre resultaba incomprensible, y por desgracia era yo quien recibía esa incomprensión y quien, además, tenía que dar largas y enrevesadas explicaciones, a pesar de que se trataba de una mala conducta por parte de mi exmarido.

—¿Él está bien?

—Sí, creo que sí. La verdad es que yo tampoco sé demasiado de su vida, pero al menos sigue pagando la manutención todos los meses.

—¿Y no hace uso del derecho a custodia?

Me volví de nuevo hacia Leonie. Por suerte, estaba lo bastante lejos para no poder oírnos. Aun así, bajé la voz por si acaso.

—No, no lo hace, pero tampoco me extraña. Ya dejó muy claro ante el juez que solo se ocuparía de nosotras en la parte económica. Cosa que hace muy bien, la pensión llega con puntualidad y aumenta cuando corresponde. —Hice una pausa y me oí decir algo que todavía no le había dicho a ninguna maestra ni a ninguna canguro—: Pero, por desgracia, el dinero no puede mitigar lo mucho que lo añora mi hija. He intentado localizarlo, pero ¿qué le voy a hacer si no me contesta al teléfono? ¿Si no responde a mis mensajes? En fin, si hubiese algo urgente o grave, seguro que me devolvería la llamada, pero que su hija lo eche de menos no es lo bastante urgente para él.

El rostro de la maestra se transformó de golpe. Habitualmente la gente mostraba compasión, yo veía incomprensión en sus miradas, aunque no hacia mí.

—Hombres —siseó bajando tanto la voz que casi pareció que ni yo misma debía oírlo. Luego añadió—: Está bien, así ya estoy al corriente y me esforzaré por que no vuelva a salir el tema.

Casi sonó como si a partir de entonces Leonie fuese a recibir un trato especial. Aunque seguro que no era la única hija de padres divorciados de la guardería.

—Es muy amable por su parte, pero sin duda no podrá controlarlo siempre, porque los niños que ya lo han oído lo contarán en sus casas y en algún momento oirán a sus padres comentar algo y volverán a sacar el tema. Los niños hablan también fuera del corro. Limítese a estar vigilante por si alguien dice algo, e intente consolarla. Ya sé que tiene mucho que hacer, pero no le hago más que esa petición.

La maestra asintió con la cabeza.

—Está bien.

—Y, en caso de que haya problemas mayores, llámeme, por favor. Si hiciera falta, vendría a recoger a Leonie. Aunque yo creo que se adaptará bien. Me ha hablado de sus compañeros de juegos.

Entonces la maestra volvió a sonreír, visiblemente aliviada, según me pareció.

Me despedí de ella y fui a buscar a mi hija.

—¿Te apetece una pizza? —le pregunté, y a ella se le iluminó la cara.

Si la maestra no me hubiera dicho nada de que había estado llorando, yo ni siquiera lo habría sospechado.

—¡Ay, sí! —exclamó, y me echó los bracitos alrededor del cuello.

—Y luego te contaré cómo me ha ido con ese barco que he ido a ver hoy.

Los ojos de Leonie se abrieron como platos.

—¿Qué barco era? ¿Ese que vimos el otro día?

—Sí, exacto. ¡Y tal vez pronto puedas montarte en él! Venga, que te enseñaré un par de fotos.

En el coche, la senté en su silla infantil pero no arranqué enseguida, sino que me instalé a su lado y saqué el móvil. Tal vez el *Rosa del Viento* consiguiera animarla un poco. Tal vez gracias a ese barco pudiéramos dejar al fin atrás nuestros problemas.

Me encontraba en un andén iluminado de azul, con una maleta anticuada, esperando el tren. Llevaba retraso, pero yo no quise ir a buscar un café, como los demás, sino que me quedé allí plantada.

De repente apareció una figura en el andén de enfrente. Yo solo podía ver que se trataba de una mujer, y de pronto supe que era mi madre. Miraba hacia mí, así que intenté hacerle señales, pero no podía levantar el brazo porque llevaba esa maleta tan pesada y voluminosa encadenada a la muñeca. Quería ir con ella, pero entonces llegó un tren que me cerró el paso. Cuando se fue, mi madre ya no estaba; por lo visto no me había reconocido.

Desperté cuando una melodía se coló en mis sueños confusos. Tardé varios segundos en recordar dónde estaba. Fueron los destellos de luz que iluminaban el oscuro salón lo que me hizo comprender que me encontraba en nuestro nuevo hogar y que por lo visto la película de la noche no era tan entretenida como yo había esperado. Las últimas líneas de los títulos de crédito se leían en la pantalla.

Algo atontada, me levanté del sillón, busqué a tientas el mando a distancia y apagué el televisor. Después hice lo propio con la luz y me fui a mi dormitorio. Por el camino me asomé una vez más a ver a Leonie. Mi princesita dormía profundamente con su conejito de peluche atravesado sobre la barriga.

No me había contado lo ocurrido en la guardería. En lugar de eso, se había entusiasmado haciendo planes sobre lo que podríamos hacer con el barco. Y como era una niña a la que no le entraba en la cabeza reprimir ningún deseo, también me había dicho que con el barco iría a buscar a su padre y se lo traería aquí.

La vi tan contenta que le prometí comprarlo, aunque no sabía si conseguiría el barco, o si tendría muchas ganas de ir navegando en busca de Jan.

Unos minutos después, mientras la fresca tela del pijama iba entrando poco a poco en calor sobre mi piel, comprendí que mi cuerpo ya debía de haber descansado bastante. Las imágenes oníricas volvieron a aparecer. Mi madre en el andén contrario y mi intento desesperado de llegar hasta ella. El peso de mi muñeca, que me lo impedía. Todo ello provocó una sensación amarga en mi fuero interno.

Demasiado bien conocía ese lastre interior. Sin embargo, ¿bastaría con sacudírmelo de encima para conseguir encontrar a mi madre? ¿Me reconocería ella?

Me dije que todo eso eran tonterías. Solo una quimera, igual que los sueños de mi infancia. Aquello no era más que una variación.

A pesar de mantener los ojos cerrados y concentrarme en escuchar los susurros del viento para intentar reprimir ese estúpido sueño, ya estaba completamente despierta. Pocos minutos después volví a levantarme. Las 3.28 de la madrugada, según me informaron los números rojos de mi despertador digital.

Algo tiraba de mí, una fuerza inexplicable. Como la luna cuando daba lugar a las mareas. Me puse el chándal y salí de casa.

Al llegar a la playa, el plateado rayar del alba en el horizonte salió a mi encuentro. El viento era fresco pero suave, el murmullo de las olas sonaba atenuado. Por lo visto era el único ser viviente que se paseaba por la playa a esas horas. Casi todas las luces de los hoteles estaban apagadas, solo aquí y allá destellaba alguna, perdida en la noche. Las farolas del puente de la isla daban la sensación de ser indicadores de un camino en la oscuridad.

Me senté en una de las rocas y apreté las rodillas contra el pecho. No me apetecía meter los pies en el agua helada.

Sentía en mi interior un ardor tal como si me hubiese bebido diez tazas de café.

Intenté imaginar mi barco echando el ancla junto al puente para recoger a los pasajeros. La sala interior inundada por el aroma del bizcocho caliente, la tarta de chocolate y el café, y un guitarrista tocando canciones conmovedoras mientras, al fondo, un escritor nervioso preparaba sus textos.

¿Conseguiría que saliera algo de todo ello? Deseaba ese barco como ninguna otra cosa.

Pero ¿de dónde sacaría el dinero? No tenía avales para pedir un préstamo tan grande. A esas alturas ya no estaba segura de poder conseguir ni siquiera un crédito de diez mil euros.

Mis padres no podían ayudarme, necesitaban su dinero para ellos, sobre todo ahora que mi padre había reducido la jornada laboral con la prejubilación; los astilleros, por desgracia, estaban de capa caída. Y mi madre tampoco ganaba demasiado con su trabajo de secretaria.

Jan podría ser una opción, pero la descarté antes de permitirme pensar en ella un segundo más. Ya era bastante lamentable que mi número hubiese aparecido en la pantalla de su móvil. Seguro que lo había borrado nada más verlo.

Aparte de eso, solo me quedaban los bancos, y con ellos volvía de nuevo al principio de mi círculo vicioso.

Me encontraba tan absorta en mis pensamientos que, en un primer momento, no me di cuenta de que no estaba sola en la playa. No fue hasta que oí unos pasos cuando la imagen del barco desapareció y yo regresé a la realidad. Me volví, sobresaltada, y vi una figura negra que pasó de largo junto a mí. Era un hombre, eso sí pude distinguirlo, pero la luz no alcanzaba para discernir los rasgos de su rostro en la oscuridad. Las piedrecitas crujieron bajo sus pies y me llegó el aroma de una loción para después del afeitado.

¿Qué hacía allí a esas horas de la madrugada?

Por un momento sentí miedo. A mi cabeza acudieron toda suerte de historias sobre mujeres agredidas y violadas. Sin embargo, el hombre no parecía haberse dado cuenta de mi presencia, porque pasó sin saludar y sin detenerse ni un segundo.

Vi cómo desaparecía de nuevo en la penumbra y me picó la curiosidad. ¿Qué estaría haciendo allí? ¿Entraría temprano a un turno de mañana? ¿Acabaría de salir de trabajar? ¿Tendría intenciones deshonestas?

Por un instante me sentí tentada de seguirlo, pero enseguida decidí no hacerlo.

Tampoco yo querría que alguien se pusiera a seguirme los pasos, sobre todo si había bajado hasta allí para reflexionar. De modo que me volví de nuevo hacia el mar y no le hice caso al desconocido. Me quedé abstraída en mis pensamientos; él, en los suyos.

Cuando el sol asomó por detrás de las rocas cretácicas, me dispuse a regresar a casa. No fui directa, sino que busqué de nuevo aquella roca sobre la que había visto el ramo de rosas. Esperaba encontrar allí unas flores marchitas, pero el ramo parecía recién cortado, en sus pétalos rosa pálido todavía brillaba el rocío de la mañana. Lo contemplé como si fuera una aparición, luego miré a mi alrededor. Aunque al esquivo desconocido ya no se le veía por ninguna parte, estaba segura de que era él quien había dejado allí las flores. Pero ¿por qué? ¿Era un detalle romántico para alguien que pasaba por allí todas las mañanas?

¿O un gesto de duelo y de recuerdo?

Una gaviota chilló por encima de mí y entonces recordé una leyenda: la de que las almas de marinos ahogados regresaban en forma de gaviota. ¿Le llevaba alguien flores a uno de ellos?

Me entretuve un instante en ese pensamiento, luego lo aparté de mi mente y consulté el reloj. Las cinco menos diez. Tenía tiempo más que suficiente para preparar el desayuno antes de despertar a Leonie.

—Bueno, ¿estás lista para una nueva aventura en la guardería? —le pregunté a mi hija mientras le sacaba del armario la falda con peto de pana color rosa.

—¡Sí! —exclamó entusiasmada, para gran alivio mío.

En la guardería ya la esperaban sus nuevos amigos, que enseguida, nada más quitarse la chaqueta, se la llevaron a jugar.

Desde allí me fui hacia Sassnitz, pero llegué demasiado temprano, así que no aparqué delante del hotel, sino abajo, en el puerto.

Algo me atraía hacia el *Rosa del Viento*.

Allí seguía, como siempre, y por desgracia no podía decirme si ya había recibido alguna oferta o si habían aparecido más interesados.

Saqué el móvil y llamé a mi padre. A esa hora solía hacer la pausa del desayuno, así que sin duda tendría un par de minutos para dedicarme.

En efecto, contestó tras solo un tono de llamada.

—¿Va todo bien? —preguntó, porque no teníamos por costumbre llamarnos a esas horas.

—Sí, estupendamente —contesté, y casi pude oírle soltar un suspiro de alivio—. Quería contarte las últimas novedades con respecto al barco. Y que Leonie ya ha hecho tres amiguitos en la guardería.

—¡Eso es maravilloso! —repuso él—. Sobre todo lo de Leonie. Ya sabía yo que era una muchachita formidable. —Hizo una breve pausa y luego añadió con gravedad—: ¿Y qué hay del barco? Espero que no se haya hundido ya en la dársena.

—No, ahí sigue. Por desgracia, el precio de venta es bastante elevado. El propietario pide veinte mil euros.

Mi padre silbó entre dientes.

—Con ese dinero casi podrías comprarte un pequeño velero. —Y entonces me preguntó lo que yo ya temía—: ¿Qué tal el estado de conservación?

Sabía que no me serviría de nada mentir. Mi padre notaría en mi voz que algo no cuadraba.

—Por dentro está bastante destrozado. Lo utilizaron como embarcación para excursiones, pero eso fue hace mucho. El propietario dice que desde la reunificación ya no ha navegado más y que ha estado en el puerto deportivo de Timmendorfer Strand. Él lo compró para restaurarlo, pero su mujer ha enfermado y ahora necesitan el dinero para hacer obras en casa.

Silencio al otro de la línea. Sabía lo que le estaba pasando por la cabeza a mi padre. Que una madre divorciada no debería cargarse con un barco así.

Pero yo me había enamorado de ese pesquero. Sí, esa era la verdad, si es que era posible enamorarse de un objeto inanimado.

Mi padre siempre había dicho que toda embarcación tenía alma. Yo no sabía si era cierto o no, pero el *Rosa del Viento* poseía más atractivo que ningún otro barco que hubiera visto jamás.

—Quieres quedártelo, ¿verdad? —dijo mi padre, que me sacó de mis cavilaciones.

—Sí —contesté—. Lo quiero. No tengo ni idea de cómo reunir la cantidad que piden, y tampoco sé de dónde sacaré el dinero para restaurarlo, pero sé que ese barco tiene que ser mío.

Mi padre suspiró.

—Me encantaría ayudarte, pero ya sabes que...

—De eso ni hablar —lo interrumpí—. Necesitáis vuestro dinero para vosotros, esto es cosa exclusivamente mía.

—Bueno, en realidad tampoco tenía pensado ofrecerte dinero —repuso mi padre, y casi pude ver cómo su boca esbozaba una sonrisa y se le marcaban más las arrugas alrededor de los ojos—, pero da la casualidad de que tu padre es constructor de barcos y tiene amigos que podrían ayudarte a ponerlo a punto. A mí me costará mucho poder de persuasión y a ti muchas cajas de cerveza, pero si te contentas con mis capacidades...

—¡Ya lo creo que sí! —le aseguré sin pensármelo, porque ofertas como esa Martin Hansen no las hacía dos veces—. Pero ¿tendrás tiempo?

—Por supuesto. Aunque habría que remolcar el barco a Hamburgo, porque no puedo trasladarme a Sassnitz cada vez. Para eso podría preguntarle a Uwe, que tiene un amigo en el puerto con un remolcador.

No era capaz de imaginar que nada de todo eso se resolviera sin que me costara dinero, pero las palabras de mi padre fueron como un chocolate después de un día de

estrés: me levantaron el ánimo al instante. Puedo conseguirlo, me dije. Lo conseguiré.

—Gracias. Me harías muy feliz —repuse, y me di cuenta de lo conmovidas que sonaron mis palabras. Ni siquiera había hablado así de niña, cuando me regalaban el juguete que había pedido.

—Por ti, cualquier cosa, cariño —dijo él—. Pero ahora, por desgracia, tengo que volver al trabajo. Hablaremos después, cuando hayas atracado un banco para conseguir el dinero.

Al colgar, noté que tenía una enorme sonrisa en el rostro. Mi padre no había intentado disuadirme, y eso por sí solo ya era algo.

Cuando se acercaba la hora, me dirigí al hotel de Hartmann. Él ya me estaba esperando con un café recién hecho y un grueso álbum encuadernado en piel.

—Siéntese, siéntese, señora Hansen —ofreció, y señaló el tresillo.

Puesto que la ropa me iba un poco más estrecha que apenas medio año antes, cuando la había comprado, me abrí un botón del blazer, bajo el que llevaba una blusa blanca cerrada hasta el cuello. Tomé asiento.

—Me alegro mucho de que haya tenido tiempo de venir. Lo cierto es que este hallazgo me tiene pasmado.

Me acercó el café y después me pasó el álbum. Cuando lo abrí, comprendí que, en efecto, se trataba de un descubrimiento extraordinario. Nada vendía más que una historia interesante.

Observada por el señor Hartmann, fui hojeando la historia del hotel. Vi a la primera plantilla con su jefe, un hombre con un bigote como el del káiser Guillermo, cuello diplomático y reloj de cadena en la chaqueta. Las camareras llevaban largos vestidos blancos y cofias almidonadas, los mozos iban con bombachos, y los botones tenían un aspecto exageradamente rígido dentro de sus libreas.

Mientras contemplaba esa fotografía, no pude evitar pensar de nuevo en el *Rosa del Viento*. ¿Habría en algún lugar una fotografía de su primera tripulación? Cómo me habría gustado ver a esos marineros y a su capitán. Algún día, tal vez...

—Es fascinante de verdad, ¿no le parece? —comentó Hartmann, pero yo apenas lo oía, porque a esas alturas las imágenes me habían transportado a la época de la Segunda Guerra Mundial.

En algunas fotografías habían tachado la cruz gamada de los estandartes que decoraban el edificio con ocasión de alguna festividad. La plantilla estaba compuesta casi exclusivamente por mujeres y el propietario del hotel iba de uniforme. En las imágenes siguientes se veían graves daños en la mampostería, y refugiados que habían sido acogidos en el hotel.

—Estas fotos nos vendrían muy bien para hacer un folleto —dije—. Sobre todo las vistas de la fachada principal.

Junto a las imágenes antiguas de los empleados, había otra de los años ochenta que también me llamó mucho la atención. En realidad, solo se veían albañiles, pero habría jurado que uno de ellos era clavado al hombre del traje del día de la visita al

barco.

No podía ser él, desde luego; a menos que tuviera una fuente de la eterna juventud escondida en el sótano. Sin embargo, tal vez sí fuera su padre...

—Ah, esta foto me parece especialmente interesante. —La voz de Hartmann se entrometió en mis pensamientos—. Muestra las obras de rehabilitación en los tiempos de la RDA. Durante nuestra renovación, nos decidimos a retirar el zócalo exterior de baldosas y dejar la casa tal como había sido antes de la Segunda Guerra Mundial.

Fue entonces cuando me fijé en las feas baldosas con las que sin duda habían querido darle al hotel un aspecto más moderno. Antes de la reunificación yo era bastante joven, de hecho, pero sí recordaba que baldosas como esas habían decorado también otros edificios, incluso bloques de viviendas.

Me alegré de que le hubieran devuelto al hotel su antiguo aspecto, y de que Hartmann no se diera cuenta de que no era el edificio lo que me había llamado la atención en esa fotografía.

—¿Cree que podría quedarme con copias de algunas fotos? —pregunté después de echar otro vistazo a aquellos albañiles.

No era muy probable que volviera a coincidir con el desconocido y, en caso de hacerlo, seguro que nos pelearíamos a muerte por el barco. O lo vería subir a bordo mientras yo, que no habría conseguido el dinero, me quedaba en el muelle viendo alejarse mi sueño.

—¡Faltaría más! —repuso Hartmann enseguida—. Solo tiene que decirme cuáles son las que necesita y le enviaré una copia. ¿Quiere preparar un folleto fotográfico?

—Un folleto con un poco de trasfondo histórico para sus clientes —confirmé—. Vi algo parecido una vez en un castillo-hotel en Austria y me pareció muy interesante. Por desgracia, allí solo tenían un ejemplar de préstamo, que había que devolver. En su caso, lo aconsejable sería dejar un ejemplar en cada una de las habitaciones; sé dónde podríamos imprimirlos a muy buen precio.

—El dinero no es problema —comentó Hartmann restándole importancia.

En ese momento deseé poder decir lo mismo.

Seleccioné quince fotografías del álbum y le pedí otra del personal actual y una de él; a ser posible, colocados en la misma disposición que en la primera fotografía, la del siglo anterior. Con eso, me despedí de Hartmann.

Al salir consulté el reloj. Pasaban unos minutos de las tres; solo habíamos tardado una hora. Eso me daba la oportunidad de bajar una vez más a ver el *Rosa del Viento*.

En esta ocasión, sin embargo, no me senté cerca del amarradero, sino que fui hasta el gran muro de piedra que habían levantado alrededor de toda la dársena, tan alto que su sombra llegaba a tapar con creces el camino que lo bordeaba. Me senté en una de las piedras y contemplé las casas que se alzaban ante el puerto. Por supuesto, desde allí también alcanzaba a ver tanto el *Rosa del Viento* como el Hotel Meerblick. ¿Y si le proponía a Hartmann comprar el barco, como prolongación flotante de su

hotel? Él sí tenía dinero suficiente, y seguro que le gustaba la idea de montar una cafetería allí.

Solo que eso no era lo que yo quería. No deseaba cederle el barco a nadie, quería arreglarlo yo misma y quizá incluso llevar la cafetería. Además, a Leonie le había entusiasmado la idea de navegar.

—¿Otra vez usted? —preguntó una voz masculina detrás de mí.

Cuando me di la vuelta, reconocí al hombre del traje. Esta vez ya no iba tan peripuesto, llevaba vaqueros y una camisa azul claro que hacía resaltar sus ojos de una forma muy favorecedora.

—¡Y usted! —repliqué.

Al instante se me dispararon todas las alarmas. Intenté convencerme de que no era más que una casualidad que ese hombre estuviera allí. Seguro que no se dedicaba a atosigar al propietario del barco.

Sin embargo, al mismo tiempo recordé aquella fotografía. Sí, el albañil de los años ochenta se parecía a él de una forma asombrosa. Qué lástima no tenerla conmigo...

—En fin, qué pequeño es el mundo, ¿verdad? —Me mostró una amplia sonrisa y se sentó a mi lado en la piedra—. Usted y yo no llegamos a presentarnos, ¿verdad? —Se volvió hacia mí y me tendió la mano—. Christian Merten.

Me lo quedé mirando un momento, como si temiera que en la palma escondiese un artefacto electrificado. Después le estreché la mano y apreté para transmitir toda la seguridad que pude.

—Annabel Hansen.

—¡Madre mía! —exclamó—. Tiene usted un apretón de manos como si cargara mil cajas de pescado todos los días.

—Quién sabe. Tal vez sea eso lo que hago.

Su mirada recayó en mis manos.

—No es cierto. Lo cual hace que me pregunte qué es lo que la ha traído al puerto.

Incliné la cabeza hacia un lado. Todavía recordaba cómo había intentado sonsacarme información el día anterior.

—La última vez ya le conté demasiado sobre mí. Me niego a volver a hacerlo, a menos que primero me diga usted qué es lo que ha venido a hacer aquí.

Me dio la sensación de que nos estábamos acechando como dos gatos que no saben quién debe atacar primero.

Merten sonrió y luego volvió la mirada hacia el barco.

¡Ajá, pillado!

—Es precioso, ¿verdad?

Seguí su mirada. El *Rosa del Viento* se mecía plácidamente mientras, tras él, una embarcación de excursiones avanzaba traqueteando por el agua.

—Sí que lo es. Y como empiece otra vez a disuadirme de comprarlo, me marcho y punto.

—No, quédese —repuso—. Siento mucho haberla tanteado ayer de esa manera. Es solo que... No quiero que ese barco acabe en las manos equivocadas.

Enarqué las cejas.

—Mmm... ¿Y eso por qué? ¿Tiene algún vínculo personal con él?

Su rostro se volvió hermético al instante.

—Lo cierto es que sí, pero debo pedirle que no me pregunte más por ello.

¿De modo que no era un vínculo positivo? Eso me hizo sentir curiosidad, pero decidí no insistir. De momento.

—¿Viene a menudo por aquí? —le pregunté.

Él miró algo ensimismado el barco y al principio pareció no oírme, pero luego se volvió hacia mí.

—Cuando tengo un rato, sí. Me gusta estar aquí. Un puerto es un lugar de posibilidades, ¿no le parece?

—En eso, si le soy sincera, todavía no había pensado. A mí solo me gusta ver los barcos. Ahí fuera, en el mar... —Me interrumpí, pues sentí que estaba a punto de abrirme demasiado y no quería hacerlo; aquel hombre era un desconocido y un competidor. Tal vez estaba poniendo en práctica otro método para desbancarme de la carrera después de haber visto que con rodeos no estaba consiguiendo nada.

—¿Qué le parece si quedamos para cenar mañana? —me propuso de repente.

—¿Por qué? —solté sin pensarlo. Una invitación era lo último que había esperado de él. Y lo último que me apetecía.

—Bueno, ya lo verá —repuso, misterioso.

—Quiere tener controlada a la competencia, ¿verdad? —dije entonces—. ¿También ha quedado con los demás?

Mi sonrisa creció involuntariamente al imaginarme cómo sería su cita con el surfista, o con el hombre mayor que había criticado el motor diésel del barco.

—No, solo con usted —contestó él con seriedad—. De todos los que estaban allí, aparte de mí, usted es la única que de verdad quiere el barco. Seguro que los demás no dicen nada antes del viernes, me apuesto lo que quiera.

—¿Y cómo lo sabe?

—Usted está aquí, ¿verdad? Los demás, no. Vieron ese cascarón y comprobaron que no vale nada. Usted ha venido a sentarse en el muelle al día siguiente, aunque sin duda tendrá cosas más importantes que hacer. Pero aquí está, contemplando el barco. Para mí es una señal muy clara.

Tenía razón, y casi me avergoncé un poco por ser tan fácil de interpretar.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una tarjeta.

—Este restaurante está muy bien, según me han dicho. Y de veras que me encantaría hablar con usted del barco.

La firmeza con que me dio la tarjeta me desconcertó.

—Tengo una hija pequeña —alegué con tono grave. Aunque aceptara la invitación, necesitaría un canguro para esa noche.

—Entonces, ¿era usted la mujer con una niña a la que vi hace poco cerca del *Rosa del Viento*? —preguntó, aunque por su mirada supe que también él se acordaba de mí.

—Sí, es posible —contesté—, pero lo que quería decir, en realidad, es que no puedo salir una noche así como así.

—¿Y por qué no? Que cuide de ella su marido, y usted le da un cariñoso beso de buenas noches antes de marcharse.

—No hay ningún marido —me oí decir antes de comprender la astucia con la que había indagado en mi situación familiar. De todos modos, ya era demasiado tarde para deshacer lo que estaba hecho o para ocultar nada, así que proseguí—: Hace muy poco que nos hemos trasladado aquí y no conozco absolutamente a nadie que pueda cuidar de ella... y que me inspire confianza.

—¿Dónde vive?

Otra pregunta personal, contabilicé, y mi instinto me advirtió que no se lo desvelara. Sin embargo, lo hice.

—En Binz, y dudo mucho que...

—Una amiga mía trabaja en Binz, en uno de los hoteles de la playa —me interrumpió—. Tiene una hija de dieciséis años que a veces cuida de los hijos de los turistas.

La idea de dejar sola a Leonie con una extraña en plena pubertad no me hacía ninguna gracia. Toda esa situación no me gustaba en absoluto.

—Si quiere, mañana le envío a Lisa a su casa. Así podrá conocerla y ver si su hija se lleva bien con ella. Y, en caso de que sea así, pueden acordar un precio.

Por la seguridad con que lo dijo, para él parecía la cosa más sencilla del mundo. Sin embargo, yo aún me resistía a la idea. No es que en Bremen nunca hubiese recurrido a canguros. Casi siempre era la hija de algún vecino quien cuidaba de Leonie cuando yo tenía un compromiso y no podía llevarla conmigo. No obstante, a esas chicas las conocía, no habían venido recomendadas por un perfecto desconocido que competía conmigo por la compra de un barco, y del que no lograba explicarme por qué me hacía una proposición así.

De manera que me quedé sin saber qué responder.

—No tenga miedo, Lisa es una joven encantadora y muy responsable. Además, yo tampoco la entretendré más de lo debido. Solo quiero que encontremos una solución, por el bien del barco. Y, tal como yo lo veo, esa solución no está en desbancarla de la carrera, por si es lo que piensa. Tengo otra cosa en mente.

La forma en que me miró hizo que mi resistencia se viniera abajo. No era la mirada de un hombre que quisiera algo de mí; era la mirada de un hombre que necesitaba ayuda. ¿Sería eso cierto? ¿Tampoco él tenía el dinero para comprar el barco y pensaba que yo guardaba escondida una gallina de los huevos de oro?

—¿Cuándo podría pasarse Lisa? —me oí preguntar antes de que mi sensatez pudiera imponerse y disuadirme de ello.

—Se lo preguntaré después, en cuanto vuelva a casa.

—¿Vive usted en Binz?

Asintió con la cabeza.

—Sí, pero todo lo demás se lo contaré si accede. ¿Qué me dice?

—Siempre y cuando mi hija no tenga nada contra la hija de su amiga...

Volvió a asentir, y una sonrisa se deslizó en su rostro.

—Muy bien. Entonces solo tiene que decirme cómo puedo ponerme en contacto con usted y, sobre todo, darme su dirección para que también Lisa pueda encontrarla.

En el coche regresaron mis dudas. Pero ¿cómo se me había ocurrido? ¡Le había dado mi número de móvil y mi dirección a un completo desconocido! Normalmente nunca hacía algo así, pero tampoco me había visto en una situación similar.

Deseaba sacar adelante ese proyecto. Más que ninguna otra cosa. Porque sentía que me haría bien, y porque tal vez con ello podría aparcar también mis conflictos con el pasado. Por eso sería bueno reunirme con Merten y, por lo menos, escuchar lo que tuviera que decirme.

En el camino de vuelta desde la guardería, Leonie me habló muy emocionada de sus compañeros de juegos y me contó que uno de ellos tenía un caballo.

—¿Puedo tener un caballo yo también? —me preguntó.

—No, cielo, por desgracia eso no puede ser —contesté y, ensimismada, añadí—: Nuestro jardín es grande, pero un caballo no se sentiría a gusto allí.

—Podríamos cabalgar con él por toda la playa —repuso Leonie, que estaba claro que ya lo había pensado todo.

—Pero entonces tendría que bajar esa escalera y podría romperse una pata.

Mi hija lo estuvo reflexionando un rato, y casi temí que volviera a sumirse en la tristeza, pero de repente preguntó:

—¿Ya has comprado nuestro barco?

—No, todavía no. Pero pronto me reuniré con una persona, y tal vez después pueda comprarlo.

—Los caballos no pueden subir a un barco, ¿verdad?

No pude contener una sonrisa.

—Sí que pueden, pero no les gusta. Se marean en el mar.

—¿Se marean? —preguntó Leonie—. ¿Es que dan vueltas en el mar?

—No, pero el balanceo del barco también puede marear.

—Qué pena —comentó al oír mi respuesta—. Bueno, entonces no compraremos ningún caballo. Un barco es muchísimo mejor. —Acto seguido, se concentró en el libro de dibujo que yo siempre llevaba en el coche para ella.

Mi hija tenía razón, un barco era muchísimo mejor. Ya solo me faltaba conseguirlo.

En casa, Leonie entró corriendo en su habitación dando gritos de alegría mientras yo sacaba el correo del buzón. Todavía no recibíamos mucho. Una carta de mi asesor

fiscal y una encuesta de la aseguradora que me alegraría la tarde. Además de eso, un folleto de una casa de modas de Binz. La señora Balder debía de haber sido clienta suya, porque la publicidad iba dirigida a su ella.

Cuando me sonó el móvil, contesté sin mirar la pantalla, porque suponía que sería Christian Merten para decirme si la canguro podía venir.

La voz que oí me dejó de piedra.

Jan.

—Me has llamado dos veces, ¿qué pasa? —preguntó con un tono impersonal, como si no tuviese al teléfono a su exmujer, sino a algún subordinado que se había atrevido a sacarlo de una reunión.

Al principio no supe qué decir. Ni se me había ocurrido pensar que me devolvería la llamada.

—¿Estás ahí? —preguntó al vacío al ver que mi respuesta seguía sin llegar.

Tal vez habría sido mejor colgar, pero me acordé de las lágrimas que Leonie había derramado por él. Le había prometido a la niña que hablaría con su padre.

—Solo quería comunicarte que me he trasladado —dije por fin—, y que Leonie te echa de menos.

—Ajá. Entonces será mejor que le des la dirección a mi secretaria, así la tendré localizada si me hiciera falta.

¿Y Leonie qué? Por lo visto había decidido pasar por alto la segunda parte de la frase. Lo intenté una vez más y me tragué la bilis que me subía por la garganta, porque detestaba pedirle nada.

—Leonie te echa de menos y pregunta si algún día vendrás a verla.

Silencio. Seguro que Jan creía que no me había oído bien.

Casi estaba a punto de preguntar si seguía ahí, pero entonces contestó:

—Es una broma, ¿verdad? ¿Me llamas varias veces sin que haya pasado nada importante y luego vas y me sueltas que si quiero ir a ver a mi hija?

—Tiene cinco años y, por desgracia, no puede llamarte ella misma —repliqué con obstinación, porque odiaba que me hablara con ese tono. Demasiadas veces lo había oído ya.

—Y, como tiene cinco años, tampoco puede saber que no dispongo de tiempo para esa clase de visitas. —Resopló, molesto. Enseguida arremetería como un toro enfurecido—. Ese es tu deber —añadió—. Ya acordamos que tú te encargarías de la niña y yo me ocuparía de vosotras económicamente. Estábamos de acuerdo en que no queríamos la custodia compartida.

Casi fue como si me lanzase a la cara el resultado de nuestro proceso de divorcio.

—Ya lo sé —repuse—, y tampoco yo tengo ninguna intención de cambiar eso. Pero Leonie te echa de menos, y eso es algo que no puedo evitar.

De nuevo ese resoplido. Ya esperaba que me colgara sin más, pero Jan no era de esa clase de personas. Se tomaba todas las molestias necesarias para acabar teniendo la última palabra.

—Pues llévatela al zoo, haced algo juntas. Salid de viaje. Si no tienes dinero para eso, comunícaselo a mi secretaria y os transferiré la cantidad que haga falta. Pero ahórrame todas estas llamadas si no pasa nada importante. —Las últimas palabras las gritó al auricular.

Yo guardé silencio e intenté que me resbalaran. No lo conseguí. Cada una de ellas fue como una bofetada, y yo, de pura ira y decepción, no fui capaz de contestar.

—Lo siento, tengo una cita —dijo entonces, algo más tranquilo—. Llámame cuando haya algo importante. Y acuérdate de dejarme la dirección.

Entonces colgó. Oí un tono breve y luego se cortó la comunicación. La sangre afluyó a mis oídos y el estómago se me encogió un poco, como si fuera una foto arrugada por una mano cruel.

¿Por qué no podíamos relacionarnos de una forma más civilizada? A fin de cuentas, hubo un tiempo en el que nos habíamos entendido muy bien. Al principio de nuestra relación, era atento y cariñoso, me había hecho sentir que era la mujer más guapa e importante del mundo. Después, sin embargo, triunfó en su profesión, el trabajo pasó a ser más importante que yo, y en algún momento también lo fueron las demás mujeres que, por supuesto, iban detrás de un hombre de éxito.

Jan se había olvidado de todo lo que nos habíamos prometido cuando nos enamoramos. Que me tuviera un poco abandonada a causa de su carrera era algo que tal vez podría haber pasado por alto, pero no las infidelidades... Y tampoco que no mostrara ningún interés por nuestra hija.

De repente se me saltaron las lágrimas. Sabía que Jan era un imbécil, y debería haberme oído ya cuál sería su reacción ante la petición de Leonie. Aun así, lloré igual que la vez que descubrí que la causa de sus ausencias en nuestra vida común era una amante.

—Mamá, ¿por qué estás llorando? —preguntó mi hija, que entró en la cocina sin hacer ruido.

Debía de haber oído mis sollozos. Se acurrucó contra mí y me rodeó una pierna con sus bracitos.

¿Haría bien en decirle que su padre acababa de cantarme las cuarenta porque le había pedido que diera señales de vida de vez en cuando? ¿Por ella, al menos? Dejé el móvil en la mesa y la estreché entre mis brazos.

—Es solo que estoy un poco triste —contesté mientras hundía la cara en sus rizos.

En esos momentos, abrazada a mi hija cuando sabía que no podía hacer realidad su mayor sueño, no me veía capaz de ser valiente.

Entonces volvió a sonar el móvil; al principio pensé en no contestar, pero luego recordé a Christian Merten y a la canguro.

—¿Es papá? —quiso saber Leonie. Sus ojos se iluminaron igual que en Navidad. Me tragué mi rencor hacia Jan y contesté al teléfono.

—Soy Merten, espero no molestarla.

Me sorbí la nariz. ¡Maldita sea, iba a tener que hablar con él completamente

descompuesta!

—No, no, me alegro de oírle. —Se me escapó un sollozo de la garganta. ¡Qué vergüenza!

—Ah, ¿y cómo me he ganado ese honor? —repuso él, pero enseguida se puso serio—. ¿Va todo bien?

—Sí, es que... estaba cortando cebolla —mentí. No era asunto suyo saber por qué lloraba. Volví a sorberme la nariz y luego pregunté—: ¿Ha hablado ya con la hija de su amiga?

—Sí, y más tarde tiene un rato para pasar a presentarse. ¿Sobre las seis le iría bien?

—Sí, sí, creo que sí —contesté, y en algún rincón de mi cerebro se encendió una bombilla que me decía que, ya que se tomaba la molestia de venir, tendríamos que ofrecerle algo de cenar.

—Muy bien. Ella se alegra de poder sacarse un dinerillo. De modo que... ¿nuestra cita sigue en pie?

—Si la canguro me parece apropiada, sí. —Me sequé las lágrimas de la cara—. Muchas gracias por habérselo pedido.

—No hay de qué. Estoy seguro de que Lisa le gustará. Hasta mañana, pues, y me alegro de que hayamos hablado.

—Yo también, hasta mañana.

Colgué y me froté los ojos. Resultaba difícil digerir las palabras negativas de Jan, pero aun así intenté olvidarlas. Esa chica se presentaría dentro de dos horas, y antes de eso tenía que preparar algo de comer para poder servir a la mesa, aun a riesgo de que Lisa no quisiera tocarlo.

—Can-gu-ro. —Leonie dividió la palabra en sus tres sílabas e hizo una pausa después de cada una, como si quisiera saborear el sonido de todas ellas—. ¿Por qué se llama así? —preguntó.

Abrí el horno y saqué la coca salada que había improvisado a toda prisa. A Leonie le encantaba, y esperé que Lisa no tuviera nada en contra.

—Porque así se le llama a alguien que cuida de un niño.

Le expliqué a Leonie que la noche siguiente vendría una canguro a estar con ella. Ya lo habíamos hecho alguna que otra vez, pero antes nunca le había interesado saber por qué se llamaba así. Ahora que ya tenía cinco años, siempre quería una respuesta para todo, y eso a veces me ponía al límite de mis capacidades, porque ¿quién más que una niña de cinco años le daba tantas vueltas al origen de una palabra?

—¡Yo no soy un cangurito! —protestó.

—Ya lo sé, pero, de todas formas, vendrá a cuidarte una canguro. Se llama así y punto. ¡Ay! —Aparté la mano de la bandeja del horno y me soplé el dedo que había tocado el metal ardiente.

Desde la llamada de Jan, estaba completamente aturdida. A Leonie no podía contárselo, porque solo habría conseguido ponerla aún más triste, y no había tiempo

para una detallada conversación con mi madre.

—¿Te has hecho daño? —preguntó mi hija, preocupada, cuando puse el dedo quemado bajo el chorro del agua fría.

—Solo un poco —contesté.

—¡Hay alguien en nuestro jardín! —exclamó Leonie, emocionada de repente.

Corrí hacia ella. En efecto, allí había alguien, una figura vestida con vaqueros y camiseta de tonos claros. Había subido por la escalera de la playa. Debía de ser Lisa.

—Es la visita —dije, y salí al jardín. ¿Por qué habría subido por la escalera? ¿Porque era más corto? ¿Conocían ese camino los lugareños? Por supuesto que lo conocían y, si no, lo encontraban. Cuando la playa estuviera llena de gente, tendría que vigilar que no se colaran en nuestra propiedad—. Espera aquí, voy a recibirla.

Cuando llegué a la verja del jardín, Lisa ya estaba cruzando por los rosales.

—Bastante escarpada, esa escalera —dijo sonriendo, y me tendió una mano—. Hola, soy Lisa.

La estudié con la mirada: una típica chica de dieciséis años con el pelo largo y rubio, y pecas. Sin duda, más de un joven de la isla estaría loco por ella.

No pude evitarlo, por algún motivo de pronto me vi reflejada en ella. Una chica joven llena de esperanzas, expectativas y con algún objetivo. Que esperaba encontrar a su gran amor y tal vez acabara topando con el joven equivocado. O tal vez no. No todo el mundo era como yo.

—Hola, Lisa, soy Annabel Hansen —me presenté, y también le tendí la mano—. Espero que te guste la pizza.

Asintió con la cabeza y me siguió al interior de la casa.

Leonie nos esperaba en la cocina. Era el momento de la verdad. Mi hija enseguida sabía si alguien le caía bien o no. Cuando entramos, se quedó mirando a su canguro en potencia con los ojos muy abiertos.

—Hola, yo soy Lisa. —La chica se presentó con naturalidad como si todos los días se ocupara de los hijos de otras personas—. ¿Y tú cómo te llamas?

Mi hija siguió mirándola un segundo más y luego contestó.

—Leonie. ¿Eres mi canguro?

Lisa miró hacia mí con cierta inseguridad.

—Sí, si a tu madre le parece bien.

—¿Y tú sabes por qué una canguro se llama así?

—No. ¿Quizá porque los canguros llevan a sus crías en las bolsas marsupiales y cuidan muy bien de ellas?

—Pero ¡yo no soy un cangurito! —replicó Leonie.

Lisa asintió y sonrió.

—Está bien. Entonces, contigo seré una compañera de juegos. O una amiga, si quieres.

—Vale —dijo mi hija, visiblemente aliviada—. Eres mi amiga.

Con una sonrisa, me acerqué a la mesa para cortar la pizza.

Si la conversación con Merten iba igual de bien que el encuentro entre Lisa y mi hija, podría darme por satisfecha.

Pensaba que el restaurante que me había indicado Merten sería uno de esos locales de la playa tan de moda, con música *lounge*, peces globo colgados del techo e iluminación azulada en los que todo el mundo parecía enfermo.

El restaurante ante el que me encontré, en cambio, me recordó a un antiquísimo programa musical que solía ver siempre con mis padres en la tele de la RDA. Ya no me acordaba muy bien del nombre, pero estaba ambientado en un local portuario decorado con redes de pescadores, viejos faroles, estrellas de mar disecadas y acuarios.

Esa misma impresión me dio el Klabautermann.

Antes de entrar, saqué el móvil y marqué el número de Lisa. Merten tenía razón, la chica, que me había contado que de mayor quería ser enfermera, inspiraba mucha confianza y era muy agradable.

—Sí, ¿diga? —contestó al segundo tono de llamada.

Eso estaba muy bien, Lisa estaba atenta.

—Hola, soy Annabel Hansen, solo quería preguntar si va todo bien.

Nadie habría podido tomarle a mal a la chica que en ese momento hubiese puesto los ojos en blanco.

—Sí, de maravilla, señora Hansen —repuso—. Estoy intentando enseñar a Leonie a jugar al parchís. Me parece que pronto me va a dar una paliza.

Me sorprendió que los jóvenes de hoy en día conocieran aún los antiguos juegos de mesa. Me pareció muy entrañable.

—Bien, pues seguid jugando, volveré a llamar antes de salir para allá.

—Estupendo —repuso Lisa con alegría mientras de fondo se oían los gritos de emoción de mi hija.

Increíble. Me despedí y volví a guardar el móvil en el bolso. Después eché un vistazo por el gran cristal oscurecido de la puerta de entrada.

Me había decidido por un sencillo vestido de color beis con escote en cascada que no parecía demasiado festivo pero era lo bastante elegante como para no llamar la atención en un restaurante fino. Probablemente iba un poco demasiado arreglada, pero era un riesgo que no me importaba correr.

En el restaurante me recibió un camarero con chaleco a rayas. Le di mi nombre y dije que había quedado con el señor Merten. El hombre me acompañó enseguida a una mesa donde ya me estaba esperando mi rival. Llevaba una americana informal de color azul y se había afeitado algo mejor la barba de tres días.

—¡Aquí está usted! —exclamó, y me tendió una mano mientras el camarero se alejaba—. Espero no haberla espantado con el ambiente marinero del local.

La impresión que me había dado el restaurante desde fuera se confirmó al ver la decoración interior. Desde luego, tenía un aspecto bastante más formal que cualquiera

de los bares del puerto, pero aun así daba la sensación de ser un lugar al que iban capitanes curtidos a echarse un aguardiente al cuerpo después de una travesía exitosa.

—No tengo nada en contra de la ambientación marítima —repuse mientras dejaba el bolso en el asiento vacío que había a mi lado—. Si no, seguro que no querría comprar ningún barco.

Noté que me daba un repaso de arriba abajo.

Antes, las miradas de los hombres no me importaban. Al contrario, cuando el interés de Jan por mí fue disminuyendo, empecé a buscarlas para sentirme halagada. La mirada de Merten me desconcertó, así que me apresuré a sentarme. De algún modo, esperaba que dijera algo como «Un vestido muy bonito» o «Está muy guapa», pero por suerte se lo calló.

—¿Es usted de la costa? —preguntó, en cambio—. Tiene un claro acento del norte.

¿Ah, sí? No era consciente de ello, pero ¿acaso importaba?

—Soy de Bremen —repuse—. Antes vivía en Hamburgo y, antes de eso, cerca de aquí, en Stralsund. —Ni idea de por qué añadí eso último. Cuando nos marchamos de Stralsund, yo estaba a punto de entrar en la pubertad y me entusiasmaba la idea de poder irme a vivir al Oeste.

—¿De modo que nació en el Este? —Me ofreció una amplia sonrisa.

—Sí, fui alemana oriental durante once años. ¿Es eso un problema? —La última frase la pronuncié de una forma más áspera de lo que había sido mi intención. Tal vez se debiera a que en Hamburgo enseguida tuve que aprender que, una vez terminó la euforia de la reunificación, para muchos una persona «del Este» se equiparaba con un «marginado».

—No, de ninguna manera. Solo es que me interesan las raíces de la gente, nada más. Yo también nací en el Este y, después de varias escalas y domicilios, he regresado aquí.

—Sí, en fin, entonces le pasa como a mí.

Mientras hablaba, en mi interior se encendió una chispa de simpatía hacia él. Tal vez sí era un hombre agradable y esa cita no estaba motivada más que por buenas intenciones.

—¿Y por qué ha regresado? —siguió preguntando Merten, aunque por suerte apareció el camarero con las cartas.

Venían metidas en unas carpetas enormes, diseñadas con mucho gusto, y los precios que aparecían junto a las descripciones de los platos eran astronómicos. Sin embargo, ante el competidor por un barco no podía mostrarse uno tacaño.

—¿Y bien? —preguntó él.

Respiré hondo.

—Pues, si quiere saber mi opinión, las gambas con mantequilla de salvia tienen buena pinta. A menos que conozca usted algún motivo por el que sea mejor no pedir las.

Sonrió de oreja a oreja, y entonces comprendí que no quería saber lo que iba a cenar, sino que esperaba que contestara a su pregunta.

—Ah —dije, y sentí que se me encendían las mejillas. Dejé la carta en la mesa—. Yo... Las dos necesitábamos un cambio. Hace un año que me divorcié y me pareció oportuno atreverme con un nuevo comienzo.

—¿Justamente aquí? —Merten enarcó las cejas en actitud interrogante.

—Me gustó la casa, y las condiciones son muy buenas. Además, con mi profesión puedo vivir en cualquier lugar, el trabajo no está ligado a ningún sitio.

—¿Es usted artista?

—No, publicista. Ahora estoy montando una agencia de publicidad, y aquí ya he encontrado a mis primeros clientes. —Que, en sentido estricto, fuese un único cliente era algo que no tenía intención de desvelarle.

Merten asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—¿Y usted? —pregunté, puesto que tenía la sensación de estar contando otra vez demasiadas cosas sin contrapartida por su parte.

—Soy asesor de empresas.

Entonces también él dejó la carta. Le miré las manos. Las tenía muy cuidadas y no llevaba ningún anillo. Ni siquiera se le veía el rastro desvanecido de una alianza. En efecto, tenía manos de un asesor empresarial. El traje también encajaba con ese perfil.

De pronto me desanimé. Los asesores de empresas tenían buenos sueldos, seguro que ganaba mucho dinero. Siempre que no se estuviera marcando un farol.

De algún modo pareció adivinar lo que estaba pensando.

—No tiene usted suficiente dinero —me soltó, y me dejó descolocada del todo.

Por un momento volví a sentirme como si estuviera sentada frente a Jan mientras él iba enumerando todos mis fallos y, así, evidenciaba para sí mismo que había mujeres mejores que yo. Me esforcé mucho por encontrar una réplica y, al ver que mi intento fracasaba, sentí ganas de agarrar mi bolso y salir corriendo del restaurante. Pero me quedé allí sentada, prácticamente encadenada por su mirada.

—¿No es cierto? —insistió.

Cómo me habría gustado soltarle que se equivocaba por completo.

—¿Y usted? —contraataqué. No tuve que admitir nada, lo supo de todas formas—. ¿Tiene suficiente dinero?

—Sin duda —repuso, y se reclinó en el respaldo.

En ese momento apareció el camarero, que nos traía el vino. Vi cómo me llenaba la copa, y de repente mi cabeza se quedó completamente en blanco. Si Merten disponía de la cantidad suficiente para comprar el barco y sabía que yo no era competidora para él, ¿por qué había quedado conmigo? ¿Para que se lo confirmara? También podía presentar una oferta y, así, ganar la competición.

De pura decepción no fui capaz de pedir mi cena. No era un buen momento para ponerme terca como una niña pequeña, pero aun así guardé silencio cuando el

camarero nos preguntó por nuestra elección.

—Usted quería las gambas, ¿verdad? —preguntó Merten, a lo cual asentí.

Y lo lamenté, puesto que entonces tendría que quedarme allí sentada, aunque mi mente solo pensara en salir huyendo.

El camarero tomó nota de todo y desapareció sin que yo me enterase de lo que había pedido Merten.

—¿Por qué estoy aquí, entonces? —pregunté, e intenté contener las lágrimas que afloraban a mis ojos.

Pero ¿por qué tenía que llevarme un chasco cuando me hacía ilusiones con haber encontrado a una buena persona? Por supuesto que sabía que el hombre al que tenía delante era un competidor, alguien a quien le importaba un pimiento lo que sintiera yo por el barco. Él solo buscaba la certeza de que el viernes no acabaría perdiendo la compra.

—Porque tiene usted una idea —respondió—. Sabe lo que quiere hacer con el barco.

Lo miré sorprendida. ¿Se estaba quedando conmigo?

—¿Es que usted no lo sabe? —solté con desdén, y desvié la mirada hacia mi bolso.

Sería mejor que me largara antes de ponerme en ridículo de verdad, sin duda. ¿Qué se me había perdido a mí allí si no iba a conseguir el barco? Tenía a mi hija, tenía un encargo profesional, vivía en una casa preciosa aunque no me perteneciera... Pero ¿qué significaba todo eso? ¿Por qué narices siempre quería más de lo que me correspondía?

La respuesta resonó en el interior de mi cabeza. Porque siempre estás buscando. Buscando la felicidad, buscando una vida que sea tal como tú te la imaginas.

—Si le soy sincero, no tengo ningún plan sobre lo que me gustaría hacer con el barco. Solo quiero quedármelo por motivos personales. Y entonces se plantó usted delante de mí y me explicó con una mirada resplandeciente que quería convertirlo en una cafetería, y la idea me gustó. Con ese barco, precisamente.

Me habría encantado saber qué habría hecho él si yo no hubiera aparecido.

—Podría encargarse usted —repuse con frialdad. Seguía sin saber por qué necesitaba hablar conmigo—. Conviértalo en una cafetería.

—No soy de esa gente que roba ideas a los demás —contestó, y me miró con insistencia—. Solo soy un hombre que sabe cuándo resulta adecuado buscar un socio empresarial. Dijo usted que entiende algo de publicidad, y yo de eso no tengo ni idea.

—¿Y cómo consigue mantener a flote su negocio? —pregunté, maravillada.

—Gracias a mi conocimiento de la naturaleza humana. Y de las ciencias empresariales. —Lo dijo con un tono muy seco y sin el menor rastro de sentido del humor.

El camarero apareció con nuestros platos. Las gambas tenían un olor delicioso. Mi apetito, sin embargo, se había esfumado. La oferta habría podido alegrarme si no

hubiera sentido una piedra pesada en el estómago.

Merten apoyó los brazos cruzados sobre la mesa y se inclinó un poco hacia delante. El vapor de las patatas que acompañaban su platija le subió hasta la barbilla.

—Escuche, ya sé que no tiene ningún motivo para confiar en mí, pero, créame, estoy muy interesado en colaborar con usted. —Dio un sorbo de vino, parecía que tuviera la boca seca—. Le garantizo que jamás le echaré en cara que su participación no sea tan elevada como la mía. Y ya que entramos en el tema de los números: ¿con cuánto podría contribuir usted al precio de venta sin arruinarse?

Lo reflexioné. Tenía treinta mil euros contando con los ahorros, pero un único cliente, que no me pagaría hasta que la campaña estuviera lista. Mientras no consiguiera ningún otro encargo, seguramente tendría que vivir de esos ahorros durante una buena temporada. Alquiler, guardería, alimentación y, si Leonie seguía creciendo al mismo ritmo, con ese dinero también habría que comprar un montón de ropa nueva. Desde luego, contaba además con el subsidio por hijos y con la manutención mensual para Leonie, que me venía de perlas y en caso de necesidad podía cubrirnos a ambas. En algún momento había calculado que con veinticuatro mil euros al año tenía suficiente para vivir.

—Podría poner entre ocho y diez mil.

—Lo cual, sin embargo, solo sería la mitad del precio de compra —comentó Merten con una actitud típica de asesor empresarial—. A eso habría que añadirle la reforma.

—Tengo trabajo —repliqué con la esperanza de que conseguiría más clientes en poco tiempo—, y tal vez podría encontrar algún otro apañó. —Pensé en mi padre y en su oferta para la reparación del barco. Seguro que también eso nos costaría un dinero, pero sin duda me harían precio de amiga.

—Está bien. Me da la sensación de que estoy subiendo a bordo con una buena socia. Debería usted comer algo; frío, ese plato no vale nada.

El aire nocturno nos rodeó, cálido y cargado con los aromas de los establecimientos colindantes. Sentí con claridad que el tiempo iba a cambiar, que los últimos coletazos del frío habían pasado por fin. Tendríamos un junio caluroso.

Aún notaba en el estómago las gambas, que, aunque estaban deliciosas, me habían caído algo pesadas. Tal vez porque seguía buscándole la trampa a la oferta de Merten. Se lo había preguntado varias veces, pero él insistía en que no había ningún truco. Si yo renunciaba, él se quedaría con el barco de todas formas.

Me acompañó hasta el coche. Su vehículo también estaba en el aparcamiento.

—¿Cuál es el suyo? —preguntó, y así acabó con mi esperanza de descubrir nada más de él. Ni siquiera me desvelaba cuál era su coche. En lugar de eso, los dos nos acercamos a mi Volvo.

Vi que a Merten le parecía una auténtica carraca. Probablemente se preguntaba cómo se me había ocurrido la idea de comprar un barco si ni siquiera me alcanzaba para un coche de segunda mano algo más decente.

—Pues sí, esto es lo que hay —dije a modo de disculpa, y abrí la puerta con la llave. No tenía cierre centralizado—. Pero es un coche fiable y siempre pasa la inspección técnica. Mientras siga haciéndolo, no pienso cambiarlo por otro.

—¿Le tiene mucho cariño? —preguntó él, casi con tono de burla.

—Me he acostumbrado a él. Tal vez sea también que me gustan las cosas viejas. Más que las nuevas. Las cosas viejas siempre cuentan una historia; las nuevas todavía tienen que construirse.

Me miró, y a mí me pareció mejor volver a los negocios. Era el tema perfecto de conversación cuando estabas en un aparcamiento con un desconocido que te había hecho una propuesta comercial.

—Le agradezco la oferta del *Rosa del Viento*. Yo...

Merten levantó la mano.

—Por favor —dijo entonces—, no lo decida ahora mismo. Vuelva a casa, piénselo con calma y dígame algo más adelante. Será un proyecto grande y, una vez haya accedido, no habrá vuelta atrás. Eso debemos dejarlo claro. No soy de los que se desdican, y espero de verdad que usted lo vea igual.

Yo no era de las que arredaban a las primeras de cambio, pero estaba demasiado confundida y turbada por la oferta como para dejarme llevar y asegurarme que también seguiría hasta el final. Un barco; siempre había deseado un barco. Sin embargo, en realidad lo quería para mí sola. ¿Y si no podía ser una socia en igualdad de derechos? Quizá Merten cambiara de opinión cuando se diera cuenta de que no podía seguirle el ritmo en lo económico.

—Tenga, necesitaré esto —dijo, y me dio una tarjeta de visita.

Tenía un diseño muy sobrio, pero el tipo de letra era muy bueno. Me sacaban de quicio esas tarjetas con dibujos horteros y cuatro tipografías diferentes. Incluso las empresas más serias caían en la tentación de recargarlas en exceso, y se sorprendían cuando les explicaba que eso transmitía una impresión muy poco elegante. Con su tarjeta de visita, Merten transmitía seriedad.

—Le llamaré mañana a primera hora —prometí, y por un momento no supe cómo debía despedirme de él.

Un abrazo me parecía exagerado, aunque la verdad era que tenía motivos para lanzarme a su cuello. Al final me decidí por tenderle una mano, que, aunque resultara algo envarado, al menos era correcto.

—Me alegro —repuso él, y su mirada delató que ya sabía cuál sería mi respuesta.

11

Llegué a casa acalorada y temblando al mismo tiempo. Mi cerebro se negaba todavía a darse cuenta de lo que había ocurrido. ¿De verdad iba a conseguir el barco?

Bajé del coche y miré por la única ventana que todavía estaba iluminada. La luz parpadeaba; Lisa debía de estar viendo la tele. Cuando había llamado antes de regresar, Leonie ya estaba dormida. Me sorprendió que mi hija hubiese obedecido a Lisa cuando le dijo que se acostara. Las canguros de Bremen a menudo habían tenido que resignarse, y Leonie se quedaba entonces sentada en un rincón, jugando, completamente agotada y contenta de que fuese su madre quien la metiese en la cama.

Cuando entré, oí unas voces tenues. Alguna película que debía de verse interrumpida por la publicidad.

Dejé la llave en la mesita del teléfono. Un momento después, Lisa apareció en la puerta.

—Ah, ya está usted aquí —constató—. Leonie está muy bien, hace un rato me he asomado a verla.

—¿Te ha dado algún problema? —pregunté.

—No. Hemos jugado y ella ha hecho un dibujo. Un gato.

De modo que no había olvidado a nuestro visitante.

—Me he sacado un refresco de la nevera —siguió informando Lisa, aunque yo le había dicho que podía tomar lo que quisiera—. Y gracias por la pizza. Estaba muy buena.

—Gracias a ti —repuse, y saqué de mi monedero los honorarios que habíamos acordado—. Estaría bien que pudieras volver algún otro día, cuando me haga falta.

Entonces sonrió.

—Estaría bien volver, si me llama. Leonie es una niña encantadora, y la casa... es la bomba.

Estaba segura de que, en cuanto acostó a Leonie, había aprovechado para echar un vistazo. Pero no me importaba. Los muebles estaban ahí desde hacía mucho tiempo, solo el desván estaba vacío. ¿Tal vez había subido allí arriba a sentarse frente a la ventana para mirar el mar?

Lo mismo daba. Me despedí de ella, le deseé buenas noches y le advertí que llevara cuidado al bajar la escalera.

Cuando se marchó, me colé en la habitación de Leonie. Mi princesita no había querido recoger sus juguetes, así que tuve que andarme con cuidado para no pisar ningún bloque de construcción. Dormía como un tronco con su conejito rosa en los brazos. Aparté los bloques de construcción de delante de la cama con mucha cautela. Así, si le daba por levantarse en plena noche, no se haría daño. Después me incliné sobre la cama y le di un beso en la frente. Estaba segura de que se pondría muy contenta con la noticia que tenía para ella.

Después me senté a la mesa de la cocina. Lisa era una joven muy ordenada, había metido los vasos y los platos en el lavavajillas y había limpiado la mesa.

Casi me avergoncé un poco de haber puesto en duda las honradas intenciones de Merten. Tal vez fuese un hombre algo extraño, pero con buenas propuestas. Lisa había valido hasta el último euro, y el acuerdo tenía una pinta estupenda. Aunque yo seguía sin saber cómo me había ganado algo así.

Mi propio barco. No solo mío, cierto, pero aun así... Y no tendría que sacrificar todos mis ahorros por él.

Saqué el móvil del bolso. «Piénselo con calma», me había dicho. ¿Qué tenía que pensar? Estaba segura de que dos meses más tarde seguiría opinando que colaborar con él era mejor que ver cómo me quitaba el *Rosa del Viento* delante de las narices.

Comprobé si me había llegado algún mensaje y encontré un correo electrónico de Hartmann en el que me comunicaba que las fotos ya estaban de camino y me deseaba un buen fin de semana.

Entonces saqué la tarjeta de visita de Merten. Tenía el despacho en Goethestrasse, allí mismo, en Binz. Junto al número de teléfono de la oficina estaba impreso también el de su móvil. ¿Habría llegado ya a casa o se había concedido antes una última copa en algún bar? ¿Tendría más entrevistas esa noche con algún otro interesado del que yo no sabía nada? No, eso seguro que no. No parecía de esa clase de gente.

Como no quería inmiscuirme en su vida privada —aunque no le había visto ningún anillo en la mano, era posible que regresara a los brazos de una mujer—, me limité a escribir un mensaje de texto en el que le comunicaba que sí deseaba cerrar el trato y que me alegraba de poner de nuevo a flote el *Rosa del Viento*.

Me olvidé de silenciar el móvil. Cuando ya estaba trabajando de cirujana en sueños, examinando a un animal dibujado en un papel, el tono de entrada de un mensaje me despertó de golpe. Miré al techo, que ya estaba iluminado por el amanecer, y oí el canto de los primeros pájaros. El mar susurraba de fondo.

Con un gemido, me volví hacia un lado y alcancé a ese aguafiestas. Me había llegado un mensaje de texto. El número me resultó vagamente conocido. Al abrirlo, vi que era Merten, que había contestado. ¡A las 4.15! ¿Es que no había llegado a casa hasta esa hora? ¿O ya estaba durmiendo cuando yo le envié el mensaje y se levantaba temprano?

Me alegro mucho de que acepte. Todo lo demás lo discutiremos el viernes.
Yo llamaré a Ruhnau. Saludos, Christian.

Christian. Firmaba con su nombre de pila.

Ya no me iba a poder dormir, pero, el creciente murmullo del mar y el gris plomizo que empezaba a teñir el alba, me quitaron las ganas de salir a dar un paseo y me quedé en la cama. Miré los cristales de la ventana, vi las primeras gotas de lluvia chocar contra ellos y volví a pensar en aquel hombre que unos días antes había

pasado junto a mí en la oscuridad de la playa. De repente sentí el impulso de ir a ver si había rosas sobre la roca. Pero ya me ocuparía de eso más tarde.

Primero tenía que dejar pasar un buen rato, y después haría lo más importante de todo. Llamar a mis padres.

—¡Madre del amor hermoso, si son las cinco de la mañana! —refunfuñó mi padre al teléfono.

Sabía que lo había despertado, pero al mismo tiempo tenía muy claro que no se lo tomaría a mal. Sobre todo teniendo en cuenta la noticia que iba a darle.

—¡Voy a conseguir el barco! —dije a toda prisa, sin darle tiempo a preguntarme.

—¿Es que has ganado la lotería? —quiso saber mi padre, y luego lo oí bostezar.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó mi madre al fondo.

—Es Annabel —contestó mi padre—. Ahora tiene un barco.

—¿Qué? —preguntó mi madre, algo espantada. Probablemente se estaba incorporando mientras intentaba sacudirse el sueño de encima y averiguar si su marido se estaba riendo de ella.

—No es ninguna broma, ¿verdad? —volvió a preguntar mi padre.

—Claro que no —le aseguré—. Me he puesto de acuerdo con el otro interesado. Compraremos el barco juntos.

—Vaya, ¡eso sí que es una noticia! —Ahora mi padre estaba del todo despierto, como siempre que se trataba de barcos—. ¡Enhorabuena!

—¡Muchas gracias! Por supuesto, primero tenemos que acabar de concretar los detalles. En realidad, no tengo ni idea de cómo será, pero compraremos el barco y luego... —Mi padre me escuchaba entusiasmado, y yo sabía lo que estaba esperando —, me alegraría mucho que tu oferta siguiera en pie.

—¿Qué oferta? —preguntó haciéndose el tonto, aunque yo sabía que solo era uno de sus juegucitos.

—Papá, ya sabes a lo que me refiero —repuse con fingido reproche, y él soltó una risilla.

—Claro que lo sé —dijo—, pero sigue siendo maravilloso cuando me llamas «papá» con tanta indignación. Por desgracia, ahora ya casi nunca lo haces.

Habría podido decirle que ya era una mujer adulta, incluso madre, y divorciada. Los tiempos en los que era una dulce niña habían pasado para siempre. Sin embargo, sabía que mi padre jamás lo admitiría. A un padre siempre había que llamarlo «papá», daba igual la edad que tuviera.

—Pero, bromas aparte —dijo, cediendo al notar que no sabía qué contestarle—, por supuesto que mi oferta sigue en pie. ¿Cuándo puedo pasar a mirarme ese cascarón?

—Huy, primero tengo que comprarlo.

Mi padre lo pensó un momento y añadió:

—Y... ¿tiene buena pinta?

—¿El qué? ¿El cascarón? —Daba por hecho que se refería al barco, pero mi

padre me sorprendió.

—Me refiero a tu nuevo compañero.

—No es que sea «ese» tipo de compañero —repuse, perpleja—. Compraremos el barco entre los dos y luego pensaremos en cómo darle salida comercial.

—¿Salida comercial? —Mi padre resopló.

—Sí, un barco así no se compra por placer —contesté—. Quiero convertirlo en una cafetería flotante, en la que se den conferencias o se celebren pequeños conciertos. No como uno de esos sitios de tertulias de la tercera edad, sino un lugar donde organizar también eventos para la gente joven mientras el barco se adentra un poco en el Báltico.

Eso sonaba estupendamente a mis oídos, y de repente vi ante mí el barco meciéndose sobre las olas en un hermoso día. Preferí reprimir la idea de que, con tormenta, la estampa sería muy diferente.

—¿Y qué dice tu socio de eso? —Seguro que no era capaz de imaginarse que a un hombre pudiera interesarle nada relacionado con cafés, pasteles y arte..., a menos que fuese gay.

—La idea le gusta. Por eso me ha ofrecido formar la sociedad.

Casi pude ver cómo mi padre clasificaba a ese posible nuevo hombre de mi vida en la categoría de «ninguna relación amorosa».

—Está bien —dijo después de un silencio—. Pues hazme saber cuándo queréis empezar y cuándo puedo pasarme por allí.

—Puedes pasarte por aquí siempre que quieras —repuse yo—. Seguro que os apetece hacernos una visita, ¿verdad?

—¿Crees que es eso lo que nos apetece? —Habían regresado sus ganas de bromear.

Sonreí. Todavía notaba un poco su reticencia; para él, un desconocido en un proyecto así era un factor de riesgo. Pero, hasta que conociera a Merten, yo tendría tiempo de prepararlos a ambos.

—Sí, eso es lo que os apetece. Porque queréis ver mi casa, y a Leonie. Y a mí también.

—Claro que queremos —reconoció enseguida mi padre, que no podía permitir que asomara la menor duda en cuanto a lo importantísimas que éramos para él—, así que avisa cuando podamos acercarnos. Yo meto a mamá en el coche y para allá que vamos.

—¡Dales muchos recuerdos a las dos de mi parte! —exclamó mi madre al fondo, seguramente antes de meterse en el cuarto de baño.

—¿Lo has oído? Mamá dice que te dé recuerdos.

—Dale recuerdos a ella también, y un beso de nuestra parte.

—Descuida. ¡Hasta pronto, Anni!

Colgué. Anni. Su apodo para mí. Lo usaba pocas veces, casi siempre cuando se sentía orgulloso de mí por algo. Y de repente me vino a la cabeza una de sus frases:

«Pero sigue siendo maravilloso cuando me llamas “papá” con tanta indignación».

Sabía muy bien por qué se alegraba tanto cuando lo llamaba «papá». Lo cierto era que había tardado un tiempo en aceptarlo como mi padre, como mi papá. Nuestra relación había sido difícil al principio, pero en algún momento el sentido común me ganó la partida. No servía de nada luchar contra esas personas que habían tomado la firme decisión de salvarme y convertirme en una buena persona. Así que me rendí, disfruté de sus atenciones y me tomé en serio sus regañinas. Y llegó un día en que mi madre fue mi madre y mi padre, mi padre. Aparté todo lo que había existido antes y miré hacia delante.

Igual que ahora. No dejaría que el pasado me frenara. Tenía el barco. Y con Merten ya me las arreglaría, aunque fuese tan condenadamente misterioso que dieran ganas de soltarle un bofetón.

Por fin llegó el viernes y con él se acercaba el momento de conseguir al menos la mitad de la propiedad del *Rosa del Viento*. Puesto que enseguida quedó claro que no había ningún otro comprador interesado en el barco que pudiera o quisiera competir con nuestra oferta, al instante concertamos una cita con el señor Ruhnau para firmar el contrato.

—¿Podremos salir a navegar hoy? —preguntó Leonie, emocionada, cuando la saqué de su sillita.

Le habría encantado venir conmigo, pero la había convencido de que le resultaría demasiado largo y aburrido esperar a que tuviéramos todos los papeles listos.

—No, el barco todavía no puede navegar. Es viejo, primero habrá que limpiarlo y después tendremos que ver si aún le funciona el motor.

—Si no funzo..., funciona, ¿vendrá el abuelo a arreglarlo?

Mi padre no había desaprovechado ninguna ocasión para familiarizar a Leonie con su profesión. Cuando tenía tres años, se la llevó a los astilleros, donde fue la estrella entre todos sus compañeros de trabajo, que la agasajaron con caramelos y chokolatinas, hasta casi agotar sus provisiones, solo para darle una alegría a la princesita.

Cuando regresamos a casa, felices y borrachas de chocolate, Jan me echó en cara que la alimentación de nuestra hija no era sana; un reproche inconsistente, porque esos atracones chocolateros no eran nada habituales. Con el tiempo, sin embargo, me di cuenta de que solo buscaba un motivo para reprocharme que era la mala de la pareja y, así, poder ir a trajinarse a sus compañeras de trabajo.

—Sí, el abuelo arreglará el motor —respondí, y aparté el recuerdo de Jan.

—¿Y volverá a darme chocolate? —En efecto, mi hija aún no había olvidado el episodio de los astilleros.

—¡Cuántas cosas quieres! —repliqué yo, y la acompañé hasta la puerta de la guardería, detrás de la cual ya se oía un gran barullo.

Media hora después, iba de camino al puerto de Sassnitz. Leonie seguramente sería la estrella de su grupo en la guardería si contaba en el corro de la mañana que su madre iba a comprarse un barco. Yo no la había puesto al corriente de que ese barco tendría también otro socio; eso ya llegaría más adelante. Antes que nada, quería estar junto al *Rosa del Viento*.

Cuando entré en el aparcamiento del puerto, el cielo se abrió y un aluvión de luz solar inundó el asfalto. El submarino negro yacía como una roca sobre las aguas relucientes. Unos cuantos turistas iban en manada hacia los barcos de recreo o desaparecían en el pequeño centro comercial. Yo me dirigí al embarcadero.

Merten ya estaba allí. Llevaba puesta su casaca, solo le faltaba la gorra de marinero para parecer un capitán de verdad.

Entonces caí en la cuenta de que necesitaríamos a alguien que llevara el timón,

por no hablar de la tripulación de a bordo. ¿Tendría Merten el título de patrón de barco? A mí me parecía capaz.

Me saludó con una sonrisa, un alegre «¡Buenos días!» y un apretón de manos que le habría impuesto respeto hasta a un boxeador.

—¿Ha podido llegar bien?

—Sí, no he encontrado mucho tráfico.

—Me alegro de que lo diga. Si el señor Ruhnau aduce problemas de circulación, sabremos que nos miente.

—¿Y eso? ¿Es que ya llega tarde? —Miré al reloj. Las diez menos diez. Habíamos quedado en reunirnos a las diez en punto.

—No, solo era una broma —repuso Merten. Christian.

Christian Merten. Recordé otra vez su mensaje de texto, pero, mientras no me pidiera explícitamente que lo tuteara, no pensaba hacerlo.

—Ya sabe cómo es eso, cuando alguien llega tarde y le echa la culpa al tráfico. Como es algo que no puede comprobarse, se acepta como si fuera el verdadero motivo, pero en realidad la gente se retrasa porque no podía dejar de leer el periódico, porque se ha dormido o porque le apetecía comerse otro panecillo con mermelada.

—Eso arroja una luz maravillosa sobre su clientela —comenté yo—. Seguro que todos esos son ejemplos que ha vivido.

—Sí, y a menudo he sido yo el que ha usado la excusa. Con cierto éxito, o por lo menos nadie me ha dicho nunca lo contrario. —Se detuvo un momento, hizo como si reflexionara y luego añadió—: Aunque, ahora, con usted ya mejor ni lo intento, ¿verdad?

Hice un gesto de negación con la mano.

—De todos modos, siempre prefiero saber la verdad. Puede decirme con toda tranquilidad que un artículo, un panecillo con mermelada o diez minutos más de sueño le han impedido ser puntual. —O una mujer, añadí en silencio—. Todavía no le he preguntado qué dice su esposa de que se compre el barco conmigo —me oí decir de repente, y un instante después me enfadé conmigo misma por haber dejado caer un comentario tan burdo.

Dios mío, pero ¿qué mosca me había picado? No era de recibo. Y, además, en realidad no tenía por qué interesarme. Aunque, con lo reservado que se había mostrado hasta entonces, tampoco esperaba una respuesta. Sin embargo, me la dio.

—Me encuentro en la afortunada situación de poder cerrar mis negocios tal como me apetezca. Igual que usted.

¿Era un deje de fastidio lo que se oía en su voz?

En fin, su respuesta podía significar cualquier cosa. Que tenía esposa, pero que no se preocupaba por los negocios de él, o una novia que todavía no era su esposa, o tal vez incluso que estaba soltero. Para nuestro acuerdo era irrelevante. Eso hizo que me avergonzara más aún de mis palabras, y las mejillas se me pusieron coloradas a más no poder. Consulté el reloj, abochornada. Eran las diez en punto y ya había

conseguido que entre ambos se creara un silencio incómodo.

Me esforcé por pensar en cómo podía salvar la situación. A fin de cuentas, ese debía ser un buen día: el primer día de la nueva vida del *Rosa del Viento*.

Justo cuando sopesaba la idea de hablar del tiempo, un Volkswagen Polo azul oscuro se nos acercó a toda velocidad.

—Ahí está —dijo Merten, y señaló el coche.

Nos pasó por delante tan deprisa que ni siquiera tuve ocasión de ver al conductor. El señor Ruhnau aparcó y vino directo hacia nosotros.

—¡Buenos días! —exclamó a lo lejos. Llevaba el portafolios de rigor bajo el brazo.

El corazón empezó a latirme con fuerza. Había llegado el momento. A menos que Merten cambiara de opinión después de mi estúpida pregunta.

—Disculpen el retraso. El tráfico... —se excusó el propietario del barco, y nos tendió la mano—. Bueno, ¡vamos allá!

Merten me lanzó una mirada de complicidad, y me ofreció una sonrisa con la que me hizo ver que no se había tomado a mal esa velada pregunta por su mujer.

Yo también sonreí, y luego me costó contener la risa a causa de la disculpa de Ruhnau.

Una hora después ya habíamos acabado con el papeleo y, por tanto, éramos oficialmente los propietarios del *Rosa del Viento*. Merten realizó el pago de diez mil euros en efectivo; yo tenía un plazo de dos semanas para hacer una transferencia con mi parte del dinero.

—Bueno, pues ¡les deseo muchas alegrías y que tengan siempre buena travesía! —dijo el vendedor al despedirse.

Me callé el comentario de que aún faltaba bastante para que una «buena travesía» con el *Rosa del Viento* fuese algo concebible, pero le dimos las gracias con educación y, junto con el portafolios, nos quedamos también con la responsabilidad del barco.

El señor Ruhnau se marchó. Se notaba que para él era un alivio; ni rastro de melancolía. Se había librado de una carga, y la señora Ruhnau pronto recorrería toda la casa en su silla de ruedas sin encontrar barrera alguna. Así, todos salíamos ganando.

Nos quedamos un rato más en el barco, igual que se queda uno un momento en un piso cuando le acaban de entregar las llaves.

Merten recorrió la cabina de pasajeros como si estuviera buscando algo. En la cubierta de babor se detuvo y miró hacia la portabandera.

—¿Y bien? —le pregunté—. ¿Qué le parece?

No respondió. En lugar de eso, se quedó mirando la parte trasera del barco. La expresión de su rostro parecía ausente, o más bien sombría. Como si una nube hubiese ocultado el sol. Me resultó muy extraño, así que preferí no decir nada más. Esperé un momento y, como él seguía sin parecer dispuesto a hablar, di media vuelta

y pasé por delante de un salvavidas bastante desgastado de camino a la cabina del timón.

El olor del interior se parecía al de una gasolinera: diésel y aceite viejo. El timón era de madera y estaba muy desgastado por el uso. Los instrumentos se escondían tras unos cristales llenos de polvo. El señor Ruhнау, por lo visto, había comprendido enseguida que jamás se haría a la mar con ese barco.

Puse las manos en el timón y, aunque no tenía ni idea de cómo se conducía una embarcación, me imaginé maniobrando para salir de la dársena. A Leonie le entusiasmaría que su madre fuese capitana.

—Ah, está usted aquí —llegó la voz de Merten por entre mis ensoñaciones—. Parece que ya quiera poner el barco en marcha.

¿Cómo se ponía en marcha un barco? Esa era una pregunta que podría haberme hecho Leonie y que seguramente me haría en cualquier momento.

—Para eso me falta el título de patrón —repuse, y solté el timón.

Entonces vi que la sombra había desaparecido de su rostro y que estaba tan cerca de mí que podía oler su loción para después del afeitado.

Como no tenía forma de escapar, me volví de nuevo hacia el timón.

—¿Y qué me dice de usted? ¿Puede timonear un barco?

—Solo tengo permiso para lanchas a motor —respondió—. Embarcaciones de remos y veleros también puedo llevarlos, pero con un barco tan grande no tengo ninguna experiencia.

Le habría sorprendido saber lo que era «un barco tan grande» para mi padre.

—Tiene razón, para eso primero habrá que sacarse el título —siguió diciendo—. Pero no se preocupe, cuando el barco esté preparado para navegar, tal vez también yo haya conseguido la titulación. O a alguien que la tenga.

Nos quedamos un rato más en la cabina del timón, luego salimos otra vez. Merten evitó mirar hacia la parte trasera del barco.

—Bueno, pues entonces será mejor que nos pongamos manos a la obra —dijo con ánimo emprendedor—. Nos hace falta un plan de acción para la reparación, la reforma y el marketing.

Me gustó que no quisiera perder el tiempo, y de pronto mi boca fue más rápida que mi cerebro:

—Pásese mañana por mi casa y comentaremos el plan de acción tomando un café. Merten me ofreció una gran sonrisa.

—Está bien. ¿Qué le parece sobre las tres?

—Perfecto —repuse, y le tendí la mano.

—Mamá, ¿cuándo va a venir ese señor? —preguntó Leonie mientras me traía el libro de repostería que había encontrado en una estantería el día anterior.

Las recetas parecían lo bastante tradicionales para que le gustaran a alguien que había crecido junto al mar. En realidad no tenía por qué, pero de algún modo quería convencer a Merten de que mi gusto en cuestión de pastelería era el adecuado para el barco.

—Dentro de dos horas —contesté, y le quité el libro de las manos.

A esas alturas, normalmente Leonie habría estado echándose la siesta, pero se había emocionado tanto con la visita que no habría servido de nada meterla en la cama.

—¿Y de qué quieres hablar con él?

—Del barco. Tenemos que llevarlo a arreglar para que pueda navegar otra vez.

—¡Hala! —exclamó Leonie, y se colocó junto a la mesa con ojos de ilusión. Le encantaba ayudarme a preparar bizcochos, y me di cuenta de que hacía mucho desde la última vez—. ¿Necesita velas nuevas el barco? —preguntó mi hija mientras se agarraba con las manos al canto de la mesa y luego mordía un poquito el mantel.

Todavía era lo bastante pequeña para poder hacer eso; llegaría un momento en que la mesa le quedaría demasiado baja y el hule ya no le sabría tan delicioso.

Le saqué la punta del mantel de la boca.

—Es posible que le pongan un motor nuevo, pero no tendrá velas.

—Pues sí que tenía esas cosas para las velas —repuso Leonie.

—¿Te refieres a un mástil?

Me asombró que se hubiera fijado en ello. Sin embargo, no se trataba de un mástil, sino de lo que quedaba de los aparejos de pesca, que por algún motivo habían dejado en el barco.

Leonie asintió con brío y volvió a morder el mantel. Tal vez debería poner uno nuevo, de tela, cuyo sabor no le gustara. Pero para hacer pasteles era mejor el plastificado, que se limpiaba con facilidad y tenía una leve reminiscencia a infancia. También en mi casa, el mantel siempre había sido de hule.

—Eso no era un mástil —le expliqué a mi hija—. Es donde antes se sujetaban las redes. Nuestro barco tendrá motor.

—¿Y el motor también necesita gasolina?

—Gasóleo.

Leonie repitió la palabra varias veces, como si estuviera chupando un caramelo que aún no sabía si le gustaba o no.

—¿Y hasta dónde se podrá navegar con él? —siguió preguntando.

Me mentalicé para soportar un extenso interrogatorio sobre el tema de los barcos mientras medía los ingredientes para el pastel y los iba echando en el cuenco.

—Pues hasta muy lejos —respondí, y enseguida llegó la siguiente pregunta.

—¿Hasta América?

—No, pero tal vez sí hasta Hamburgo.

—¿Para ir ver al abuelo?

—Sí, para ir a ver al abuelo.

Demasiado tarde me di cuenta de que estaba metiéndome en un terreno peligroso. Si podíamos ir a ver al abuelo con el barco, ¿por qué no ir a ver a su padre también?

—Y, cuando se acaba el gasóleo, ¿hay que ir a una gasolinera? —preguntó Leonie tras pensarlo un poco.

Respiré con gratitud. Todavía era pronto para bajar la guardia, pero, si esta vez encontraba una buena respuesta, mi hija se entretendría un rato con ella.

—Hay que ir a un puerto, sí —expliqué—. Allí el barco reposta. Igual que un coche en la gasolinera, pero de una forma diferente.

Me di cuenta de que a Leonie se le disparaba la imaginación. Estaba visualizando cómo sería una de esas gasolineras, cómo funcionaría.

—¿Por qué no intentas dibujar una gasolinera para barcos? —le propuse, porque sentía su inquietud creativa, el impulso de dar forma a sus ideas.

—¿Y el bizcocho?

—Ya puedo yo sola. Además, si quieres, puedes venir a dibujar a la cocina.

Mi hija saltó de alegría y salió corriendo. Poco después apareció con lápices de colores y su bloc de dibujo. El detalle de que hubiera escogido los lápices buenos me hizo ver que aquel proyecto era muy importante para ella.

—Dibujaré el barco —anunció— y la gasolinera del puerto.

Sonreí.

—Hazlo, cielo. Y, cuando el bizcocho esté listo, lo pruebas.

Me volví de nuevo hacia los ingredientes, pero, cada vez que levantaba la mirada, me veía a mí misma reflejada en mi hija, que colocaba el bloc de dibujo y los lápices en el extremo contrario de la mesa de la cocina y luego se sentaba muy recta en la silla. Igual que yo en aquella época, antes de que me despertase con las luces azules y la voz que me anunció que había perdido a mi madre, a mi verdadera madre, para siempre.

Un escalofrío me recorrió la espalda y me obligué a ahuyentar esa imagen. No tenía cabida allí, así que tal vez consiguiera encerrarla en un cajón, igual que el dibujo del molino de viento de la última noche que pasé con mi madre.

Cuando llegó el momento, me senté con Leonie frente a la ventana de la cocina y casi sentí la misma emoción que antes de mi primera cita con Jan. Esperaba que Merten se adelantara, para así poder librarme de una vez de la tensión que me tenía presa por dentro, pero se hizo esperar.

No pude evitar recordar su disertación sobre las excusas de quienes llegaban tarde. ¿Me diría que había encontrado mucho tráfico? ¿O que había estado con un

cliente?

La manecilla del reloj de la cocina se movió hasta las tres cuando oímos un motor frente a la verja. ¡Tenía que ser él!

¿De quién más podía tratarse? El cartero ya había pasado —los sábados se daba prisa— y no me había traído aún la colección de fotos de Hartmann, así que no podría enseñarle a Merten la fotografía de ese albañil que se le parecía tantísimo.

—Bueno, ¡pues vamos a saludar a nuestro invitado!

Leonie me siguió fuera y vimos a Merten recorrer el camino de entrada montado en una moto. Eso sí que no me lo esperaba. ¿Habría acudido también a nuestra cita con ella? Una Indian de 1950. Pesada, reluciente, ruidosa. Y, además, también cara y poco común. Motos como esa las había visto una vez en una feria a la que había ido para hacer el seguimiento de una campaña para un fabricante de motocicletas. Ahí descubrí la Indian. O, mejor dicho, varias de ellas. Modelos muy antiguos y también otros *revival*. Eran sencillamente fascinantes. Enseguida deseé poder llevar la publicidad de la marca, pero ya tenían a sus propios publicistas.

La impresión que me causó esa moto no había desaparecido con el tiempo. Era capaz de reconocerla entre miles de otros modelos, y jamás habría imaginado ver aparecer una en mi jardín. Y, de repente, ahí la tenía, mientras el velo de polvo que habían levantado las ruedas volvía a asentarse poco a poco.

El rugido del motor remitió. Merten volvió la cabeza hacia un lado, se llevó las manos al casco y se lo quitó. Entonces miró hacia nosotras, su público entregado.

—Espero no llegar tarde —dijo, y se dispuso a desmontar—. La verdad es que hoy el tráfico estaba fatal. En mi vida había visto semejante cantidad de autocaravanas.

—La segunda oleada —comenté—. La primera la viví la semana pasada. Debe de ser que la temporada ha comenzado oficialmente.

—Eso creo yo también.

Bajó de la moto con la elegancia de un modelo de perfume para hombres, dejó el casco y se quitó los guantes. No parecía que viniera desde su casa de Binz, sino desde mucho más lejos. ¿Dónde habría estado?

Nos saludamos con un apretón de manos.

—¿Y quién es esta joven señorita? —preguntó.

Leonie no hizo ademán de acercarse, pero tampoco se apretó contra mí con miedo, así que todo iba bien. Miraba a Merten como si fuese el caballero de uno de sus cuentos de hadas. Un caballero que montaba una Indian. No estaba nada mal.

—Esta es mi hija, Leonie.

—¿Leonie «Corazón de León»? —preguntó, lo cual hizo que la niña viniera corriendo y se acurrucara a mi lado.

Pero no me miraba a mí, sino que le sonreía a Merten con coquetería infantil. O sea que sí: un caballero. O puede que hasta un príncipe.

—¿He dicho algo malo? —preguntó él, extrañado—. Es que me he acordado de

aquella marioneta de la tele...

—No, ha dado usted en el clavo —respondí—. Ese es su apodo. Leonie «Corazón de León» es como te llamo yo muchas veces, ¿a que sí, cielo?

Mi hija asintió, se mordió el dedo y después volvió a sonreírle a Merten. Por lo visto, le parecía simpático de verdad.

—Yo soy Christian —dijo él, y le tendió una mano.

Leonie le ofreció la suya, y yo comprobé con asombro que a él le daba igual que su manita estuviera toda babeada. Se la estrechó con cuidado y no se limpió, ni siquiera cuando volví la cabeza hacia un lado y lo observé con el rabillo del ojo.

—Pase, por favor. Hemos hecho un bizcocho.

Hice pasar a nuestro invitado y le ofrecí dejar la cazadora en el armario de la entrada. Un cálido aroma a cuero se extendió por el pasillo. ¿Era oportuno invitarlo a conocer la casa? Hacía tanto que no recibía a invitados que ya no sabía cuál era la costumbre. Con la creciente ausencia de Jan en mi vida, también las visitas habían empezado a escasear. Mis padres eran los únicos que se habían acercado a Bremen, y ellos ya habían visto el piso cientos de veces.

Me decidí por no asustarlo y lo llevé directo a la cocina, donde habíamos puesto la mesa. Algunas personas recibían a las visitas en el salón; nosotros siempre comíamos en la cocina.

Merten se sentó en el banco de la mesa y dejó un sobre junto a su plato. Yo encendí la cafetera. Leonie se sentó en su sitio de siempre, se puso a balancear las piernas y siguió observando a nuestro invitado como si acabara de salir de uno de sus cuentos.

—Bueno, aquí están los documentos de la primera inspección. Fotos y demás. Me tomé la libertad de encargarme de ello el viernes mismo, porque daba la casualidad de que un conocido mío tenía tiempo ese día y, además, reconozco que ya había despertado su curiosidad por el barco antes.

Yo no sabía nada de todo eso, pero me pareció bien. Era evidente que Merten ya contaba con conseguir el barco sí o sí. Me callé cualquier comentario.

—¿Y bien? ¿Hemos comprado un pozo sin fondo?

Ahora que éramos los dueños del pesquero, en mi interior se levantaban olas de esperanza y de duda. ¿Y si no lo conseguíamos? ¿Y si lo convertíamos en todo un éxito?

—Tendremos que invertir en él, desde luego, pero mi amigo se ha sorprendido de que no esté ni mucho menos tan hecho polvo como yo me temía. Aunque no lo sabremos con más exactitud hasta que esté en el dique, claro.

Ese era mi pie para entrar.

—Pues yo he hablado con mi padre, que estaría dispuesto a encargarse de una parte de los trabajos de restauración. Solo, naturalmente, si a usted le parece bien.

Merten me miró un buen rato, casi indagando en mi rostro.

—¿Su padre entiende algo de barcos?

—Trabaja en los astilleros de Hamburgo. ¿No se lo había dicho?

—No.

Una expresión se asomó a su mirada, pero desapareció enseguida, antes de que yo pudiera interpretarlo.

—Hablé con él por teléfono antes de tener claro que pudiera conseguir el barco, y enseguida se ofreció a trabajar en él. Aunque para eso tendríamos que remolcar el *Rosa del Viento* hasta Hamburgo.

—¿Y los costes?

—Sin duda serán mucho menores que si se lo encargásemos nosotros a un astillero. Mi padre y sus amigos, además, están dispuestos a ocuparse de ello durante los fines de semana. No debería ser ningún problema.

Merten sonrió para sí.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada —repuso—. Solo que, una vez más, vuelvo a comprobar la buena suerte que tengo. Dirigirme a usted fue la decisión más acertada.

Entonces también yo sonreí, y serví el café.

Como el asunto de la reparación estaba prácticamente resuelto, pasamos a comentar en qué convertiríamos el *Rosa del Viento*.

—En la cubierta superior podríamos instalar más bancos y mesas, para quienes prefieran el aire libre —propuse—. Y una guirnalda de luces, para cuando organicemos actos nocturnos.

—Pero no podemos programar nada con mal tiempo, porque, si no, será una catástrofe —repuso Merten medio en broma.

—Yo creo que, de todas formas, deberíamos celebrar los actos siempre en el puerto —opiné—. Primero una pequeña vuelta, después la parte cultural. Si no, podrían marearse tanto los clientes como los artistas.

—Sí, y eso sería una pena, con esos pasteles tan buenos.

—Oye, ¿tú sabes cómo repostar un barco? —soltó Leonie de repente mientras le tiraba a Merten de la manga.

Me dio un poco de vergüenza, pero ver la cara que puso no tenía precio.

—Mmm, ¿se le echa gasóleo en el depósito?

Leonie no se quedó satisfecha con esa respuesta. Bajó de un salto de su sitio y corrió a su habitación, donde había guardado su dibujo a buen recaudo.

—Mira —dijo mientras se lo entregaba—. He dibujado una gasolinera para barcos.

Yo habría esperado que Merten reaccionase con desconcierto, pero su rostro se suavizó de repente y su mirada pareció perderse en el pasado. ¿También él había dibujado barcos de niño? ¿O su hijo, quizá? De nuevo comprendí que apenas sabía nada sobre él. Que no llevara alianza no tenía por qué significar que no tuviese hijos. ¿Tal vez de una relación anterior?

A mi parecer, reaccionó de una forma demasiado emotiva para ser un hombre sin

descendencia propia.

—Lo has dibujado muy bien —elogió a mi hija, y le acarició el pelo con mucho cuidado, casi sin llegar a tocarla—. Oye, ¿has bajado alguna vez hasta las rocas? —preguntó Merten.

Leonie negó con la cabeza.

—No, aún no.

—¡Huy, pues no te lo puedes perder! —repuso él—. A veces, si bajas al mar muy temprano, puedes ver allí sentadas a las sirenas. Contemplan el agua y esperan la llegada de los barcos. Y, cuando sale el sol, regresan al agua, porque si no se desharían en la espuma de las olas.

Leonie lo miró con unos ojos enormes y la boca muy abierta. Ella ya sabía lo que eran las sirenas, por supuesto; Ariel era una de sus princesas preferidas.

—¿Eso es verdad? —preguntó.

—Ya lo creo que sí —contestó Merten—. Lo que pasa es que son muy tímidas y tienen muy buen oído. En cuanto oyen que se acerca una persona, saltan enseguida al agua y se alejan nadando.

Esa última información desanimó a mi hija durante un rato.

—Mamá, ¿podemos bajar a las rocas? —preguntó luego, y yo reconocí al instante ese tono que me suplicaba: «¡Ya mismo!».

—Sí, señora Hansen, ¿qué le parecería si diésemos un pequeño paseo para hacer la digestión?

—Está bien, vamos —contesté, porque no era capaz de negarle prácticamente nada a Leonie.

Y tal vez fuese también buena idea que ella misma viese lo empinada que era la escalera. Así me sería más fácil advertirle contra sus peligros.

Unos minutos después, ya estábamos paseando junto a los rosales, de camino a la verja del jardín. Allí, por si acaso, levanté a Leonie en brazos, porque los escalones eran demasiado altos para ella.

En la playa había numerosas personas que habían sacado a pasear a sus perros. El cielo se había tapado y pendía pesado y gris sobre el agua, que imitaba el color de las nubes.

Pasamos junto a los amos de los perros y llegamos a la orilla. El agua del mar, coronada de espuma, bañaba tanto las rocas grandes como las pequeñas. El viento había refrescado y me alborotaba el pelo. De repente deseé tener a mano una chaqueta.

—¿Tiene frío? —preguntó Merten y, antes de que pudiera contestar, ya me había echado su cazadora de cuero sobre los hombros.

La gente que pasaba junto a nosotros quizá nos tomaría por una pareja, pero no me molestaba. Así, por lo menos, no sospecharían que yo venía de una relación fracasada cuya sombra aún se cernía sobre mi vida.

Leonie contemplaba las rocas con insistencia, entornaba los ojos y miraba a lo lejos. Debía de estarse preguntando si las sirenas eran muy grandes, y si tal vez harían acto de presencia aunque la playa de rocas estuviera llena de personas y de perros.

—¿Podemos ir hasta allí atrás? —preguntó mi hija de pronto, como si hubiese descubierto algo interesante.

—Claro —respondí, y me fijé en que Merten nos miraba a las dos con una sonrisa.

De pronto me pregunté qué imagen le estaría dando de mí. ¿Me mostraba demasiado pendiente de Leonie, quizá? ¿Demasiado preocupada? ¿O le recordaba, en el peor de los casos, a su propia madre?

Tal vez no llegara a saberlo nunca.

Por el camino, hablamos sobre la sociedad que tendríamos que crear para la explotación comercial del barco después de su restauración. Hablamos sobre planes de marketing y financiación. Sobre bancos y otras instancias que podrían ayudarnos, puesto que éramos emprendedores y, como tales, quizá conseguiríamos alguna subvención.

Entonces llegamos a las rocas. Las piedras de las sirenas, como las llamaba Merten.

—¿Aquí es donde se sientan las sirenas? —preguntó Leonie, y puso la mano en uno de los grandes pedruscos que las algas habían teñido de verde.

Casi parecía como si quisiera sentir a las sirenas, su calor, ¿o su frío, quizá? Las sirenas, en realidad, eran híbridos entre persona y pez. ¿Serían frías o calientes?

Mientras le daba vueltas a eso, me fijé en otra roca. Una por la que ya había pasado un par de veces antes. Las rosas que tenía encima estaban un poco marchitas, pero se veía claramente que las habían cambiado. Quería comentárselo a Merten, pero su mirada se había perdido en las profundidades del mar, donde, a lo lejos, un transbordador navegaba rumbo a Suecia. ¿Qué le estaría pasando por la cabeza? ¿Soñaba con libertad? ¿O con alguna otra cosa? Igual que yo...

—¿O sea que su padre quiere ayudarnos? —preguntó entonces, como si no hubiese estado pensando en nada que no fuese el *Rosa del Viento*.

Aun así, yo no me desprendí de esa sensación de que en realidad había estado en alguna otra parte.

—Está decidido a hacerlo.

Me sonrió con seguridad.

—Lo conseguiremos. El año que viene, como muy tarde, el *Rosa del Viento* atracará allí. —Señaló hacia el puente de la isla, una línea blanca y delgada sobre la superficie azul verdoso del mar.

Merten se quedó hasta el atardecer y le contó a Leonie un montón de historias de sirenas, piratas y príncipes navegantes. Era un cuentacuentos nato, y a mí me tenía maravillada lo deprisa que mi hija se había encariñado con él. Enseguida pidió llamarlo tío Christian, e incluso le dejó usar sus lápices.

—Habría sido usted un buen maestro de preescolar —comenté cuando se preparaba para marchar y volvió a ponerse su cazadora de cuero.

—Puede —repuso, y se encogió de hombros—. O puede que no. Depende. Igual que no todos los adultos me caen bien, tampoco me gustan todos los niños. La mayoría me resultan indiferentes; otros, en cambio, me parecen sencillamente encantadores.

—Qué bien que Leonie pertenezca a ese segundo grupo.

—Es una niña muy despierta. Debe de ser complicado para usted haberse divorciado de su padre.

Sus palabras me atravesaron como una puñalada. Por un momento me puse tensa. Leonie había pasado todo el día contentísima, no se le había notado la tristeza que sentía por lo de su padre.

—Créame, sé lo que es eso —dijo Merten después de mirarme a los ojos—. Mi madre murió joven, solo tuve a mi padre. —Hizo una breve pausa tras la que intuí una frase que no quería pronunciar, pero ese momento fugaz de apertura por su parte me pilló tan desprevenida que no tuve tiempo de preguntarle nada. Me tendió una mano—. Muchas gracias. Ha sido un día muy agradable y espero que podamos repetirlo pronto.

—Mañana llamaré a mi padre y le preguntaré cuándo podrá venir a examinar el barco. Me gustaría mucho que se conocieran.

—Eso no me lo perdería por nada del mundo. Por todo lo que me han contado de él su hija y usted, debe de ser un hombre extraordinario. Me encantaría conocerlo lo antes posible.

—Él también lo está deseando. ¡Que llegue bien a casa!

Asintió con la cabeza, se puso el casco y luego arrancó la moto. El rugido de la Indian se tragó todos los demás ruidos y siguió resonando en mi interior cuando Merten ya se había perdido de vista.

SEGUNDA PARTE

EL BARCO

Después de pasar todo el domingo intentando ponerme en contacto con mi padre, que seguramente había salido al campo con mi madre, por la noche al fin conseguí hablar con él. Mientras Leonie danzaba excitada por todo el salón afirmando que era una sirena, quedamos en vernos el fin de semana siguiente.

El interés de mi hija por las gasolineras de barcos había disminuido, pero en cambio no dejaba de preguntar si algún día podríamos salir temprano para ir a ver a las sirenas.

—Pero ya has oído lo que ha dicho el señor Merten —objeté yo—. Que tienen muy buen oído y desaparecerán antes de que lleguemos.

—Aun así, podríamos bajar por la escalera sin hacer ruido —repuso Leonie.

Por muy feliz que me hiciese verla de nuevo tan alegre, despreocupada y sin pensar para nada en su padre, también me inquietaba esa ilusión que tenía por la empinada escalera.

¿O acaso exageraba con mi preocupación? ¿Estaba convirtiéndome en una gallina clueca?

—Puede que vayamos algún día —cedí, pues sabía que, para un niño, lo prohibido se volvía más apetecible cuanto más se empeñaba uno en negárselo—, pero para eso tendrás que levantarte tempranísimo.

Sabía que a Leonie le costaba horrores despertarse antes de lo habitual. Incluso el viaje hasta Binz lo había hecho durmiendo.

Lo intentaríamos el sábado siguiente, me dije por la noche, mientras me quedaba un rato más sentada ante la ventana, contemplando el lugar donde había aparcado la Indian. Aún se veían las roderas que había dejado, y de algún modo sentí calidez y bienestar al pensar que vería a Christian Merten a menudo.

El miércoles me encontré de nuevo junto al *Rosa del Viento*. Antes de que mi padre y mi madre se acercaran a echarle un vistazo a mi nueva adquisición, quería hacer un poco de limpieza. En realidad, poco importaba si había algo de suciedad en un rincón, porque de todas formas habría que darle al barco un repaso de arriba abajo, pero yo me quedaba más tranquila sabiendo que había puesto un poco de orden.

La embarcación se balanceaba con calma sobre las olas. Por encima del puerto, el cielo se había nublado un poco. Aun así, había unos cuantos pasajeros reunidos para salir de excursión. En los rostros de los miembros de la tripulación que aguardaba frente al barco, sin embargo, vi que habían esperado contar con una clientela mayor.

Uno de los marineros me miró con mala cara. ¿Creería acaso que queríamos hacerles la competencia? El *Rosa del Viento* todavía no tenía pinta de nada por el estilo.

No hice caso y cargué los enseres de limpieza a bordo. Lo de fregar los tablones pensaba dejarlo para el final, cuando los espacios interiores tuviesen un aspecto hasta

cierto punto decente.

Empecé por la cabina del timón, que estaba en su mayor parte cubierta por una espesa capa de polvo. En el techo se habían acomodado incluso las arañas.

La primera vez que entré no me había fijado en ellas, y tampoco la segunda, pero en esta ocasión vi su obra vital, unas gruesas telas grises llenas de huevos eclosionados. Estaba segura de que se habían extendido por toda la embarcación. Por suerte, las arañas no me daban miedo. Retiré los nidos enseguida, pero no encontré a los animales que los habían construido, así que en algún momento volverían a colgar allí sus hogares. De todos modos, con esa limpieza bastaría para la travesía hasta Hamburgo.

Cuando acabé con el techo, me concentré en el suelo, que resultó ser todo un reto a causa de lo pegada que estaba la mugre. No sé cómo, pero al final conseguí limpiar lo más burdo. Después de ocuparme también de las ventanas, le llegó el turno a la cabina de pasajeros. Cuando tuve listo el suelo, me puse con el revestimiento de las paredes. El trapo se me quedó enganchado y de repente me vi con un trozo de madera en la mano.

—Mierda —maldije, e intenté volver a colocar la tabla.

Al hacerlo, me di cuenta de que ahí detrás había algo escondido. Un papel, doblado hasta quedar lo más pequeño posible. Seguramente era esa la razón por la que no conseguía volver a colocar el revestimiento. Lo saqué con un suspiro. Al desdoblarlo, vi que se trataba de un sobre. No llevaba escrita ninguna dirección, así que tal vez lo habían metido ahí para mejorar el aislamiento. Sin embargo, noté que dentro tenía algo.

Lo abrí con cuidado y saqué una hoja escrita con letra nerviosa. La tinta se había descolorido hasta quedar de un marrón claro, las manchas de agua habían borrado varias letras y palabras.

13 de mayo de 1976

Querido Bob:

No tengo ni idea de por dónde empezar. Es probable que lo que estoy haciendo no tenga ninguna explicación. Hemos pasado todos estos meses pensando en estar juntos, soñando con huir, con la Ruta 66. Me has hecho comprender que al otro lado de los muros que me rodean hay otra vida, hay libertad y un sinfín de posibilidades. Has cautivado mi corazón, me has amado y has hecho todo lo necesario para que yo ahora esté aquí, en medio del mar, justo entre el Este y el Oeste.

Pero me asaltan las dudas. ¿De verdad debo ir? Todavía podría saltar por la borda, pero ahora es de noche y sin duda moriría si intentara llegar nadando hasta la costa. Sabes que amo la vida. También te amo a ti, y no sería capaz de provocarte el dolor de la pérdida. Así que iré a ver al capitán.

Palatin es un hombre parco en palabras pero muy amable, tal como suele ser la gente de la costa, pero seguro que eso ya lo sabes, si has hablado con él. En cierto sentido, me da la sensación de que podría contárselo todo, y me

pregunto qué me diría si le expusiera mi dilema.

Pero no haré tal cosa, no te preocupes, porque nuestra historia nos pertenece únicamente a ambos.

Siempre recordaré cómo te conocí en aquel entonces, en Hungría, cómo no pude olvidarte, cómo hice todo lo posible por no perder el contacto contigo.

Ahora estoy a bordo de este barco, después de todo lo que hemos sufrido los dos, y de repente sé que no es lo correcto. No puedo ir a tu encuentro. Es una locura, ¿verdad?

Lo cierto es que no bajaré de este barco tal como tú has deseado y esperado.

No tengo ni idea de cómo reaccionarás a lo que tengo pensado hacer. Tal vez te presentes en mi casa y te pongas a insultarme como un loco. Tal vez calles y llores en silencio. Tienes ante ti todas las posibilidades. Posibilidades por las que te envidio, pero a las que yo debo renunciar para seguir a mi corazón adonde de verdad quiere ir. Espero que lo entiendas.

Te quiere,

Lea

Bajé la mano con la carta. Me sentía algo abochornada por haberla leído, y al mismo tiempo me preguntaba quién sería esa tal Lea y qué era lo que había buscado en ese barco. Volví a leerla y, de hecho, teniendo en cuenta la fecha solo podía llegarse a una conclusión: que esa chica, o mujer, había tenido intención de huir de la RDA.

Al comprenderlo sentí como si me pegaran una bofetada.

Igual que mi madre, huyó del país, resonó en mi cabeza. Se acabó eso de olvidar mi pasado gracias al barco...

Una sensación amarga brotó en mi interior, pero por suerte conseguí recuperar la compostura bastante deprisa. Tal vez mi madre había huido, sí, pero eso formaba parte de mi propia historia. La historia de Lea era diferente y no tenía nada que ver con mi gran desengaño personal. De repente olvidé la tabla del revestimiento, me dejé caer en un banco y me quedé mirando el sobre en blanco. ¿Tendría que haber enviado alguien la carta en algún momento? ¿O estaba escondida ahí a propósito?

Una oportunidad increíble se abría ante mí. El sueño de todo publicista.

Desde luego, podía estar precipitándome, pero ¿y si ese barco no había sido solo pesquero, buscaminas y embarcación de recreo, sino también un barco de ayuda a fugitivos?

Respiré hondo y volví a mirar la carta. Una mujer escribía sobre su huida. O su «no huida». En la documentación del barco decía que hasta la reunificación de Alemania había estado en Timmendorfer Strand. En el puerto de Timmendorfer Strand Oeste, no en la península oriental de Poel.

Un barco occidental, pues, que tal vez había transportado fugitivos desde el otro

lado.

No podía pasarnos nada mejor.

Saqué el móvil y marqué el número de Merten, pero me saltó el buzón de voz. Debía de estar conduciendo, o reunido con algún cliente. Al despacho no quería llamarlo, porque seguro que lo pillaba tratando un tema importante, y mi grito de «¡Es posible que nuestro barco ayudase a fugitivos a huir en la época de la Guerra Fría!» lo interrumpiría.

Cierto era que no se trataba de una información cualquiera, pero a mí tampoco me habría parecido bien que me gritasen al oído algo así en mitad de una reunión de negocios, de modo que le envié un breve mensaje de texto.

He descubierto algo interesante en el *Rosa del Viento*. Póngase en contacto conmigo cuando pueda, por favor. A. H.

Y volví a guardar el móvil en mi bolso. Un barco de fugitivos. Quién lo habría dicho.

Ya veía ante mí los titulares de la prensa local cuando volviésemos a botar nuestra embarcación.

«¡Un barco que llevó a cientos de personas a la libertad!»

Unos golpes en el cristal de la ventana me sacaron de mis elucubraciones. Miré hacia un lado y me sobresalté al encontrar el rostro de un desconocido. Llevaba un mono azul, así que debía de trabajar en el puerto.

Me levanté y salí a cubierta.

—Joven, ¿qué está haciendo aquí? —me preguntó, indignado—. ¡No puede subirse a un barco así como así!

Entonces comprendí por qué me había parecido tan hostil la mirada de aquel hombre del barco de excursiones.

—Sí, me parece que sí puedo —repose con una sonrisa amable—. Soy la copropietaria del barco. Annabel Hansen. —Y le tendí la mano, momento en que él me miró como si hubiese visto un fantasma—. Somos los dueños desde el fin de semana pasado, por eso es posible que todavía no se haya corrido la voz. Mi socio se llama Christian Merten, y es de Binz.

El hombre seguía sin darme ninguna contestación. ¿Acaso no me creía? Si hubiese querido colarme ilegalmente en el barco, no le estaría dando nuestros nombres, ¿no?

Después de que toda esa información recorriera las sinapsis de su cerebro, volvió en sí.

—Albrecht Pohl —se presentó, y por fin me estrechó la mano. Con cierta vacilación, pero lo hizo.

—Encantada de conocerlo. ¿Trabaja usted en el puerto o está con alguno de los barcos?

Me miró un poco desconcertado. Era evidente que había dado por hecho que

echaría a correr.

—Estoy en el *Nansen* —explicó y, al ver que yo no sabía qué barco era el *Nansen*, señaló hacia un punto de la dársena—. En fin, de verdad que pensaba que no se le había perdido a usted nada aquí arriba.

—Sí, lo que se dice siempre de las mujeres a bordo, ¿verdad? —repuse, y le guiñé un ojo—. Pero, créame, yo ya he navegado en unos cuantos barcos y no he llevado ninguno a la deriva.

Me gané una mirada de incompreensión. O bien no había entendido el chiste, o los marineros ya no creían que subir a una mujer a bordo trajera mala suerte.

—Bueno... —Pohl se rascó el cogote—, pues me marcho ya. Si quiere, puedo echarle un vistazo al barco de vez en cuando. Con el antiguo propietario también lo hacía. Estamos casi todo el tiempo en el puerto, ya no hay mucho que pescar, así que siempre se entera uno de esto y de aquello.

—Muchas gracias, es muy amable por su parte —repuse, y supe que lo siguiente que haría sería preguntar por el puerto si de verdad aquel barco era mío.

Una vez concluida la operación de limpieza, volví a guardar los utensilios en el coche. De pronto me sonó el móvil. Lo saqué del bolsillo del pantalón, vi de reojo el nombre de Merten y contesté.

—¿Tenemos algo emocionante? —preguntó mi socio. De fondo se oía mucho ruido de tráfico.

—He encontrado algo —contesté, y ya iba a añadir que podríamos hablar de ello más tarde si no le iba bien en ese momento. Pero, puesto que me había llamado él, sí debía de ser buen momento, así que le expliqué—: He venido a adecentar un poco el barco, seguro que habrá recibido mi correo electrónico, ¿verdad?

—Sí, lo he recibido. Y de veras que me alegro mucho de poder conocer a su padre el sábado. Le habría contestado más tarde, porque ahora mismo voy de camino a la estación.

—¿Está en Hamburgo? —supuse.

—En Hannover —respondió—. Me he reunido aquí con un cliente y ahora seguiré camino hacia Berlín. Si es que consigo llegar a la estación.

—¿Qué le retiene?

—La conjura de los semáforos. Por lo visto, todos los semáforos posibles se han unido en mi contra y se quedan en rojo una eternidad en cuanto me acerco.

Sonreí tanto que me dolieron las comisuras de los labios.

—Bueno, ¿qué es eso que ha encontrado? —me preguntó.

—Una carta.

—Una carta —repitió él—. ¿Y qué?

—Estaba muy doblada, escondida detrás de una tabla del revestimiento de la pared que ha saltado cuando estaba limpiando. Otra cosa más que habrá que reparar.

—Eso no importa. Siga contando.

—Al principio pensé que estaba ahí por casualidad, que solo era un trozo de papel que habían utilizado como aislamiento. —Habla más deprisa, ve al grano, me advertí. Está de camino a la estación—. El caso es que es de una mujer que, según parece, huyó al Oeste en el barco, o por lo menos tenía intención de hacerlo.

Esperé una reacción. Silencio. Solo el murmullo del tráfico me decía que Merten seguía al teléfono. ¿Estaría intentando avanzar por entre una aglomeración de peatones?

—¿Hola? —pregunté al cabo de unos instantes. Tal vez el móvil se le había resbalado de las manos o...

—Sí, sí, estoy aquí. Disculpe, es que acabo de cruzar una calle.

Eso sonó a excusa, pero daba igual.

—¿Ha oído lo de la carta?

—Sí, lo he oído, sí. Muy interesante.

¿Había algo más? En esa carta yo veía ya un sinfín de posibilidades publicitarias. Él, por el contrario, recibía la información como si le hubiese dicho que bajo la pintura blanca había encontrado restos de color azul. Aunque tal vez fuera cierto que debía prestar atención al tráfico.

—¡Pues a mí me parece maravilloso que nuestro pesquero tenga una historia! Y, si le soy sincera, jamás habría dicho que ese barco pudiera transportar fugitivos. Por supuesto, tendré que hacer algunas averiguaciones más, pero si se confirma que la carta no es solo un pedazo de papel cualquiera...

Seguía sin haber ni rastro de entusiasmo por su parte. ¿Qué ocurría? Su silencio fue como un jarro de agua fría para mi emoción.

—Mmm... Desde luego, no tenemos por qué explicarle a nadie lo que ocurrió con el barco, pero he pensado que estaría bien para llamar un poco la atención. Apuesto a que ninguna embarcación de excursiones de Sassnitz tiene una historia como la que intuyo que hay detrás del *Rosa del Viento*. De todos modos, si usted tiene algo en contra...

—No, en absoluto —repuso. Su voz sonó diferente esta vez, más suave, y en ella creí percibir algo que no pude interpretar por culpa del ruido de fondo—. Tiene usted razón, es estupendo de verdad.

—¿Quiere que escanee la carta y se la envíe por correo electrónico, o prefiere verla usted mismo el sábado?

—Prefiero verla yo mismo —contestó, y añadió—: En Berlín voy a estar tan liado que no me va a dar tiempo. Además, un documento como ese escaneado no se ve demasiado bien en el móvil.

—Ah... —repuse, y enseguida agregué—: Sí, es cierto, en el móvil cuesta leer estas cosas.

Como si se hubiese ido de viaje de negocios sin el portátil, pensé sin querer, pero me apresuré a apartar ese pensamiento. Nadie estaba obligado a interesarse por un documento solo porque yo me hubiese emocionado. Guardaría la carta y, antes del sábado, intentaría averiguar quién podía ser esa Lea.

—Oiga, ya he llegado a la estación —dijo Merten.

Sus palabras me hicieron regresar al presente y, ni hecho aposta, justo entonces sonó una campana y una voz ininteligible anunció la llegada de un tren.

—Está bien. Hasta el sábado, entonces —repuse, intentando no sonar decepcionada.

Además, era una tontería por mi parte. Merten tenía cosas que hacer, tal vez estaba pergeñando un plan para reflotar una empresa, y de pronto aparecía yo con una simple carta. ¿Qué habría dicho yo si me hubiera llamado por algo así en mitad de una reunión con clientes? El mero hecho de que me devolviera la llamada ya era muy amable por su parte.

—Buen viaje —le deseé antes de colgar.

Esa tarde me pasé varias horas sentada a la mesa de la cocina con la carta delante y, al lado, una libreta y varios lápices. Las palabras de Lea bullían en mi interior e intentaban establecer una conexión subliminal con mi propia historia una y otra vez. Yo me resistía con fuerza a dejar que todo aquello volviera a aflorar, y al final tomé la decisión de desahogarme escribiendo mis pensamientos sobre Lea para poder separar ambas cosas.

—¿Vas a dibujar algo? —me preguntó Leonie, que estaba sentada al otro extremo de la mesa y había empezado un nuevo dibujo de una sirena, para el que se había inspirado en sus libros de cuentos. La había encontrado eufórica al ir a buscarla a la guardería; tal como suponía, había sido la estrella del grupo a causa del barco. Muchos niños, entre ellos una tal Charlotte, querían ser de pronto sus mejores amigos porque daban por hecho que así podrían navegar con ella. Mi hija, por supuesto, había aprovechado la oportunidad y les había dejado creer que sería así. Eso era algo que yo no habría esperado de ella, pero por lo visto había heredado el sentido para los negocios de su padre, que era indiscutiblemente excelente.

—No, solo quiero anotar un par de ideas —respondí, y miré las pocas líneas que ya había escrito en el papel.

Eran puntos esquemáticos. Cosas que había leído en esa carta. Un hombre llamado Bob. Un capitán llamado Palatin. Una huida por el mar Báltico. Lea, el nombre de la mujer. Timmendorfer Strand como puerto de origen del barco.

Todo ello prometía una historia fascinante, pero al mismo tiempo decía muy poco acerca de la persona que la había escrito.

Volví a mirar la carta. Una letra bonita y prolija. Todavía se reconocían con claridad los rasgos de la caligrafía que solía enseñarse en las escuelas de la RDA. La mujer debía de ser muy joven por aquel entonces. Intenté imaginármela. Lea; un nombre que hacía pensar en una criatura de cuento de hadas, tal vez con pelo rojizo, una persona delicada que había conocido al amor de su vida. Un hombre guapo, musculoso, puede que incluso estadounidense. Un surfista que se había ido de vacaciones al otro lado del Telón de Acero. Por él, ella había estado dispuesta a abandonar la RDA, pero luego, por algún motivo, había hecho cambiar de opinión.

El timbre del teléfono interrumpió mis pensamientos. No era el móvil, sino el fijo. Los únicos que tenían ese número eran mis padres.

Salté enseguida y corrí al vestíbulo para contestar.

—¿Sí?

—Hola, cielo, soy tu madre.

Mi madre casi siempre solía dejarle las llamadas telefónicas a mi padre, porque ella tenía mil cosas que hacer. Que me estuviera llamando ella, y cuando yo no lo esperaba, hizo que por un momento me asaltara la preocupación. ¿Había ocurrido algo?

—Va todo bien por ahí, ¿verdad? —pregunté enseguida.

—Por supuesto, ¿por qué iba a ir mal? También a mí me apetece llamar por teléfono de vez en cuando. ¿O es que molesto?

—No, no, claro que no —respondí—. Dime. ¿Ya estás preparada para venir a ver nuestra chabola del Báltico?

—¿Chabola? —replicó mi madre—. Entonces has debido de enviarnos fotos de otra casa, porque yo a eso no lo llamaría chabola ni mucho menos. ¿O es que por dentro está hecha una cochambre?

—No, está estupendamente. Reconozco que no es ninguna chabola.

—Muy al contrario que el barco, ¿verdad?

—También eso podremos salvarlo. Al menos eso espero. Papá estará encantado, es justo la clase de embarcación que más le gusta. No es un carguero gigantesco, pero tampoco un bote de remos. —Para mi padre, cualquier cosa por debajo de diez metros de eslora era un bote de remos.

—Tu padre me ha dicho que te dé recuerdos y que te informe de que lo de ir a buscar el barco ya está apalabrado. También ha convencido al director de su empresa para que os alquilen la nave que tienen vacía. Costará algo de dinero, claro, pero, si tu socio es tan solvente como parece, no será ningún problema.

—No te preocupes, siempre dice que el coste no es impedimento. Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

De haber sido yo mi madre, se me habrían ocurrido un montón de posibles contestaciones. Desde: «En realidad uno no se compra un barco si no tiene mucha liquidez», hasta: «Tal vez deberías amenazar a Jan con ir a visitarlo, seguro que pagaría lo que fuera con tal de teneros lejos». Pero ella no dijo nada, porque sabía que Jan no debía tener ninguna relación con mi nueva vida, y porque tampoco era su estilo hacerme reproches. Su credo decía que la familia siempre se mantiene unida, por muy loco que esté alguno de sus miembros.

—Eso ya llegará algún día. Además, tu padre y sus amigos están que no caben en sí con tu pesquero. ¿De verdad fue un dragaminas?

—Sí, eso dice en la documentación. —¿Debía soltarle ya la bomba? Mi madre, interesada siempre por la historia, pondría unos ojos como platos—. Y justo hoy he descubierto una cosa que os va a dejar boquiabiertos.

—¡Cuenta! —me animó, y yo le expliqué lo de mi hallazgo.

—Imagínate, es posible que nuestro barco transportara en su época a fugitivos de la RDA. ¿No es una locura?

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—Hola, ¿mamá? ¿Sigues ahí o te he dormido ya con mis historias?

—No, no, sigo aquí.

—¿Y qué me dices?

—Bueno, es una vieja carta, así que será un documento valioso.

—¿Y?

—Y que tu barco transportó fugitivos. —Dicho por ella, sonó como si no fuese nada especial.

—Pero es algo genial, ¿verdad? He encontrado un motivo para una posible campaña. Además, en estos momentos tengo un cliente con un hotel precioso que también desea introducir un poco de historia en su publicidad... —¿Por qué tenía la sensación de estar hablándole a la pared?

—Seguro que sacas algo maravilloso de todo ello —opinó mi madre. Ninguna pregunta más sobre la carta ni sobre si se sabía quién era esa mujer—. ¿Puedes pasarme un momentito a Leonie? —añadió instantes después.

Yo estaba dándole vueltas a la cabeza y guardé silencio.

De pronto sentí en mi interior un peso grande como una roca. Era la segunda vez que hablaba de esa carta de huida, y ni mi socio ni mi madre parecían encontrarla emocionante. Ambos habían reaccionado de una forma casi idéntica. La palabra «huida» despertaba en mi madre recuerdos, claro; quizá esperaba que yo hubiese olvidado mi pasado. En la época de la RDA, además, ella había sido una indignada detractora de la fuga de la República, puesto que creía que solo se podría mejorar la vida del país si uno se quedaba en él. Sin embargo, aquello no tenía nada que ver con mi madre biológica, solo era la carta de una joven desconocida, y a esas alturas habían pasado ya más de veinte años desde la caída del Muro. Sin duda podíamos empezar a ver las cosas de otra manera. Además, la historia sería una publicidad estupenda para nuestro barco.

—Está bien —dije al fin, porque no me apetecía discutir sobre eso. Hacía ya una temporada que no veía a mi madre, así que no quería buscar pelea con ella por asuntos del pasado—. ¡Leonie, la abuela quiere hablar contigo!

La silla rechinó sobre el suelo y, poco después, allí estaba Leonie. Le pasé el auricular, que agarró con las dos manos antes de gritar a todo volumen:

—¡Abueeeeeelaaaaa!

Seguramente le había dado un susto de muerte a mi madre, pero ella nunca le tomaba nada a mal a su pequeño solete.

Mientras mi hija le contaba anécdotas de la guardería, yo regresé a la cocina. Mi mirada recayó en la carta. Aparte de mí, nadie más la había visto. ¿Sería ese el motivo? ¿Acaso yo iba un paso por delante de los demás y por eso no entendía que no se contagiaban de mi entusiasmo al instante? Pasé un dedo por el papel arrugado y me propuse comprarle un marco al día siguiente sin falta.

Cuando regresé al vestíbulo, Leonie seguía aún con sus historias.

—Y vino a vernos un señor que me estuvo hablando de las sirenas —explicaba con los ojos relucientes—. Se sientan delante de nuestra casa, junto al mar, pero se escapan deprisa cuando alguien se acerca.

No pude oír lo que mi madre contestó, pero estaba segura de que enseguida me lloverían las preguntas.

—A mí me gustaría mucho ver una, pero mamá dice que no puedo bajar yo sola por la escalera. Que es muy empinada y podría caerme.

Qué bien que mi hija hubiese interiorizado ya la prohibición, a pesar de que la escalera, precisamente por ello, le pareciera tan tentadora.

La estuve observando un rato más, hasta que su abuela debió de pedirle volver a hablar conmigo. Leonie se despidió con un enorme beso sonoro y me pasó el auricular.

—Así que un señor... Vaya, vaya... —me dijo con fingido tono de reproche cuando volví a ponerme al teléfono. Esta vez su voz sonaba normal. No es que antes no lo hubiese hecho, pero tras mencionarle la carta me pareció que una sombra oscurecía su ánimo—. ¿Y cómo es que no me has dicho nada de ese nuevo hombre de tu vida?

—Mamá... —contesté, alargando la palabra—. Ese hombre no es más que mi socio. La semana pasada estuvo aquí para comentar un par de cosas conmigo. La reparación, el plan de marketing y demás.

—Ajá. —No sonaba convencida—. Todavía no me has contado nada de él, y a tu padre tampoco, salvo el hecho de que tiene dinero y que ha comprado el barco a medias contigo.

—¿Y qué más habría tenido que contaros?

Tampoco les había dicho nada de cómo era el señor Hartmann, del Meerblick. Pero, claro, él no era el «señor» que había venido a visitarnos. Cuando se trataba de los hombres de mi vida, mi madre siempre mostraba interés. Aunque, en realidad, eso de «hombres» era una exageración, porque antes de Jan solo había tenido otro novio, que no me había durado mucho y con quien no había ido muy en serio; y, después de Jan, no había tenido ni una sola cita.

—Bueno, cómo es físicamente, por ejemplo —contraatacó mi madre, a la que se oía ávida de sensaciones—. ¿Es atractivo? ¿De tu edad?

—No, mamá —contesté, porque sabía en lo que estaba pensando. Ya había pasado un año desde mi divorcio y yo llevaba todo ese tiempo sola. A solas, al menos. A mí me parecía que estaba bien así, ya tenía a Leonie, mi pequeña agencia de publicidad y ahora, además, la casa y la mitad de un barco que había que arreglar. Lo último que se me pasaba por la cabeza en esos momentos era ponerme a buscar pareja—. Me triplica la edad y tiene una chepa como la del jorobado de Notre Dame.

—Ajá —hizo ella—. Entonces seguro que es muy guapo. Si no, no te inventarías esos cuentos para intentar que no te empareje con él.

Mi madre me conocía demasiado bien, claro.

—No tienes que emparejarme con nadie, estoy bien como estoy. Y sí, es guapo, me parece que es un par de años mayor que yo y además conduce una moto y tiene a Leonie entusiasmada. —Hice una pausa y oí cómo mi madre contenía el aliento a causa de la emoción—. Pero, debido a todas esas características, es muy probable que ya esté adjudicado. Por lo visto casado no está, pero eso no quiere decir nada. Y, además, también es posible que yo no sea su tipo.

—Vaya, eso es muchísima información sobre ese hombre en el que supuestamente no estás interesada.

—Yo no he dicho eso.

—Entonces, ¿estás interesada en él?

Puse los ojos en blanco.

—Mamá...

—Bueno, por preguntar que no quede. Todavía eres joven, y guapa, además. Sería un desperdicio que no encontraras a otro hombre.

—Cuando se presente la oportunidad, sin duda no diré que no —repliqué, algo molesta, aunque no sabía por qué. A fin de cuentas, mi madre solo tenía buenas intenciones. Nadie quería que su hijo o su hija se quedaran solos para siempre—. Pero acabo de llegar aquí y están ocurriendo tantas cosas que de momento no puedo pensar en eso. —Hice una pausa y luego añadí conciliadora—: Lo conocerás este fin de semana, y entonces tú misma podrás juzgar si te convence para nosotras. Pero, por lo que más quieras, no sueltes indirectas ni hagas ningún intento raro para conseguir que salga conmigo.

Mi madre dudó antes de responder. Yo la conocía lo bastante bien para saber que de todas formas lo intentaría. Por suerte, también mi padre estaría presente, y los hombres probablemente se concentrarían sobre todo en el barco.

—Está bien, prometido —dijo—. Bueno, pues hasta el fin de semana. Y dale un beso a Leonie de mi parte, ¿quieres?

—Ahora mismo. ¡Hasta el sábado!

Cuando colgué, miré hacia la cocina, donde mi hija volvía a estar sentada a la mesa, dibujando. Yo no estaba sola. Y tampoco me sentía sola. Sin embargo, las palabras de mi madre habían dejado un eco en mi interior. Tal vez fuese bueno que Leonie tuviera un nuevo padre. Uno que, aunque no compartiera su sangre, sí se ocupara de ella. Uno que no la dejara nunca colgada. Y a mí también me sentaría bien volver a tener a un hombre cuya cercanía pudiese sentir y a quien poder amar con todo el anhelo acumulado en mi corazón. Un hombre que fuese todo para mí y que deseara conservarme.

Mientras pasaban los días hasta el sábado, fui avanzando poco a poco con el trabajo. Le envié a Hartmann el primer borrador del folleto y esperé sus comentarios. Según me informó la respuesta automática de su dirección de correo electrónico, hasta la semana siguiente estaría fuera por viaje de negocios.

Eso me dejaba tiempo de sobra para pensar en la fabulosa Lea y en su surfista americano. La mayor parte de mis elucubraciones entraban en la categoría de culebrón, pero todo el mundo sabía que esas series de televisión se limitaban a reproducir la vida misma, solo que de una forma algo exagerada, por lo que no les faltaba realismo, de hecho. Sin embargo, a mí lo que me faltaba eran datos.

—Leonie, ¿has recogido ya tu habitación? —pregunté mientras plegaba las últimas cajas vacías de la mudanza.

Ya había conseguido guardarlo todo en los armarios, y me asombraba lo bonito que había quedado el salón.

—¡Enseguida voy! —exclamó mi hija desde su cuarto.

El día anterior, Leonie había estado muy revolucionada a causa de la visita de sus abuelos. Hacía varios meses que no veía a mis padres y los añoraba tanto como a Jan. Solo que sus abuelos no la decepcionarían. Habíamos preparado comida y un postre, aunque nos sobraría de todo. Yo conocía bien a mi madre y sabía que se presentaría con la mayor ensalada de patata y arenque del país y, además, traería una tarta con la que podríamos alimentar a la mitad de Binz. Esperé con sinceridad que Merten no se espantara al verla.

Después de revisar de un vistazo el cuarto de Leonie, donde, en efecto, todo parecía mucho más ordenado, saqué el correo del buzón. La empresa de muebles a la que había encargado el escritorio y las estanterías para mi despacho me comunicaba que me los entregarían a lo largo de la semana siguiente. Apreté la tarjeta contra mi pecho. Estaba muy contenta de tener ya los muebles nuevos y de que mi despacho fuese a convertirse al fin en mi lugar de trabajo.

Estaba a punto de entrar otra vez en casa cuando oí un rumor tras de mí. Me volví y enseguida reconocí el coche.

—¡Leonie! ¡Ya han llegado los abuelos! —exclamé por la ventana de la habitación de mi hija.

—¡Bieeen! —se oyó desde el interior, y poco después la niña salió corriendo por la puerta.

Mi padre maniobró con habilidad para entrar con su Golf por la verja y luego apagó el motor. Leonie corrió hacia el coche antes de que se abriera ninguna de las puertas. Yo la seguí, sonriendo. Me alegraba mucho volver a ver a mis padres.

—¡Vaya con el tráfico! —protestó mi padre mientras abría su puerta y se apeaba.

Leonie enseguida se plantó a su lado, y a él no le quedó más remedio que levantar en brazos al pequeño torbellino y dejarse besar.

—Hola, mamá —le dije yo a mi madre mientras le daba un abrazo.

Tenía muy buen aspecto, llevaba el pelo entrecano recogido en un moño y se había puesto un vestido suelto, azul con florecitas blancas. Olía a galletas de vainilla, por un lado porque seguramente se había levantado temprano para prepararlas, y por otro porque le encantaban los perfumes con un toque avainillado. En la época de la RDA era difícil encontrar uno que le gustara, y ahora era complicado dar con el que le parecía mejor de entre la extensa gama que había para elegir.

—Hola, cielo —contestó ella, y me plantó un beso en la mejilla. Después me toqueteó las costillas, o, mejor dicho, me hizo cosquillas. Me aparté riendo—. Has adelgazado —dijo con reproche—. ¿No te estarás olvidando de comer otra vez?

—No te preocupes, que como. Las dos comemos. —Señalé a mi hija, que no quería soltar a su abuelo—. Leonie te lo puede confirmar. De vez en cuando, hasta hacemos un bizcocho.

Mi madre no parecía muy convencida. ¿Por qué creían todos los padres que sus hijos se quedarían en los huesos si les faltaba su buena comida casera?

—Ya sé yo cómo es eso de estar sola. Piensas que no merece la pena comer, pero es un error.

—Lo sé —le aseguré, obediente—, y tampoco es que esté anoréxica.

Solo era que a veces, cuando me metía hasta el fondo en un trabajo, perdía la noción del tiempo, y también el apetito. Y cuando aún estaba en pleno proceso de divorcio, hubo ocasiones en que perdí el hambre porque tenía la sensación de estar llena de piedras.

—Te prometo que hoy me comeré todo lo que me pongas delante. En vuestro coche huele de maravilla.

En el asiento trasero vi varias fiambreras y algo misterioso que estaba envuelto en un gran paño de cocina. Seguramente una bandeja de horno.

—Pues mejor vamos a buscarte un digestivo, porque tu madre ha vuelto a cocinar como si viniera a dar de comer a un regimiento —añadió mi padre, que le pasó a Leonie a su abuela y me dio un beso en la mejilla.

—Bueno, no querrás dejarla en mal lugar delante del copropietario del barco, ¿verdad?

—El señor Merten es un solo hombre, ¡no diez! —objetó mi padre, que sabía que un hombre no solía pensar mal de nadie porque hubiese preparado poca comida—. Pero, antes de que nos peleemos por el apetito de nuestro invitado, enséñanos de una vez tu casa y el jardín. El viaje hasta aquí ya ha sido toda una aventura.

—Muy bien, primero lo colocaremos todo y luego os haré la gran visita guiada.

—Qué bonito es esto —comentó mi padre mientras se sentaba en el banco de la cocina.

En la última media hora lo habían visto todo: las habitaciones, la casa por fuera, el jardín y la peligrosa escalera. Leonie enseguida les había informado de que

tuvieran mucho cuidado para no caerse. Me sentí muy orgullosa de mi pequeña.

—Qué lástima que no puedas comprar esta casa. Sería algo para toda la vida.

—Quién sabe adónde la llevará la vida aún —intervino mi madre—. En algún momento, seguro que se casa otra vez, y puede que ese hombre ya tenga una bonita casa.

—Mamá —protesté yo débilmente—. No habría podido comprar una casa. Medio barco sí, pero no una casa entera. Los precios de la costa son comparables a los de Hamburgo, y todas las gangas tienen alguna pega.

—Por como hablas, parece que hayas descartado volver a conocer a un hombre.

—No descarto nada —repliqué—, pero primero tenemos que amoldarnos a vivir aquí las dos, Leonie y yo. Todo lo demás llegará cuando tenga que llegar.

Me salvó el rugido de la Indian, que entró en el jardín.

—¿Ese es él? —preguntó mi madre, que se apresuró a la ventana de la cocina y alargó mucho el cuello.

—Me parece que sí —respondí, y sentí que se me aceleraba el pulso.

Mi madre lo vería enseguida. Y él nos vería a nosotros, a mi familia y a mí. ¿Qué diría de la tarta? ¿Y de todas esas fiambreras? ¿Era un tipo al que le iban esas cosas?

Pero ¿por qué me estaba preocupando por eso? Merten aparcó su Indian junto al coche de mi padre y, después de colgar el casco en el manillar, se acercó a la puerta.

Mi madre estaba tan emocionada que casi creí que saldría corriendo a abrirle, pero la mirada de mi padre, acompañada por una leve negación con la cabeza, le impidió hacerlo.

Cuando sonó el timbre, fui yo a abrir.

—Debo advertirle de algo —dije al verlo—. Mi madre piensa que es usted un nuevo marido en potencia para mí y, por consiguiente, está a punto de ser interrogado y cebado.

—¿Qué? —Primero Merten se puso pálido, después rojo.

—No se preocupe —añadí—, solo era una broma. Aunque lo de interrogarlo y cebarlo sí iba en serio.

—Bueno, entonces me tranquiliza.

Lo acompañé al salón e hice las presentaciones. Nada más verlo, a mi madre se le iluminó la mirada. Sin duda, se estaba imaginando ya cómo serían nuestros hijos.

—¡Tío Christian! —exclamó Leonie, y corrió hacia él casi con el mismo entusiasmo que al ver a su abuelo.

Vi que mi madre enarcaba las cejas y se dejaba llevar por una sonrisa al comprobar que Merten le acariciaba los rizos a la niña y luego le prometía contarle una nueva historia de sirenas.

—Estos son mis padres —dije, presentándolos—. Elfie y Martin Hansen. Y este es Christian Merten, el otro propietario del *Rosa del Viento*.

—Me alegro de conocerlos —dijo Merten, y les tendió una mano—. He oído hablar mucho de ustedes.

Eso era un tanto exagerado, pero mis padres se sintieron halagados.

—La alegría es toda nuestra —le aseguró mi madre.

A lo que mi padre añadió:

—Es bonito tener ocasión de conocer a alguien que comparte nuestra pasión por los barcos. Hoy en día ya no quedamos muchos.

También eso era una exageración, pero halagó por su parte a Christian. Enseguida noté que mi padre y él se caerían bien.

—Espero que tenga usted hambre —dijo mi madre, acaparando otra vez a nuestro invitado—. He traído un par de cosas. ¿Le gusta la ensalada de patata?

Merten sonrió.

—Lo que más.

Mientras dábamos buena cuenta de la ensalada de patata de mi madre, ella intentó sonsacarle a Merten todo lo posible, pero él fue muy hábil escabulléndose de sus preguntas sin resultar ni una pizca antipático. Mi padre, por el contrario, prácticamente lo avasalló con datos sobre su vida y su trabajo. Y con elogios hacia su moto. Entonces comprendí de quién había heredado yo mi buena disposición a revelar cosas sobre mí.

Algo más tarde, cuando terminamos de comer, Leonie nos enseñó su último dibujo y cosechó las alabanzas de todos antes de desaparecer con mis padres en su cuarto para enseñarles sus pósteres.

Aunque era cierto que había cumplido como un campeón, en ese momento me pareció ver a Merten algo aliviado.

—Agotador, ¿verdad? —pregunté mientras empezaba a recoger los platos—. Discúlpelos, por favor, mis padres siempre se portan así cuando conocen a alguien nuevo.

—Sus padres son unas personas muy simpáticas. Ha heredado usted mucho de ellos.

—Bueno, sí, más bien lo he aprendido —repuse, quizá con cierta imprudencia—. En realidad no son... —Mierda, me di cuenta de que ya había vuelto a hablar más de la cuenta—. Me adoptaron.

Las cejas de Merten se levantaron con sorpresa.

—¿La adoptaron? Pues yo habría jurado que es usted clavada a su padre.

Por lo visto también él se había fijado.

—Mucha gente lo dice, sí, y me alegra. —Habría podido contarle que jamás conocí a mi padre biológico y que apenas recordaba a mi madre, pero esta vez conseguí controlarme.

Nos quedamos un momento callados, y entonces una súbita corriente de aire levantó la tarjeta de la casa de muebles que yo había dejado en el alféizar después de enseñarle la casa a mis padres.

Antes de que pudiera reaccionar, Merten ya la había recogido y le había dado la

vuelta.

—¿Ha encargado muebles? —preguntó.

Recuperé la tarjeta con cierto reparo.

—Sí, para el despacho, arriba.

—¿Necesita ayuda para montarlos?

Pensé en la última vez que había intentado montar yo sola un escritorio. El kit de montaje resultó una pesadilla, faltaban tornillos y los agujeros no estaban bien alineados.

Al final, conseguí convertir aquello en un mueble decente, aunque al acabar me sentí como si me hubiese pasado por encima una apisonadora. No me vendría mal un poco de ayuda, y entonces me imaginé lo contenta que se pondría mi madre cuando le explicara que Merten me había echado una mano.

—¿Me está ofreciendo ayuda? —pregunté, sorprendida.

—Bueno, si me lo permite...

—Se lo permito —respondí, y de nuevo sentí esa calidez que ya me había invadido la primera vez que vino a visitarnos—. Pero no tiene por qué hacerlo.

—Descuide, en realidad me gusta mucho trabajar con las manos. La verdad es que lo llevo en la sangre, porque mi padre trabajaba en la construcción.

Ese comentario me dejó de piedra. De nuevo vi ante mí al hombre de la fotografía que tanto se parecía a Merten. Quizá no fuese más que casualidad, pero era posible que... Si Merten era de la zona, ¿por qué no podía haber participado su padre en la construcción o la remodelación de edificios de por allí?

Me mordí el labio y de pronto se me ocurrió una idea.

—Espere aquí un momento —le pedí.

—¿Y eso? ¿Es que va a sacar ya la caja de herramientas?

—No, es otra cosa.

Fui al salón. Mis padres todavía estaban entretenidos con Leonie, así que teníamos un rato para nosotros. Saqué el sobre con las fotografías de entre el material para el Hotel Meerblick y se lo llevé.

—Tenga, eche un vistazo. —Merten me miraba extrañado—. Si su padre trabajaba en la construcción, tiene que ver esto.

Saqué la foto de entre las demás imágenes del hotel y de personal, y justo entonces caí en la cuenta de que no encajaba con las otras. Hartmann debía de preguntarse qué pretendía hacer con ella.

—Mire, la encontré repasando fotografías del hotel para el que estoy preparando una campaña publicitaria. Entre las fotos había una en la que me llamó la atención un hombre que se parecía muchísimo a usted. —Le enseñé mi hallazgo con alegría—. ¿Puede ser que conozca a este hombre?

Merten contempló la fotografía y se quedó helado. No fui capaz de interpretar la expresión de su rostro. ¿Era su padre o no?

—Ese, ese es mi padre. —Las palabras salieron de sus labios con una lentitud

infinita. Después se volvió, aunque no lo bastante deprisa; vi claramente cómo le caían unas lágrimas.

—Discúlpeme, por favor, yo... —Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

Por lo visto, había hecho lo que no debía. ¿Qué sabía yo de Merten?

Levantó la barbilla y recobró la compostura.

—Usted no tiene la culpa —dijo con la voz embargada por la emoción—. Es solo que hacía mucho que no veía una fotografía suya. Hace tiempo que murió. La vida..., la vida acabó con él.

Turbada, volví a guardar la foto en el sobre. No debería habérsela enseñado, pero ¿cómo iba a saber yo que le afectaría tanto?

—Lo siento muchísimo.

Me asaltaron un montón de preguntas, pero no se las hice. Cuando Merten quisiera explicarme algo, lo haría.

—¡Ah, aquí estáis! —exclamó mi madre. Se nos quedó mirando como si nos hubiera pillado besuqueándonos, pero entonces se dio cuenta de que ninguno de los dos estaba especialmente alegre.

—Yo... acabo de enseñarle al señor Merten una cosa —me sentí obligada a explicar, luego levanté el sobre en alto y esquivé a mis padres para volver al salón.

Con el corazón palpitante y bastante afectada, guardé el sobre debajo de los demás documentos y me concedí un momento antes de regresar a la cocina.

Era ya la segunda reacción extraña de Merten. Primero con la carta, cosa que yo no había entendido, y ahora con la fotografía, cosa que entendía perfectamente, porque nada era peor que perder a un ser querido. El tiempo mitigaba el dolor, pero no podía hacerlo desaparecer por completo. Recordé que Merten me contó que había perdido a su madre muy pronto, y que luego su padre había fallecido también, cuando él apenas había alcanzado la edad adulta.

Cuando uno era joven, creía que no necesitaba consejos. Pero sí se necesitaban, y con frecuencia. Cada poco te encontrabas con una situación en la que la ayuda y la experiencia de un mayor podría venirte muy bien. Si ya no tenías padres, no podías consultarle a nadie.

Recordé la sensación de desamparo que sentí en el momento en que constaté que mi madre ya no estaba. Sin embargo, por suerte unas personas dignas de confianza aparecieron para ocupar su lugar en mi vida. Unas personas con las que seguía contando y que, en esos momentos, entablaban con mi invitado una conversación que tal vez lograra que olvidase por un instante lo que acababa de ocurrir.

—Mamá, ¿dónde te has metido? —llegó la voz de Leonie por los pasillos de mi pensamiento.

Fue entonces cuando me di cuenta de que había estado todo ese rato mirando por la ventana, al jardín, a los altos árboles que rodeaban nuestra casa como si fuesen vigías.

—¡El abuelo quiere ver el barco! —añadió.

—¡Enseguida voy! —contesté, y me aparté de la ventana.

El puerto estaba muy concurrido esa tarde. Casi no había forma de aparcar en el recinto, no pudimos dejar el Volvo y la Indian hasta llegar al final del todo.

Merten había querido ir en su moto, lo cual era muy comprensible. Después del inesperado reencuentro con su padre, debía de querer reflexionar. Y para eso no había nada mejor que conducir a solas por la carretera; yo lo sabía bien.

En Sassnitz ya parecía ser otra vez el de siempre. Sabía ocultar tan bien sus sentimientos que no encontré en su rostro ni asomo de ira o de dolor.

—¡Venga, vamos! —Leonie me tiró de la manga con impaciencia.

Los demás se habían adelantado un poco. Al parecer, mis padres ya le habían tomado cariño a Merten. En todo caso, lo mimaban como a un hijo pródigo.

Nos abrimos paso por entre los pequeños grupos de turistas que se dirigían a los barcos de recreo y volvimos a ganarnos miraditas de los allí presentes cuando pusimos la pasarela y subimos como si nada a bordo del pesquero. En ese instante me acordé del preocupado marinero del *Nansen* y sonreí.

—Pues ¡es un barco bonito el que tenéis! —comentó mi padre con ojos brillantes. Era como si no viese las manchas de óxido, la pintura desconchada, los moluscos del casco ni los daños en las estructuras—. Cuesta creer que se conserve tan bien después de tanto tiempo. En los astilleros he visto pesqueros más nuevos que me han hecho pensar: ¡qué calamidad! Pero este durará otros cien años sin problema, con un buen mantenimiento.

Intenté imaginarme cómo serían las cosas al cabo de cien años. ¿Navegarían aún los nietos de Leonie en el barco? ¿O lo habrían vendido sus hijos después de que yo muriera y ella no pudiera conservarlo?

No encontré ninguna respuesta y, además, sabía que no podía esperar de mis nietos, si es que llegaba a tenerlos, que compartieran mi mismo sueño. Aunque desearé que lo hicieran.

—Espera primero a verlo por dentro. Sobre todo el motor —repuse yo, porque sabía que mi padre era especialmente crítico con los motores de los barcos.

Los dos hombres desaparecieron en la sala de máquinas. Por si acaso, yo había dejado preparados un par de trapos, porque estaba convencida de que mi padre saldría de allí embadurnado de aceite.

Mi madre y yo, entretanto, fuimos con Leonie a la cabina de pasajeros.

Me sentía un poco insegura. Desde su extraña reacción con la carta, no había vuelto a hablar con ella del tema. Sin embargo, mi mirada se fue directa a la tabla de revestimiento que ya no había podido volver a colocar en su sitio.

La carta la había guardado en una funda transparente y había hecho una fotocopia para Merten. En realidad, debería habérsela dado esa misma mañana, pero algo me lo impidió, y después cometí el error de enseñarle aquella fotografía. En lugar de eso,

más me habría valido mostrarle el valioso documento histórico.

—Este barco me recuerda un poco a los años sesenta —comentó mi madre, que se había sentado, intrépida ella, en uno de los bancos cochambrosos. Ningún producto del mundo conseguiría limpiar esas manchas. ¡Tendríamos que cambiar la tapicería! Otra partida de la que también habría que encargarse—. Qué raro me resulta que algunas cosas ya no sean tan diferentes.

—¿Entre el Este y el Oeste, quieres decir?

Mi madre asintió con la cabeza.

—Todo se hace viejo en algún momento y ya no parece ni un ápice mejor que aquello con lo que tuvimos que conformarnos durante tantos años.

Era cierto. Llegaba un momento en que todo se desgastaba; el problema con la RDA solo era que las cosas desgastadas ya no se sustituían nunca más.

—¿O sea que aquí es donde encontraste esa carta? —preguntó mi madre sin rodeos mientras le pasaba el brazo por los hombros a Leonie, que se acurrucó cansada a su lado. Era su hora de dormir la siesta.

Esa pregunta me sorprendió. No había esperado que volviera a hablarme de ello.

Señalé hacia la tabla que faltaba.

—Ahí. Estaba ahí detrás.

—¿Y qué decía?

—Que había cambiado de opinión en cuanto a huir. No conozco sus circunstancias, claro está, pero se disculpa con un hombre por no poder seguir adelante con ello.

Mi madre miró por la ventana, hacia los barcos vecinos.

—Sin embargo, al final debió de hacerlo, si dejó la carta aquí.

—¿Tú crees? —Ahora me dio un poco de pena no haberla traído. Mi madre tenía cierto talento para leer entre líneas—. También podría ser que se la diera al capitán. Solo que él, para no decepcionar al destinatario, no llegara a entregársela. O quizá ese hombre no la recogió.

—Pero, entonces, ¿por qué acabó tan bien escondida?

—Tal vez la tabla se movía y el capitán usó la carta para sujetarla mejor.

Mi madre me observó un momento sin decir nada. De repente me vino una idea a la cabeza.

—Oye, mamá, ¿tú te habrías marchado? Si el Muro no hubiera caído y la situación hubiera empeorado. Si ya no hubieses podido aguantar más.

Mi madre negó con la cabeza.

—No, creo que no. Hay que tener mucho valor para dejar atrás todo lo que uno ama. O mucha indiferencia.

Tardé un momento en comprender lo que quería decirme con eso.

De repente se me secó la boca. Mi madre biológica me había dejado atrás a mí. Y, en su caso, estaba convencida de que yo le había sido indiferente. Elfie Hansen probablemente nunca habría hecho algo así.

Antes de que ninguna de las dos pudiese decir nada más, llegaron los hombres.

—¿Y bien? —pregunté, y no me olí nada bueno al ver sus caras de preocupación.

—El motor está gripado. He intentado ponerlo en marcha, pero no ha servido de nada. Tendremos que remolcar el barco hasta Hamburgo.

Miré a Merten. Su rostro sombrío confirmaba mi mal presentimiento.

—Bueno, ¿podremos hacerlo? —pregunté, y muy en el fondo empecé ya a sumar las cantidades de dinero que se nos irían en eso.

—Claro —respondió mi padre después de cruzar una mirada de complicidad con él—. Le preguntaré a Uwe si puede remolcarlo él mismo. Su barco es bastante más grande que el *Rosa del Viento*.

Uwe Norden era pescador y tenía dos barcos enormes y un remolcador. Poco después de que nos fuéramos a vivir a Hamburgo, mi padre y él se hicieron amigos. Al principio habían andado siempre como el perro y el gato, porque los dos estaban llenos de prejuicios hacia lo que por entonces era el otro lado del Telón de Acero. Sin embargo, enseguida conectaron y ahora eran como hermanos.

De manera que el transporte no sería ningún problema, pero todavía nos quedaba otro mucho mayor.

—¿Y cuánto costaría un motor nuevo? —pregunté.

Mi padre se rascó la cabeza.

—Pues sí, esa es la cosa. Necesitamos uno que quepa en la sala de máquinas y, si te soy sincero, es bastante pequeña para un barco como este. Además, un motor nuevo costaría una barbaridad. Pero, con algo de suerte, podríamos conseguir uno de segunda mano.

—¿Y todo eso por el módico precio de...?

Vi que ellos ya habían hablado acerca de la cantidad, porque ambos parecían bastante afligidos.

—Entre veinte y cincuenta mil lo cubrirían todo. Tendríais que encontrar uno antiguo, si no queréis tener problemillas cada dos por tres.

—Eso, sumado a todos los demás costes... —murmuré, más para mí misma que para ellos—. ¿Y no se puede hacer nada con el motor actual?

Mi padre negó con la cabeza.

—Me temo que no. Tiene tantas partes estropeadas que la reparación os costaría el doble.

Respiré hondo. Eso sonaba todo lo contrario a estupendo. Y, por la cara que ponía Christian, superaba incluso sus posibilidades económicas.

—¿Y de dónde vamos a sacar un motor como ese? ¿De internet? ¿De los anuncios de segunda mano?

Para algo estaban esas tiendas *online* donde se encontraba de todo. Pero ¿también motores de barco?

—Tendréis que probar en todas partes. Yo también haré correr la voz por ahí. Quizá a algún chatarrero le entre algo en los próximos meses. Si damos con un buen

motor que encaje, lo instalaremos.

¿Y si no? No hice la pregunta en voz alta porque no quería desanimarme antes de haberlo intentado siquiera.

—No te vengas abajo, que lo conseguiremos, ¿verdad? —Mi padre miró a Merten, que ocultó su preocupación tras una sonrisa.

—Claro que sí. No nos vamos a rendir.

—No, de ninguna manera —añadí yo, batalladora, y esperé que nadie percibiera mi inquietud en la cara.

Nos dispusimos a volver a casa, pero mi socio se despidió ya de nosotros e incluso rechazó el ofrecimiento de cenar todos juntos.

Mi madre estaba triste y yo, si era sincera, también, porque temía que su pronta partida tuviera algo que ver con la fotografía de su padre. Así que regresé a casa con mis padres y con Leonie, y estuvimos un buen rato más charlando en la cocina. Fue una tarde agradable que me recordó a tiempos pasados.

En realidad tenía pensado enseñarles la carta, pero, como sabía que tampoco a mi padre le habían hecho mucha gracia los fugitivos de la República, lo dejé correr. Por lo menos le había dado una fotocopia a Merten para que pudiera echarle un vistazo.

Cuando mis padres se retiraron al salón, cuyo sofá se transformaba en una cama doble, yo me senté delante de la ventana de mi dormitorio a contemplar la noche.

Ya había contado con que aparecerían gastos, gastos importantes, pero comprar un motor era algo enorme. Y la expresión del rostro de Merten al conocer la noticia me hizo sentir insegura. Tal vez él no podía correr con todos los gastos, y yo... Yo no tenía bastante dinero.

De repente sonó el móvil a mi lado. Solo podía ser una persona, porque todas las demás posibilidades dormían plácidamente en la habitación de al lado.

Por favor, disculpe que haya reaccionado de una forma tan extraña. En algún momento se lo contaré todo. Por ahora, lo único que cuenta es el *Rosa del Viento*, ¿de acuerdo? Muchas gracias por la carta, es espectacular.

Estuve un rato mirando su mensaje de texto, luego asentí con la cabeza y tecleé con dedos temblorosos:

De acuerdo.

Poco después, Merten volvió a escribir:

Y mi ofrecimiento para montar los muebles sigue en pie. Avíseme si quiere. ¡Buenas noches!

Vinieron a buscar el barco el miércoles siguiente sobre las seis de la mañana. Tal como habíamos quedado, Merten estaba allí. Cuando el remolcador enganchó el *Rosa del Viento*, me envió un pequeño vídeo con un mensaje: «¡Allá va!».

Fue un momento genial cuando sacaron nuestro barco del puerto. Si todo iba bien, regresaría por sus propios medios.

A media tarde, mientras esperaba los muebles de mi despacho a la vez que me peleaba con el folleto de imágenes del Meerblick, llamó mi padre.

—Hola, papá, ¿qué hay? —pregunté.

Tras él se oían unos zumbidos y unos pitidos, casi como si fuera un camión de la basura, pero, como estaba en el astillero, debía de tratarse de la señal de advertencia de alguna grúa.

—¿Cómo está mi pequeña? —me preguntó, como si yo no tuviera más que diez años.

—Como se puede —contesté—. ¿Ha llegado ya el barco?

—Ahora mismo. Si hay que creer en la palabra del capitán del remolcador, la vieja dama se ha comportado muy bien.

—No me extraña, con el motor parado tampoco podía esperarse ninguna resistencia.

—En eso tienes razón. Quería preguntarte cuándo vais a querer echarle un vistazo. He convencido al jefe de taller para llevarlo al dique seco esta misma noche, y el perito casualmente estará aquí mañana, así que también podría echarle un vistazo. Después podríamos realizar la estimación de costes.

¿Estimación de costes? Por algún motivo, eso no sonaba muy tranquilizador. Ante mis ojos apareció de repente una hilera inabarcable de ceros detrás de una cifra.

—¿Qué tal iría el viernes? ¿Sobre las tres de la tarde, quizá? —pregunté tras echar un vistazo a la agenda. En ese caso, el viernes no llevaría a Leonie a la guardería, sino que saldríamos las dos temprano y así evitaríamos el tráfico del fin del semana. Además, mi madre se alegraría de tenernos con ellos hasta el domingo.

—El viernes va de fábula —repuso mi padre—, pero ya sabes que entonces tendréis que quedaros a dormir en casa.

Sonreí de oreja a oreja.

—Con eso no tenemos ningún problema. De todas formas, Leonie estaba triste porque hubieseis tenido que iros ya.

—Vaya, me alegro de oírlo. Se lo diré enseguida a tu madre para que prepare la habitación de invitados.

—¡Hazlo, y dale un beso de mi parte! —Le lancé uno por el auricular y luego colgué.

Estimación de costes. El momento de la verdad había llegado. ¿Seríamos capaces

de reparar el *Rosa del Viento*, o explotaría mi sueño, no, nuestro sueño, igual que una pompa de jabón?

—¡Mamá, hay un coche muy grande en el jardín de la entrada! —exclamó Leonie, que me sacó de mi ensimismamiento.

Poco después llamaron a la puerta. ¡Por fin!

—¡Traemos unos cuantos muebles para usted, joven! —anunció uno de los transportistas. Con sus camisetas grises y sus pantalones de peto azules, su compañero y él más bien parecían fontaneros—. ¿Dónde quiere que se los dejemos?

—Escalera arriba —contesté, y señalé tras de mí.

Se miraron, asintieron con la cabeza y poco después apareció el primero de ellos con un paquete gigantesco que cargó sobre su espalda sorprendentemente delgada.

—Déjenlos donde les vaya mejor, allí arriba todavía no hay nada —exclamé tras él.

Poco después apareció su compañero, que lo siguió con una carga igual de considerable sobre los hombros. Me quedé mirándolo y saqué el monedero. Cuando se marcharan, llamaría a Merten.

—¿El viernes ya? —preguntó mi socio con cierto asombro.

De nuevo lo encontré de viaje, pero esta vez me contestó en el móvil al primer intento. Tal vez había hecho planes para el fin de semana, así que lo mejor sería avisarle cuanto antes de que yo iba a torpedearlos.

—Sí, el viernes. Si no tiene ninguna otra cosa programada.

—No tengo nada —contestó sin pensárselo.

—Si quiere, podría venir con nosotras en el coche —le propuse, quizá con cierta precipitación por mi parte, porque no estaba segura de que fuese a apetecerle.

—Gracias, es muy amable, pero el viernes por la mañana tengo otro compromiso.

—Deberíamos estar allí sobre las tres de la tarde —repuse—. Si le parece demasiado pronto, podría llamar por teléfono y retrasarlo un poco más.

—No, no será necesario. Llegaré con tiempo. Bueno, ¿hasta el viernes?

—Hasta el viernes —contesté, y en cierto modo me sentí un poco abandonada después de colgar.

La noche del jueves al viernes la pasé muy nerviosa. Intenté obligarme a dormir, pero una y otra vez aparecía ante mí esa espantosa estimación de costes, obsequiándome con visiones terroríficas de decenas de miles de euros que yo no poseía y que, sin duda, jamás vería en mi cuenta corriente.

Cuando a las siete y media sonó por fin el despertador y anunció el final de la noche con su suave pitido, me sentía como si me hubiera tomado un estimulante. Desperté a mi hija o, mejor dicho, conseguí dejarla en un estado en el que pude vestirla y sacarla de la habitación.

En realidad no teníamos por qué salir tan temprano, pero aquel viaje a Hamburgo

me daba la posibilidad de dar un pequeño rodeo y pasar por Timmendorfer Strand. La idea se me había ocurrido en un momento de la noche en que por un rato olvidé la estimación de costes y recordé la carta. Tal vez encontrara allí una primera pista sobre Lea.

Coloqué a Leonie en su silla, metí una bolsa con provisiones y nuestra bolsa de viaje en el maletero y nos pusimos en marcha. En Binz no había ni un alma. En mi ruta hacia la autopista pasé por delante de un viejo autobús escolar estadounidense que estaba aparcado frente a un hotel y que quizá se usaba para hacer excursiones por la isla.

Al llegar a la autopista, me acordé de mi última estancia en Timmendorfer Strand.

Habían pasado más de cinco años. Jan y yo nos habíamos reconciliado después de algunas dificultades y él había decidido dedicar de nuevo un poco de tiempo a estar conmigo.

Aunque no lo sabía, por entonces ya estaba embarazada de Leonie. Habíamos estado un tiempo intentando tener hijos sin conseguirlo, y un día me entraron arcadas solo con oler un plato de mejillones. El incidente se repitió a nuestra vuelta, incluso sin mejillones a la vista, y entonces comprendí que el sexo de la reconciliación me había obsequiado con algo más que un marido atento durante una breve temporada.

Jan se puso contentísimo cuando le dije que esperábamos un bebé. Por fin seríamos una familia de verdad, y yo me convencí de que lo nuestro solo había ido mal por la falta de hijos.

Me equivocaba, por supuesto.

Cuando nació Leonie, nuestra relación volvió a degradarse muy deprisa. Así aprendí que un hijo no estaba ni mucho menos destinado a rehacer una relación acabada. De bebé, Leonie siempre estaba muy inquieta y lloraba a menudo. Como Jan tenía que irse temprano por la mañana a su empresa, yo era la única que se levantaba por las noches a darle el biberón y tranquilizarla. No pasó mucho tiempo antes de que Jan empezara a sentirse desatendido y me castigase por ello con su indiferencia. Se refugió en su trabajo, inició una aventura con una nueva compañera y dejó que ella le ofreciese toda la atención que yo, agotada al final del día, no podía darle.

Eso me entristeció al principio, pero tenía a Leonie. Ella se convirtió en mi ancla cuando el temporal del desamor amenazó con ahogarme. Por mi parte, yo también empecé a ignorar a Jan, y me fue bien durante una temporada, hasta que él me anunció que ya no podía seguir viviendo conmigo. De eso ya hacía dos años y pico.

Sin embargo, el recuerdo de aquellos días en Timmendorfer Strand era bonito. Por aquel entonces jamás habría soñado que regresaría para investigar la historia de un barco cuya mitad era mía.

La mañana se levantaba reluciente sobre el mar Báltico cuando salí por fin de la autopista con mi Volvo. Tras un breve trayecto, ante nosotras apareció la señal indicadora de la población. Leonie se despertó en ese momento. Cuando viera el mar, tal vez pensaría que ni siquiera habíamos salido de casa.

Esta vez, el paseo marítimo no me interesaba demasiado, así que conduje directa hacia el barrio de Niendorf, donde antiguamente había habido un puerto y un pequeño astillero. Si los documentos no engañaban, el *Rosa del Viento* tuvo que ser reconstruido allí después de la guerra. Tal vez quedara alguien que hubiera participado entonces en ese trabajo y que conociera al capitán Palatin. Que pudiera confirmarme que el barco había transportado fugitivos de la RDA. ¿Era incluso posible que el propio Palatin viviera todavía?

La caída del Muro y la reunificación alemana quedaban ya veinticinco años atrás. Si el capitán había estado en activo en los años setenta y ochenta, y se había jubilado en los noventa, era más que posible.

Como no conocía los apellidos de «Lea» ni de «Bob», Palatin era mi mejor baza para descubrir algo. No aparecía en la guía telefónica, pero eso no tenía por qué querer decir nada. Podía ser que se hubiese ido a vivir a otro lugar, o que no hubiese dado permiso para publicar su número.

Allí, en Niendorf, tal vez encontraría a alguien que supiera algo sobre el capitán y el barco. El *Rosa del Viento* debieron de reconstruirlo con toda probabilidad en el astillero Evers, que en la actualidad se había convertido en un puerto deportivo, pero que sin duda conservaría aún algunos documentos. Y, en caso de no ser así, tal vez encontraría a alguien allí que pudiera contarme alguna cosa.

Los veleros se balanceaban tranquilos en los amarraderos del puerto. Había varias personas preparando sus botes para salir a navegar, poniéndose chubasqueros y cargando cajas.

Intenté imaginarme el *Rosa del Viento* allí. Comparado con esas barcas y esos yates, era gigantesco, como un elefante en medio de una manada de gacelas. Pero eran otros tiempos.

Dejé a Leonie en el coche con sus lápices de colores y la ventanilla bajada, y me acerqué a las embarcaciones. Después de pasear un rato sin rumbo por el puerto, por fin encontré a un hombre con pinta de trabajar allí. Estaba con un cubo de agua delante de un panel de anuncios y parecía tener la intención de limpiarlo.

—Disculpe, por favor —le dije, y con ello me gané una mirada de fastidio—. No pretendo interrumpirle en su trabajo, solo quería saber si conoce a un tal capitán Palatin y si todavía trabaja aquí alguien del astillero Evers.

El hombre me miró como si le hubiese preguntado por un atajo para llegar a Marte.

—¿Es usted de la prensa?

¿Y eso qué tenía que ver?

—No, he comprado un barco que antes pertenecía al puerto de Timmendorfer Strand.

El hombre enarcó las cejas. Debía de pensar que era propietaria de alguno de los yates que había allí, así que me apresuré a aclararlo.

—Se trata de un viejo pesquero, el *Rosa del Viento*.

Por la edad que tenía aquel hombre, era posible que hubiese conocido el barco.

—Pero si lo compró un tipo del Este —dijo—. Hace ya un tiempo, un par de años después de la reunificación.

—Sí, y ahora me pertenece a mí —expliqué, y pasé por alto el tono algo peyorativo que resonó al decir «del Este»—. El barco tiene una historia algo turbulenta, y estoy buscando a personas que tal vez sepan algo.

—De los antiguos trabajadores del astillero ya no queda nadie —repuso—. Y Georg Palatin hace tiempo que no vive aquí.

—¿Sabe adónde se fue? —insistí. Sabía perfectamente que, cuando la gente no confiaba en ti, había que sacarles la información con sacacorchos.

—A Timmendorfer Strand —contestó el hombre.

Antes de que pudiera dudar de su sano juicio, comprendí que nosotros estábamos en Niendorf, que en realidad era una barriada de Timmendorfer Strand, pero que debía de haber conservado su propia identidad. Por lo menos en las cabezas y los corazones de algunos de sus habitantes.

—¿No tendrá por casualidad una dirección más exacta? —seguí insistiendo, y ya casi di por hecho que me enviaría a alguno de los edificios de oficinas del puerto.

Se me quedó mirando un rato, pero luego me dio las señas.

—¡Ay, muchísimas gracias! —repuse, sorprendida.

—No tengo ni idea de si todavía sigue allí, pero él será quien más sepa de ese casarón. —Dicho eso, volvió de nuevo a su trabajo.

Yo paseé una vez más la mirada por los veleros y los yates a motor, y después regresé al coche.

Georg Palatin vivía a las afueras de Timmendorfer Strand, en un bonito rincón que habría sido un buen escenario de postal. Decidí dejar a Leonie unos minutos en el coche y luego ir a buscarla en caso de que Palatin estuviera en casa.

Me acerqué a la casita con el corazón palpitante. Era increíble; ahí vivía el capitán que, según parecía, quiso ayudar a una mujer a huir al Oeste, o que incluso lo hizo. El desenlace no lo conocía con certeza, pero que hubiera escondido la carta tras el revestimiento de la cabina de pasajeros era quizá una prueba de que sí habían llegado hasta el final.

Miré los arriates de flores, el césped que ya había que volver a cortar. Contemplé la corona de espigas secas y amapolas artificiales que colgaba en la puerta. Un hogar muy normal en el que quizá vivía un héroe. Un héroe que había preferido mantenerse en la sombra.

—¿Hola? —preguntó una ronca voz femenina.

Me detuve. Como, aparte de mí, allí no había nadie más, me volví. En la valla del jardín colindante vi a una mujer con una bata sin mangas, guantes de goma y un manojo de zanahorias que debía de haber sacado de la tierra en esos momentos.

—Ahí no hay nadie —me informo, y añadió—: ¿Viene usted a cobrar el impuesto de la televisión?

Levanté las cejas en actitud interrogante. ¿Es que tenía problemas el capitán Palatin con el impuesto televisivo?

—No, solo quería hacer una visita —respondí—. He comprado el viejo barco del capitán, el *Rosa del Viento*.

La mujer me miró con un rostro inexpresivo. Estaba claro que no sabía de qué iba aquello. ¿Quizá Palatin no se había trasladado allí hasta el final de su vida laboral? Recordando las palabras del hombre del puerto deportivo, era posible.

—¿Cuándo volverá el señor Palatin? —pregunté, y sentí la desconfianza de la vecina—. Le prometo que no soy cobradora de impuestos —le aseguré—, y tampoco quiero venderle nada, ninguna suscripción ni nada de eso. Solo quiero hablar con el señor Palatin sobre un barco.

Ninguna reacción. ¿Sería dura de oído?

—Es un barco bonito —añadí.

—Los Palatin están de vacaciones —me informó una mujer más joven que se acercó entonces. Se veía que era la hija de la señora mayor de las zanahorias—. Salieron ayer, así que ha tenido usted muy mala suerte.

La verdad era que sí. Había tenido tantas esperanzas de que el capitán pudiera decirme quién había escrito esa carta... Desde luego, existía la posibilidad de que ni él mismo lo supiera. Tal vez subió a bordo a un grupo de fugitivos anónimos y se limitó a transportarlos; no porque no le interesaran sus nombres, sino para protegerse de las peligrosas preguntas de la Stasi.

—Solo quería hablar con el señor Palatin sobre un barco que fue suyo —repetí, esta vez dirigiéndome a la joven—. Lo he comprado y me gustaría saber algo de su pasado.

No quería que, cuando el matrimonio regresara de vacaciones, pensaran que habían ido a verlos los del impuesto televisivo.

—Ah, entonces seguro que podrá contarle bastantes cosas —me dijo la mujer—. Debió de pasarse unos sesenta años navegando. Cuando nos reunimos con ellos, siempre tiene preparadas un montón de anécdotas.

Eso estaba bien, muy bien. Aunque no encontrara a la tal Lea, quizá me enterase de más cosas sobre el barco. Y sobre cómo se decidió el capitán a sacar a fugitivos de la RDA.

—¿No tendrá por casualidad un número de teléfono donde pueda localizarlo? —pregunté sin creer que fuese a darme uno. A fin de cuentas, era una desconocida y, tal como sabía por propia experiencia, en el norte no se contestaba siempre de manera confiada a esa clase de solicitudes—. O quizá pueda dejarles a ustedes mi número. —Saqué mi tarjeta de visita, una que había impreso a toda prisa desde mi ordenador un par de días antes.

La mujer asintió y aceptó la tarjeta.

—O sea que ha comprado un barco, ¿no?

Asentí con la cabeza. Seguramente sería el próximo gran tema de conversación de la calle entera.

—Pues ¡que tenga buena travesía! —me deseó la mujer, y se despidió con la mano.

Yo le di las gracias y me despedí también.

Cuando regresé al coche, Leonie había dibujado muchos barcos. Un puerto entero, que incluso tenía un lejano parecido con el de Niendorf.

—¿Has conocido al capitán? —me preguntó.

—No, está de vacaciones —respondí, y volví a sentarme al volante.

—Seguro que está navegando con su barco por ahí —dijo mi hija, y se puso a dibujar un enorme sol amarillo verdoso en el cielo.

Los astilleros siempre me habían fascinado: las grúas gigantescas, los extensos diques, cascos de barcos grandes y pequeños puestos en grada. De pequeña, después de que mi familia adoptiva me acogiera, iba mucho a visitar los Astilleros Populares. A veces, cuando tenía vacaciones, mi madre me enviaba allí para que le llevara a mi padre el desayuno cuando se le olvidaba. En el trayecto hacia Binz, al pasar por el dique de Rügen había echado un buen vistazo en dirección a la enorme nave azul, y enseguida habían aflorado los ecos de mi niñez.

También los astilleros de Hamburgo me traían recuerdos bonitos. A veces había ido a ver a mi padre y había contemplado cómo se hacía un barco. Allí era donde construían los cargueros grandes de verdad, por lo menos en aquella época, aunque desde entonces esa clase de encargos habían disminuido mucho.

Mi padre me esperaba a la entrada del recinto, que estaba vigilado por un portero. Era Kalle Blom, uno de los pocos empleados que había conservado su puesto.

—¡Buenos días, señor Blom! —exclamé, y saludé con la mano.

Aunque lo conocía desde hacía muchos años, jamás me habría atrevido a llamarle Kalle, como los demás, por mucho que él insistiera en que lo hiciese.

—Pero ¡si no puede ser! ¡La pequeña Hansen! —exclamó él al verme—. ¡Y la Hansen más pequeñita de todas! —Se levantó de su silla para ver de cerca a Leonie. Por lo visto la había reconocido—. Caray, ¡pero cuánto has crecido, moza!

Mi hija se quedó mirándolo extrañada y luego apretó mi mano más fuerte. La última vez que había estado allí era demasiado pequeña para acordarse ahora de él.

—Sí, todo sigue su curso —repuso mi padre, y nos recibió con unos besos. Luego levantó en brazos a Leonie, que soltó un gritito de alegría—. Bueno, amores míos, ¿habéis tenido un buen viaje?

—El Volvo siempre nos trae bien —respondí, y le sonreí.

—Quién sabe cuánto más aguantará. Tal vez, como flamante propietaria de un barco, deberías comprarte un coche nuevo.

—Precisamente porque hace poco que soy propietaria de un barco, no puedo permitirme un coche nuevo —repuse yo—. ¿Ya tenéis el *Rosa del Viento* en el dique?

Mi padre asintió con la cabeza.

—Sí, ahí está. Ahora mismo no hay mucho que hacer, que digamos, algunos yates y embarcaciones recreativas, un pesquero nuevo. La época de los grandes buques ya es cosa del pasado.

—No digas eso. A todo le llega el momento de resurgir.

Sabía muy bien que mi padre tenía razón, pero también que no había perdido la esperanza de que los tiempos volvieran a mejorar. Tal vez su deseo se cumpliera algún día y allí se volvieran a lanzar al agua petroleros grandes de verdad.

—¿Y dónde está tu socio? —preguntó, y miró alrededor, buscándolo—. Pensaba

que vendría con vosotras.

—Tenía otro compromiso antes —contesté—, y probablemente querrá impresionar a tus compañeros llegando con su Indian.

—Con esa moto, lo conseguirá seguro. —Mi padre miró hacia las naves de los astilleros. Se notaba que estaba impaciente—. ¿Sabe que tiene que darle su nombre al portero antes de entrar?

—Lo verá enseguida. Y, como de verdad que no tengo ni idea de a qué hora va a llegar, creo que podemos ir adelantándonos con total tranquilidad.

Mi padre nos llevó a la Nave 5, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Era una nave que se utilizaba para los barcos más pequeños, si es que podía calificarse de pequeño a un pesquero como el *Rosa del Viento*.

Ahí estaba, en el dique seco. Parecía aún mayor que en el puerto, pero también se le veían mucho mejor los desperfectos.

—Es una dama magnífica, ¿verdad? —preguntó mi padre señalando al barco—. Y lo será más aún en cuanto hayamos acabado con ella.

—O sea, que sí se podrá salvar.

—¡Faltaría más! Y por lo del motor no te preocupes, hoy ya he empezado a tantear el terreno. De aquí a que hayamos puesto en condiciones el exterior del casco, seguro que encontraremos uno que le valga.

—¡Ah, aquí están! —exclamó alguien tras nosotros.

Cuando me di la vuelta, vi a Merten entrando por la puerta. Llevaba la cazadora de cuero abierta, y la camiseta gris que se le veía por debajo tenía una gran ancla estampada. Debía de haber causado sensación con su Indian en la entrada de los astilleros.

—El portero me ha dicho que los encontraría aquí. —Nos dio la mano a todos, incluso a Leonie, que estaba encantada de ver otra vez al «tío Christian».

—Me alegro de verlo, y estoy impaciente por ver qué dice de nuestra dama —dije.

—La alegría es toda mía —repuso él, y me dedicó una sonrisa deslumbrante.

Su mirada se quedó unos instantes fija en mí mientras mi padre empezaba a enumerar qué trabajos se habían previsto en el barco. Todo aquello me sonaba tan abrumador como si pretendiéramos reparar un coche tras un siniestro total.

Merten asentía en cada partida presupuestaria sin que le cambiara la expresión de la cara. Si cuando anunciaron que habría que cambiar el motor lo había visto un poco turbado, esta vez lo tenía todo bajo control.

—En el fondo, suena mucho peor de lo que es —resumió mi padre, y se colocó la tablilla sujetapapeles bajo el brazo.

—¿Cuánto tiempo les llevará? —preguntó Merten, que seguía tan tranquilo como si hubiese encontrado una mina de oro en el sótano.

—Hasta octubre, calculo. La temporada turística ya habrá terminado para entonces, por supuesto, pero seguro que no será demasiado tarde para organizar

eventos en el puerto.

Merten me miró.

—Es verdad. Siempre que haga buen tiempo, podríamos organizar algún acto —dije, secundando a mi padre—. Y el barco, además, tiene calefacción, así que también podríamos plantearnos algo navideño. Lo único que no podríamos hacer es salir a navegar.

—Usted es la experta —repuso Merten con una sonrisa.

—Si estáis de acuerdo, os enviaré la estimación de costes. En los trabajos que mis amigos y yo nos hemos propuesto realizar los fines de semana no os cobraremos la mano de obra, solo tendréis que pagar el material. Sin embargo, hay cosas que tendrán que hacer profesionales.

—Vosotros sois profesionales —le recordé yo, aunque sabía lo que quería decir. Con unas cuantas horas de trabajo los fines de semana no habría suficiente.

—Cierto, pero queréis tener el barco lo antes posible, y no dentro de dos años. Además, tampoco podría estar tanto tiempo en el dique, porque los costes de la nave serían enormes.

—¡Aquí estás! —exclamó el viejo compañero de mi padre Helmut Siewert, que justo entonces cruzó las puertas de la nave a grandes zancadas—. Martin, te buscan.

—Disculpadme —se excusó mi padre, y desapareció.

Nosotros nos quedamos junto al *Rosa del Viento*.

—Todo esto suena inmenso, ¿verdad? —preguntó Merten sin apartar la mirada del barco.

—Ya lo creo, pero seguramente usted ya había contado con ello, ¿me equivoco?

—Si le soy sincero, no. En el agua, el barco tenía mejor pinta. No me quito de encima la sensación de que el tal Ruhnau nos ha timado. Pero ahora ya es nuestro y no nos rendiremos.

—No, no nos rendiremos. —Contemplé su perfil y me llamó la atención que llevaba la barba algo más larga que la última vez. ¿Se la estaría dejando crecer?

Por la calidez y el aroma que irradiaban de él, me habría gustado acercarme un poco más, pero me quedé donde estaba y bajé la mirada hacia Leonie, que parecía algo aburrida.

—Bueno, pues me imagino que ahora sí que somos socios de verdad —dijo Merten de repente, y por fin apartó la mirada del casco del barco.

A mí ese comentario me pareció algo extraño. Socios ya lo éramos desde que acepté su oferta y los dos firmamos el contrato de compra.

—Y, como socios, quizá sería oportuno que empezásemos a tutearnos. ¿O tiene usted algo en contra?

Lo miré con sorpresa. De nuevo algo que aparecía como salido de la nada. En realidad, lo suyo habría sido llegar al tuteo tomando una copa de vino.

—No, yo... no tengo nada en contra —repuse, y le ofrecí mi mano—. Annabel. Merten la aceptó.

—Christian. ¿Qué le parece...? Mmm... ¿Qué te parece si esta noche lo celebramos tomando algo?

—Me temo que mi madre querrá acapararme. —Vi cómo se extendía la decepción en su rostro. Así que pensé en la carta que llevaba en el bolso y en que, aunque no sabía por qué, me apetecía volver a salir con él—. Pero... también podría pedirle que cuidara de Leonie, y así podríamos tomarnos esa copa.

—¿De verdad? —preguntó como si temiese que volviera a cambiar de opinión.

—De verdad. Mi madre se alegrará de tener a su angelito solo para ella durante un rato.

—Está bien. Entonces, ¿a las ocho? Pasaré a buscarte.

—¿Con la moto? ¿Has traído un segundo casco?

—También tengo un coche, y da la casualidad de que hoy he venido con él.

Le sonreí.

—Está bien. Hasta las ocho, pues.

Antes de que pudiera preguntarle dónde iba a pasar la noche, mi padre apareció otra vez.

—Estos chavales... —refunfuñó—. No saben hacer nada ellos solos.

—¿Te refieres a nosotros? —repliqué en broma.

—No, a los chicos del Dique Uno. Dirías que ya lo han aprendido todo, y de pronto tienen que consultar hasta la menor tontería con el maestro. —Lo que añadí después no lo entendí, pero enseguida recuperó la compostura—. Bah, da lo mismo, tengo una cosa más que os podría interesar del barco. —Y echó a caminar a grandes zancadas.

Yo le lancé a Christian una mirada interrogante y me apresuré a seguir a mi padre.

—¿Y qué es? —pregunté cuando lo alcancé.

—Ahí. ¿Veis esos puntos parcheados de cualquier manera?

Ahora que los señalaba, sí los veía. Desde lejos parecían zonas oxidadas extrañamente bien dispuestas. Nada, de hecho, que hubiese sido digno de mención.

Mi padre sacó el móvil, toqueteó la pantalla y luego me lo puso delante de las narices.

—Por dentro son así.

No conseguí ver nada en la imagen, pero Christian, que alargó el cuello desde atrás, dijo:

—Impactos de bala.

Me lo quedé mirando atónita.

—¿Estás seguro?

Asintió.

—Sí, muy seguro. Vi muchos como esos cuando estuve en el Ejército.

—Tiene razón —lo secundó mi padre—. Son impactos de bala, sí. Alguien disparó en algún momento contra el barco.

—Bueno, fue un dragaminas, así que es probable que estuviera bajo fuego

enemigo. —También me pregunté por qué no habían hecho desaparecer los agujeros durante la remodelación, pero esa explicación me parecía plausible.

Christian y mi padre se miraron. De repente tuve la sensación de que se entendían por telepatía.

—No, esos disparos no son de la guerra. Apuesto a que procedían de armas del Ejército Popular Nacional.

—¿Quieres decir que fue el Ejército de la RDA el que disparó contra el barco?

Un instante después, mi padre puso en palabras la idea que acababa de cruzar por mi mente.

—Tu madre me ha contado lo de esa carta. Es posible que el barco fuese atacado por internarse en aguas territoriales de la RDA, y luego alguien quiso que la posteridad supiera que eso había ocurrido.

¿Palatin, tal vez? ¿Había querido el capitán que la historia del barco se conociera?

—¿Estás seguro? —pregunté, y me volví para mirar a Christian, que de repente estaba como petrificado.

Sus ojos no se separaban del casco del barco. Igual que aquella otra vez, cuando estuvimos viendo los dos solos la embarcación que acabábamos de comprar.

—No tengo ninguna otra explicación. El anterior propietario era un alemán occidental, habría podido reparar los impactos de bala sin ningún problema. Sin embargo, solo los parcheó provisionalmente como pudo. Desde fuera no llama demasiado la atención, pero sabía que, cuando alguien le hiciera un repaso general al barco algún día, volvería a encontrarlos.

—Y tal vez se haría preguntas —añadió Christian, algo ausente.

El corazón me cerraba la garganta. Me imaginé al capitán intentando conseguir a la desesperada que la chica de la carta llegara a aguas de la Alemania Occidental. ¿Habría muerto de un disparo? ¿Por eso había ocultado él la carta tras el revestimiento, para que alguien la encontrara algún día?

De repente se me quedaron las manos frías. Tanto, que hasta Leonie se dio cuenta.

—¿Qué te pasa, mamá? —preguntó, preocupada.

—Nada —contesté—. Es que esa historia me parece muy emocionante.

—Pensaos bien si queréis dejar esos agujeros de bala o si los vais a reparar —dijo mi padre, cargado de pragmatismo—. Pero, si de verdad consigues descubrir qué es lo que ocurrió entonces, estaría bien conservar alguna prueba, ¿no crees?

—Sí, estaría bien. ¿A ti qué te parece?

Al principio Christian no reaccionó, pero luego, de pronto, salió de su ensimismamiento.

—Sí, sí, estaría bien. Lo pensaremos. Esta noche. —Sonrió, pero la alegría no llegó a sus ojos.

¿Qué le pasaba?

Cuando ya nos íbamos del astillero, mi padre fue el primero en despedirse de nosotros.

—A mí todavía me queda un poco, pero tú vete ya para casa si quieres. Y usted puede acompañarla con tranquilidad, mi mujer se alegrará de verlo.

—Muchas gracias, pero he reservado una habitación de hotel. Mañana me reúno con un cliente, por eso me venía muy bien desplazarme hasta aquí hoy.

—Como quiera. Bueno, pues...

Le estreché la mano a Merten. A Leonie y a mí nos dio un beso en la mejilla y luego desapareció en el recinto de los astilleros.

Yo me sentía algo cohibida con Christian. Primero me ofrecía que nos tuteáramos, luego volvía a tener la sensación de que debía mostrarme cauta para no espantarlo.

—Bueno, hasta esta noche —dijo cuando llegamos a las puertas del recinto.

Me estreché la mano y se apresuró a cruzar la verja. Yo me quedé atrás un momento y entonces me di cuenta de que el portero sonreía de oreja a oreja.

—Parece que es un muchacho simpático —comentó el señor Blom.

Por supuesto, sabía por mi padre que yo me había divorciado de mi marido. Estaba visto que los hombres no eran tan distintos de las mujeres en eso de animar a los divorciados a encontrar otro hombre u otra mujer.

—Sí que lo es —repuse, aunque no me apetecía en absoluto hablar del tema con él—. Que pase un buen fin de semana, señor Blom, seguro que volvemos a vernos pronto.

—¡Eso espero! —exclamó el hombre, y por su voz no supe si se había llevado un chasco con mi evasiva.

Cuando llegamos al aparcamiento, Christian ya no estaba por ninguna parte.

¡Ay, maldita sea, no le he dado la dirección!, se me pasó de pronto por la cabeza. Saqué enseguida el móvil, y allí vi ya el mensaje.

Si tengo que mantener mi promesa, voy a necesitar una dirección para ir a recogerte. C.

Sonriendo, teclé la respuesta y senté a Leonie en su silla para marcharnos en dirección al distrito de Altona.

La casa de tres plantas de Abbestrasse había sido modernizada hacía poco. Mis padres se habían mudado allí después de que los Astilleros Populares despidieran a mi padre. Por mucho que Stralsund fuera mi primer hogar, en el barrio hamburgués de Altona también me sentía en casa.

En aquella época ya éramos una familia, yo ya había aceptado a los Hansen como mis padres y ante mí tenía la gran aventura de vivir en Occidente. Tenía catorce años, la cabeza repleta de música y moda, y Hamburgo me parecía la ciudad más guay del mundo.

Durante los años que me quedaban de colegio y de estudios me integré, y no me marché de allí hasta que conocí a Jan.

Regresar a ese lugar siempre me obsequiaba con la sensación de que mi vida con

Jan no había existido. Era como si nunca me hubiese marchado de allí.

De todos modos, llevaba de la mano a la prueba de mi matrimonio, y me pregunté si a Leonie le pasaría lo mismo con nuestra casa de Binz cuando viniera de visita con su propia descendencia.

Nuestros pasos sonaron amortiguados en la escalera, la alfombra de sisal que cubría los peldaños se tragó el sonido. También el interior del edificio había cambiado mucho con la reforma. Los que seguían igual eran los gatos de la vecina, que recorrían la casa entera sin que nadie se lo impidiese y observaban con curiosidad a todo el que entraba.

Leonie se entusiasmó con ellos, por supuesto.

—Ese de ahí se parece a nuestro gatito —comentó, y yo solo pude darle la razón.

El minino de rayas pardas era exacto a nuestro esporádico visitante peludo. Por suerte, la alegría de ver a su abuela ganó al entusiasmo que sentía mi hija por todo lo que tuviera un pelaje suave.

Mi madre nos abrió la puerta con una sonrisa enorme. Yo la abracé, Leonie se acurrucó contra ella.

—Qué bien que estéis aquí. ¿Ya habéis ido a ver el barco?

—Pues sí —contesté mientras me quitaba la chaqueta de punto.

Todo el piso olía a bizcocho recién hecho.

—¿Y qué? Tu padre no habla de otra cosa desde el miércoles. Ese barco lo tiene absolutamente cautivado.

Me pregunté si también le habría contado a mi madre lo de los impactos de bala.

—Parece que el *Rosa del Viento* causa ese efecto en todo el que se acerca a él —repuse mientras Leonie corría al salón dando grititos de alegría.

—¿Y el señor Merten, no viene también?

—No, ha ido a registrarse en su hotel.

—¿Un hotel? Pero si habría podido quedarse aquí.

—Eso habría sido demasiado, ¿no te parece? Para ti no, ya sé lo mucho que te gusta tener invitados, pero él es más bien tirando a...

—Reservado, ya lo sé. Aun así, podrías habérselo ofrecido con total tranquilidad.

—La próxima vez —repuse, y seguí a mi madre al salón.

Dos horas después, estaba nerviosa frente al espejo que había sobre el fregadero de la cocina. En realidad mis padres tenían un cuarto de baño bien iluminado, pero ya en mi época, las primeras veces que había salido a la discoteca, siempre era allí donde me arreglaba. Sobre todo porque justo al lado tenía la nevera para abrirla y sacarme un refresco.

Tal como había acertado en suponer, mi madre no cabía en sí de alegría cuando le conté lo de la invitación. Por un lado por Leonie; por otro, por Christian.

—¿Conque te ha propuesto que os tuteéis? —comentó, y me guiñó un ojo, como si acabara de confesarle que le había hecho un *striptease*.

—Sí, me lo ha propuesto. A veces los socios lo hacen.

—Y no solo los socios.

—Mamá, sé muy bien adónde quieres ir a parar, pero ni siquiera sé todavía si ya está con alguien.

—Pues pregúntaselo.

—Ya lo hice, y resultó muy embarazoso.

—¿Es que no quiso contestarte?

Suspiré.

—No, lo abordé mal y planteé la pregunta de una forma ambigua.

Mi madre, que estaba sentada a la mesa de la cocina con una copita de vino, soltó una risilla.

—Eres publicista y no sabes utilizar bien las palabras. Es la primera vez que oigo algo así.

—Hay una diferencia entre trabajar profesionalmente con las palabras e intentar no comportarse de una forma bochornosa delante de otra persona.

—De una persona que te gusta.

—Sí, lo reconozco. Me gusta. Y seguro que será una velada muy bonita, te agradezco mucho que te quedes con Leonie.

—Cuando quieras. ¡Lo hago encantada! Pero eso ya lo sabes.

Me pinté la raya de los ojos y contemplé a fondo mi obra una vez más.

—Aun así, deberías preguntarte si ese Christian no sería un buen hombre para ti. Yo que tú, hoy intentaría descubrir si ya está comprometido.

Por suerte, me salvó el timbre de la puerta.

—Tengo que abrir —dije para zanjar el tema.

Le di un beso a Leonie y luego fui a por mi bolso. El vestido de flores que llevaba no era especialmente elegante, la verdad, pero estaba segura de que Christian tampoco se habría puesto traje.

—¡Que te diviertas! —exclamó mi madre. Era difícil pasar por alto el tono esperanzado de su voz.

Casi había contado con encontrarme un Ferrari ante la puerta. Por lo menos. Sin embargo, mi socio conducía un prosaico Volkswagen, y ni siquiera era de los grandes. Eso hizo que me cayera más simpático aún.

Cuando me subí al coche con Christian, supe perfectamente que mi madre estaría arriba, junto a la ventana, mirándonos como cuando yo tenía dieciséis años. A pesar de que por dentro deseaba que me besara, por lo menos en la mejilla, me alegré de que se limitara a sostener la puerta y luego subiera él al coche.

Me abroché el cinturón y puse la mano encima del bolso, donde llevaba la carta de Lea. Durante la tarde no había conseguido darle muchas vueltas a los impactos de bala, y ya estaba impaciente por saber qué pensaba mi socio al respecto.

Fuimos al centro de Hamburgo, donde Christian dejó el coche en un aparcamiento.

El restaurante al que me llevó era elegante y, por suerte, no se trataba de uno de esos templos de la modernidad.

—¿Vienes a menudo por aquí? —pregunté después de que el camarero nos acompañara a una mesa.

La noche era lo bastante cálida para que hubieran dejado abiertas las puertas de la terraza, y una suave brisa llegaba hasta nosotros.

—Alguna que otra vez, cuando estoy en Hamburgo.

—¿Por negocios o por placer? —pregunté mientras seguía intentando averiguar si era un restaurante adecuado para una cita romántica.

Sentí una leve punzada de celos al pensar que alguna otra vez habría estado allí sentado con una mujer guapa, una novia o una socia.

—Por ambas cosas —contestó mientras el camarero nos traía la carta de vinos—. ¿Te fías de mí o prefieres elegir tú?

—¿El qué? —pregunté, estupefacta, pero entonces comprendí que me estaba hablando del vino—. Bueno, si ya has venido aquí otras veces, te dejo a ti la elección.

Para disimular mi timidez, saqué la funda transparente que contenía la carta. Ese viejo papel me transmitió cierto aplomo. Era una tontería que me sintiera tan insegura en presencia de Christian. Probablemente la culpa la tenían las palabras de mi madre, que parecía verme ya con él en el altar, mientras que para mí era un socio y un amigo.

—Me pregunto qué deberíamos hacer con esto —dije, y se la acerqué por encima de la mesa.

Cuando Christian la alcanzó, sus dedos rozaron un instante mi mano. El contacto me sacudió como si me hubiese pasado electricidad. ¿Estaba segura de que solo era un socio? Tal vez sí deseaba algo más de él, y mi madre solo había dicho en voz alta lo que había visto en mí y yo no quería reconocer.

Christian se acercó la carta y la leyó. Varias veces, según me pareció, aunque ya la conocía. ¿Estaría intentando descubrir algo entre líneas?

—Es una carta conmovedora —comentó al final—. Escrita de un forma bonita,

aunque seguro que el destinatario se enfadó.

—Lo habría hecho de haberla recibido —repuse—. Pero, como estaba escondida detrás del revestimiento, doy por hecho que no llegó a leerla.

—O quizá esa Lea empezó de nuevo y escribió otra. La carta está bastante arrugada.

—Estaba debajo de una tabla. Tal vez tuviera que esconderla deprisa y corriendo.

—Habría que ver por qué —opinó Christian, y volvió a dejarla en la mesa.

—Exacto, habría que ver por qué —coincidí con él—. Es posible que les disparasen. Por lo que hemos sabido hoy, parece plausible.

—¿Quieres decir que la guardia fronteriza apresó el barco?

—No lo sé. ¿Por qué no?

Sacudió la cabeza.

—No lo creo. Puede que disparasen al barco, pero no creo que lo apresaran. Si no, sería imposible que ya hubiese estado en el Este en 1997.

Era cierto, así figuraba en la documentación. Y en ella no habíamos encontrado ninguna anotación de la Stasi. Si las autoridades de la RDA se hubieran incautado de la embarcación, sin duda habrían realizado toda clase de anotaciones en su documentación y no la habrían dejado salir otra vez hasta después de la reunificación alemana. Como poco.

—También es posible que el tiroteo y la carta no estén directamente relacionados —reflexionó Christian—. Si el capitán solía transportar fugitivos a menudo, los disparos también pudieron producirse en otra ocasión.

—Bueno, entonces quizá lo mejor será que le preguntemos al capitán. —Lamentaba no haber podido encontrar a Palatin.

—Si es que vive aún —repuso Christian.

—Vive —dije, y alcancé una rebanada de pan de la cesta.

El camarero nos trajo entonces también el vino y, con ello, interrumpió un momento nuestra conversación.

—¿El capitán está vivo? ¿Cómo lo sabes?

—Hoy he pasado por su casa. Me han dado su dirección en el puerto de Timmendorfer Strand. Por desgracia, estaba de vacaciones, pero le he dejado mi número de teléfono a la vecina y le he pedido que se lo dé.

Christian me sonrió de oreja a oreja.

—Sabía que eras una mujer de acción.

—Es que me interesa mucho conocer lo que sucedió. Y, después de ver esos agujeros de bala, aún tengo más interés en saber qué le ocurrió a Lea. Y a nuestro barco, claro. —Hice una breve pausa antes de añadir—: Precisamente por eso me alegra que seas mi socio.

Christian levantó su copa hacia mí y brindó.

—Bueno, pues, ¡por ti y por el *Rosa del Viento*!

—¡Por ti y por el *Rosa del Viento*! —repuse yo, y di un sorbo que me confirmó

que había sido buena idea dejarle la elección del vino.

De repente empezó a sonarme el móvil en el bolso. Intenté resistir la tentación de mirar quién era, pero tal vez me llamaba mi madre por algo de Leonie, así que me disculpé y saqué el teléfono.

—¿Algo importante?

Dije que no con la cabeza.

—No. Un número oculto. —Volví a guardarlo en el bolso. ¿Quién podría ser? ¿Hartmann, quizá?—. Qué raro.

—Tal vez era una encuesta telefónica. A esa gente le sobran motivos para ocultar su número.

—Es verdad, pero aun así me extraña. —Sacudí la cabeza e intenté olvidarme de la llamada, aunque no lo conseguí del todo.

Christian pareció darse cuenta de que le estaba dando vueltas a algo.

—Si es algo importante, volverán a intentarlo. Estoy seguro —dijo—. Y si al final se trata de una encuesta, le diré al camarero que nos traiga un silbato. Me haces una señal, y ya veremos si el operador vuelve a levantar un auricular en una buena temporada... —Me sonrió, y yo no pude evitar soltar una carcajada.

Después de cenar estuvimos paseando un rato por la orilla del Alster. Ya no recordaba la cantidad de luces que se veían de noche en Hamburgo. Se reflejaban en la ancha ribera del río, que esa noche templada había atraído a muchos paseantes.

—Hasta cierto punto te envidio por haber pasado aquí parte de tu juventud —dijo Christian, que parecía estar ausente—. Me habría gustado vivir Hamburgo siendo adolescente.

—¿Por el ambiente de Reeperbahn y los clubes?

—No, por la ciudad misma. Me gusta Hamburgo, y por desgracia no vengo mucho.

Caí en la cuenta de que no tenía ni idea de dónde era. Abierta como yo era, había compartido con él que mis padres se habían trasladado a la ciudad después de la reunificación.

—¿Y tú de dónde eres? ¿De Rügen?

Christian miró un momento a lo lejos, luego se volvió hacia mí.

—De nacimiento sí. Luego nos fuimos a vivir a Oldenburg.

Supuse que eso había sido después de la reunificación.

—O sea, que somos casi como paisanos.

—Más o menos, sí. —Sonrió sin apartar la mirada de mi rostro ni un segundo.

—Perdona si con la fotografía de tu padre desperté algún recuerdo desagradable —dije.

—No hay nada que perdonar —repuso—. Mi extraña reacción no tuvo nada que ver contigo ni con la foto. Es solo que... mi padre vivió muchas desgracias. Desgracias que, lamentablemente, también yo compartí. Desearía que la vida hubiese

sido un poco más amable con él.

¿Y qué tenía que ver todo eso con Hartmann? De alguna forma, me daba la sensación de que había una conexión entre ambos, pero no quería estropear esa bonita noche con tantas preguntas.

—Bueno, ¿qué crees tú que deberíamos hacer con la mujer de la carta? —preguntó por fin—. Aparte de acribillar a preguntas al pobre capitán Palatin.

—Bueno, siempre que siga viva, yo intentaría localizarla. Quizá Palatin pueda explicarnos lo que recuerde de la huida de Lea, pero sus verdaderas motivaciones solo las conocerá ella.

—¿Y si tiene un apellido muy común, como Müller? —objetó—. Necesitarás ayuda. Dirígete a las televisiones.

—¡Estás de broma! —Hacerlo público era lo último que quería—. ¿Te parecería bien que un completo desconocido apareciera en uno de esos programas horribles y contara tu historia? Tal vez había una buena razón por la que nadie debía encontrar esa carta.

—Entonces será mejor que lo olvides y no la busques. Deja que la historia se quede como está. —Christian me miró con firmeza.

—Eso no puedo hacerlo. Quiero saber lo que ocurrió. Si encuentro a Lea y me dice que no es asunto mío y que me mantenga al margen, pues muy bien. Pero rendirme ya de antemano no es mi estilo.

Al pasar por delante de un quiosco de prensa cerrado, se me ocurrió una idea.

—¿Y si publico un anuncio y busco a todos los que en su día huyeron en el *Rosa del Viento*? ¡Puede que también ella conteste!

—Es posible que no sea mala idea. Así, quizá descubrirías también si el capitán transportó a muchas más personas en su barco. Por si él ya no se acordara, o nunca llegara a conocer sus nombres, lo cual sería lógico por motivos de seguridad.

Sus palabras hicieron que mi imaginación me presentara una lista entera de pasajeros. ¡Algo así causaría sensación! Desde luego, habría que ser muy cauteloso al utilizarlo como reclamo publicitario, porque, de estar yo en el lugar de esas personas, no querría que nadie sacara provecho de mi vida. Pero, de todas formas, resultaría muy interesante descubrir qué historias se habían vivido en el *Rosa del Viento*.

—Muy bien, pues pondré un anuncio en cuanto vuelva. —Le sonreí, pero entonces me di cuenta de que él miraba el agua, pensativo—. ¿Va todo bien? —pregunté.

Asintió, distraído.

—Sí... Sí, va todo bien. Solo estaba pensando.

—¿En qué?

Sacudió la cabeza.

—No es nada importante. Me parece que deberíamos regresar, mañana tengo que levantarme bastante temprano, y tú...

—Mañana estaremos en casa de mis padres —expliqué, e intenté que no notara

mi decepción.

Cada vez que estábamos a punto de intimar un poco más, se perdía en sus pensamientos y se encerraba en sí mismo. ¿Por qué?

Regresamos al aparcamiento en silencio y subimos a su coche. Dentro de mí hervían todas las preguntas que me habría gustado hacerle, pero no me atrevía a pronunciarlas en voz alta porque tenía miedo de chocar contra su muro de silencio o de sumirlo en la tristeza.

Mientras íbamos en coche hacia Altona, contemplé la vida de la calle.

Cuántas personas y cuántas luces... Cuántos destinos desconocidos. A saber cuántas historias se desarrollaban allí. Tal vez pasábamos en ese instante por delante de personas que, veinticinco años antes, lo habían arriesgado todo por huir hacia la libertad. O de personas a quienes el cambio de vida seguía haciéndoles daño.

Por fin llegamos a la casa de mis padres.

El silencio empezaba a pesarme. Aun así, me obligué a sonreír.

—Ha sido una noche muy agradable —dije—, muchas gracias.

—Gracias a ti —repuso Christian, y me miró.

Yo correspondí su mirada y me sentí algo extraña. Desconcertada. Un momento como ese habría sido el adecuado para besarse, pero no sabía lo que debía hacer. Después de que nuestra conversación junto al Alster hubiese tomado un rumbo tan extraño, no me atreví a acercarme a él.

Y fue la decisión adecuada, porque, al fin y al cabo él no parecía estar interesado.

—Entonces, nos veremos en Binz, ¿verdad? —le pregunté cuando volvía a enderezarse en el asiento.

Una breve sonrisa cruzó su rostro.

—Nos veremos en Binz.

Yo sonreí también, bajé y cerré la puerta del coche. Cuando llegué al portal de casa, me volví para ver cómo se alejaba por la calle y, muy dentro de mí, sentí el eco desabrido de una oportunidad perdida.

Leonie se pasó todo el trayecto de vuelta a Binz plácidamente dormida en su silla. Era un domingo por la tarde y en la autopista había bastante tráfico. Varias veces nos encontramos con caravana, pero cuando el sol se ocultó tras el bosque, al fin llegamos a la estrecha carretera que subía en dirección a nuestra casa.

Un par de paseantes bajaban en sentido contrario, pero apenas me fijé en ellos.

Estaba agotada después del fin de semana, y casi no había dormido.

Por un lado, no conseguía quitarme de la cabeza la cena con Christian; por otro, el coste de la reparación del barco. ¿Cuánto podría asumir yo? No quería dejarle a Christian todo el peso económico. A saber si un día no acabaría lamentando haberme embarcado en el proyecto. Cuanto más lo pensaba, más extraño me parecía su comportamiento.

A veces era simpático, me había propuesto que nos tuteásemos, me hacía sugerencias sobre cómo podía encontrar a los refugiados de la RDA y parecía amable. Sin embargo, de pronto su estado de ánimo cambiaba y se quedaba callado, se encerraba en sí mismo, y yo no sabía cómo reaccionar.

Para mí, era un gran enigma.

Aparté el recuerdo de Christian. El día siguiente sería estresante. Le presentaría a Hartmann todo el paquete de la campaña y solo podía esperar que lo aceptase. Además, esos últimos días también había estado buscando otros posibles encargos y lo que había encontrado me parecía muy prometedor. Dejé el Volvo en el aparcamiento cubierto y desperté a Leonie.

—¿Ya estamos en casa? —preguntó medio dormida, y se estiró.

—Sí, ya estamos. Si quieres, te preparo algo de comer y luego te vas a la cama.

—Vale.

Por lo visto, también ella estaba bastante cansada. La metí en casa y la llevé a su habitación, luego fui a por la bolsa de viaje, donde tenía el sobre con la estimación de costes. Mi padre me lo había dado el sábado, pero yo no había encontrado el valor para abrirlo. Christian tenía un sobre como el mío, pero aún había tiempo hasta el lunes o el martes para horrorizarnos juntos con los números.

Después de sacar todos los trastos del coche, fui a la cocina. En la nevera encontré un par de cosas con las que podría improvisar una cena decente. Como aún tenía que preparar algunas cosas para la campaña, encendí la cafetera. Un poco de café extrafuerte volvería a levantarme el ánimo.

Mientras escuchaba los borboteos de la máquina, puse la mesa y, por casualidad, desvié la mirada a la ventana de la cocina.

Me quedé helada. ¿De verdad había visto a alguien allí, o solo lo estaba imaginando? Me volví poco a poco, preguntándome si no tendría alucinaciones después de un trayecto tan largo en coche.

Sin embargo, lo que veía no era ninguna ilusión.

No podía creerlo. Ahí fuera, ante la verja, estaba Jan, mi exmarido.

—No puede ser verdad —murmuré, incapaz de moverme.

Jan estaba en la valla y parecía no saber muy bien cómo actuar. Llevaba una americana fina, una camisa blanca y vaqueros, la brisa marina le había alborotado el pelo. El sueño de muchas mujeres de Bremen. Un sueño para cualquier mujer que no lo conociera y que viera en él la posibilidad de conseguir una vida acomodada.

A mí, ese despliegue ya no me impresionaba. En él solo veía al padre de mi hija, que alucinaría cuando viera cumplido su mayor deseo.

—¡Leonie! —exclamé sin hacer el menor ademán de ir hacia la puerta y sin apartar la mirada de Jan; todavía parecía no saber si entrar o no.

—¿Qué pasa? —preguntó mi hija cuando apareció en la puerta de la cocina.

—Ven aquí y mira quién hay ahí detrás.

Ella se acercó a la ventana de la cocina, completamente inocente. Por supuesto, reconoció a su padre al instante.

—¡Papá!

Pasó a mi lado como el rayo y corrió hacia su padre.

Algo en mi interior se encogió. Todo ese amor por un hombre que unos días antes me había echado en cara que no lo dejaba en paz. De repente estaba en nuestro jardín y mi princesita se lanzaba corriendo hacia él. Pero ¿por qué no iba a hacerlo? Ahí delante estaba su padre, y ella no sabía nada de las disputas que tenía yo con él. Por mucho que fuera un capullo redomado, seguía siendo su padre. ¡Y lo había llamado yo!

Por fin salí de mi estupefacción. Me aparté del marco de la puerta y me acerqué a él. Había levantado a Leonie en brazos, como hacía antes, cuando nuestra relación se normalizó un poco después de que naciera la niña y él a veces quería hacerse el padre orgulloso.

—Hola, Jan —dije. En realidad habría tenido que sonar más amable, pero mi voz no me obedeció del todo.

¿Cómo se le ocurría presentarse sin avisar antes? Sin embargo, al ver la felicidad que irradiaban los ojos de Leonie, no me atreví a reprochárselo.

—Annabel —repuso, y entonces observé algo nuevo en él: inseguridad.

Jan nunca se mostraba inseguro; él venía, veía y vencía. Era un ganador, todo lo que le hacía perder se lo quitaba de en medio.

Y de pronto ahí lo tenía, un par de días después de nuestra fatídica conversación.

—Por favor, disculpa que me haya presentado así —dijo, y volvió a dejar a Leonie en el suelo.

Ella se quedó a su lado, mirando hacia él como si fuese un faro salvador. En ese instante deseé que Jan no hubiese cambiado de opinión.

—Ya he estado aquí esta mañana, pero no estabais. Y anteayer intenté localizarte en el móvil...

La llamada del número oculto, recordé. ¿Desde cuándo hacía eso Jan? ¿Tenía

dificultades?

—Estábamos en Hamburgo —contesté, seca, porque en realidad no era asunto suyo dónde hubiera estado yo—. ¿Qué haces aquí? ¿Querías visitar a Leonie justo ahora?

Todavía no podía creer que de verdad estuviera allí. Tal vez me despertara en cualquier momento y descubriera que aún seguía en Hamburgo.

Pero no, aquello era real.

—Tengo que hablar contigo —dijo con gravedad.

Eso también era nuevo. Unos días antes no había querido hablar. ¿Qué podía ser tan importante como para que hubiese venido en persona?

Todo mi fuero interno se resistía a la idea de dejarlo entrar en casa, pero seguramente tendría que hacerlo, por mi hija. Además, yo misma lo había llamado para pedirle que viniera. Y ahí estaba. Fuera lo que fuese lo que le había hecho cambiar de opinión.

—Vayamos dentro —dije, y me volví.

Leonie me siguió con su padre de la mano. No miré hacia atrás, pero podía imaginar lo que le estaría pasando por la cabeza a mi ex. Seguro que observaba la casa haciendo los cálculos de cuánto habría costado y cómo me la había podido permitir. Ni en sueños pensaba aclararle que era alquilada.

Nuestra hija lo empujó hasta la cocina. La cena no estaba lista todavía, así que a toda prisa solo pude ofrecerle un café.

Jan me miró. En sus ojos destellaba algo que yo nunca había visto.

—Mi secretaria me dio la dirección y, bueno, ya que no había podido dar contigo, al menos quería ver cómo era vuestra casa.

¿Quién eres tú y qué has hecho con el auténtico Jan?, estuve a punto de preguntar. El hombre al que había visto por última vez en los tribunales para formalizar el divorcio no era de los que se pasaban a ver cómo vivían su exmujer y su hija, a la que solo consideraba un cargo en los gastos mensuales.

Ese hombre tenía una agenda llena, vivía según el principio de la optimización del tiempo y necesitaba a su lado a una mujer guapa y atractiva, una que sus socios le envidiaran.

Su doble se sentó entonces frente a mí y junto a su hija, cuyo cansancio se había esfumado como por arte de magia y me miraba felicísima, como si yo fuese la responsable de ese mágico reencuentro.

—Esto es bonito —comentó Jan—. Tranquilo. Como no estabas, me he paseado por la zona. No tienes muchos vecinos.

—Un gato que viene de vez en cuando, con eso basta. La ciudad tampoco queda muy lejos.

Jan reaccionó con un asentimiento. De nuevo me pregunté qué ocurría. ¿Tramaba algo?

—¿Y cómo te organizas con Leonie? Seguro que trabajas, ¿no?

De repente se me dispararon todas las alarmas. ¿Se trataba de demostrarme que era una mala madre? Eso ya habría sido la gota que colmaba el vaso. ¿Había decidido acaso inmiscuirse en mi vida? ¿Estaba su madre detrás de todo aquello?

—Dime lo que quieres —dije para intentar acabar con tanto rodeo.

Dos años atrás me habría alegrado de recibir tanta atención. Sin embargo, ahora Jan era como un cuerpo extraño que allí estaba fuera de lugar.

—Tengo que hablar contigo —contestó, y miró a Leonie—. A solas.

Asentí con la cabeza.

—Leonie, ¿nos dejas solos un rato? —le pidió a la niña, y le acarició los rizos.

—Sí, claro —dijo ella, y me miró para ver si yo estaba de acuerdo.

Le contesté con un gesto y la acompañé hasta la puerta de la cocina. Cuando vi que se metía en su habitación, entorné la puerta y regresé a la mesa. Me senté frente a Jan. Me sonaron las tripas. ¿Cómo terminaría aquello?

Jan se tiraba nervioso de las mangas de la americana. Tampoco eso era típico de él, que jamás se mostraba inseguro, ni siquiera cuando hacía una proposición de matrimonio.

—Ya sé que nuestra última llamada telefónica no fue demasiado bien —empezó a decir al fin.

—¿Tú crees? —Crucé los brazos en el pecho—. Al menos me devolviste la llamada. Eso es más de lo que podía esperar, la verdad. Y, como ves, seguí tus instrucciones y le di la dirección a tu secretaria. Mucho más aún, en realidad; le he hecho creer a mi hija que no es que su padre no quiera verla ni hablar con ella, sino que tiene mucho trabajo. En ese sentido soy una ex muy maja, ¿no? —Las palabras salieron con un tono corrosivo, pero no pude evitarlo.

Jan alzó la cabeza y me miró. Esperé una contestación, tal vez también un motivo para echarlo de mi casa, pero no me dio ninguno.

—Hace dos días estuve en el médico —dijo en voz baja, y se calló otra vez.

—¿Y? —pregunté.

—Tengo cáncer testicular.

Su respuesta me cayó encima como un jarro de agua helada. Esos últimos meses me había sorprendido a mí misma deseándole que le pasara algo malo. Que le saliera joroba. Un cuerno en la frente. Una rotura de pene mientras tenía relaciones sexuales. Un cáncer testicular o algo igual de terrible nunca había estado en esa lista.

—No lo dices en serio —se me escapó. No sabía qué otra cosa decir.

—El médico dice que hay tratamiento y que la perspectiva es buena —siguió explicando—. En todo caso, es muy probable que la intervención me deje estéril.

Madre de Dios, ese era justamente el tema sobre el que más me apetecía hablar después de haberme pasado horas en autopistas y caravanas...

El diagnóstico me había impresionado, desde luego, pero, si tenía cura, ¡tampoco era necesario que viniera hasta allí para hablar conmigo! Habría podido llamar o escribirme un correo electrónico.

Céntrate, me dije. Calma los ánimos. El tipo que ves delante tiene cáncer, eso de por sí ya es terrible y, aunque sea un capullo, tampoco se merecía algo así.

—Lo siento mucho —dije, tensa—, pero ¿no hay posibilidades...? Ahora se puede congelar esperma y...

Su mirada directa me hizo callar. No tenía ni la más remota idea de qué decirle. Ni de cómo debía sentirme siquiera. Jan había sido mi marido durante casi ocho años. Incluso un buen marido durante los tres primeros. Además, en cierto sentido seguía formando parte de mi vida, yo seguiría vinculada a él a través de Leonie, lo quisiera o no.

—Quería pedirte que compartieras conmigo la custodia de Leonie —dijo entonces—. Al fin y al cabo, será la única hija que tendré y...

Se detuvo al ver que yo inspiraba hondo. De nuevo vi ante mí la escena frente al juez del divorcio. La dureza de Jan cuando el juez leyó que renunciaba al derecho de custodia y se contentaba con encargarse de la manutención. La impresión que dio fue que Leonie no le importaba en absoluto.

Y de pronto quería que le diera la custodia compartida.

Eso significaba que tendría a Leonie los fines de semana, o en vacaciones. Eso significaba que ella, cuando él se pusiera enfermo de verdad, viviría de forma directa todo su padecimiento. Significaba que ella, cuando él se recuperase, vería cómo se sucedían sus parejas y se preguntaría qué clase de hombre era su padre.

—Sé que después de toda nuestra historia es mucho pedir —siguió Jan—, y que ahora podrías decirme que ya perdí mi oportunidad, pero te pido que lo reconsideres.

Yo seguía sin poder decir nada. Las ideas se arremolinaban caóticamente en mi cabeza.

Si le decía que sí, ¿acabaría lamentándolo?

Si le decía que no, ¿volvería a llevar nuestro caso a los tribunales?

Jan no era un hombre que aceptara un no por respuesta, la verdad. Quizá fuera capaz de denunciarme y, con ello, volver a sacar a la luz todo lo que yo había intentado dejar atrás.

Y entonces a mí no me quedaría más remedio que volver a sacar también todos los trapos sucios. Todas las historias de mujeres, el abandono y su escasa participación en la educación de la niña.

Sin embargo, también estaba la voluntad de Leonie. Ella deseaba muchísimo que su padre volviera a formar parte de su vida. ¿Podía yo negarle ese deseo solo porque nuestro matrimonio se hubiese roto?

De repente sentí un enorme nudo en el estómago. Se me secó la boca y las manos empezaron a temblarme. Sentía que estaba a punto de darme un ataque de pánico.

Hasta ese momento todo había ido muy bien, mi mayor preocupación había sido el barco. Y de repente Jan entraba en escena. En esos momentos deseé no haberlo llamado.

Tuve que ponerme de pie y caminar; si no, todo aquello me habría hecho pedazos.

Jan me seguía con la mirada mientras yo marchaba de un lado a otro por la cocina. Me llevé las manos heladas a las mejillas y esperé que sirviera de algo, pero la cosa no mejoró.

—Estás furiosa, ¿verdad? —me dijo.

Sus palabras consiguieron hacerme parar. El nudo en el estómago era cada vez más fuerte.

Sacudí la cabeza.

—Estoy confusa. Llevábamos un año entero sin vernos. En ese tiempo has evitado cualquier tipo de contacto con Leonie, y de repente te presentas aquí y me dices que estás enfermo y que por eso quieres la custodia compartida. —Lo miré fijamente. Me ardían los ojos y sentía que el pulso me martilleaba en los oídos—. Dime, ¿habrías pensado alguna vez en volver a ocuparte de ella si no te hubieran dado ese terrible diagnóstico?

Jan apretó los labios. O sea, que no.

Eso era lo que yo pensaba.

—Annabel, por favor, entiende que lo nuestro...

—Entiendo cómo fue lo nuestro —lo interrumpí—. Tienes razón, no habría durado mucho más. Y tampoco lo siento. Pero ¿qué quieres que piense de una petición así, cuando hace apenas unos días me despachaste diciendo que le diera mi dirección a tu secretaria y que no te molestara más? Lo siento muchísimo por ti y espero que lo superes. Pero, cuando llegue ese momento, cuando vuelvas a estar recuperado, ¿seguirás queriendo lo mismo? ¿Te ocuparás de Leonie porque quieres a tu hija, o volverás a dejarla tirada? —Me quedé sin voz y también sin aire. El corazón me iba a toda velocidad. Ahí estaba de nuevo, la antigua rabia. Y me sorprendí a mí misma al ver que estaba en situación de expresarla.

Jan no decía nada. Solo me miraba con los ojos muy abiertos. Levanté mi vaso de agua y me lo bebí de golpe. Con cada trago deseaba que él desapareciera, que se esfumara sin más.

Después de unos instantes durante los cuales Jan, por suerte, siguió callado, conseguí bajar de mi montaña rusa de ira.

—Perdona que me haya expresado de una forma tan directa, pero tenía todo eso acumulado aquí dentro. Si te pones en mi lugar, verás que no puedo ir corriendo a tus brazos con una gran sonrisa y concederte todos tus deseos.

—Eso lo tenía muy claro cuando decidí venir a verte —dijo entonces, y miró el mantel—, pero ten en cuenta la situación en la que me encuentro.

—Ya lo hago —repliqué, y me pregunté si de verdad lo había pensado durante más de un segundo o si todo aquello no había sido más que un acto irreflexivo—. Sin embargo, también debo proteger a mi hija. Yo sé lo que es, sé lo que se siente cuando te abandona un progenitor. No, cuando se olvida de ti. Leonie ya sufre el que no llares nunca. No quiero arriesgarme a que, en cuanto estés recuperado, vuelvas a decepcionarla una segunda vez.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó.

Por supuesto. Él, el hombre de acción, pensaba que había una solución para todo y que podía encontrarse con solo chasquear los dedos.

—No lo sé. Primero tengo que digerir la noticia que me acabas de dar. Después lo pensaré. Tampoco es que te haya desterrado de la vida de Leonie. Al fin y al cabo, fui yo quien te llamé, y en los tribunales tampoco exigí que solo pagaras la manutención. Recuerda que estaba a favor de que compartiéramos la custodia. Sin embargo, tú no lo quisiste, tal vez porque tus amantes te habrían mirado raro o se habrían dado a la fuga si se hubieran encontrado a una niña jugando en el salón.

—¡Annabel! —Esta vez sonó un poco amenazador.

A mí me daba igual, porque solo decía la verdad.

—Perdona —cedí, y levanté las manos a la defensiva—. Lo que hagas con otras mujeres ya no es asunto mío. Solo quería decir que te despediste voluntariamente de Leonie cuando yo, en realidad, quería otra cosa.

—¿Quiere eso decir que lo tomarás en consideración?

—Quiere decir que lo pensaré, sí. Pero tu enfermedad no debería jugar ningún papel en esto. Estés enfermo o sano, siempre serás su padre. Nos las hemos apañado bien con las circunstancias actuales, no se te puede echar en cara que no pagues. Sin embargo, tengo que estar segura de que también estás dispuesto a asumir el papel activo de padre pase lo que pase. Y de que podrás asumirlo, porque, créeme, a veces no es nada divertido. Te cambia la vida. Además, también deberíamos sopesar qué significará para Leonie, porque lo cierto es que vivimos a cientos de kilómetros el uno del otro, y está claro que para ella no sería bueno tener que recorrerse medio país.

En esos momentos podría haberme prometido la luna, pero fue lo bastante listo para no hacerlo.

En lugar de eso, se levantó de la silla con pesadez. Tenía buen aspecto, la verdad, pero yo sabía que la impresión exterior de una persona podía engañar.

—Entonces será mejor que te deje sola.

—Sí —respondí—, pero despídete antes de Leonie.

Asintió con cara de sentirse bastante decepcionado. ¿Acaso había pensado que accedería a las primeras de cambio? Medio año atrás quizá lo hubiese hecho, pero a estas alturas algo había cambiado. Si Jan quería ocuparse de Leonie, tenía que demostrarme que lo deseaba de verdad.

Lo seguí desde la cocina hasta la habitación de la niña.

Mi princesita se puso triste, por supuesto, pero Jan fue listo y le prometió que pronto la llamaría. Solo las estrellas sabían si llegaría a hacerlo, pero de momento Leonie se quedó satisfecha.

—¿Regresas ahora con el coche? —le pregunté cuando lo acompañé a la puerta.

—No, reservé habitación en un hotel cuando vi que no estabais. Regreso mañana.

Me miró. Su semblante estaba completamente hermético; era una expresión que yo conocía muy bien, y no auguraba nada bueno.

—Que te vaya bien, Annabel.

—A ti también —contesté.

Después de eso, dio media vuelta y se fue hacia la verja. Me lo quedé mirando unos instantes, luego cerré la puerta y me apoyé contra ella.

Me ardían las mejillas y, por muy hondo que inspirase y espirase, la presión que sentía en mi interior no remitía.

—Mami, tengo hambre —exclamó entonces Leonie, que me había seguido al vestíbulo.

Cierto, en realidad habíamos querido cenar algo al llegar a casa, y ya se nos había hecho de noche.

Volví a suspirar y entonces me puse de nuevo en «modo madre». Ya tendría tiempo para reflexionar más adelante.

—Pues muy bien, ¿qué te apetece? —pregunté, y la levanté en brazos.

—¡Sándwich de queso gratinado! —gritó entusiasmada cuando la llevé a la cocina.

Y me alegré de que no preguntara por qué su padre no se había quedado a cenar.

21

En cuanto Leonie se quedó plácidamente dormida con una sonrisa, salí de la casa y bajé hasta la playa. El viento había amainado un poco, las olas susurraban con apatía. En el horizonte brillaban aún los últimos restos de la luz del sol.

Desde lejos llegaron hasta mí unas risas claras. Una hoguera relucía en algún lugar de entre las dunas, unos cuantos jóvenes debían de haberse instalado por allí cerca. A lo lejos vi otras dos luces; parecía que habían montado unos chiringuitos.

Entonces se me pasó por la cabeza que, desde mi traslado allí, no había vuelto a pensar en mi placer. Que, desde que estaba divorciada de Jan, no había vuelto a ocuparme de ello. Y tampoco antes. Siempre había estado pendiente de Leonie, y muy feliz de poder estarlo. Pero de repente tenía ante mí suficientes objetivos con los que podía construirme un futuro. Pero el placer, el placer inmediato, como el de emborracharse en un chiringuito de la playa o salir a bailar, era algo que seguía sin concederme.

Al contrario que Jan. Él siempre había vivido en el carril de adelantamiento, había trabajado mucho, había salido mucho de fiesta. Leonie y yo, al final, solo ocupábamos un lugar marginal en su vida. Y de repente, amenazado por la enfermedad y su tratamiento, quería compartir conmigo ese papel que hasta la fecha yo había tenido en exclusiva.

No estaba segura de que lo hubiera pensado bien. Obviamente, la noticia le había supuesto una fuerte conmoción. Tal vez su madre había estado metiendo baza. Su madre, que nunca se había llevado demasiado bien conmigo y que también brillaba por su ausencia en la vida de Leonie.

Sopesé brevemente la idea de pasar junto a los jóvenes acampados o acercarme a uno de los chiringuitos a emborracharme. Sin embargo, al final decidí pasear por la playa nada más. Necesitaba tranquilidad, no evasión. En mi cabeza ya había suficiente desbarajuste.

Llegué a las rocas con las últimas luces del ocaso. Las rocas de las sirenas. El recuerdo de Christian y las historias que le contaba a Leonie me hicieron sonreír de nuevo.

Sirenas no vi ninguna, pero al cabo de poco supe adónde había llegado.

Las rosas blancas de la roca estaban secas, daba la sensación de que llevaban allí un tiempo y no las habían vuelto a cambiar. ¿Qué ocurría?

¿Acaso quien las dejaba allí había perdido el interés, o es que estaba enfermo?

Alargué la mano hacia las flores, que se deshicieron nada más tocarlas.

Sentí el viento en el pelo y la humedad del ambiente. Poco a poco iba encontrando la calma. Los pensamientos sobre Jan me dejaron un poco de respiro. Me senté en una de las rocas vecinas y un momento después oí pasos. Estaba convencida de que se trataría de alguno de los jóvenes que tal vez necesitaba un poco de distancia de los demás, un lugar para estar a solas.

No me volví, pero enseguida sentí una presencia física detrás de mí y los pasos se detuvieron.

Fuera quien fuese esa persona, seguramente no había esperado encontrarse a nadie.

Aguardé un momento a que volviera a alejarse, pero no se movió. Entonces me volví para ver quién era y me quedé helada.

En la luz crepuscular reconocí a Christian, que llevaba en la mano un ramo de rosas frescas.

El viento hizo que el aroma de las flores llegara hasta mí. No era más que un tenue aliento entre la brisa marina preñada de algas, pero lo percibí con claridad.

Christian parecía sorprendido, y no me extrañaba; también yo lo estaba.

Pensé en aquel primer encuentro con la misteriosa figura que había dejado allí las rosas. Jamás se me habría ocurrido pensar que tras ella pudiera ocultarse Christian.

—Hola —dijo.

Nuestras miradas se encontraron un momento, después él miró avergonzado hacia el ramo de rosas. Por lo visto, había descubierto su secreto.

Yo no sabía muy bien qué decir.

—Hola —repuse.

Christian dudó unos instantes, luego pareció tropezar y se acercó a la roca. Quitó de allí el ramo viejo y dejó el nuevo en su lugar. Después se sentó a mi lado.

Yo estaba desconcertada, me preguntaba a quién ofrecía aquellas rosas. ¿A un amor ahogado? ¿Era ese el motivo por el que parecía tan hermético?

—Vienes a menudo por aquí, ¿verdad? —dijo, tomando al fin la palabra, aunque sin mirarme.

¿Le molestaba que me hubiese enterado? ¿O temía mis preguntas?

—Sí, siempre que tengo que reflexionar —reconocí—. En realidad, suelo venir muy temprano por la mañana, o de noche, pero hoy...

¿Podía contarle lo de Jan? ¿Lo de su diagnóstico y su petición? Dudaba.

Sin embargo, ¿no era cierto que siempre le había contado más de la cuenta?

—Mi exmarido se ha presentado hoy en nuestra casa, poco después de que llegáramos —dije al final—. No me lo esperaba.

—¿Y qué quería?

Respiré hondo.

—El médico le ha dicho que... tiene cáncer. Y ahora quiere volver a ocuparse de Leonie.

Christian no dijo nada. Eso podía entenderlo, porque para mí también había sido un duro golpe.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Eso es lo que no sé —respondí, y me miré la punta de los zapatos, que ya solo podía intuir en la oscuridad. Algo más atrás, los jóvenes seguían de celebración—. Por un lado, Leonie añora mucho a su padre, quiere volver a tenerlo con ella, o por lo

menos que la visite, recibir sus atenciones. Después del divorcio, a mí me decepcionó que él no quisiera saber nada de su hija, y ahora...

—Ahora ya no quieres eso.

—Sí, claro que sí, pero... Si lo hiciera, volvería a tener más relación con él. Y temo que, entonces, todo volvería a aflorar, todo el drama que viví con él.

El hecho de que me hubiese puesto a llorar como una tonta después de la estúpida conversación telefónica que mantuvimos era la mejor prueba de ello.

Christian reflexionó un momento antes de decir nada.

—Entonces, deberías preguntarte si por el bienestar de tu hija estás dispuesta a aceptar que tendrás que tratar con él.

—Bueno, me parece que tampoco es tan sencillo. Jan podría presentar una demanda para exigirme que comparta con él la custodia. Y, además, Leonie desea tanto volver a estar con su padre... Por ella sería capaz de cualquier cosa, no sé qué debo hacer. Al fin y al cabo, es posible que él vuelva a decepcionarla, y eso sí que no lo puedo permitir... —Apreté los labios.

La rabia me hizo temblar. Miré el mar, pero apenas podía verlo. Solo su murmullo estaba ahí, pero no lograba disipar mi inquietud.

Christian me acarició el brazo con cierta torpeza. Después volvió a mirar hacia la roca.

—Te vi hace un par de semanas. Aquel día estabas sentada algo más adelante —dijo, cambiando repentinamente de tema—. Al principio no sabía quién eras, pero entonces me diste tu dirección y poco después volví a verte y, como ya nos habíamos conocido, te reconocí enseguida. Fui un poco tonto, pero no encontré el valor para venir a decirte nada.

Recordaba el encuentro con el desconocido mudo. También recordaba que las flores me habían parecido una muestra de amor de la que me sentí celosa.

—Tal vez tendría que haberte seguido —dije.

Christian negó con la cabeza.

—Estuvo bien que no lo hicieras. Seguro que entonces no habría querido contarte la historia con la que carga esta roca.

—¿Y ahora? —pregunté—. ¿Quieres contármela?

No respondió. Eso ya fue suficiente respuesta.

—Está bien —dije—. No tienes por qué hacerlo.

—Sí, sí tengo. Quiero. Me has descubierto. Y, además, la historia está relacionada con el *Rosa del Viento*.

Lo miré sin salir de mi asombro.

—¿Con el barco?

Christian asintió.

—Sí, con el barco. En realidad, quería tener el *Rosa del Viento* porque está vinculado con un acontecimiento de mi infancia.

Volví a pensar en ese hombre de la foto que se parecía tanto a él.

—Me quedé destrozado cuando lo vi en el puerto después de tantísimo tiempo. No podía hacer nada más que ir allí todos los días a contemplarlo. Como si pudiera decirme... —Se quedó callado—. No, debería empezar por el principio. Yo... Esto no se me da bien.

—¿Empezar por el principio?

—No, hablar de mí. Seguro que ya te has dado cuenta.

¡Oh, por supuesto que me había dado cuenta! Pero había pensado que era porque quería tener conmigo una relación estrictamente empresarial. Ahora tenía una sensación diferente.

—No me gusta abrirme a los demás. Hasta que no los conozco algo mejor y me encuentro a gusto, desvelo muy poco de mi persona.

—¿Y crees que ese momento ha llegado?

—El momento, en realidad, llegó en Hamburgo, cuando tu padre descubrió los impactos de bala y esa noche salimos a cenar. Sin embargo, por algún motivo la conversación tomó extraños derroteros, y volví a levantar mis escudos. Me sucede a veces, sin que yo lo quiera. —Entonces me miró—. Pero ahora sí estoy seguro.

En ese momento habría podido contestarle con descaro: «¡Pues desembucha!», pero no lo hice. Me limité a asentir y dejé que me contara.

CHRISTIAN

Mi padre se llamaba Jonas y era obrero de la construcción, un hombre serio y sencillo. Con dieciséis años entró de aprendiz, se hizo albañil y luego se empleó en una empresa.

Un día conoció a mi madre, Rosi Winterberg. En la discoteca. La clásica historia. Él llevaba pantalones de campana y patillas; ella, una falda plisada y una de esas blusas folclóricas que entonces estaban tan de moda. Bailaron juntos manteniendo las distancias, hablaron y quedaron para la siguiente ocasión. Así fue durante varias semanas, hasta que él por fin tuvo el valor de besarla, y ella le pidió que la acompañara para presentarle a sus padres.

En algún momento de ese verano, se quedó embarazada. Cuando se lo dijo a mi padre, él se puso como loco de alegría y le pidió que se casara con él. En aquella época, y en la RDA, tampoco estaba bien visto que una mujer soltera tuviese un hijo.

Se casaron tres meses después en el jardín de los padres de ella, y justo a tiempo, antes de que la barriga empezara a notarse. Estar casados y con un niño en camino, les ayudó a conseguir un pequeño piso de nueva construcción en Bergen. El futuro parecía asegurado.

Nací yo, y unos años después mi hermano Lukas. Poco a poco, gracias a mis padres y a las instituciones educativas del país, nos íbamos convirtiendo en buenos socialistas, lo cual conmigo les costaba bastante conseguir, porque la recepción de la televisión occidental era buena y a mí me gustaban los Rolling Stones, Alice Cooper y David Bowie, y en cambio despreciaba, como muchos de mis compañeros de estudios, a los farsantes que se paseaban por ahí con hombreras anchas e intentaban emular a los auténticos iconos del Oeste. En secreto, incluso soñaba con ir algún día a un concierto de algún grupo occidental, pero en 1983 eso no era más que una vana ilusión, sobre todo aquí, en la costa. Como mucho podíamos ir a Rostock a ver grupos nuestros, como los Pudhys o Karat, pero no era muy apetecible.

Mis padres siempre me advertían que me estuviera calladito en la escuela sobre lo que se hablaba en casa, sobre las cadenas de televisión que veíamos y la música que escuchaba. Yo intentaba hacerles caso, pero enseguida me di cuenta de que todo el mundo veía la televisión occidental.

Mi vida, pues, transcurría como la de casi todos los demás jóvenes, hasta un día que mi padre se olvidó de ir a buscarme a la escuela.

Hacía poco que había cumplido los doce años y estaba sentado en los escalones destrozados de la entrada. A mi lado tenía mi vieja cartera de cuero, y me entretenía formando pequeñas bolitas de papel para poder dispararlas con el tirachinas, no fuera a ser que todavía quedase algún enemigo por allí cerca. Mis compañeros de clase hacía rato que se habían marchado en el autobús o, si ya tenían los catorce, en sus

motocicletas.

Yo, sin embargo, tenía la firme convicción de que mi padre vendría a por mí, así que seguí esperando.

Había dejado en el suelo el pañuelo rojo de los Pioneros sin ningún cuidado. Ese lunes lo había llevado porque, como todas las semanas, habíamos tenido la «ceremonia de la bandera», en la que se hablaba mucho del socialismo y de la educación. A mí ninguna de las dos cosas me interesaba demasiado, pero se esperaba que todo el mundo participara en el corro y prestara atención.

Aun así, yo casi nunca estaba atento, sino que me dedicaba a pisar los charcos del patio o a dibujar algo en la arena con la punta del pie. Después no habría podido repetir nada de lo que se había dicho. Regresaba trotando al aula con los demás y garabateaba cualquier cosa en los márgenes de mi libreta.

—Eh, chico, ¿es que quieres echar raíces ahí? —preguntó una voz rechinante por encima de mí.

Levanté la mirada. El bedel era un hombre alto y ancho de espaldas, con bigote y traje de faena azul. En el bolsillo del pecho llevaba siempre un paquete de cigarrillos Jewel, y a veces les pasaba alguno a los alumnos de décimo, que entonces desaparecían un rato en el rincón de fumadores. A los más jóvenes nunca nos daba nada, más bien nos espantaba cuando nos acercábamos demasiado a sus arriates de flores o merodeábamos por el taller del sótano.

—Estoy esperando a mi padre —contesté—. Va a venir a buscarme.

Justo entonces caí en la cuenta de lo vacío que se había quedado el patio de la escuela. Los niños de la guardería también hacía tiempo que se habían marchado, y en el aparcamiento quedaban muy pocos coches. Una mirada a mi reloj de pulsera con el cristal saltado me dijo que ya llevaba tres horas esperando. El estómago se me encogió al comprender que mi padre debía de haberse olvidado de mí.

—Tal vez tu señor padre esté haciendo un turno especial. Yo que tú, me iría a casa. Si no, te pasarás aquí toda la noche.

Me habría gustado contradecirlo, pero algo me decía que el hombre tenía razón. Sería mejor que me marchara. Además, el bedel pronto cerraría la verja, y no me apetecía tener que trepar por la valla.

Así que recogí mis cosas y corrí a la parada del autobús. Mientras estaba allí, no hacía más que mirar por si veía aparecer nuestro Trabbi blanco, pero no fue así. Después de otra media hora, por fin llegó el autobús que iba a los barrios nuevos de Bergen. Durante todo el trayecto estuve al borde de las lágrimas. ¿Cómo había podido olvidarse mi padre de mí? Si me había prometido que iría a buscarme...

¿Habría ocurrido algo, quizá?

Cuando el autobús se detuvo a unos metros de nuestro edificio, el miedo ardía en mi interior. Corrí todo lo deprisa que pude hacia casa y, como tenía llave, no tuve que esperar a que nadie me abriera. En el vestíbulo, aparté a un lado al gato de la señora Hebbel y corrí escalera arriba. Completamente sin aliento, llegué a nuestra planta y abrí la puerta.

Nada más entrar me di cuenta de que mi padre estaba allí. En realidad tenía prohibido fumar en el piso, pero a veces lo hacía cuando mi madre no estaba, y en ese momento olía mucho a cigarrillos F6.

Furioso, avancé a zancadas por el pasillo y tiré la bolsa de la escuela junto al guardarropa. Si estaba en casa, ¿por qué no había cumplido su promesa?

Lo encontré sentado a la mesa de la cocina, y parecía mirar el mantel sin hacer nada. Fue entonces cuando me extrañó que hiciera tanto frío en el piso, o por lo menos daba esa sensación. No sabía muy bien si la culpa era del clima de abril o de alguna otra cosa. En el ambiente se percibía un ánimo extraño.

A mi padre no parecía preocuparle nada de todo eso.

Yo quería gritarle, reprocharle que se hubiese olvidado de mí, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. Jamás lo había visto de esa forma.

Casi no parecía darse cuenta de mi presencia, su pensamiento estaba muy lejos de allí. Tenía la mirada fija en una mancha del mantel de hule, el cenicero que había a su lado estaba lleno, y entre sus dedos ardía la brasa de otro cigarrillo más. La ceniza había caído en el mantel. Si mi madre lo veía se pondría hecha una furia, porque había hecho un pequeño agujero y conseguir hule era bastante difícil.

—¿Papá? —pregunté, porque verlo así me daba miedo. Algo se me había encogido en la barriga y no tenía ni idea de por qué me pasaba eso.

Mi padre seguía sin moverse. Miré el reloj. Las manecillas se movieron perezosas para dar las seis de la tarde. A esa hora, mi madre acostumbraba a volver del trabajo. Cuando estuviera allí, seguro que aclararíamos por qué estaba tan raro mi padre.

De repente llamaron a la puerta. Me sobresalté y giré en redondo. ¿Mi madre se había dejado la llave?

Como mi padre seguía sin moverse, fui a abrir. En la puerta estaba la señora Hebbel, nuestra vecina. Mi corazón se detuvo un momento. ¿Se había enterado de que yo había espantado a su gato?

—Hola, Christian —dijo con amabilidad—. Acaban de llamarme de la guardería. La maestra quería saber cuándo vais a ir a recoger a Lukas. ¿Están tus padres ya en casa?

La guardería había avisado a los vecinos. Eso, en realidad, no tenía nada de extraño, porque nosotros no teníamos teléfono propio. Todas las llamadas llegaban siempre a través de los vecinos, y ellos nos pasaban el recado. Lo único raro era que ese día también se hubieran olvidado de mi hermano pequeño.

—Yo se lo digo —repuse, y evité la mirada de preocupación de la mujer. No tenía que enterarse de que allí ocurría algo raro.

Cerré la puerta, esperé un rato y después regresé a la cocina. Nada había cambiado. Mi padre seguía sentado a la mesa y no parecía enterarse de nada. Irradiaba un aura tan inquietante que al principio no me atreví a acercarme más. Después, sin embargo, le tiré con cautela de la manga de la cazadora.

—Papá, ¿qué pasa? —Se me escapó un sollozo.

Algo malo ocurría, de eso estaba seguro. ¿Estaría mi padre enfermo? El día

anterior mismo, Tim, un niño de mi clase, había explicado que su abuelo había sufrido un infarto cerebral. ¿Tenía mi padre también un infarto cerebral? ¿Se quedaba uno inmóvil cuando sufría un infarto cerebral?

—Papá, era de la guardería —informé con miedo—. Preguntan cuándo iremos a recoger a Lukas.

Entonces mi padre regresó a la vida. Inspiró hondo y con pesadez, y por fin me miró.

En sus ojos había tanta tristeza y tanta desesperación como jamás he vuelto a ver en ninguna otra persona.

—Mamá ha tenido un accidente —dijo, arrastrando tanto las palabras como si hubiese bebido muchísimo alcohol—. Ha..., ha muerto.

Me lo quedé mirando. No podía moverme y al mismo tiempo sentía que me caía. ¿Que mi madre estaba muerta? ¡Eso no podía ser verdad! ¿Y qué clase de accidente había sido ese? Pero ¡si esa mañana se había ido a trabajar en el autobús como siempre!

A mi padre le costó levantarse, parecía haber envejecido veinte años.

—Vamos, tenemos que ir a buscar a Lukas —dijo, y me apretó el hombro.

No le resultaba fácil dar abrazos y ofrecer consuelo tampoco se le daba demasiado bien, pero en ese momento no lo eché en falta.

Me encontraba tan mal, sentía todo mi fuero interno tan alterado... Sin embargo no era capaz de llorar. Todo me parecía irreal. No era posible que le hubiese pasado nada a mi madre. No podía ser y punto.

Cuando salimos en nuestro Trabant, que habíamos comprado de segunda mano, me puse a mirar la acera como si buscara a mi madre, como si esperase verla por ahí. Tal vez todo había sido una terrible equivocación. Tal vez alguien le había querido colar una trola enorme a mi padre. Esa expresión la había aprendido de él mismo. Cada vez que daban *Aktuelle Kamera* en la tele, él afirmaba que el presentador de las noticias quería colarle una trola enorme a la gente cuando hablaba sobre los éxitos de la economía nacional. De éxitos que en realidad no existían, porque la gente hacía grandes colas delante de las tiendas cuando por una vez llegaban naranjas o plátanos de Cuba. Ya con doce años, yo entendía que esos supuestos éxitos estaban maquillados y que las noticias no siempre decían la verdad.

¿Quizá ocurría lo mismo con los accidentes?

—Este mediodía han venido a verme —empezó a explicar mi padre cuando ya habíamos dejado nuestro bloque de viviendas un buen trecho atrás.

Su voz todavía sonaba arrastrada, probablemente porque sí había bebido. En ese caso, no habría debido conducir el coche, pero a mí me daba igual.

—Dos agentes de la Policía Popular se han presentado acompañados por el capataz. Ninguno de los dos sabía qué decirme. En un primer momento, yo tampoco los he creído. Me han informado del accidente y me han dicho que el conductor se ha dado a la fuga. Pero que algunos transeúntes han podido ver la matrícula. ¡Como si eso fuera un consuelo! Entonces me han llevado con ellos al hospital. Por lo visto, al

principio han intentado salvarle la vida, pero ya era demasiado tarde. El estado en el que ha... —Las lágrimas le ahogaron la voz.

Los sollozos se apoderaron de él y estuvo a punto de saltarse un semáforo. Justo a tiempo vio la luz roja y pisó el freno tan de golpe que nos vimos lanzados hacia delante.

A mí me daba igual. Todo lo sentía como entumecido. Como si no me perteneciera. Ni siquiera grité cuando los frenos chirriaron y el Trabbi derrapó un poco hacia un lado. Si mi madre estaba muerta y lo que los viejos decían del Cielo era verdad, entonces seguro que estaba ahí arriba, y yo ya no quería seguir estando en la Tierra.

Pero mi padre consiguió controlar el Trabbi. En algún momento llegamos a la guardería, en cuyas ventanas se veía una luz solitaria.

—¿Quieres entrar conmigo o prefieres quedarte aquí? —preguntó mi padre.

Sus ojos me miraban con apatía, como si no me vieran. Me decidí a acompañarlo, porque no quería quedarme solo en el coche con mis pensamientos.

La maestra de la guardería parecía bastante cansada y exhausta. Pude ver que le habría gustado recriminar a mi padre, pero el semblante de él tuvo con ella el mismo efecto que conmigo. Se quedó con la boca abierta y de un momento a otro parecía no saber ya lo que quería decirle.

Lukas estaba lloroso. Era evidente que, igual que yo, había creído que nos habíamos olvidado de él. O, peor aún, que pensábamos abandonarlo en la guardería sin más. Cuando nos vio, vino corriendo enseguida, pero no se aferró a mi padre, sino a mí.

—Por favor, disculpe que no hayamos venido hasta ahora —le dijo mi padre a la maestra, que todavía no había pronunciado una sola palabra—. Ha..., ha habido un contratiempo familiar. No volverá a suceder.

La maestra asintió con la cabeza. Sin duda, se estaba preguntando en qué había consistido ese contratiempo.

Pero mi padre no estaba preparado para dar más explicaciones. Ya se enteraría por algún otro.

—En fin, buenas noches, señora Bauer —se despidió mi padre, y recorrió con nosotros el largo pasillo de linóleo beis estampado.

Estuvimos callados todo el trayecto. Lukas se acurrucó contra mí. ¿Intuía quizá lo que había ocurrido? No, seguro que no. Solo estaba enfadado con mi padre porque lo había dejado allí solo mucho rato. Porque se había pasado horas con la sensación de que nadie lo quería. Yo había regresado a casa por mi cuenta, pero tenía siete años más que él y sabía arreglármelas solo.

Me pregunté cómo reaccionaría a la noticia de que nuestra madre no volvería a casa nunca más. ¿Lo entendería? ¿Se rompería algo en su interior? De repente sentí una enorme preocupación por mi hermano pequeño. Me habría encantado escapar con él, pero eso no habría cambiado las cosas en nada.

Cuando llegamos a nuestra casa, mi padre dejó el Trabbi en el aparcamiento

comunitario. La luz de las farolas caía sobre los techos de los demás vehículos, algunos de los cuales eran ya muy viejos, pero la gente siempre conseguía volver a ponerlos a punto. Más allá del resplandor de las farolas, daba la sensación de que la oscuridad se lo tragaba todo, incluso nuestro bloque de viviendas, cuyas ventanas iluminadas parecían flotar libremente en el aire como si fuesen luciérnagas.

Busqué nuestra ventana con la vana esperanza de encontrar una luz. Si era así, solo podía significar que mi madre había vuelto a casa.

Pero fue en balde. Nuestra ventana estaba a oscuras. Además, ¿cómo iba a estar mi madre allí, si su cuerpo yacía en la morgue de una funeraria?

Delante de la puerta del piso nos esperaba la vecina. ¿Habría llamado alguien más?

—Buenas noches, señor Merten —saludó a mi padre—. Dígame, ¿sigue sin estar su mujer en casa? Quería pedirle si podía prestarme su rallador, pero no me abre nadie.

¿Cómo iban a abrirle? Miré a la señora Hebbel lleno de rabia. ¿Acaso había estado fisgando y sabía ya lo ocurrido? ¿Se rumoreaba en todo el edificio lo que le había sucedido a mi madre?

Mi padre le dirigió una mirada a Lukas, luego a mí. Entonces comprendí por qué no se lo había explicado todo con pelos y señales a la maestra de la guardería. No quería que Lukas se enterase de esa forma.

—Yo le traeré el rallador, señora Hebbel. Un momento.

Mi padre abrió la puerta con las manos temblorosas.

—Ve a ayudar a Lukas a desvestirse, Christian —me dijo.

Asentí y me llevé a mi hermano pequeño por el pasillo oscuro.

Mi padre corrió a la cocina y salió poco después con el rallador. Entonces desapareció tras la puerta.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Lukas mientras le ayudaba a quitarse el anorak.

Apreté mucho los labios, porque no quería ser yo quien le diera la terrible noticia.

—¿Es que mamá no está en casa? ¿Todavía tiene que trabajar? —insistió mi hermano.

—Papá te lo explicará todo —contesté, y colgué su cazadora en el guardarropa del pasillo. Fuera, delante de la puerta del piso, mi padre seguía aún con la señora Hebbel. Hablaba en voz muy baja, así que no podía oír lo que decía, pero era mejor así, porque tampoco Lukas podía oír nada—. Ve a lavarte las manos —le dije a mi hermano pequeño—. Papá vendrá enseguida y entonces cenaremos.

La conversación con la vecina se alargaba de una forma interminable. A Lukas le dio tiempo a terminar de asearse un poco y empezó a bombardearme a preguntas en la cocina mientras yo ponía la mesa. Cuando se dio cuenta de que no me sacaría nada, fue a por su bolsa de la guardería y sacó una hoja de papel doblada en la que había pegada una flor.

—Se la voy a regalar a mamá —informó con orgullo.

A mí se me saltaron las lágrimas. Para que no lo viera, me volví enseguida a un lado y vacié el cenicero en el cubo de la basura, pero no fui lo bastante rápido.

—¿Qué pasa? —preguntó Lukas, pasmado—. ¿Es que no te gusta?

Por suerte, entonces regresó mi padre. Esta vez había llegado el momento de la verdad. ¡Tenía que contárselo a Lukas de una vez!

Jonas Merten parecía haber envejecido varios años cuando se dejó caer con pesadez sobre una de las sillas de la cocina.

—Lukas, tengo que decirte una cosa —empezó.

Yo habría querido salir de la habitación, pero estaba como pegado al suelo. Tal vez mi hermano pequeño me necesitara. No podía largarme sin más.

Esa noche, mi padre lloró. Era el sonido más espantoso que había oído jamás. Estuve pensando si ir con él para consolarlo, pero ¿cómo iba a hacerlo? Mi madre estaba muerta y yo mismo tenía ganas de echarme a llorar. Así que hundí la cara en el almohadón y, a pesar de todo, esperé que el mundo volviera a estar en orden por la mañana.

En el periódico del día siguiente solo hablaban del accidente en una pequeña noticia marginal. Mujer atropellada por un automóvil de camino al trabajo. Según informaban, ella había salido desde detrás del autobús y el conductor había infringido el párrafo 1 del código de circulación: precaución y respeto mutuo. Y luego se había dado a la fuga. Las declaraciones de los testigos habían permitido que el autor de los hechos fuese identificado.

No decían nada más. No escribían sobre que mi padre había caído en un agujero de pensamientos negros. No hablaban de que a mí me había destrozado comprender que mi madre jamás volvería a entrar por la puerta ni a traerme algo que hubiera comprado por el camino pensando en mí. La gente tampoco sabría nada de Lukas, que tras la muerte de su madre se refugió en su propio mundo y se pasaba horas enteras mirando fijamente sus bloques de construcción sin mover ni uno.

El mundo siguió girando, pero nuestro pequeño mundo había descarrilado por entero. Mi padre pidió la baja por enfermedad. Era incapaz de salir de casa, así de simple, como si cada día se sentase en la silla de la cocina a esperar el regreso de mi madre.

El día del entierro, el piso se llenó de personas, pero yo apenas conocía a nadie. Vinieron parientes nuestros, por supuesto, pero no teníamos muchos. También compañeros de trabajo de mi padre y de mi madre. El piso era una nube de humo, lo cual habría molestado muchísimo a mi madre... Pero ella ya no estaba.

Sentado en el sofá, soporté que todo el mundo me acariciase el pelo e intentase hablar conmigo para consolarme. Seguía viendo mentalmente cómo el ataúd de mi madre bajaba a la fosa, el sonido de la tierra al caer sobre la tapa aún resonaba en mi interior.

En algún momento, Lukas vino a acurrucarse a mi lado. Si yo estaba destrozado, ¿cómo lo estaría pasando él? Se había metido el pulgar en la boca, igual que un bebé, aunque hacía ya mucho que había perdido esa costumbre. Le pasé un brazo por los hombros, pero no sabía cómo consolarlo. Todo lo que hasta entonces había tenido en mi interior parecía haber desaparecido.

Sin embargo, en algún momento el piso volvió a quedarse vacío y el humo del tabaco salió por la ventana abierta.

Al día siguiente pude quedarme en casa, pero luego volví a la escuela.

También allí habían cambiado algunas cosas. Mi profesor me llevó aparte y me dijo lo mucho que sentía que mi madre hubiese muerto. Durante mi ausencia debía de haber hablado con mis compañeros de clase, porque algunos se me acercaron y me ofrecieron la mano con torpeza. Ninguno sabía lo que sentía yo, pero en cierta forma me alegró recibir su cariño. Al cabo de una semana, mis días en la escuela volvieron a normalizarse, y eso también me alegró. Lo principal era que no quería ser el centro de atención ni hablar todo el rato sobre cómo estábamos en casa.

A partir de entonces, mi padre nunca volvió a olvidarse de ir a buscarnos cuando lo había prometido, aunque a mí venía a recogerme muy pocas veces ya.

De todos modos, no me molestaba regresar en autobús, porque así no tenía que ver la mueca abatida de su boca ni sus ojos tristes.

Cuando llegaba al piso, me hacía prácticamente invisible, me enterraba en mis tareas escolares o me ocupaba de Lukas. Mi hermano daba la sensación de estar del todo bien, pero no era verdad, porque un día me preguntó:

—¿Tú crees que mamá podrá ver todo lo que hacemos aquí desde el cielo?

Su pregunta fue como un puñetazo en el estómago. Poco antes de eso, alguien de la clase había comentado que el cielo no existía y que los muertos acababan siendo comida para los gusanos. Lo había dicho para fastidiarme, pero sus palabras habían creado una gran duda en mí. ¿Y si de verdad no existía el cielo?

Sin embargo, con Lukas no podía hablar de eso. Él aún era pequeño, tenía que protegerlo.

—Pues claro que mamá ve todo lo que hacemos aquí —respondí—. Y siempre lo verá, por muy mayores que nos hagamos.

Con eso, mi hermano se quedó satisfecho y se apoyó en mí con el pulgar en la boca.

Mi padre pasaba mucho tiempo ensimismado, esperaba a mi madre a pesar de saber que no volvería, apenas hablaba. Al cabo de un tiempo, volvió a vestirse con su ropa de faena y salió de casa. Seguía estando triste, seguía llorando por las noches, pero parecía haber recuperado el control.

Al principio no me di cuenta de que su dolor se transformaba en algo diferente.

—Castigarán a ese cerdo —me dijo entonces una noche, después de habernos pasado horas sentados en silencio a la mesa de la cocina.

Sorprendido, aparté la mirada de mis deberes. Los ojos de mi padre me miraban sin verme, estaban vidriosos. Me había concentrado tanto en mis deberes de mates que ni me había dado cuenta de que en la mesa había aparecido una botella de aguardiente de trigo. Tampoco había visto cuántas copas se había bebido mi padre. Debían de ser bastantes, porque se tambaleaba en la silla y volvió a balbucear:

—Castigarán a ese cerdo.

Yo sabía que se refería al conductor del automóvil, y en secreto también deseaba que recibiera un castigo. Si por mí fuera, ya podía pasarse toda la vida entre rejas. Mi compañero de clase Ulli me dijo que por lo menos le echarían la perpetua y, con una sonrisa torcida, añadió que en América lo sentarían en la silla eléctrica.

Yo lo dudaba, y además era peligroso que Ulli dijera algo así, de manera que me callé y ni siquiera le pregunté a mi padre qué era esa espantosa silla eléctrica que parecía prometer terribles dolores y tal vez, incluso, la muerte.

Esa noche, yo, igual que mi padre, estaba convencido de que aquel hombre acabaría ante los tribunales. Por lo de mi madre y porque había sido un cobarde largándose de allí. Incluso le deseé la muerte. Sin embargo, por entonces aún no sospechábamos que los engranajes de la justicia a veces giraban en otro sentido.

Pasaron las semanas y llegaron las vacaciones de verano. La vida fue recomponiéndose poco a poco. Lukas seguía echando mucho de menos a nuestra madre, y lloraba mucho, sobre todo cuando dormía. Yo intentaba consolarlo todo lo que podía, aunque también tenía muchas ganas de echarme a llorar. Sin embargo, cuando estaba en la escuela podía olvidarlo todo durante un rato. Allí estaban Ulli y los otros chicos con los que me llevaba bien y junto a los que soñaba con el campamento de vacaciones al que iríamos todos. Mi madre lo había organizado, y yo estaba decidido a pasar unos días estupendos en el lago Müritz.

A mi padre parecía darle igual lo que hiciera. Aparte del trabajo, solo había una cosa capaz de interesarle de verdad. Todos los días iba en coche a la tumba de mi madre, fue quitando las coronas de flores marchitas y se encargó de que alisaran bien el terreno de la tumba. Los fines de semana nos llevaba con él y se pasaba horas meditando en un banco cerca de la lápida mientras Lukas y yo nos aburríamos una barbaridad.

Con sus árboles oscuros, el cementerio se tragaba incluso el intenso calor del verano, de manera que al cabo de unos minutos te sentías como si estuvieras dentro de una nevera. Lukas no entendía para qué íbamos allí y daba la lata con que quería irse a casa. Como yo sabía que mi padre dedicaría por lo menos una hora a un diálogo mudo con mi madre, intentaba distraerlo inventándome historias y desaparecía con él entre los arbustos. Allí le hablaba de indios y vaqueros, porque hacía poco que había ido con Ulli al cine y habíamos visto *Los hijos de la gran osa*. A mí me parecía que Gojko Mitić estaba estupendo haciendo de indio, mucho mejor que Pierre Brice en el papel de Winnetou. Yo un día quería ser tan alto y musculoso como él, y luchar por la justicia. En las películas de indios, los malos siempre eran castigados y los buenos

recibían una recompensa.

—¿Y el jefe indio también podría castigar al hombre que atropelló a mamá? —me preguntó Lukas un día.

Casi me dejó sin habla. Yo sabía que mi padre estaba esperando que el conductor del accidente fuese condenado, pero que esa cuestión le rondara también a Lukas por la cabeza era algo que no imaginaba.

—Claro que podría —respondí después de pensarlo un rato—, solo que no vivimos en América. Aquí, es la Policía quien lo acusará en los tribunales.

Con eso, mi hermano pareció darse por satisfecho.

Sin embargo, cuando estaba en la cama esa noche, me pregunté si de verdad llegarían a acusar al conductor. A esas alturas ya se sabía quién era. Lo sabía incluso mi padre, porque un conocido nuestro le había pasado la información. De dónde la había sacado, yo lo ignoraba, pero mi padre lo creyó.

Solo que no parecía que fuesen a llevar a aquel hombre a juicio. Día tras día, mi padre esperaba que lo citaran en los tribunales, o tener alguna noticia, por lo menos. Sin embargo, no ocurría nada.

Entonces me fui al campamento de vacaciones y durante las siguientes tres semanas conseguí vaciar la cabeza de cualquier pensamiento triste. Estando allí, en la fiesta del agua, en la excursión nocturna o junto a la hoguera, me sucedía incluso que a veces se me olvidaba que mi madre había muerto. Eufórico, imaginaba cómo le escribiría relatándole mis experiencias, y en una ocasión incluso empecé una postal con «Querida mamá, querido papá». Pero entonces volví a recordarlo todo y, como no podía tirar la postal porque llevaba impreso un franqueo de diez peniques, me limité a garabatear algo encima del «Querida mamá».

Aun así, esas tres semanas viví con despreocupación, porque no tenía que ver la mirada oscura de mi padre y solo me acordaba de lo ocurrido de vez en cuando.

Cuando regresé del campamento, encontré a mi padre completamente cambiado. El dolor había desaparecido y se había convertido en una extraña ira que se cernía sobre él como una nube de tormenta. Aunque a nosotros no nos gritaba, de todas formas teníamos la sensación de que había que ir con cuidado con lo que decíamos y hacíamos.

La única explicación que le encontraba era que en aquel tiempo hubiese ocurrido algo con el conductor del accidente. ¿Había tenido que ir mi padre a declarar al tribunal? ¿Lo había alterado eso de aquella manera?

No me atrevía a preguntar. En lugar de eso, me llevaba a mi hermano pequeño con mis amigos siempre que no tenía que ir a la guardería. Aunque a ellos no les entusiasmaba la idea y siempre se dedicaban a tomarle el pelo, para él era mucho mejor que quedarse dentro del piso, donde nuestro padre no hacía más que murmurar con rabia y estar allí solo, porque no tenía a nadie más.

Varias semanas después, una noche, me desperté al oír voces extrañas en el salón. Nosotros nunca recibíamos visita tan tarde, y las voces masculinas que me llegaban a

través de la pared, además, me eran por completo desconocidas. Aunque habría sido más prudente quedarme en la cama —sobre todo porque no quería hacer enfadar a mi padre—, me levanté sin hacer ruido y bajé la escalera de nuestras literas. Lukas, que dormía abajo, porque todavía era muy pequeño para la escalera, no se dio cuenta de que me acercaba a la puerta de nuestro cuarto de puntillas y la abría con cuidado.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —preguntó una voz masculina—. Es una decisión enorme y no habrá vuelta atrás.

—¿Seguro? —levantó la voz mi padre—. ¿Que si estoy seguro? —Soltó una risotada sin alegría—. Hace cuatro meses que espero a que el hombre que carga con la muerte de Rosi en la conciencia se vea ante los tribunales y reciba su castigo de una vez por todas. ¡Pero nada! Y ahora ya sé por qué eso no ocurrirá jamás. Porque ese cerdo es de la Stasi. No hay forma de que esa gente encierre a uno de los suyos.

—Jonas, mejor no lo digas en voz muy alta, que a veces las paredes oyen —le advirtió otro hombre, al que yo tampoco conocía.

—Por mí, que lo oigan todos, porque es la verdad —replicó mi padre, obstinado—. No van a condenar a ese cabrón porque trabaja espionando para ellos. ¿Y qué pasa con nosotros? ¡Mis hijos han perdido a su madre porque ese fulano está ciego y hacía solo tres días que tenía el carné de conducir!

Respiró hondo y prosiguió:

—¡Ese tipo tiene veintiún años! Veintiuno y ya carga con una muerte en la conciencia. ¡Y no va a caerle nada! ¡Ninguna pena! ¡Cómo me gustaría retorcerle el pescuezo!

La ira en las palabras de mi padre me asustó tanto que volví a cerrar la puerta enseguida y me metí otra vez en la cama. La escalera crujió bajo mis pies, pero Lukas no se despertó, por suerte.

Para mí, sin embargo, la noche ya estaba perdida. Me quedé mirando el techo de la habitación con el corazón palpitante e intenté procesar lo que había oído.

O sea que el conductor tenía veintiún años, mi padre sabía perfectamente quién era y, por lo que parecía, quería matarlo. Sí, eso fue lo que pensé, que mi padre estaba a punto de salir a matar a aquel hombre.

Yo era muy consciente de las consecuencias que tendría eso. Si detenían a mi padre, nosotros acabaríamos en un hospicio. Y entonces todo habría terminado.

Me habría gustado salir corriendo para suplicarle que no lo hiciera, pero no me atreví. Seguro que se enfadaba conmigo. Además, delante de mí no reconocería nada.

De modo que me quedé tumbado, escuchando todavía un rato más las voces ahogadas e incomprensibles, hasta que en algún momento se cerró una puerta y regresó el silencio.

Después de esa noche, para nosotros volvieron a cambiar las cosas. Mi padre me insistió más que nunca en que no contara nada en la escuela ni a los vecinos sobre la televisión occidental, y en que sobre todo no contara nada de lo que pasaba en casa. A veces, cuando estábamos haciendo algo en la ciudad, me metía de un tirón en algún

portal y miraba angustiado alrededor. Otras veces se quedaba parado en la calle durante varios minutos, observando la acera. Si le preguntaba por qué lo hacía, o bien no me contestaba o lo hacía con evasivas.

Empecé a sentir miedo. Seguía sin olvidar lo que había escuchado aquella noche a escondidas. ¿De verdad había llegado mi padre tan lejos como para matar al hombre que había atropellado a mi madre?

Cuando estaba solo, repasaba frenéticamente el periódico, pero no encontraba ninguna noticia sobre que hubiesen hallado ningún cadáver. Aun así, ¿no había dicho mi propio padre que no todo salía en los periódicos?

En mi interior no había más que preguntas que me habría encantado plantear, pero no me atrevía a hacerlo. En la escuela tenía un cuidado espantoso para no contarle a nadie demasiado. Mis amigos me preguntaban a menudo qué me ocurría, pero yo me escabullía hablándoles del dolor por la pérdida de mi madre.

Siempre quería estar solo, quería saber de una vez por todas qué había sucedido. En ocasiones aguzaba el oído hasta muy tarde por la noche para ver si aquellos hombres regresaban, pero eso no ocurrió nunca.

Y entonces, un día, mi padre me despertó poco después de que me quedara dormido.

—¿Qué pasa? —pregunté, adormilado.

—Levántate y vístete. Luego mete un par de cosas a las que les tengas cariño en tu maleta. Pero ¡no enciendas la luz, por lo que más quieras!

Me puse a temblar. ¿Qué pretendía mi padre con aquello? Hacer la maleta, no encender la luz, ¡todo eso sonaba a una fuga! ¿Acaso pretendía escapar de la Policía?

No me moví, me quedé mirándolo.

—Venga, deprisa —insistió él, y se inclinó sobre Lukas para despertarlo también.

¿Qué diría mi hermano cuando huyéramos de la Policía? ¿Comprendería lo que había hecho mi padre?

Pero... ¿de verdad había hecho algo?

—Papá —conseguí llamarlo, todavía temblando con todo el cuerpo.

—¿Qué pasa? —preguntó él, disgustado, mientras Lukas murmuraba que no quería levantarse.

—¿Has matado al hombre que atropelló a mamá? —dije.

Mi padre se quedó de piedra y entonces se levantó de golpe.

—¡No! —exclamó espantado—. Yo no he matado a nadie. ¿Cómo se te ha ocurrido algo así?

—Es que... Bueno, dijiste que te gustaría matar al hombre que atropelló a mamá.

Aunque solo la luz de la luna iluminaba la habitación, pude ver que mi padre se quedaba blanco.

—¿Cuándo has oído tú eso?

—Aquella noche que había aquí unos hombres. —Mi miedo se intensificó más aún, pero en esta ocasión le temía a mi padre. ¿Y si me castigaba por ser un fisgón?

Él respiró hondo. Sus hombros se hundieron y de repente su cuerpo pareció perder toda tensión. Tal vez acababa de comprender que su primogénito ya era demasiado mayor para contarle según qué cuentos. Y yo veía claro que aquella situación transformaría toda nuestra vida de una forma trascendental.

—Esos hombres eran amigos —dijo—. Los conocí mientras tú estabas en el campamento. Quieren ayudarnos a cruzar al otro lado.

—¿Al otro lado? ¿Adónde? —pregunté, porque yo no solía hablar con mis amigos de esa clase de fuga.

—Al Oeste —precisó mi padre—. Nos vamos a Occidente, lejos de todo esto.

—Pero ¡eso es peligroso! —exclamé, asustado, porque recordé todo lo que nos habían explicado sobre la RFA en la asignatura de ciudadanía. Historias de soldados que caían abatidos por las balas de espías occidentales, de las terribles condiciones que se vivían allí, los parados y los muertos por sobredosis. Y, aunque eso no nos lo habían contado en la escuela, yo sabía que la gente que quería huir al Oeste a veces moría de un tiro, o la detenían y luego ya no volvía a salir más de la cárcel. Visto así, lo que mi padre tenía pensado hacer tampoco era mucho mejor que un asesinato.

—Sí, es peligroso, pero mis amigos y yo hemos pensado en todo. Huiremos por el Báltico, así no tendremos que cruzar la frontera. En alta mar nos estará esperando un barco que luego nos llevará a la costa occidental. Ya sabes que el mar Báltico hace frontera con la RFA.

Sí, eso lo sabía por el viejo mapa estropeado que nuestro profesor de geografía colgaba siempre al principio de su clase. La RFA todavía no la habíamos estudiado, pero yo me conocía de memoria toda la línea de la costa báltica.

Mi padre me agarró de los brazos con delicadeza y me miró entonces de una forma tan clara como hacía mucho que no lo hacía.

—Confía en mí, Christian —dijo—, y compréndeme. Quiero marcharme de aquí. Tengo que marcharme. Ya no soporto más todo esto. No soporto que la justicia no alcance a quienes espían a otras personas. En algún momento te lo contaré todo, y entonces también te diré quién es el hombre que carga con la muerte de tu madre en la conciencia. Pero ahora tenemos que marcharnos, tenemos que atrevernos. Quiero que vosotros dos crezcáis en un país donde las leyes son para todos, y no solo para algunos.

No sabía muy bien lo que quería decirme mi padre con eso, pero confié en él y me avergoncé de haberlo tomado por un asesino. Si lo había entendido bien, lo que quería era marcharse de allí porque estaba decepcionado con nuestras leyes.

—Está bien —dije, y empecé a rebuscar en mi armario.

A esas alturas también Lukas estaba despierto y, aunque sin duda no acababa de entender lo que significaba ese viaje, para él todo era una gran aventura que estaba contento de vivir.

A mí me costó decidir qué quería llevarme, pero sabía que no me quedaba mucho tiempo, así que metí en mi mochila el jersey que me había tejido mi madre, además de dos vaqueros, un chándal, algo de ropa interior y un par de casetes que eran

buenos. La mayoría de mis libros tendrían que quedarse en el piso, pero estaba seguro de que en el Oeste también podríamos comprarlos. Las cosas de la escuela podía dejarlas en casa, mi padre me dijo que en Occidente me darían otros libros de texto y cuadernos. Costaba creer que esa misma tarde hubiese estado haciendo los deberes. De haberlo sabido...

Pero no había tiempo para enfadarme por el tiempo perdido. Me calcé enseguida mis zapatillas de deporte de tela y me puse mi parka militar verde por encima de la ropa. Cuando estuviéramos en el barco, seguro que haría un frío tremendo.

Lukas insistió en llevarse sus indios y vaqueros de plástico, además de un par de bloques de construcción, la versión de Lego de la RDA. Yo metí también un par de libros ilustrados, porque sabía que mi hermano se aburría enseguida. A él le cabía más ropa en la bolsa, pero porque era más pequeño, claro. Cuando salimos de la habitación, casi tropezamos con la maleta de nuestro padre en el pasillo.

Puesto que en todo el piso no había ni una luz encendida, me costó guardar un recuerdo de cómo era. Con los ojos cerrados podía recorrer todas las habitaciones sin tropezar en ningún sitio, pero se me hizo difícil guardar una imagen en la memoria.

—Vamos —dijo por fin mi padre, que se echó al hombro su bolsa y la de Lukas mientras yo cargaba con mi mochila—. Y sed todo lo silenciosos que podáis. Nadie puede enterarse de que salimos de casa.

Entonces abrió la puerta.

En el edificio todo estaba a oscuras y en silencio. El resplandor de la luna entraba hasta el pasillo, y gracias a él lograban distinguirse al menos los escalones.

Tomé a Lukas de la mano y seguí a mi padre escalera abajo. Igual que aquella vez había tardado en darme cuenta de que mi madre se había ido para siempre, tampoco en esta ocasión podía creerme del todo que jamás fuese a bajar ni a subir otra vez esa escalera. No quería creer que no volvería a ahuyentar al gato de la señora Hebbel ni a sacar el correo del buzón abollado.

Sin embargo, no teníamos tiempo para contemplar todo aquello en detalle. Mi padre se aseguró de que no hubiese nadie en la calle, y entonces salimos del edificio.

Pensé que iríamos en nuestro Trabbi, pero mi padre nos tomó a ambos de la mano, tiró de nosotros por la acera y luego nos metió por una travesía donde las farolas estaban apagadas. Allí nos estaba esperando un coche, un viejo Dacia rojo oscuro cuyo motor se despertó traqueteando en cuanto nos acercamos. Dos de sus puertas se abrieron de golpe, pero no bajó nadie.

—Subid detrás —nos indicó mi padre mientras él se sentaba en el asiento del copiloto.

En la parte trasera del coche ya había sentado un hombre. Igual que el conductor, no era más que una sombra oscura.

—¡Vamos! —exclamó, y reconocí la voz de uno de los que nos habían visitado aquella noche.

Dejamos Bergen atrás y fuimos en dirección a la costa.

No quedaba muy lejos, pero el conductor se metió por caminos enredados e

incómodos a veces, pasando a través de un bosque y por granjas solitarias. No habría sido capaz de decir por dónde estábamos yendo ni aunque hubiese querido.

Mi hermano estaba muy pegado a mí. El viaje ya no le parecía una aventura, le daba miedo. Yo no podía echárselo en cara, porque también me sentía acobardado.

Si nos pillaba la Policía, nuestro padre acabaría en la cárcel y nosotros en un hogar infantil. Eso sí lo sabía.

Yo me volvía cada dos por tres a mirar por el parabrisas trasero a ver si nos seguía alguien.

Y entonces, de repente, aparecieron unos faros.

—¿Quiénes son esos? —pregunté, convencido de que enseguida encenderían las luces azules y oiríamos una sirena.

Mi padre lanzó una mirada por el retrovisor, igual que el conductor.

—Nadie —dijo el que iba al volante, pero me di cuenta de que estaba inquieto.

En el siguiente cruce puso el intermitente, aminoró y torció. Así, sabríamos si el que nos seguía quería algo de nosotros o no. El cuerpo del hombre que tenía a mi lado se tensó.

Avanzamos un rato por aquel camino como si fuese la dirección correcta. Yo me volví otra vez.

—Mejor no hagas eso, niño —me advirtió el hombre que tenía al lado—. Haz como si todo fuese normal.

Eso me inquietó más aún, pero volví a mirar hacia delante y observé entonces al conductor. Apenas apartaba la mirada del retrovisor, y por fin respiró tranquilo.

—Ha pasado de largo —comentó con parquedad, y entonces buscó un sitio donde poder dar media vuelta con el coche.

De nuevo en la carretera, aceleró un poco más, porque el breve desvío nos había hecho perder tiempo.

Me pregunté si el barco con el que nos iríamos estaría anclado en la playa o si tendríamos que acercarnos a él en un bote de remos. ¿Nadando, quizá? Yo nunca había nadado con la ropa puesta, y no llevaba bañador. ¿Y Lukas? ¡Él ni siquiera sabía nadar!

Por fin nos detuvimos en una zona boscosa. El viento silbaba mucho y, por encima de los árboles, la luna aparecía de vez en cuando tras espesos nubarrones. El mar Báltico, que parecía estar muy cerca, nos hacía llegar su rumor imperioso.

—¡Venid! —nos indicó el conductor después de sacar nuestras bolsas del coche.

Dejamos atrás el vehículo y marchamos por el bosque. Todavía no alcanzaba a ver el mar, pero se oía muy revuelto. A todos mis demás miedos, de pronto se le unió también el de que nuestro barco pudiera naufragar. ¿Quién sabía si sería un barco grande?

Apreté la mano de Lukas con más fuerza aún y deseé que mi padre, por ser su hijo mayor, por lo menos me hubiese preparado antes.

Sin embargo, no tenía tiempo para enfadarme con él. Cuando dejamos atrás el

bosque, la playa nos estaba esperando. La luz de la luna cayó entonces por un gran claro que se había abierto entre las nubes. La madera varada en la arena se amontonaba pálida y fantasmal ante nosotros. Un largo muelle de postes y un pequeño amarradero para barcas torcido por el viento sobresalían del agua y quedaban inundados en parte por el embate de las olas. ¿No querrían que nos hiciéramos a la mar con ese tiempo? ¿Y dónde estaba el barco? Todo lo que veía allí era un pequeño bote a motor que estaba amarrado en un punto en el que el agua todavía no sobrepasaba el amarradero. Los hombres fueron directos hacia él.

—A ver, repasemos: ahora iremos en barca hasta el punto de encuentro, y allí subiréis a bordo del barco. Hace un poco de mala mar, pero no estáis lisiados, así que deberíais conseguirlo.

—¿No está el mar un poco picado para la maniobra? —preguntó mi padre, que por lo visto tenía los mismos temores que yo.

—¡Esto no es nada! —exclamó el hombre, quitándole importancia—. Hemos tenido viajes mucho peores, y esta vez no hay ninguna mujer que pueda ponerse a hacer teatro.

De manera que pensaba que Lukas y yo no teníamos miedo. En eso, no obstante, se equivocaba muchísimo.

—Además, hoy es el día idóneo. Hemos estudiado con atención los planes de los guardacostas. Ahora que Honecker está en Rostock, aquí se han relajado un poco. Así que, venga, no volveréis a disponer de tan buena oportunidad. El capitán os llevará hasta Timmendorfer Strand, y allí os dirigís a la Policía. ¿Entendido?

Mi padre asintió y yo hice lo mismo que él. Había comprendido que aquellos dos hombres no eran amigos suyos, solo eran contactos para la huida, y sin duda ya habían ayudado a más personas como nosotros a cruzar la frontera.

Mientras avanzábamos por la pasarela tambaleante, no estaba muy seguro de si de verdad quería irme. Claro que me sentía decepcionado porque no fuesen a juzgar al asesino de mi madre, pero tenía a Ulli y a los demás chicos. Lukas también tenía amigos en la guardería. ¿Había pensado bien mi padre lo que estaba haciendo?

Aun así, no podía decir nada, el miedo me cerraba la garganta mientras subía a aquella barca. Se balanceaba peligrosamente, así que me agarré bien a la cazadora de mi padre.

Los contactos esperaron a que estuviéramos todos sentados y entonces uno de ellos encendió el motor. El estruendo silenció por un momento el viento e incluso el rumor del mar. Me tapé los oídos y me pregunté si no nos oirían también desde los puestos fronterizos. Por todas partes había torres de vigilancia, en el mar aguardaban las fragatas de la Marina. ¿Y si nos descubrían?

Sin embargo, los hombres no parecían pensar para nada en todo eso. Dirigieron la barca sobre las olas como si fuese algo rutinario. Mi miedo creció más aún cuando el agua me salpicó en la cara y entró en la barca. Nos sacudíamos con fuerza de un lado a otro y, cuanto más nos alejábamos de la costa, peor se ponía la situación. Al final el cielo se cerró sobre nosotros. Me apreté más contra mi padre y agarré con fuerza la

mano de Lukas.

—¿Y quién va a ocuparse de la tumba de mamá? —Por extraño que pareciera, eso era lo único en lo que podía pensar mientras nos zarandeábamos en el agua.

Mi padre me rodeó con su brazo.

—Tus abuelos —dijo—. Ellos se ocuparán.

Me sonó curiosamente extraño que mi padre hablara de «mis abuelos». Sus padres habían muerto cuando yo aún era pequeño, y con los padres de mi madre apenas teníamos contacto. Ni siquiera habían venido al entierro. Jamás supe por qué la relación era tan mala.

Aun así, esperé que de verdad fuesen a ocuparse de la tumba de mi madre. En nuestras visitas al cementerio, de vez en cuando había visto allí unas flores que no habíamos llevado nosotros. Intenté convencerme de que eran suyas y de que todo estaría bien.

El viaje no parecía tener final. El mar estaba como boca de lobo, los hombres no habían encendido los faros de la barca.

El que no timoneaba la embarcación estaba acucillado junto a un pequeño aparato de radio que había sacado de debajo de una tabla del suelo cuando ya habíamos dejado la costa muy atrás. Entonces se puso unos auriculares y empezó a buscar una frecuencia. Por lo visto quería localizar al capitán del otro barco. No debíamos de estar demasiado lejos del punto de encuentro.

Sin embargo, no dejábamos de avanzar, y el hombre de la radio seguía escuchando, pues parecía que el capitán del barco no contestaba.

Consulté mi reloj. Ya se habían hecho casi las dos de la madrugada. ¿Cuánto rato más seguiríamos navegando? Miré a Lukas, que a pesar del fuerte balanceo había conseguido quedarse dormido. La cara de mi padre estaba oculta en las sombras. ¡Cómo me habría gustado saber lo que le pasaba por la cabeza en esos momentos! ¿Pensaría en mi madre?

Estaba seguro de que no iríamos en ese cascarón de nuez bamboleante si a ella no la hubieran atropellado. No había duda de que mi madre no habría querido montarse en una barca a motor que daba la sensación de estar a punto de zozobrar en cualquier momento.

Al final, los ojos empezaron a pesarme tanto que, a pesar del miedo y del balanceo, ya no pude mantenerlos abiertos. Sin embargo, poco antes de que me dejara vencer por el sueño, el aparato de radio dio señales de vida. Me asusté y me desperté de golpe. Una voz casi incomprensible nos gritaba algo, y el hombre de la radio contestó al punto.

—Sí, aquí Gärtner. ¡Te oímos!

Por lo visto, había recibido al otro sin problemas.

La voz de la radio nos dio entonces la posición en la que nos esperaba el barco. Nuestro contacto lo confirmó y le gritó algo a su compañero. Este ralentizó un poco la marcha de la barca.

Ya me estaba preguntando cómo iban a encontrar nada en aquella oscuridad, pero

entonces yo mismo vi una luz. Destelló solo un instante, pero la había visto claramente.

—¡Allí! —exclamé.

Los hombres se volvieron.

Al cabo de un rato, la señal volvió a encenderse.

—¡Por allí! —le gritó el de la radio al timonel, que hizo virar la barca en un pequeño arco.

Mientras tanto, el viento cada vez arreciaba más; el cielo, en cambio, estaba algo más claro. Mis ojos ya se iban acostumbrando a la oscuridad y muy poco después pude distinguir el barco. A los hombres les pasó lo mismo, porque entonces pusieron rumbo directo a él y luego colocaron la barca de costado.

El barco en el que huiríamos era un pequeño pesquero con un compartimento para pasajeros. Su proa azul se balanceaba sobre las aguas mientras las estructuras blancas destacaban contra el cielo negro cerrado. La inscripción de *Rosa del Viento* apenas se leía, pero el nombre se me quedó grabado en la memoria. *Rosa del Viento*, sonaba a un barco que sabía enfrentarse a un temporal y que, al mismo tiempo, también resultaba muy femenino. Una vez leí en un libro que los marineros casi siempre les ponían a sus barcos con nombre de mujer porque las mujeres antes no tenían permitido subir a bordo.

Los contactos no se habían equivocado; a causa de la fuerte marejada, se hacía casi imposible mantener la barca en una posición desde la que pudiéramos embarcar sin peligro.

—Subiré primero a Lukas —decidió mi padre—, luego te ayudaré a ti y después subiré yo.

Le dijo a mi hermano que se le subiera a caballito. Mientras, desde el barco habían descolgado una pequeña escalerilla. Con nervios y lleno de inquietud, vi cómo mi padre se encaramaba a ella.

También el pesquero se balanceaba mucho aunque pesara más. Me pregunté si no habría sido mejor izarnos con una red, como el rey del cuento de la astuta hija del campesino. Sin embargo, vi entonces que aquel barco no llevaba ninguna red.

Después de dejar a mi hermano pequeño a salvo en cubierta, mi padre volvió a descender. A mí me habría gustado decirle que se quedara arriba, pero tenía un miedo atroz a quedarme solo colgando de esa escalerilla al subir. Mi padre volvió a la barca balanceante y entonces llegó mi turno.

—Agárrate fuerte —me dijo mientras me ayudaba a colocarme bien la mochila—, y no tengas miedo, que yo estoy detrás y te agarraré si resbalas.

Me pregunté cómo iba a agarrarme si la barca, debajo de él, se balanceaba mucho más aún que el pesquero, pero coloqué un pie en el primer travesaño y tiré de mí hacia arriba. Me dio un poco la sensación de estar en clase de gimnasia, donde lo cierto era que se me daba bastante bien trepar por la soga. Bueno, me fallaba un poco la velocidad, pero había otros que ni siquiera lograban llegar hasta arriba del todo.

En cualquier caso, no estaba trepando por una soga seca e inmóvil. A mis dedos

les costaba mucho sujetarse a los cabos empapados y, por culpa del balanceo, ascendía muy despacio. De hecho, me resbalé, pero mi padre estaba detrás, como había prometido, y me agarró.

—¡No ha pasado nada! —gritó contra el rugido del oleaje—. ¡Sigue trepando, que ya casi estás arriba!

A mí no me lo parecía. Cuando miraba hacia lo alto, la barandilla daba la sensación de estar a metros de distancia, pero seguí trepando y de pronto pensé en mi amigo Ulli. ¡Qué ojos pondría si pudiera verme en esos momentos! ¡En cuanto volviéramos a estar en tierra firme, le escribiría una postal!

Ayudado por los gritos de aliento de mi padre, por fin llegué arriba. Me temblaban los brazos y las piernas, sentía que me habían abandonado todas las fuerzas y, por mucho que lo intentara, no sabía cómo iba a trepar por la barandilla.

Entonces un hombre me tendió una mano. Tenía una barba entrecana, era de baja estatura, llevaba un gorro de lana y un jersey grueso. Su mano tenía un tacto tosco y caloso, pero una fuerza increíble. Cuando consiguió agarrarme bien, tiró de mí y de un solo impulso me dejó al otro lado de la barandilla.

—Bueno, joven. Bienvenido a bordo —me dijo.

Me lo quedé mirando como si tuviera ante mí a Papá Noel en persona.

—¡Mierda, nos han descubierto! —gritó de repente alguien desde abajo—. Envían a una patrulla a comprobar qué pasa. Tenéis que largaros enseguida.

Me estremecí y busqué a mi padre con la mirada. Se estaba dando prisa en subir por la escalerilla. Los contactos se alejaron deprisa con la barca y, poco después, los dos se perdieron a toda velocidad en la oscuridad. El capitán, al que solo le había visto la cara un instante, corrió a su timón y se puso en marcha.

Un fuerte bandazo sacudió todo el barco. Casi nos caímos los tres al suelo, pero nuestro padre nos agarró y nos llevó a la cabina de pasajeros, de la que salía un olor espantoso. Olía como la cocina de una escuela cuando todos los alumnos habían salido ya y las cocineras empezaban a fregar las cacerolas, pero todavía se percibía el olor de la comida recién acabada. Nos sentamos en el suelo, junto a uno de los cómodos bancos tapizados.

—Es mejor así —explicó mi padre, como si temiera que protestásemos—. Quién sabe si nos dispararán cuando vean el barco.

Eso me asustó bastante y comprendí con claridad el enorme riesgo al que se exponía el capitán del pesquero adentrándose en aguas territoriales de la RDA.

Estuvimos un buen rato en silencio y con miedo, pero luego oímos una voz por encima de nosotros:

—¡Bienvenidos a bordo del *Rosa del Viento*! Acabamos de entrar en territorio nacional de la República Federal de Alemania. ¡Ya son ciudadanos libres!

Ese habría sido el momento de soltar gritos de júbilo, y seguramente muchos fugitivos lo habían hecho antes que nosotros. Sin embargo, nuestro padre solo nos abrazó con más fuerza.

—Lo hemos conseguido —dijo entre lágrimas—. ¡Lo hemos conseguido!

Entonces se levantó y dejó que nos sentáramos en los bancos. Lukas se hizo un ovillo en uno de ellos, yo intenté mantenerme despierto un poco más. El barco seguía balanceándose de una forma peligrosa. Me pregunté dónde estarían los marineros. En un barco había siempre marineros, ¿no?

Cuando se lo pregunté a mi padre, él me dijo que estaban delante, con el capitán. Como ese barco ya no era un pesquero, tampoco necesitaba una tripulación muy numerosa.

—El maquinista está en la sala de máquinas, y seguro que hay alguien más para sustituir al capitán en el timón cuando las travesías son largas.

—¿Y cuánto más durará esta?

—Solo un poco más. —Mi padre me alborotó el pelo. De pronto volvía a ser el padre que había sido siempre, antes de la muerte de mi madre—. Lo mejor será que te tumbes tú también un rato. Os despertaré a los dos cuando lleguemos.

Asentí y me estiré de medio lado en los asientos del banco. Las piernas me quedaban colgando, pero no me importaba. Todo el cuerpo me pesaba muchísimo y estaba demasiado agotado para preguntarme qué pasaría después. Lo principal era que mi padre y Lukas estaban conmigo.

No supe cuánto tiempo había dormido, pero de repente me desperté oyendo los gritos de mi padre.

—¿Lukas?! —exclamaba con pánico—. Lukas, ¿dónde estás?

Ya se había hecho de día, así que no debíamos de estar muy lejos de Timmendorfer Strand. Al principio no lograba entender por qué mi padre estaba tan alterado, pero enseguida me di cuenta de que mi hermano no estaba por ninguna parte.

Me levanté al instante, espantado.

—¿Papá? —grité, pero no me oyó.

Salió atropelladamente de la cabina. Cuando quise seguirlo, me vi lanzado hacia un costado y me golpeé contra uno de los bancos. Me quedé un instante sin respiración, porque el canto de una mesa se me había clavado en las costillas. Entonces vi que el mar estaba de un gris plomizo y que apenas se distinguía del cielo. Unas olas enormes se levantaban junto al barco y lo zarandeaban de una forma brutal. Grité y me agarré al banco con fuerza cuando el barco volvió a sacudirse. La tormenta que había temido encontrar de noche nos había alcanzado, y ahí fuera estaba mi padre. ¿Dónde se había metido Lukas?

De repente sentí náuseas a causa del miedo. ¿Y si le había ocurrido algo?

Seguro que no era inteligente salir a cubierta, pero tenía que saber lo que estaba pasando. Dónde estaba mi hermano.

En cuanto el barco volvió a estabilizarse un poco, me acerqué a la puerta. Fuera no se veía a nadie. ¿Había caído mi padre por la borda?

Noté los latidos del corazón en la garganta mientras deslizaba la mirada por

aquellas olas que eran montañas amenazadoras. No veía a mi padre en el agua, y tampoco a Lukas, así que debían de estar aún en el barco.

Me sostuve lo mejor que pude contra la pared de la cabina de pasajeros y fui avanzando hasta llegar por fin al puesto del timonel.

—¡Tiene que parar máquinas! —le gritaba en ese preciso instante mi padre al capitán—. ¡Por favor, pare máquinas! Mi hijo se ha caído por la borda.

—Dios mío —dijo el capitán, y paró el motor—. ¿Está seguro? Tal vez se ha escondido debajo de algún banco.

—No, no —gritó mi padre, presa de la desesperación—. He buscado por todas partes. ¡No está aquí!

Di media vuelta. No podía ser. Lukas no podía haber desaparecido. Él no era así, nunca se iba solo a ninguna parte. ¡Y menos aún de noche!

—¡Christian! —oí que me llamaba mi padre mientras yo echaba a correr.

En ese instante, el barco volvió a verse alcanzado por una ola. Perdí el equilibrio, grité y me di con la cabeza contra algo duro. Vi las estrellas ante mis ojos y estaba seguro de que también yo acabaría cayendo al agua, pero me dio igual, porque al cabo de unos segundos ya no sentí nada de nada.

Cuando recuperé la consciencia, estaba tumbado en una habitación que tenía el techo blanco. Una lámpara de globo colgaba por encima de mi cabeza. El aire era cálido. En un primer momento pensé que estaba en casa, pero los ruidos eran diferentes y la ropa de cama que me tapaba también tenía un tacto distinto.

Intenté incorporarme. ¿Dónde demonios estaba? Entonces sentí un dolor punzante en la sien. Me toqué la cabeza y noté una venda. Lo recordé todo.

—¿Papá? —pregunté. La voz me rascó en la garganta.

Sentí que me invadía el pánico. ¿Adónde me habían llevado? ¿Era aquello un hogar infantil? ¿Dónde estaba Lukas?

Al cabo de un rato, conseguí sentarme en la cama. La cabeza me martilleaba una barbaridad, pero logré ponerme de pie y acercarme a la ventana. Mi mirada se encontró con un jardín que parecía algo silvestre.

¿Eran así los hogares infantiles? ¿Dónde estaba mi padre?

De repente oí voces. Unos pasos se acercaron. Me tambaleé de vuelta a la cama y me tapé con las mantas hasta la barbilla. ¡Ojalá no fuesen policías!

Poco después se abrió la puerta y allí apareció mi padre acompañado de un desconocido. El hombre llevaba consigo una bolsa, y la dejó en una silla que había junto a la cama.

—Bueno, jovencito, ¿ya te has despertado? —me preguntó el desconocido, y sacó un estetoscopio de la bolsa.

Un médico, comprendí a pesar del dolor de cabeza. El hombre es un médico, nada más. Te caíste en el barco, recordé entonces. Por eso está aquí.

Dejé que me examinara y que luego me cambiara el vendaje de la cabeza.

Mi padre estaba junto a la ventana, mirando todo el rato al jardín. Yo no le veía la cara, pero faltaba algo. Lukas. ¿No habían conseguido encontrarlo?

—Papá, ¿dónde está Lukas? —pregunté.

Mi padre no se movía. Era como aquella otra vez, antes de que me dijera que mi madre había muerto. De repente se me encogió el estómago.

—¿Papá? —pregunté llevado por el pánico.

El médico se dirigió entonces a él.

—¿Señor Merten? Tiene que decírselo. Si quiere, no tengo problema en dejarlos solos.

Mi padre seguía sin moverse, parecía estar clavado a la ventana. El médico no sabía muy bien qué hacer. Yo sentí miedo. Miedo de que mi padre me confirmara la terrible sospecha que me atenazaba por dentro.

Tras unos segundos interminables, mi padre se volvió y se acercó. Se acuclilló junto a la cama, pero no levantó la mirada hacia mí, sino que miró al techo.

—Christian, tu hermano... No hemos podido encontrarlo.

—¿Está muerto? —Las palabras resonaron en mis oídos.

Primero mi madre. Luego Lukas. No podía ser. No podía ser cierto.

Mi padre agachó la cabeza. El médico me puso una mano en el hombro y yo caí en un abismo.

—Mi padre no superó nunca la muerte de mi hermano pequeño —dijo Christian para finalizar su relato—. Durante los meses siguientes intentaron reconstruir lo sucedido. Cuando aún estábamos en el campo de acogida, aparecieron unos policías que interrogaron a mi padre sobre la noche de nuestra huida. Y también vinieron a verme a mí, aunque yo solo podía decirles que me había quedado profundamente dormido y que había visto a Lukas por última vez cuando se había acurrucado en el banco que quedaba frente al mío.

»Cuando por fin nos dejaron en libertad, los expertos habían llegado a la conclusión de que mi hermano se había despertado por la noche y debía de haber recorrido el barco. Tal vez incluso sonámbulo. En nuestra casa no había ocurrido nunca, pero un pediatra decía que podía pasar en niños que se encontraban bajo una fuerte presión psicológica.

»Mi padre se lo recriminaba a sí mismo y volvió a caer en ese estado taciturno que había mostrado después de la muerte de mi madre. Solo que esta vez no había nadie a quien pudiera responsabilizar, de modo que cargó con la culpa y empezó a castigarse por ello.

»Recurría tanto al alcohol que al final tuvo que someterse a una cura de desintoxicación para no perder mi custodia. Se quedó en el paro, pero después volvió a buscar un nuevo trabajo y lo encontró. Dejó de beber. Yo esperaba que todo acabara arreglándose, entré en el instituto porque quería aprobar la selectividad y estudiar una carrera. Entonces, con cuarenta y seis años, a mi padre le diagnosticaron un cáncer hepático. Yo tenía dieciocho cuando tuve que enterrarlo, me quedé absolutamente solo. De todos modos, intenté seguir mi camino, logré superar la selectividad y conseguí una plaza en la universidad. Pero cuando cayó el Muro no fui capaz de alegrarme, solo podía pensar en lo mucho que se habría alegrado mi padre de ver caer a la todopoderosa Stasi, y con ella también al hombre que había matado a mi madre.

Cuando el viento se llevó esas últimas palabras, me sentí bastante aturdida. En ese instante no me habría ido mal echar un trago. Christian había huido en el *Rosa del Viento*. Desde ese barco que había comprado fue desde donde cayó y luego se ahogó su hermano pequeño.

Miré hacia el mar con la cabeza llena de las imágenes que habían evocado sus palabras.

Una huida por mar, un padre que no era capaz de asimilar su pérdida y quería ofrecerles a sus hijos una vida mejor, que había tenido que pagar un precio terrible por ello. Y nuestro *Rosa del Viento*.

Quería decir algo, pero no fui capaz.

Christian pareció darse cuenta y, como todavía quedaban un par de cosas que quería explicarme, dijo:

—Cuando vi el *Rosa del Viento* en el puerto de Sassnitz, no creía lo que estaba

viendo. En mi recuerdo era mucho mayor, casi como un crucero, pero sabía perfectamente que ese era barco. Y supe que tenía que ser mío. Como fuese.

—Entonces, ¿tú lo sabías? ¿Desde el principio? —Mi voz me sonó extraña.

—Sí, sabía que el *Rosa del Viento* había transportado a fugitivos.

—¿Y por qué no me habías dicho nada? —No podía creer lo que estaba oyendo. Todo ese tiempo había conocido la historia del *Rosa del Viento*, ¿y no me había dicho ni una sola palabra?

En otra situación tal vez me hubiese sentido engañada; en aquel momento, su historia me afectó bastante y solo me enfadó un poco su silencio. Era una historia muy personal, pero por lo menos podría haber mencionado que el barco estaba relacionado con su familia.

—Porque quería darte tiempo para descubrirlo —repuso—. Tarde o temprano lo habrías averiguado, o yo habría acabado contándotelo. Lo único que no quería...

—No querías contarle la historia de tu familia a una completa desconocida, ¿verdad?

—Sí —contestó—. Eso era lo que no quería, y preferiría que esa parte del pasado del barco quedara entre nosotros. No me gustaría que se hiciese público todo el sufrimiento de mi familia. Esto es solo para ti, ¿de acuerdo?

—Sí, prometido. Gracias.

Volví a quedarme sin palabras. No era capaz de asimilar lo que acababa de saber. La cabeza me daba vueltas. Todo aquello era demasiado. No sabía lo que debía pensar o hacer, a mi alrededor todo giraba sin parar. Miré al mar, pero se había fundido con la oscuridad. Solo el rumor de las olas confirmaba que seguía allí.

Nos quedamos varios minutos sentados el uno junto al otro en silencio. El bullicio de los jóvenes del campamento y la música de los chiringuitos habían cesado. Las luces del puente de la isla iluminaban en solitario la noche.

—Traes flores aquí para él, ¿verdad? Para Lukas —dije al cabo.

—Sí —respondió Christian—. Sobre todo para Lukas, porque nunca encontramos su cadáver, así que no tiene ninguna lápida. Por eso escogí esta roca, una piedra que me recuerda a él y me ofrece un lugar donde venir a llorarlo.

De repente no pude evitar pensar en mi madre.

Durante todos esos años, nunca me había preguntado cómo había acabado su huida, ni si tal vez también ella la había pagado cara. Incitada por las peroratas de los funcionarios, siempre había creído que me había sacrificado, pero de pronto, ¿y si yo había sido el precio que tuvo que pagar? ¿Y si había perdido la vida en el intento? ¿Seguiría viva?

Una tristeza indescriptible se apoderó súbitamente de mí.

—Por otro lado, también traigo flores para mi madre y para mi padre. Es cierto que de vez en cuando voy a visitar sus tumbas, pero me resulta angustiioso. Cuando estoy aquí, puedo acordarme de ellos tal como eran cuando vivían.

Eso sonaba muy bonito; tener un lugar en el que poder recordar a una persona sin

el peso de la muerte.

—¿En qué piensas? —preguntó Christian, y me puso una mano en la espalda.

Tenía los ojos enrojecidos, pero, por lo demás, parecía más sereno que yo. Y eso que era su hermano a quien se había tragado el mar.

—Pienso en mi madre —repuse—. En el precio que debió de pagar ella a cambio de la libertad.

—¿También cruzó al otro lado?

Asentí con la cabeza. Cruzar al otro lado. Así lo llamaban entonces. Unas palabras de sonido tan inofensivo que, sin embargo, lo contenían todo: preparativos, miedo, esperanza, corazones palpitantes, alegría, desilusión.

La gente nunca decía: «Han huido». Eso no empezó a decirse hasta más adelante. Decían: «Han cruzado al otro lado». Y, según la ideología que se tuviera, unos se alegraban y otros se indignaban por ello.

—Desapareció un día, así, sin más. Después de acostarme por la noche. Cuando me desperté, estaba en un coche patrulla y mi madre se había marchado. Al principio pensé que debía de haberle ocurrido algo, pero los policías me dijeron que había desaparecido. Jamás había sentido tantísimo miedo, en toda mi vida. Me llevaron a un hogar infantil donde me aparcaron en un camastro entre muchos otros niños. No me dieron ninguna explicación. Me tumbé allí, muerta de miedo, y esperé que todo fuese un sueño, un malentendido.

»Cuando por fin me quedé dormida, ya casi estaba amaneciendo, y entonces alguien me zarandéó del hombro. Al principio creí que volvía a estar en casa y que era mi madre la que me despertaba. Que todo había sido una pesadilla. Pero no lo era. Allí se presentó un funcionario del Partido que me explicó que mi madre era culpable de fuga de la República. Por un delito así, casi siempre llevaban a los hijos a un correccional, porque se daba por hecho que habían ayudado a sus padres. Sin embargo, con mis seis años de edad, yo aún era demasiado joven para que me acusaran de colaboración. Me interrogaron sobre lo que había hecho mi madre esos últimos días, pero yo no me había enterado de nada. Si de verdad había estado haciendo preparativos para su huida, me los había ocultado muy bien.

»Cuando estuvieron seguros de que, en efecto, yo no sabía nada, me llevaron primero a aquel hogar infantil y luego dejaron que me adoptaran mis padres actuales. Mi padre era un camarada sin tacha y, como su mujer y él no podían tener hijos, hacía tiempo que estaban en lista de espera para adoptar a un niño. Los Hansen me acogieron y, con ello, asumieron también que desde entonces la Stasi nos tendría vigilados. Porque siempre era posible que mi madre volviera a presentarse, arrepentida, con la intención de recuperarme. Por lo menos eso creí firmemente durante años. Pero no vino, y jamás supe si me había buscado siquiera. A estas alturas, a veces me pregunto si de verdad habría podido encontrarme. Yo misma me sentía rodeada por tantas afirmaciones diferentes que resultaba difícil discernir qué era cierto y qué no.

»Después de algunos años, llegué al convencimiento de que mi madre no me

quería y punto. De que me entregó a cambio de pantis, café y vestidos de verano bonitos. Esa era la mejor explicación, la más sencilla. Nunca tuve valor para buscar ninguna otra. Además, no quería volver al hogar infantil, no quería ser de los que se quedaban sin adoptar, así que acepté a mis padres adoptivos como a mis verdaderos padres. Los quiero mucho a ambos, y eso siempre será así.

A mi historia le siguió el silencio. Había sido más corta que la de Christian, pero ¿qué más podía contarle? Eso era todo lo que sabía, nunca había indagado más.

Sin embargo, parecía que el destino de mi madre me perseguía: primero el sueño, luego el barco, después el relato de Christian. De algún modo, todo aquello que tenía aún por resolver regresaba a mi vida.

—¿Y tu madre? —preguntó Christian—. ¿Nunca ha intentado encontrarte? ¿Ni tú a ella?

Negué con la cabeza.

—No. Seguro que no lo intentó, y yo... tampoco.

—Entonces, ¿creíste todo lo que te contaron sobre ella?

Me levanté de golpe y me crucé de brazos.

—Sí, lo creí.

—¿Y ahora?

Sabía a qué se refería. ¿Por qué había aceptado de una forma tan poco crítica lo que me habían dicho los demás? ¿Por comodidad? ¿O porque de verdad lo había creído?

—Hace unos días soñé con ella —expliqué, lo cual en realidad no era una respuesta, pero, siendo sincera, no tenía ninguna.

En el fondo de mi corazón seguía sintiendo la dolorosa sospecha de que me había dejado tirada. La reunificación del país me había pasado por delante sin que yo dedicase un minuto a pensar detenidamente en la cuestión, y tampoco tenía la esperanza de que mi madre se presentara un día ante mí para saludarme.

Pero, de repente, ya no estaba tan segura de nada.

A saber lo que le habrían dicho los funcionarios en caso de que me hubiese buscado. Tal vez, en algún lugar, había también una roca sobre la que ella me dejaba flores.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. No estaba segura de si lloraba por mi madre o por la historia que acababa de oír. No pude hacer nada por evitar que me saliera un breve sollozo. Christian enseguida se puso a mi lado. Me rodeó con sus brazos, que eran cálidos y suaves; su cuerpo, contra el que me apoyé, era lo bastante firme para sostenerme.

Ya no existía ningún motivo más para hacerme la fuerte, así que me dejé llevar y lloré sin reparos.

Christian me estrechó con fuerza, me apretó la cabeza contra su hombro con suavidad y hundió los dedos en mi pelo.

De repente dejé de sentir el viento, solo lo sentía a él, y fue como si algo se

abriera en mi interior. La coraza de un sentimiento que añoraba desde hacía tiempo se quebró y lo dejó de nuevo en libertad.

Cuando me tranquilicé un poco, lo miré. No es que viera demasiado en la oscuridad, pero sentí cómo su rostro se acercaba a mí. Sus labios rozaron los míos con muchísima delicadeza, como si le diera miedo quemarse. Poco después nos estábamos besando apasionadamente, casi enredados el uno en el otro. Me acurruqué contra su cuerpo, que me transmitía una sensación extraordinaria, y sentí que también él se aferraba a mí. Ambos éramos como dos cintas sueltas que el viento zarandeaba y que, al enredarse una con otra, por fin encontraban el punto de apoyo que tanto tiempo habían estado buscando.

Al cabo de un rato nos separamos, pero solo un instante. Lo tomé de la mano y me lo llevé por la playa de rocas hacia la escalera que subía a mi casa. Hice a un lado todas las dudas que me surgieron. Leonie estaba dormida, no se enteraría de nada, y nosotros no haríamos ruido.

Christian me siguió de buena gana, sentí que lo deseaba tanto como yo. Subimos los escalones en silencio y, al llegar arriba, volvimos a besarnos con pasión. El rocío nos cubría ya el rostro y el pelo mientras avanzábamos junto a los matorrales. Volví a pensar en el jardín de gotas de rocío de mi infancia, y un extraño sentimiento de felicidad se apoderó de mí, porque por fin, sí, por fin había encontrado a mi príncipe. Por lo menos para esa noche. Lo que viniera después, el tiempo lo diría.

Entramos en casa de puntillas y fuimos al dormitorio. Al pasar por la puerta entreabierta de la habitación de mi hija, lancé una mirada. Leonie dormía plácida y profundamente, ni siquiera parecía haberse movido.

Por un momento me pregunté qué haría yo si mi niña desapareciera de repente. Volverme loca, fue la única respuesta que me vino a la cabeza. Volverme loca de miedo.

Sin embargo, allí la tenía. Christian también estaba a mi lado y, cuando dejamos atrás la habitación de Leonie, fueron otros sentimientos los que se despertaron en mí, unos sentimientos que no tenían nada que ver con el miedo. Fue como si Christian, con su historia, hubiese abierto una puerta en mi interior. Ahora que estaba abierta, yo ya no debía tener miedo de dejarme llevar. Todos los deseos de mi cuerpo se unieron en un único anhelo: sentir a Christian contra mi piel y dentro de mí, y vivir con él todo aquello que tanto tiempo había reprimido.

Nos miramos y, como si una fuerza invisible tirase de nosotros, nos fundimos en un abrazo. Los besos de Christian fueron cautos al principio, pero después se volvieron tan intensos como los míos.

Nos desnudamos el uno al otro sin dejar de besarnos, como si ambos tuviésemos miedo de perder al otro en un mar de deseo.

Cuando apreté mis pechos contra su cuerpo y sentí su piel por primera vez, todo se difuminó a mi alrededor. Solo existía él, que me sostenía y me daba calor. Y cuando caímos juntos sobre la cama, lo acogí en mi interior. Al principio se movía despacio, como estudiándome, de vez en cuando se detenía por completo para

mirarme, para besarme. Entonces le di la vuelta, me senté sobre él y empecé a moverme sobre sus caderas.

Al principio aún sentía el temor de que Leonie pudiera sorprendernos e intenté contener todo lo posible cada suspiro, cada jadeo. Pero después todo me dio igual. Me apoyé en el pecho de Christian mientras sus manos se aferraban a mis caderas y, al llegar por fin al clímax, me derrumbé sobre él y disfruté dejándome llevar por la vorágine de placer.

Me desperté cuando las primeras luces del alba entraban por la ventana y los pájaros empezaban a cantar. En un primer momento creí que lo que había sucedido era un sueño, pero luego, para gran satisfacción mía, comprobé que no era así. Christian dormía a mi lado con la cabeza apoyada en un codo y el otro brazo sobre mi cadera.

Sonriendo, le acaricié el pecho con una mano y me detuve allí donde sentí latir su corazón. Unos latidos tranquilos; si estaba soñando, era con algo plácido. Mis caricias quedaron sin respuesta unos momentos, pero después lo despertaron.

Abrió los ojos despacio, al principio sin saber dónde estaba. O al menos eso supuse. Pero lo recordó enseguida. El brazo que tenía posado sobre mí me atrajo hacia él.

—Buenos días —dije mientras mi melena caía sobre él como un manto protector.

—Buenos días, sirena —repuso él, y me besó—. ¿O sea que no has vuelto de un salto al agua?

—No, ¿por qué iba a hacerlo? Si ya he conseguido a mi príncipe...

Enarcó las cejas en un gesto interrogativo.

—Andersen —expliqué.

—Ya lo sé —dijo él—. Pero ¿soy tu príncipe?

—Creo que sí, ¿o es que no te has traído la corona? En tal caso, también me vale con que seas marinero.

Nuestros labios volvieron a encontrarse y luego posé la barbilla sobre su esternón, que le sobresalía ligeramente bajo la piel.

—Pues intentaré ser merecedor de ese honor —dijo, y me acarició el pelo.

Era una locura. Quería poner un anuncio para encontrar a una completa desconocida. Una mujer que no tenía ningún motivo para escribirme. De la que ni siquiera sabía si seguiría viviendo aún en la costa del Báltico. Y, aun así, tenía la esperanza de que Lea viera mi anuncio.

Repasé todas las posibilidades durante horas. Poner un anuncio en todos los periódicos importantes del país habría resultado demasiado caro. Una búsqueda en internet me descubrió numerosos foros en los que la gente buscaba a personas desaparecidas. En algunos casos, incluso con éxito. El que más prometedor me pareció fue un foro en el que intercambiaban impresiones antiguos refugiados de la RDA.

Como no costaba nada realizar una búsqueda allí, publiqué mi anuncio en los foros más visitados, incluido el de refugiados. El contenido de la carta no lo hice público, porque pertenecía a la vida privada de Lea, pero sí salpiqué mi texto con datos de referencia que solo ella podía conocer.

Esa tarde, poco después de una nueva reunión en la que le presenté a Hartmann el borrador del folleto, me vi con Christian, que se había marchado antes de que Leonie se despertara. Todavía no queríamos que tuviera que enfrentarse al hecho de que el tío Christian durmiera en la cama de mamá.

En esos momentos, Christian venía hacia mí con grandes zancadas por el paseo marítimo de Binz, cargado con una caja de herramientas.

—Madre del amor hermoso, no sabía que no ibas a venir solo —dije, y señalé aquella enorme caja, que parecía haber heredado de su padre.

—Te prometí que te ayudaría a montar los muebles, ¿o no? —repuso con cara de inocencia—. Para eso se necesitan herramientas.

—Pero ¿hoy?

—¿Y por qué no? ¿O es que esperas alguna otra visita masculina esta noche? —Me atrajo hacia sí y me besó.

—No, pero no había pensado que quisieras ponerte ya con ello.

—Esta tarde me ha fallado un compromiso, así que voy a echarle una mano a una madre soltera.

Le sonreí. Desde la noche en que me contó la historia de su familia estaba muy cambiado. Por lo menos conmigo.

—Muy bien, pues vamos —le dije, y me lo llevé del brazo.

Una mujer mayor que llevaba un largo vestido de hilo color cobre, y con la que nos cruzamos en el paseo, saludó a Christian y luego me sonrió.

—Ay, esa era la señora Rosenbohm —dijo cuando ya habíamos pasado de largo—. Ahora toda la ciudad se enterará de que me he dejado cazar por una mujer.

—¿Y qué? ¿Tan malo sería? —pregunté yo.

—No, pero ya sabes, prefiero seguir siendo un gran misterio para la mayoría de la gente. Si se enteran de lo que hago en privado, no me dejarán tranquilo.

—Ah, ¿es que tu club de fans acampa delante de tu casa?

—Más o menos. Y cada poco hay alguna mujer que se tira de los acantilados por mí.

—Entonces será mejor que te vayas a vivir a otra parte, porque yo tengo intención de disfrutar de la vida todavía una buena temporada.

Al llegar a casa, mi mirada se fue al reloj. La una y cuarto. Antes de ir a buscar a Leonie aún teníamos tiempo para...

Pero me apresuré a descartar esa idea. Seguramente llamaría Hartmann, o alguno de los clientes de Christian. Sería mejor contener mi deseo hasta la noche.

—Bueno, ¿dónde tienes esos muebles? —preguntó Christian mientras paseaba la mirada por el salón.

—Ya están arriba; los transportistas fueron tan amables de subírmelos —respondí mientras me lo llevaba hasta el ordenador.

Abrí mi publicación en el foro, que ya había recibido cinco clics.

—Lee y dime qué te parece —le pedí, y volví el portátil hacia él.

En ese preciso instante se me ocurrió una idea. ¿Por qué no buscaba también a mi madre en esos foros? Pero al mismo tiempo me sobrevino el miedo de siempre. ¿Y si leía el anuncio y no quería contestar? ¿Y si de verdad nunca había querido encontrar a su hija? Si, en efecto, en aquel momento decidió abandonarme.

Siendo sincera, en mi interior seguía brillando una pequeña chispa de esperanza que me decía que sí me había buscado, pero que las autoridades le habían puesto tantas piedras en el camino que al final no pudo dar conmigo. ¿Y si la verdad destruía esa esperanza?

No obstante, ¿qué podía perder por publicar allí mi anuncio? Si ella no quería contestar, todo seguiría igual. En cambio, si decidía hacerlo...

—Me parece bien —dijo Christian—. Tal vez deberías ampliar un poco tu búsqueda. Seguro que hay más foros, ¿no? Podría ayudarte, si quieres.

—Te estaría muy agradecida —repuse, y le di un beso—. Pero primero los muebles.

Me lo llevé arriba, donde tenía las cajas con el mobiliario. Algunas ya las había abierto para comprobar que estuviera todo dentro, pero dos de ellas seguían sin tocar.

—Muy bien, me temo que tendré que quedarme en tu casa hasta la noche. Con esto, tenemos trabajo para medio día.

—No tengo absolutamente nada en contra —le aseguré, y le eché los brazos alrededor del cuello.

—¿Y si vuelves a recibir una visita inesperada?

—Pues te presentaré como mi nuevo novio... Basta ya.

Nos besamos, y entonces Christian se puso de nuevo pensativo.

—¿Has vuelto a saber algo de Jan?

Me eché un poco hacia atrás, algo sorprendida. Me extrañó que eso le preocupase.

—El lunes por la noche me dejó un mensaje en el contestador. Ayer fue al hospital.

—¿Y? ¿Vas a llamarlo?

—¡Ya no soy responsable de él! —Mis palabras sonaron más duras de lo que había sido mi intención—. Perdona. Lo que quiero decir es que no sé si a él le gustaría. Ahora desea ocuparse de Leonie, sí, pero eso no me incluye a mí. Y yo tampoco quiero que lo haga.

—Entonces, ¿de verdad no significa nada para ti?

Christian se acuclilló a mi lado y me puso la mano en la espalda.

—No, eso se acabó. Pero es tan... Es que no sé, de alguna forma siempre consigue herirme. Quiero tener una relación normal con él, eso es todo, pero hasta el momento no me lo ha puesto fácil.

—Ahora, en cambio, es él quien te ha pedido algo.

—Sí, y sinceramente, no me gusta nada, porque no me apetece en absoluto satisfacer sus deseos. Y no es que yo sea una egoísta, solo que no quiero que vuelva a hacerle daño a mi hija cuando cambie de opinión.

—Pero las personas pueden cambiar —me recordó Christian.

—Es posible. Si ha cambiado, tampoco tengo nada en contra de que se ocupe de Leonie. Pero me da miedo que ese cambio dure solo mientras esté enfermo. En cuanto todo vuelva a estar en orden, la apartará a un lado, y entonces tendré que volver a inventarme excusas para tranquilizar a mi hija cuando llore.

De nuevo me sentí al borde de las lágrimas, pero esta vez logré contenerlas. Todo había empezado tan bien que no quería que la tarde diera un giro tan lúgubre.

Christian me acarició la espalda, luego me apartó un mechón de pelo de la frente.

—Lo siento —dijo—. No quería estropearlo todo.

—No lo has hecho —le aseguré—. Está bien que lo hablemos. Con Jan hablaba muy pocas veces, y ya ves cómo acabó.

—En efecto.

Me acogió entre sus brazos con delicadeza y cariño. Nos besamos y mi deseo volvió a encenderse al instante, pero no era buen momento. Christian había dicho que quería quedarse hasta la noche. Tendríamos tiempo de sobra para entregarnos a la pasión.

—Entonces, primero nos ponemos con los armarios, ¿no?

—Eso ya lo haré yo —repuso Christian—. Tú baja a trabajar. Necesito estar ocupado hasta esta noche, ¿verdad?

—Deja que por lo menos te traiga un café.

—A eso nunca digo que no.

Bajé y encendí la cafetera. En el portátil del salón vi que me habían llegado varios correos electrónicos, entre ellos un par de consultas de posibles nuevos clientes. Uno

era un hotel de Wismar; el otro, una empresa de construcciones de madera. Por lo visto, Hartmann me había hecho un poco de propaganda.

De nuevo pensé en la posibilidad de buscar a mi madre. Hazlo, me dijo una vocecilla.

Cuando el café estuvo listo, le subí a Christian una taza y luego abrí la página del foro de refugiados de la RDA en el que había buscado a Lea. Después de indagar un poco, di con un subapartado en el que se ponían en contacto personas que buscaban a familiares después de haberse visto separados a causa de una adopción o de un encarcelamiento.

Al principio se me hizo un poco difícil contar mi historia de forma breve y concisa. De repente me empezaron a sudar las manos, y luego se me quedaron heladas. Al final, sin embargo, conseguí redactar un texto aprovechable y lo envié con el corazón palpitante. Después me quedé mirando la pantalla varios minutos. De súbito sentía una emoción extraña. ¿Y si de verdad me contestaba?

Cuando sonó el teléfono me sobresalté. Me levanté espantada y, al hacerlo, casi arrastré conmigo el portátil al tropezar con el cable. Por suerte, recuperé el equilibrio, pero estaba contentísima con la perspectiva de trasladarme pronto a mi despacho.

Levanté el auricular con la firme convicción de que al otro lado de la línea estarían o bien mi padre o bien mi madre. ¡Tal vez incluso habían encontrado un motor para el *Rosa del Viento*!

Sin embargo, la voz que contestó me era del todo desconocida.

—¿Señora Hansen? —preguntó un hombre que habría podido ser la envidia de cualquier bajo operístico—. Soy Palatin. Mi vecina me ha dicho que hace unos días estuvo usted en mi casa y que quería saber algo.

Sus palabras me pillaron completamente por sorpresa. Esos últimos días habían estado tan llenos de sucesos y de cosas de las que había que ocuparse que no había vuelto a pensar en el capitán de Timmendorfer Strand.

—Sí... Eh... Así es. ¡Muchas gracias por llamar! ¿Le han ido bien las vacaciones?

—Según como se mire —respondió Palatin—. Cuando uno ha dado tantas vueltas como yo, ya no hay nada que le sorprenda. Pero de todas formas ha sido reconfortante, y eso es lo que más importa, ¿verdad?

—Si usted lo dice —repuse, y no supe muy bien si ir directa al grano.

—De modo que ha comprado usted el *Rosa del Viento* —empezó a decir él, por suerte.

—Sí, eso mismo. O, mejor dicho, lo hemos comprado. Tengo un socio al que le pertenece casi toda la popa. O la proa, según... —Me reí con inseguridad, me habría gustado darme un bofetón por ese comentario tan tonto—. Es un barco extraordinario —añadí—. Lo están poniendo a punto en Hamburgo, y espero que después podamos volver a botarlo. Yo... tengo pensado convertirlo en un barco cultural en el que la gente no solo haga excursiones, sino que encuentre también un poco de alimento para el alma. Además de café y dulces, claro.

A eso le siguió una pausa que me desconcertó. Había esperado algún tipo de reacción, pero Palatin guardó silencio. ¿Acaso no le gustaban los planes que teníamos para su barco?

—¿Y qué es exactamente lo que quiere saber sobre el *Rosa del Viento*? —preguntó al fin.

No logré interpretar del todo su tono de voz. ¿Estaba molesto o solo sentía curiosidad? ¿Esperaba que hubiésemos encontrado algo, o lo temía?

—Mientras limpiaba, debajo de una tabla encontré una carta. De una tal Lea. Da a entender que huyó al Oeste a bordo del *Rosa del Viento*. La carta me ha conmovido tanto que quisiera saber más sobre la mujer que la escribió y sobre el barco. Por eso se me ocurrió la idea de ir a visitarlo. Me gustaría mucho que pudiéramos reunirnos en algún momento.

—¿Es usted periodista? —me preguntó, igual que unos días antes había hecho aquel hombre en el puerto.

—No, en realidad soy publicista.

—Entonces, ¿quiere sacar provecho de este asunto como publicidad?

Ahí sí que pude interpretar su tono, que estaba cargado de rechazo.

—No, solo quiero sacar a la luz la historia del barco —repliqué, y me avergoncé un poco de haber visto en la carta una buena oportunidad publicitaria.

El relato de Christian me había hecho cambiar de postura y ya no sabía muy bien qué hacer con toda esa información. Aun así, deseaba conocer la historia de mi pesquero.

—Quiero que la gente sepa que ese barco llevó a muchas personas a la libertad, pero no de una manera sensacionalista. Había imaginado más bien un dossier con documentación para que todo el que quiera pueda consultarlo.

De nuevo se hizo una larga pausa.

—Verá, para mí nunca se trató de hacerme conocido ni de convertirme en un héroe. Solo hice lo que, a mis ojos, era lo correcto. Si le soy sincero, siempre esperé que alguien, en algún momento, llegara a saber todo lo que consiguió el *Rosa del Viento*, pero bajo ningún concepto quiero que destripen su historia. Demasiados destinos estuvieron ligados a él.

—Soy consciente de ello, y le prometo que seré extremadamente cuidadosa. Puede que me lo guarde todo para mí.

—Y también puede que convierta el barco en un gran parque temático.

¿De verdad sonaba tan poco convincente? Casi me enfadé por haber sido tan transparente en mis intenciones. Pero justo eso era lo que deseaba, y no quería mentir al capitán.

—Yo nunca haría algo así.

Esta vez me sentí incluso un poco herida en mi orgullo, pero no pensaba explicarle que mi madre también había huido de la RDA. Nada de aquello era asunto suyo.

—Está bien —dijo Palatin al fin.

Agucé los oídos. ¿De verdad iba a explicarme algo?

—Si le parece bien, podría venir a vernos el sábado y traerme alguna información sobre mi viejo barco. Quizá también fotografías. Seguro que le ha hecho alguna.

—Unas cuantas —repuse, y una sonrisa se coló en mi rostro—. También le llevaré con mucho gusto el peritaje que le han hecho en el astillero. Mi padre, que, por cierto, es constructor de barcos, está entusiasmadísimo con el *Rosa del Viento*. Fue él quien descubrió los impactos de bala, y se muere por saber qué ocurrió.

—Bueno, evidentemente no podré contarle todas las historias en una tarde —contestó Palatin—, pero tal vez recuerde a la mujer de la carta. Y tal vez le interese saber cómo acabé ayudando a fugitivos de la RDA.

—¡Me interesa muchísimo! —exclamé, y reprimí la imagen que apareció ante mí. Cientos de rostros, hombres, mujeres, niños, pasando frío en el mar Báltico con la esperanza de que al otro lado les esperase un lugar en el que encontrar la libertad y una buena vida.

Sin duda, Palatin tendría algo que contar sobre cada uno de sus pasajeros. Sin embargo, sería mejor que me contentara con lo que estuviera dispuesto a explicarme por sí mismo.

—Está bien, pues pásese por aquí sobre el mediodía. ¡Mi mujer prepara unas albóndigas de patata de Turingia deliciosas!

Le di las gracias y me despedí.

Después de colgar, me quedé mirando el teléfono unos instantes. No había imaginado que conseguiría una cita con el capitán tan deprisa.

De repente se me ocurrió una idea. Subí corriendo la escalera del desván, donde Christian estaba muy ocupado con las herramientas. Ya había montado el escritorio, de modo que le tocaba el turno al archivador. Si seguía trabajando a ese ritmo, por la tarde nos quedaría mucho tiempo para otras cosas.

Por todas partes había trozos de cartón.

—¿Christian? —pregunté, tras lo cual mi operario soltó un «¡Mierda!» a media voz y tiró lejos el martillo.

En lugar de golpear la madera, por lo visto se había dado en todo el dedo. Se agarró el pulgar con el rostro demudado. Me acerqué a él.

—¿Te soplo? —No pude evitar que se me escapara una sonrisa.

—No, no, deja, ya está —contestó él, y sacudió la mano.

Se la tomé y le soplé en el dedo. Poco después volvió a relajarse.

—Verás, es que a Leonie esto siempre le ayuda —afirmé, y seguí un poco más—. Siento haberte sobresaltado.

—No ha sido culpa tuya —repuso él, y me dio un beso en la frente—. La culpa es de este estúpido mueble. ¿Estás segura de que quieres quedártelo? Después de haberme cortado una vez y haberme martilleado el dedo dos veces, tengo unas ganas horribles de tirarlo por la ventana.

—Ha costado cuatrocientos euros, yo me lo pensaría.

—Bueno, me has convencido —contestó, y me sonrió—. ¿Qué ha pasado para que vengas a asustar así a un pobre operario?

—¡No te vas a creer quién acaba de llamar!

—¿Un hada mágica con un motor diésel barato y en pleno funcionamiento para nuestro barco?

Me gustó ver que estábamos en la misma onda.

—No, era Georg Palatin. El capitán.

—Ah, ¿ya ha vuelto de las vacaciones? ¿Se le oía muy bronceado?

—¿Cómo se oye si alguien está muy bronceado?

—Ni idea. Como puedes ver, yo estoy blanco como la leche. —Levantó un brazo que, en efecto, no estaba nada moreno.

—Vale, pues no se le oye exactamente como a ti —repuse—. Me ha invitado a su casa el próximo fin de semana para contarme un poco de la historia del barco. Me preguntaba si te gustaría acompañarme.

Christian volvió a bajar el brazo y se puso serio.

—¿Crees que será buena idea?

—Desde luego, ya sé que no te hace precisamente ilusión volver a ver al hombre en cuyo barco perdiste a tu hermano. Pero quizá..., quizá pueda darte un par de detalles. Además, le alegrará saber que ahora el barco es tuyo.

—Nuestro —corrigió Christian, y su rostro volvió a suavizarse un poco—. Vale, me apunto. Siendo justos, Palatin no tuvo ninguna culpa de la muerte de mi hermano, aquella noche solo tenía que ocuparse de que el barco cruzara sin contratiempos el Báltico. Y, si te soy sincero, en realidad me gustaría mucho volver a ver a ese viejo lobo de mar. Cuesta creer que todavía esté vivo. Cuando yo tenía catorce años, él ya tenía por lo menos trescientos.

Solté una risotada.

—¡Qué exagerado!

—No, en serio. Tenía una barba entrecana como la de ese tipo de la televisión, el de los anuncios de los palitos de pescado.

—¿El capitán Iglo? Será mejor que no se lo digas, porque, si no, aún es capaz de cambiar de opinión sobre si nos cuenta algo o no.

—No tengas miedo, me contendré. Aunque con una condición.

Enarqué las cejas.

—¿Una condición?

—Sí, y es que yo conduzco. Y vamos en mi coche. No me atrevo a montarme en tu carraca.

—¿Acabas de llamar «carraca» a mi fiel compañero? Pero ¡si es un Volvo!

—Sí, y seguramente del mismo año en que nació. Sería mejor que no hicieras más viajes largos con él.

—Hasta ahora ha soportado todo sin quejarse en absoluto.

—Bueno, pero el día que se queje, porque, créeme, no tardará mucho, estaré encantado de ayudarte a encontrar un coche de segunda mano baratísimo con el que pueda estar seguro de que no os va a pasar nada a ninguna de las dos.

Me habría quedado horas enteras sentada a su lado impidiéndole trabajar, pero mi reloj interno me dijo que era hora de ir a la guardería.

—¡Tengo que marcharme! —exclamé, y me levanté de un salto.

—Cuidado cuando te subas a esa tartana de Volvo.

—Lo tendré. ¡Y tú no dejes entrar a desconocidos en casa! —le advertí en broma antes de bajar corriendo.

En el coche de Christian se iba muchísimo más cómodo, y también disfruté de no tener que prestar atención a la carretera. Me resultaba extraño. Mientras estuve casada con Jan, él siempre se sentaba al volante en nuestras excursiones de fin de semana y yo solo conducía entre semana; después del divorcio, siempre conducía yo. De repente parecía que en mi vida volvía a haber un hombre que también me quitaba el volante de vez en cuando. Mi madre se iba a morir de alegría. Aun así, consideré mejor no contarle nada por el momento, porque nunca se sabía adónde podía llevarte el destino.

Los coches nos adelantaban a toda velocidad por el otro carril, pero nosotros no teníamos prisa. Christian conducía con tanta precaución como si llevara un cargamento de nitroglicerina a bordo.

Leonie jugaba en su silla después de haber devorado una magdalena de chocolate. Aún tenía migas pegadas en la barbilla. Estaba muy graciosa, así que no se las limpié; en lugar de eso, disfruté de la vista que ofrecía aquel paisaje verde sobre el que se iban deshaciendo lentamente los retazos de una niebla espesa.

¡Qué tranquilo y apacible parecía todo!

Y entonces, de repente, me sonó el móvil en el bolso.

Cuando conseguí sacarlo, ya había dejado de sonar. Al principio pensé que era mi padre, pero entonces en la pantalla vi el número de Jan.

Me entraron escalofríos. Por lo visto, quería una respuesta ya. Había pasado una semana desde que se había presentado en casa. Una semana en la que no había llamado ni había hecho ningún otro intento de ponerse en contacto con nosotras. ¿Quería saber ya cuál era mi decisión?

—Se te ve preocupada —dijo Christian mientras adelantaba a un camión y volvía a colocarse en el carril de la derecha.

Sacudí la cabeza. En eso tenía razón, estaba preocupada.

—¿Es por...?

Le hice callar con un gesto de la cabeza.

—Después —le dije, y volví a arrellanarme en el asiento.

Al llegar al barrio de Niendorf, Christian dejó el coche en un pequeño aparcamiento. Le limpié a Leonie las migas de magdalena de la cara y la saqué del coche.

—Bueno, ¿qué te ha parecido el viaje? —le pregunté.

—¡Muy bien! —respondió ella con entusiasmo—. ¿Ahora vamos a ir a ver al capitán?

—Sí, eso vamos a hacer.

—Entonces podré preguntarle cómo repostar un barco.

—Bueno, no sé si el capitán podrá darte una respuesta a eso.

—Si no lo sabe, también puedo preguntarle por las sirenas. Seguro que aquí también hay. —Miró a Christian—. ¿A qué sí, tío Christian?

—Sin duda alguna, aquí también hay sirenas —repuso él, y me guiñó un ojo—. Esta noche podríamos ir a la playa a buscarlas, si tu madre nos deja.

—Por favooooor... —suplicó Leonie, y no tuve más remedio que acceder.

Recorrimos un camino estrecho y lleno de hierba crecida y por fin llegamos a la casa del capitán. A mí me extrañó lo bien que conocía Christian la zona. Empecé a sentir una tenue sospecha.

—Oye, ¿cómo sabías que había que ir por aquí? —pregunté.

—Ya te he contado que, después de caer inconsciente en el barco, me desperté en una casa desconocida.

—Sí, me acuerdo.

—Era la casa de Palatin. Después de la desgracia, nos acogió en su casa. A mí tenía que verme un médico antes de que nos dirigiéramos a la Policía.

—¿Cuánto tiempo estuviste aquí?

—Unos días. La investigación por lo de mi hermano seguía en marcha, la Policía interrogó a mi padre un par de veces. Después tuvimos que trasladarnos al campo de acogida provisional de Uelzen. Palatin le prestó a mi padre algo de dinero para poder poner en marcha nuestra nueva vida. Fue un viaje muy triste. Sobre todo porque mi padre todavía conservaba todas las cosas de Lukas. Como no habían encontrado su cadáver, seguía teniendo la esperanza de que lo hubiese rescatado algún otro barco. Se tambaleaba entre la esperanza y la desesperación...

Christian le dirigió una mirada a Leonie, y comprendí que no quería seguir ahondando en el tema. Asentí brevemente y le apreté un instante la mano.

Llegados a la valla, dejé que mi hija llamara al timbre. Poco después oímos unos ladridos furiosos.

—¡*Rufus*, basta! —gritó una voz de mujer, pero el enorme perro negro ya estaba saltando al otro lado de la verja.

Nos echamos hacia atrás, espantados. El perro ladró dos veces, se nos quedó mirando y luego lanzó su aliento caliente hacia nosotros.

—¡Disculpen! —exclamó la mujer que se apresuraba por el sendero. Llevaba un jersey de manga corta y una falda, y las piernas enfundadas en unas medias de compresión. El pelo corto le daba un aspecto algo juvenil—. Nuestro *Rufus* siempre se excita mucho, pero en realidad nunca le hace nada a nadie.

En sus palabras me sorprendió encontrar un ligero acento de Sajonia. Llamó al orden al perro y luego le acarició la cabeza.

Rufus, que debía de haber acompañado a los Palatin en sus vacaciones, se sentó sobre los cuartos traseros, jadeó y meneó la cola levantando pequeñas nubes de polvo. Yo, sin embargo, no me fiaba en absoluto.

—Soy Irma Palatin —se presentó entonces la mujer—. Usted debe de ser la joven que quiere hablar con mi marido.

—Annabel Hansen —me presenté yo también, y le di la mano sin dejar de vigilar de reojo al animal—. Ellos son mi hija, Leonie, y Christian Merten, que ha comprado el *Rosa del Viento* conmigo.

—Bueno, pues mi marido se alegrará de conocerlos —repuso ella—. Pasen, por favor. Y no tengan miedo, que *Rufus* no les hará nada.

Por lo tenso que aguardaba allí el perro, yo tenía mis dudas al respecto. Christian, que se dio cuenta, se me adelantó con temeridad. Pero hasta que no vi que, en efecto, *Rufus* se quedaba en su sitio, no fui tras él. Todo el rato tenía la sensación de que la mirada del perro me seguía. Cuando me volví, ya en la puerta, lo vi junto a la verja, husmeando entre los setos. Por lo visto, habíamos perdido el interés para él.

—Justamente me pillan preparando la comida, disculpen el desorden de la cocina —dijo la señora Palatin cuando nos hizo entrar en la casa.

El pequeño vestíbulo en el que dejamos los zapatos estaba conectado con la cocina. Olía a asado y a patatas, en los fogones había algo friéndose a fuego vivo en un cazo y el aire estaba saturado de vapor. El desorden por el que se había disculpado la señora Palatin consistía en un cuenco lleno de peladuras de patata y papel de periódico. Mi cocina solía estar mucho peor. Allí todo estaba en su sitio, ni siquiera había polvo en el alféizar.

—¡Georg, han llegado tus visitas! —exclamó la mujer, y luego nos indicó que pasáramos.

Georg Palatin nos esperaba en el salón. Estaba sentado en una silla de ruedas y, al contrario que su mujer, a primera vista parecía bastante frágil. Llevaba unos pantalones de traje azules, camisa blanca con finas rayas rojas y un jersey estampado de color rojo.

Al vernos, su aparente debilidad lo abandonó.

—¡Ah! Aquí están ya. —Su voz, en vivo y en directo, sonaba aún más profunda que por teléfono y no presentaba síntomas de vejez de ningún tipo. Por teléfono me había parecido la voz de un vigoroso sesentón, cuando en realidad debía de ser un vigoroso ochentón.

—Buenos días, señor Palatin, muchas gracias por dejar que vengamos a verlo.

El hombre me estrechó la mano.

—Gracias a usted, joven, por querer hablar con un viejo decrepito como yo. La gente de su edad no lo hace muy a menudo. —Una sonrisa pícara apareció en su rostro, y luego se dirigió a mi hija—: Y tú, joven señorita, seguramente acompañas a tu mamá.

—Sí, esta es mi hija, Leonie —respondí en lugar de ella, ya que sin duda aquel hombre en silla de ruedas le inspiraba bastante respeto.

—Un nombre muy bonito. Suena a «león». ¿Eres un león?

Mi hija sacudió su melena alborotada, pero le dio la mano al capitán y, por suerte, no le preguntó por qué estaba sentado en una silla de ruedas.

El capitán se volvió entonces hacia Christian, que alargó un brazo hacia él.

—Su rostro lo conozco de algo, joven —dijo, y le estrechó la mano con fuerza, como si el contacto pudiera ayudarle con alguna pista—. Se parece a un hombre al que crucé una vez.

Christian asintió.

—Mi padre, sí. Me llamo Christian Merten.

Casi pudimos ver cómo se ponía en marcha la cabeza del capitán, y poco después asintió como si hubiese encontrado la información correspondiente en su archivo biográfico personal.

—En aquel entonces era usted todavía un niño, ¿verdad? Cruzó con su padre. —Palatin se detuvo y entonces le soltó la mano. También parecía recordar lo que estuvo ligado a esa huida—. Aquella vez sentí muchísimo que...

—Gracias —repuso Christian—. Ha pasado mucho tiempo.

—Pero las heridas como esa no se curan fácilmente, ¿verdad? —prosiguió el capitán, y me di cuenta de que también él se culpaba de la desaparición de Lukas—. Recuerdo a todas las personas a las que ayudé a cruzar, pero lo que les ocurrió a ustedes me ha quedado grabado en la memoria de forma especial.

—Es muy amable por su parte —dijo Christian. Le temblaba un poco la voz. ¿Acaso su padre o él habían culpado también a Palatin? ¿Habría podido hacer algo más el capitán por estabilizar su barco?

De todas formas, ninguno de los dos parecía empeñado en aclarar esa cuestión.

—Siéntense, por favor —dijo Palatin poniendo fin a un silencio algo incómodo, y señaló un sofá grande y acogedor—. Irma enseguida les traerá algo de beber.

—De modo que han comprado ustedes mi vieja dama —empezó a decir el capitán cuando su mujer dejó ante nosotros una gran jarra con limonada casera—. Apenas puedo creer que todavía lleve el mismo nombre.

—Es que *Rosa del Viento* es un nombre muy bonito —repuse—. Además, ¿no trae mala suerte cambiarle el nombre a un barco?

—No, no es así. A muchos barcos se lo han cambiado. Sobre todo después de la guerra, porque nadie quería seguir llevando el nombre de una personalidad del nazismo en la proa, así que a muchos les pusieron uno nuevo. El *Rosa del Viento* también se llamaba de otra forma antes. Una sarta aburrida de letras y números de la que nadie conseguía acordarse. Yo le puse *Rosa del Viento* porque era un pesquero bonito..., y porque deseaba que fuera capaz de capear todos los temporales. Cosa que hizo.

Se quedó pensativo unos instantes, luego levantó su vaso con mano algo insegura y dio un sorbo.

—Pero me habló usted de una carta que ha encontrado. ¿La ha traído?

Saqué el escrito de mi bolso y se lo pasé. Un destello de reconocimiento se encendió en su mirada. Pasó una mano temblorosa por las líneas, como si quisiera acariciarlas, y luego apartó la hoja.

—Conozco esta carta —dijo—. Claro que la conozco. Era una muchacha preciosa la que subió a bordo. —Se detuvo. Me di cuenta de que tras sus ojos se estaba desarrollando toda la historia. Lástima que yo no pudiera ver también la película de sus recuerdos—. Pero tal vez será mejor que antes les explique cómo acabé ayudando a personas a cruzar desde el Este—. Miró a su mujer—. Todavía falta un rato para que esté la comida, ¿verdad, Irma?

—Un poco, sí —repuso ella—. Tú empieza, que yo puedo ir sirviendo mientras tanto, si el asado ya está listo.

Palatin le dedicó una sonrisa cariñosa y luego se volvió hacia nosotros.

GEORG

Mi padre pensó que me había vuelto loco cuando le anuncié que me había comprado un barco.

—¿Qué vas a hacer con un barco como ese? —me preguntó cuando le enseñé una foto del pequeño pesquero—. Parece un dragaminas, seguro que el casco se ha llevado unos cuantos impactos de bala y se te hundirá bajo el trasero.

En aquella época yo había pasado varios años en el mar y estaba a punto de sacarme el título de capitán. Y un capitán, o eso me parecía a mí, necesitaba tener su propio barco. Aquel pequeño cúter que se estaba oxidando abandonado en un amarradero del puerto de Hamburgo me pareció que me venía como anillo al dedo. Sin duda, ya no era una belleza, pero me había salido barato. Además, tenía una idea para un negocio.

—El pesquero está perfectamente, padre —me defendí.

A mis treinta años, no es que todavía tuviera que rendirle cuentas, pero en 1959, si seguías soltero, consultabas con tus padres al tomar cualquier decisión importante. Mi padre también había sido marinero, había servido en la Marina de guerra y había perdido una pierna en combate. Eso no solo le había impedido acabar muriendo en el mar, sino que también gracias a ello se había librado de ser hecho prisionero, como los padres de muchos amigos míos. Como mutilado de guerra, lo apartaron del frente y lo destinaron a una fábrica hasta que Hamburgo quedó arrasado por las bombas.

—Lo remodelaré un poco y volverá a quedar como nuevo.

—¿Y qué vas a hacer con ese cascarón? Será mejor que te busques una mujer y te ocupes de formar una familia antes de que seas demasiado mayor. Que yo quiero conocer a mis nietos.

—Y lo harás, padre —le aseguré, aunque en ese momento no había ninguna mujer a la que pudiera imaginarme como esposa. Me enamoraba una temporada de una chica y luego de otra, pero nunca era para siempre—. Te garantizo que lo tengo todo bien pensado. ¡Llevaré a la gente de excursión por el Elba y ganaré dinero! No te imaginas la cantidad de personas que quieren ver el puerto ahora que todo vuelve a estar reconstruido.

—Para eso lo que necesitas es un barco piloto, o de recreo. ¡No un pesquero! ¡Con eso, como mucho, podrías dedicarte a los peces!

La discusión con mi padre se alargó hasta altas horas de la noche, porque no se fue a dormir hasta que se hubo echado al cuerpo varios vasos de aguardiente.

Sin embargo, yo seguía tan convencido de mi plan como al principio, así que me puse a trabajar. Unos amigos de los astilleros Nikolai & Jensen me ayudaron a poner el barco a punto y a remodelarlo para poder utilizarlo como embarcación de

pasajeros.

Mientras estábamos en ello, a menudo me invadía la sensación de que mi padre tenía razón y que sería mejor olvidarme de todo. De hecho, el barco había sufrido algunos daños durante la guerra, lo cual también había sido el motivo de que nadie lo quisiera. Pero el corazón del pesquero, su motor, era fuerte, y su piel iba recuperándose poco a poco de sus cicatrices.

Un año después, lo botamos al agua.

No solo tenía el casco exterior en perfectas condiciones y una cabina para pasajeros, también destacaba entre los demás barcos de excursiones. Lo único que no me gustaba era el nombre, pero yo sabía más de barcos que de escoger nombres y, además, era difícil de contentar. Las propuestas jocosas que me hacían mis amigos, como *Lata de Sardinias*, *Rata de a Bordo* o *Duende de los Naufragios*, quedaban descartadas al instante, porque no quería que mi pesquero fuese objeto de burla. Así que por el momento dejé los números de la proa y aplacé el asunto del bautizo.

Y un precioso día de mayo, salí a navegar orgulloso con mis amigos Uwe y Horst como tripulación en nuestra primera travesía con pasajeros. Salimos incluso del puerto, cosa que los barcos más pequeños no podían atreverse a hacer así como así. Sin embargo, el negocio marchaba a trancas y barrancas. El día del viaje inaugural hubo muchas personas que quisieron subir a bordo, pero los números iban disminuyendo sin parar. A mi padre se lo oculté, sin embargo, porque no quería que se riera de mí ni que me reprochara nada.

Un día del verano de 1960 que el mar estaba tranquilo, yo estaba ocupado fregando otra vez la cubierta, una tarea con la que intentaba controlar mi frustración. A esas alturas iba tan justo de dinero que entre semana trabajaba en el puerto e intentaba enrolarme en algún barco mercante.

Sin embargo, aquel domingo en el que la suerte parecía haberme abandonado, ante mi barco apareció una mujer.

—¿Hola? —exclamó desde tierra, y saludó con la mano.

Me incorporé. De tanto fregar, al final me habían salido callos en las manos y tenía toda la espalda quemada por el sol.

—¿Sí? —pregunté, y al verla sentí una enorme emoción.

Era una mujer muy joven, puede que de unos veinte años nada más. Y era la muchacha más guapa que había visto jamás. Llevaba el pelo recogido en un moño, y un par de margaritas silvestres enredadas en él. Por encima del vestido de color rosa se había puesto una chaquetita de punto, y sujetaba un bolso blanco. A mis ojos, ninguna modelo habría podido ser más bella.

—¿Qué puedo hacer por usted? —pregunté, porque la chica me miraba de la cabeza a los pies como si hubiese esperado otra cosa.

Me contestó entonces con un acento extraño en la voz:

—¿Navega usted por el puerto? He perdido a mi grupo de excursionistas, que han salido en otro barco, y ahora me he quedado aquí sola. Los demás barcos están

navegando, solo queda el suyo, y como esta noche tengo que regresar ya, me gustaría ver un poco del puerto por lo menos.

—Mmm, la verdad es que... —dije, porque salir con un solo pasajero era una auténtica locura, un desperdicio imperdonable de gasóleo. La chica, sin embargo, era guapísima, y yo seguramente había pillado una insolación. El caso es que añadí—: Claro que sí, zarpamos de inmediato. ¡Un momento!

Con las pintas que llevaba no podía zarpar de ninguna manera. A pesar de que hacía bastante calor, fui a echarme por encima mi atuendo de capitán. Demasiado tarde caí en la cuenta de que tal vez la chica me estaba gastando una broma. Quizá cuando volviera a salir habría desaparecido y se estaría riendo a mi costa por habérmela jugado.

Salí otra vez a cubierta mentalizado para llevarme la mayor decepción de mi vida, pero ahí estaba ella, haciéndose pantalla con la mano sobre los ojos mientras esperaba en el muelle.

—Bueno, suba a bordo, joven —le dije, y bajé la pasarela.

Ella dejó que le ayudara a subir y luego miró algo extrañada hacia la cabina de pasajeros vacía.

—¿O sea que va a salir solo por mí? —preguntó, algo sorprendida, mientras yo preparaba el barco para zarpar.

Me dio un poco de vergüenza que se enterara de esa forma de mi falta de éxito, pero nunca había tenido talento para inventar historias, así que lo reconocí sin más.

—Como ve, no es que me desborde el trabajo, pero el barco siempre se alegra de poder arrancar de vez en cuando. Así que póngase cómoda, que voy a encender el motor.

El motor diésel, de hecho, sí se alegró de poder funcionar durante un rato. Cuando salí otra vez para ponerme al timón, me encontré a la joven en la cabina.

—Disculpe, ya sé que en realidad no debería estar aquí, pero como en la sala de pasajeros no hay nadie, ¿le importa que viaje con usted?

No vi ningún motivo para decirle que no y, además, así me ahorraría tener que gritar por el altavoz, así que estuve conforme y, poco después, zarpamos.

De todos modos yo estaba algo intranquilo, porque para llevar un barco se necesitaba una concentración total y esa joven no hacía más que distraerme. De nuevo oí la voz de mi padre que me hablaba de encontrar una mujer y formar una familia y, aunque no conocía ni su nombre, el instinto me decía que ella era la adecuada. O, por lo menos, una como ella. Y ya que tenía a una muchacha así en mi barco, habría sido una tontería no entablar por lo menos conversación. Sin embargo, aunque en realidad nunca había tenido ningún problema para hablar con mujeres, de repente me puse tan nervioso que empezaron a sudarme las manos.

¿Qué podía decirle que no pareciera torpe y no la espantara?

—Dígame, ¿de dónde es usted? —le pregunté a la chica, que por algún motivo parecía más interesada en mi oreja que en los edificios del puerto, porque no dejaba de mirarme de reojo.

—De Rostock —contestó.

—¿Rostock? —me extrañé. Su acento era claramente de Sajonia.

—Sí, hace unos años me trasladé allí porque conseguí una plaza de aprendiz, y ahora no querría irme a ningún otro lugar.

Increíble. Una muchacha de la zona soviética en mi barco. Y tan guapa, además. De vez en cuando había gente de allí que cruzaba a nuestra zona, desde luego, la mayoría para visitar a familiares, pero yo nunca había conocido a nadie del Este.

Se oían rumores de que en la zona rusa no había nada para comer y que la gente recibía por su trabajo un dinero sin valor, por lo cual muchos de ellos intentaban encontrar empleo en el Oeste. Pero la muchacha que estaba a mi lado no parecía ser una persona necesitada.

—¿Y a qué se dedica en Rostock? —seguí preguntando.

—Soy enfermera —explicó—. En la Clínica Universitaria.

—Entonces, seguro que está muy atareada.

—Como en cualquier hospital —repuso ella, y se encogió de hombros—. El trabajo me divierte, no podría imaginarme haciendo ninguna otra cosa.

—¿Y le queda tiempo para venir a visitar Hamburgo?

La joven se rio.

—¡También en el socialismo nos dan días libres!

Esas palabras supusieron una segunda sorpresa para mí. Había oído decir lo muy en serio que se tomaban el comunismo y el socialismo en la zona rusa. A mí el socialismo no me parecía nada tan raro, porque también en Hamburgo teníamos alguna relación con él y mi familia votaba a los socialdemócratas desde 1946. Sin embargo, después de haber oído cosas tan confusas sobre el socialismo de aquella zona, tanto más simpática me cayó la muchacha, que por lo visto no se creía a pies juntillas las consignas de la dirección del Partido.

—¿Y cómo son las cosas en su zona? —le pregunté. Mi nerviosismo disminuyó un poco, aunque todavía sentía el corazón palpitándome en la garganta.

¿Cómo iban a ser las cosas allí? Menuda pregunta más tonta. Aun así, me contestó.

—Bueno, ¿cómo quiere que sean? La mayor parte del tiempo uno hace su trabajo y luego se alegra de tener lo que tiene. Solo que a veces uno quiere más. Hace unas semanas, un par de amigas mías cruzaron aquí. Sus padres, que son agricultores, tenían que entrar en la Cooperativa de Producción Agrícola pero no querían hacerlo, así que les expropiaron las tierras. Por eso se marcharon.

¡Aquello me pareció terrible! Por lo visto, la gente que traía historias terroríficas de aquella zona tenía razón. Y los peces gordos del Partido ya habían demostrado cómo se las gastaban siete años antes, cuando reprimieron con dureza la sublevación del 17 de junio.

—Pero, como le decía, me va bien. Además, tengo a una tía aquí. Mientras podamos venir de vez en cuando, todo es soportable. Mi tía, por suerte, es muy

generosa. Este vestido, en Rostock solo puedo ponérmelo los días de fiesta; si no, mis compañeras se morirían de envidia.

Bueno, el vestido era muy bonito, pero ¿un vestido de fiesta? Los que yo había visto eran muy diferentes.

En algún momento alcanzamos al barco con el que había zarpado su grupo. Era gente joven, unas cuantas chicas y algunos muchachos. ¿Estaría comprometida con alguno? De repente me invadieron los celos.

—Esos deben de ser ellos —comenté, y señalé hacia delante—. Su novio se alegrará de volver a verla.

Intenté mirar al frente como si no me importara, pero la vi sonreír con el rabillo del ojo.

—No tengo novio —dijo.

—Eso sí que no me lo creo. ¡Una joven como usted! —exclamé, haciéndome el sorprendido, aunque por dentro me alegré muchísimo.

Si su corazón no estaba comprometido todavía, tal vez yo tuviera una oportunidad. Daba igual que fuera del Este. Eso no tenía ninguna importancia cuando te enamorabas, ¿verdad?

—¿Quiere que le haga saber al capitán que desea pasar al otro barco?

La joven negó con la cabeza.

—No, prefiero quedarme aquí con usted. Pero, si puedo, sí me gustaría acercarme a la barandilla para saludarlos. Al fin y al cabo, no me pasa todos los días esto de tener un barco para mí sola.

—Claro que puede —repuse, y la seguí con la mirada.

Quería quedarse conmigo. Solo durante el rato que durara la travesía, desde luego, pero yo me la imaginé diciéndolo también en otro contexto. No era capaz de imaginar nada más bonito.

Cuando regresamos al puerto, me pareció ver que estaba triste.

—Qué lástima que se haya acabado la excursión —dijo, y se miró con rubor la punta de sus zapatos blancos—. ¿Qué le debo? —Se llevó una mano al boso.

—No, no. Déjelo estar —me apresuré a decir, y le puse un momento la mano en el brazo—. No me debe nada. Ha sido todo un placer navegar con usted. Repetiría sin pensármelo dos veces.

Me miró con expectación. Al principio pensé que insistiría, pero entonces volvió a guardar el monedero en el bolso.

—Se lo agradezco, querido capitán. Cuídese.

Con eso se despidió de mí.

En mi interior se dispararon todas las alarmas. Maldita sea, cabeza de chorlito, ¿es que no te das cuenta? ¡Venga, dile que no se vaya!

—¡Señorita, espere! —exclamé tras ella.

La muchacha se volvió.

—Yo... ni siquiera le he preguntado cómo se llama.

—Irma —me dijo—. Irma Neubert.

—Georg. Quiero decir que... yo me llamo Georg Palatin. —Respiré hondo. Ahora o nunca, me dije. El no ya lo tienes—. Y me gustaría mucho invitarla a tomar un café, si a usted le parece bien.

En su rostro apareció entonces la sonrisa más hermosa que jamás había visto en una mujer.

—Me parece bien —dijo—. Me gustaría mucho tomar un café con usted.

A partir de esa tarde, Irma empezó a ir a Hamburgo de vez en cuando y, si no podía porque el turno le desbarataba los planes, me escribía. Así estuvimos un año.

¿Qué puedo decir? La chica me trajo suerte. La cantidad de pasajeros empezó a aumentar y poco tiempo después pude volver a pagar a mis amigos Uwe y Horst por su trabajo.

Una tarde que Irma volvía a estar de visita, la saqué a dar una vuelta y esa noche me besó. ¡Habría podido atravesar la dársena a nado de pura y desbordante alegría!

Yo abrigaba la esperanza de que aceptara mi proposición de matrimonio cuando se la hiciera, así que preparé a mis padres poco a poco diciéndoles que quizá pronto les presentaría a una muchacha con la que tal vez me prometiera. Mi madre se puso loca de contento, y tampoco mi padre tuvo nada que objetar cuando les enseñé la fotografía de Irma.

Convencí a mi amor para que fuera a Hamburgo el lunes siguiente, el 14 de agosto, y así presentarle a mis padres. Yo iba a cambiarme el turno con Karl, y ella tendría el lunes libre después de haber hecho el de la noche del domingo. Nada se interponía en nuestra cita.

Probablemente yo estaba más nervioso que ella, porque esperaba que mi padre no dijera nada sobre la zona soviética, que era como él llamaba a la RDA. Que Irma era del Este no lo sabían ni mi madre ni él; antes tenían que conocerla como la persona encantadora que era.

Como mi compañero Karl sentía debilidad por los enamorados, no puso ninguna pega para cambiar el turno conmigo, así que el domingo me presenté en el trabajo. Mis compañeros estaban sentados en la sala de descanso y tenían puesta la radio. Por el estado de exaltación en el que los encontré, creí que retransmitían un partido de fútbol. Pero ¿tan temprano por la mañana? Aun siendo domingo, no era habitual.

—Eh, ¿qué pasa? —pregunté mientras metía mi bolsa en la taquilla.

—¡Chsss! —me siseó uno de mis compañeros—. Los rusos están cerrando la frontera.

—¿Qué? —No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Por qué iban a cerrar los rusos la frontera? En un primer momento no comprendí lo que quería decir eso.

—Esta noche han apostado tropas fronterizas en Berlín y están levantando un muro. Ahora ya no dejan salir de allí a nadie del Este.

Escuché con la boca abierta los informes de la radio. Intenté convencerme de que

la construcción de ese muro solo era cosa de Berlín. Mi Irma vivía en Rostock, y allí no había forma de que quedara encerrada.

Sin embargo, se me estaba olvidando que entre el Este y el Oeste existía ya una valla fronteriza. Cada vez que quería venir a verme, Irma tenía que solicitar un permiso de salida al exterior. Como era enfermera, hasta el momento siempre había regresado como se esperaba que hiciera y, además, iba a ver a su tía enferma, nunca le habían puesto ningún problema. Sin embargo, por la pinta que tenía aquello, no iban a dejar que nadie más saliera de la RDA.

Me invadió el pánico. ¡Irma! ¡Pero si iba a venir al día siguiente! ¡Y de repente los mandamases del otro lado levantaban una frontera y disparaban a todo el que quería atravesarla! Si no teníamos un poco de suerte, ¡mi chica y yo no volveríamos a vernos nunca!

Empecé a caminar nervioso de aquí para allá, frotándome la cara, tirándome del pelo. ¿Qué debía hacer? Ya era muy tarde para viajar a Rostock.

Al final, el capitán del puerto disolvió nuestra pequeña reunión.

—Eh, ¿qué es esto de aquí, una tertulia de señoras? A trabajar, ¡y rapidito!

Los hombres rezongaron, pero, con muro o sin él, no les apetecía buscarse líos con el capitán del puerto. Todos regresamos al trabajo.

Aun así, yo no lograba concentrarme. Por suerte, las tareas de las que tenía que encargarme eran mecánicas, porque no conseguía quitarme de la cabeza a Irma ni lo que había explicado el locutor de la radio.

—¿Qué, cómo va la cosa? ¿Ya te ha entrado el canguelo? —me preguntó mi compañero Siegfried en la pausa de mediodía.

Debía de pensar que por eso no había tocado la comida, porque la llegada de Irma me tenía nervioso. Sin embargo, lo que estaba era abatido.

—Ay, déjame en paz —murmuré, malhumorado, porque no me apetecía hablar de nada.

Por suerte, Siegfried era un tipo que no se dejaba disuadir así como así.

—Ya sabes que, en cuanto te cases con ella, se acabará lo bonito...

Naturalmente, yo me había paseado con mi Irma delante de mis compañeros y me había sentido orgullosísimo cuando los demás hacían comentarios de admiración o de envidia.

—No habrá ninguna boda —mascullé, sombrío.

—¡Qué dices! —Siegfried se quedó atónito—. ¿Es que te ha dejado? ¿Has hecho algún disparate?

Sacudí la cabeza y deseé que se lo tragara la tierra, pero tampoco quería echarlo con cajas destempladas.

—No, no he hecho nada.

—Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Ha encontrado a otro?

—No, tampoco es eso.

—Bueno, pues no te entiendo.

—Tampoco yo entiendo nada —repuse, y me lo quedé mirando—. No entiendo por qué esa gente tiene que cerrar la frontera.

Siegfried se me quedó mirando con cara de tonto, pero entonces lo comprendió.

—¿Es del otro lado?

—Sí, listillo. —Una ira inconmensurable creció en mi interior. No contra Siegfried, sino contra toda esa basura que se llamaba a sí misma RDA—. Y como han decidido sellar la frontera, seguramente ya no podré casarme con ella.

No pude pegar ojo en toda la noche. En realidad tendría que haber soñado con Irma y haberme imaginado cómo sería ir a buscarla a la estación, pero todo eso se había acabado.

Lo único que me ocupaba la mente era la pregunta de cómo podría llegar hasta ella. ¿Todavía se podía cruzar la frontera hacia la RDA? Y, en ese caso, una vez dentro, ¿ya no se podía volver a salir? ¿Lo nacionalizaban a uno a la fuerza? ¿Qué había pasado con los berlineses occidentales que se encontraban en el sector soviético en el momento de la construcción del muro?

Al cabo de unas horas ya no soportaba seguir en mi habitación. Me levanté, me vestí y salí de casa. Estuve un rato paseando sin rumbo por la ciudad en plena noche y al final me acerqué al puerto. Mientras tanto, mi cabeza no dejaba de darle vueltas a ideas descabelladas. ¿Debía renunciar a Irma? No, de eso ni hablar. ¿Sería una locura irme con ella y quedarme a vivir allí? Pero tenía a mis padres. ¿Y si iba a buscarla y me la traía? Pero ¿cómo?

En algún momento me encontré delante de mi barco, para el que todavía no había encontrado un nombre nuevo. Se mecía sobre las olas con suavidad, pero no podía responderme de ninguna manera a la pregunta de qué debía hacer.

Aun así, subí a bordo, porque no aguantaba entre las cuatro paredes de mi habitación y la casa se me caía encima, y entonces pensé en cómo debía de sentirse Irma en esos momentos. Estaba prisionera en una jaula de alambre de espino. Y, al contrario que yo, que podía salir de mi vivienda como si nada, ella ya no podría salir del país nunca más.

Eso me partió el corazón. Me hice un ovillo en mi litera y lloré con amargura.

Un día de septiembre recibí un sobre desde el mismo Hamburgo cuyo remitente me era por completo desconocido. ¿Había sido un error? De todos modos lo abrí y me encontré con la carta de una tal señora Hastermann, que resultó ser la tía de Irma.

Me escribía de parte de su sobrina. Al principio creí que le había ocurrido algo, pero en realidad me invitaba a Rostock y prometía enviarme un permiso para pasar la frontera.

«Así, por fin podrá volver a ver a Irma, y ella podrá explicárselo todo», escribía la mujer, aunque en aquellos momentos a mí poco me importaban las explicaciones. Apreté la carta contra mi pecho, exultante de alegría. Mi Irma no me había olvidado y tampoco había aceptado no volver a verme, como yo casi había hecho.

Tardé un tiempo en conseguir el permiso de entrada a la RDA. Cada día iba al buzón y regresaba decepcionado al ver que la carta no estaba. Al final llegó. Esta vez remitida directamente por Irma, y no a través de la señora Hastermann.

El permiso era una simple hoja de papel recio, pero en aquel momento me pareció mi más preciada posesión. Lo guardé con mucho cuidado. Tenía una validez de treinta días. Conseguir tanto tiempo de vacaciones me era imposible, así que empecé por tomarme dos semanas y luego ya veríamos. Si me echaban, seguro que encontraría trabajo en algún otro sitio. Y, si no, ya me mantendría a flote gracias a las excursiones con el barco. De todas formas quería sacarle partido a mi título de capitán.

A mis padres no les dije nada de la visita. Por dentro ya me había hecho a la idea de que, si no encontraba ninguna otra solución, me quedaría en Rostock. Ni mi padre ni mi madre lo comprenderían, así que era mejor no decirles nada hasta que la cosa estuviese hecha. Al menos las cartas sí pasaban la frontera.

Con el corazón en un puño y el petate sobre el hombro, una reluciente mañana de octubre me encaminé hacia la estación. Las palomas arrullaban en los tejados, los gorriones se perseguían por la plaza. Todavía hacía buen tiempo, pero la cercanía del invierno ya se notaba. Si de verdad me quedaba allí esos treinta días, quizá encontrase nieve a mi regreso. Si es que regresaba. Aunque Irma me había asegurado que podría volver a cruzar —no, que debía volver a cruzar porque, si no, tendría problemas con las autoridades—, yo no estaba tan seguro de que acabara regresando a mi hogar.

Apenas tenía nada que lamentara dejar atrás. Mis padres se enfadarían, pero tal vez lo comprendieran. Lo único que me hacía sufrir era mi barco. Mi precioso barco, que aún no tenía nombre. ¿Me lo podrían enviar si tenía que quedarme en el Este?

No estaba seguro de si en la RDA podía uno ganarse la vida ofreciendo excursiones marítimas. Pero, en caso de necesidad, volvería a reconvertirlo para poder pescar con él. También en el Este la gente comía.

Al llegar a la estación, miré una última vez a mi alrededor. Estaba convencido de que no volvería a ver mi querido Hamburgo, pero, si tenía que elegir entre mi ciudad e Irma, sabía perfectamente qué era más importante para mí.

Crucé las puertas de la estación y compré en la taquilla un billete para Lübeck. Entre Hamburgo y Rostock no había conexión directa, pero en Lübeck podía hacerse transbordo al directo Colonia-Rostock. Decían que en la frontera había controles muy estrictos, pero yo me sentía seguro con mi permiso de viaje.

En el andén esperaban también otras personas. Ninguna de ellas se detuvo a mirar al joven con gorra de marino, casaca azul y petate al hombro. En realidad, tenía pinta de ser un marinero de vacaciones en tierra firme.

Durante los diez minutos que quedaban aún para que llegara el tren, intenté imaginar lo que estaría haciendo Irma en ese preciso instante. Debía de estar durmiendo aún, aunque también era posible que no hubiese pegado ojo en toda la noche por culpa de la expectación. Esperaba con fervor que estuviera tan emocionada

como yo.

Cuando por fin llegó el tren, me senté junto a la ventana, detrás de un hombre bastante voluminoso, y me acurruqué dentro de mi casaca. Quería intentar dormir, porque la mañana me pesaba en todos los huesos. Sin embargo, aunque cerré los ojos y todo mi cuerpo me pedía a gritos un poco de sueño, no encontré descanso. Sentía un cosquilleo bajo la piel. ¿Qué ocurriría durante las horas siguientes? ¿Qué me encontraría en la frontera? ¿Me pondrían alguna clase de trabas como contaban algunos? ¿Nos esperarían los rusos con kaláshnikovs en el andén?

En Lübeck, hice transbordo al tren que venía de Colonia y que llegaba hasta la frontera, y de allí a Rostock.

Me sorprendió ver que iba bastante lleno. Mientras me abría camino con mi petate por el pasillo del vagón, buscaba un asiento libre. A mi alrededor revoloteaba un murmullo de voces con acento renano. ¿De verdad quería entrar toda esa gente en la zona soviética?

Cuando el tren ya se había puesto en marcha, por fin tuve suerte y en uno de los vagones encontré un compartimento en el que solo viajaban tres jóvenes.

Uno de ellos se había quitado la chaqueta y, a pesar de la deficiente calefacción, estaba allí sentado en mangas de camisa. El pelo rubio le caía por delante de la cara en un flequillo alborotado. Los otros dos llevaban jerséis gruesos encima de la camisa. Supuse que serían universitarios.

No pareció hacerles demasiada gracia que me sentara con ellos. Apenas me detuve en la puerta del compartimento, interrumpieron su conversación de forma abrupta.

—¿Queda algún sitio libre? —pregunté mientras los tres me miraban con desconfianza.

—Eso depende mucho. ¿De dónde eres? —respondió el de las mangas de camisa.

Los otros dos le lanzaron una mirada de incompreensión. Probablemente querían verme desaparecer, pero ¿por qué? Yo quería ir al Este igual que ellos, eso no tenía nada de vergonzoso.

—De Hamburgo —contesté—. Si no os gusta la ciudad, puedo irme a otro lado.

Menudos tipos raros eran. ¿Qué tendría que ver mi ciudad con si podía sentarme con ellos o no?

Los jóvenes me observaron un momento más, luego el de las mangas de camisa me hizo una señal para que entrara.

—Está bien, puedes pasar.

Algo me dijo que quizá habría sido mejor buscar otro asiento, pero el tren iba muy lleno y el trayecto hasta Rostock sería largo. Así que subí mi petate y mi gorra al portaequipajes y me quité la casaca.

—Parece que seas marinero —dijo el de las mangas de camisa. Su voz sonó algo más amable esta vez, pero sus ojos seguían vigilándome de cerca—. ¿Acabas de volver de una larga travesía?

Negué con la cabeza.

—No, no estoy con ninguna tripulación, tengo un barco propio. Una pequeña embarcación de excursiones, en realidad, pero es mía.

—Un barco podría venirnos muy bien —dijo el que estaba sentado a su lado, y soltó una risa.

También el tercer joven sonrió. Me pregunté para qué querían un barco, pero comprendí que debía de tratarse de una broma particular suya, que yo no podía entender.

Decidí no seguirles la corriente y me acomodé en mi asiento.

Los jóvenes parecieron perder el interés, y a mí no me apetecía preguntarles de dónde venían ni adónde viajaban; solo quería ver a mi Irma.

La cosa fue bien durante un buen rato, pasé por alto su conversación y me entregué a la impaciencia y la emoción que sentía, pero de pronto los tres decidieron volver a dedicarme su atención.

—¿Y qué es lo quieres hacer en la zona soviética?

¿Qué les importaba a ellos? No me habían contado nada de sí mismos.

—Voy a visitar a una persona.

—¿A un familiar?

—A mi novia.

—¿Es guapa?

—No, tiene un cuerno en la cabeza —contesté, algo molesto. No era asunto suyo si Irma era guapa o no.

Se echaron a reír; incluso el rubio sonrió. Entonces rebuscó algo en el bolsillo de su camisa. Pensé que sacaría un paquete de cigarrillos, pero eran dos fotografías.

—¿Qué te parece? —me preguntó, y me las pasó.

En una se veía al hombre que estaba a su lado, y la otra... se le parecía mucho. Había pequeñas diferencias, pero tal vez fuera una fotografía de hacía tiempo.

—Si vieras a estos dos hombres, ¿creerías que son la misma persona?

—Stefan... —empezó a decir el retratado con voz de advertencia, pero el interpelado se sacudió de encima su mudo reproche.

—Nos hace falta una opinión externa —explicó, y me miró—. Él tiene una visión imparcial.

Otra vez algo extraño. Pero, en fin, si después me dejaban tranquilo...

—Si no se fija uno mucho, podría pensar que sí. Tal vez una fotografía es más antigua que la otra.

El de las mangas de camisa asintió.

—Mira con un poco más de atención —insistió—. Mira con tanta atención como lo haría un guardia fronterizo.

Yo no sabía cómo miraba un guardia fronterizo, pero intenté encontrar las diferencias y al cabo de un momento me saltaron a la vista.

—Este tiene un lunar que tú no tienes. —Señalé al hombre que estaba junto al

rubio, y que entonces me lanzó una mirada penetrante—. Y tenéis la línea del cabello diferente. —De repente estaba seguro de que esas fotografías no mostraban ni mucho menos al mismo hombre. A primera vista parecía que sí, pero al examinarlas mejor se advertían las diferencias—. Son dos personas diferentes —dije, y le di los retratos al que tenía enfrente—. Pero ¿por qué me hacéis estas preguntas?

—Eso, por desgracia, no podemos decírtelo —contestó el rubio con seriedad—, pero tal vez algún día llegues a saberlo.

Todo aquello sonaba a algo ilegal. Seguramente habría sido un buen momento para desaparecer del compartimento, pero la comodidad ganó la partida. Así que me levanté el cuello de la casaca y fingí que dormía para que aquellos tres no pudieran seguir haciéndome preguntas extrañas.

Cuando llegamos a la frontera, el tren se detuvo y a él subieron varios guardias fronterizos de la RDA para comprobar los pasaportes.

Por lo visto, era muy normal. Yo, sin embargo, tenía la impresión de que podía estallar en cualquier momento. Primero las extrañas preguntas de mis compañeros de viaje, luego los soldados.

Me sentía como en una de esas historias de mi madre, que, cuando quiso ir a Holanda, vio en la frontera cómo la Gestapo subía al tren en busca de judíos fugitivos. El cuello de la camisa se me empapó de sudor y, aunque sabía que eso quizá me hacía parecer sospechoso, no era capaz de tranquilizarme. A los otros tres también se les veía nerviosos, pero no estaban ni mucho menos tan inquietos como yo.

Cuando dos guardias fronterizos aparecieron en la puerta del compartimento, el corazón me cerró la garganta.

—Sus pasaportes y permisos, por favor —dijo uno con brusquedad.

Miré a los demás, que sacaban su documentación con toda naturalidad. Yo seguí su ejemplo y vi cómo los guardias comparaban nuestras caras con las fotos de los documentos.

—¿Es la primera vez que viaja a la República Democrática Alemana? —me preguntó uno mientras tenía mi documentación en la mano.

—Sí, voy a ver a mi... —Casi se me escapó que Irma era mi novia—. Prima —corregí enseguida, porque el permiso de entrada era para un familiar.

—¿Tiene algo que declarar? —siguió preguntando el guardia, y entonces le echó un vistazo también a mis compañeros de compartimento.

—No, solo llevo un par de cosas. Ropa, jabón, lo necesario. —Señalé mi petate, en el portaequipajes.

—¿Nos permite mirar?

Bajé el petate de la rejilla. Como sabía que en la zona soviética había escasez de medias para mujeres, me habría gustado llevarle unas a Irma, pero luego me entraron dudas por lo de la aduana, y al final, por suerte, no las había llevado.

En mi macuto, por tanto, solo había un par de prendas, calcetines y ropa interior. Aun así, los guardias debían de pensar que llevaba armas escondidas, porque empezaron a revolverlo todo.

Miré a los jóvenes en busca de ayuda, pero ellos hacían como si no les interesara.

Cuando los guardias por fin terminaron con su registro, dejaron que lo reordenara todo y me devolvieron los papeles sin desearme ni buen viaje siquiera.

A continuación les tocó el turno a mis compañeros de viaje, pero era evidente que ellos habían estado más veces en la RDA. En sus bolsas solo había calcetines, ropa interior y un cepillo de dientes. Parecía que no fuesen a quedarse demasiado tiempo. Probablemente solo hasta que terminasen ese asunto turbio de la fotografía.

Por fin los guardias se retiraron. Aun así, el tren tardó todavía un buen rato en volver a ponerse en marcha. Cuando arrancó, un enorme suspiro de alivio recorrió el compartimento.

—No te lo tomes a mal, lo hacen con todos los que llevan mucho equipaje —me explicó el rubio, que había recuperado algo de color—. ¿Conque vas a ver a tu prima? —Sonrió—. ¿Tu prima es tu novia? ¿Por eso tiene un cuerno, porque os casáis entre la familia?

En otra situación, sin duda le habría saltado al cuello. Sin embargo, vi el alivio en su rostro, y yo mismo me sentía también como si me hubieran rescatado del mar después de llevar días en un barco a la deriva. Habíamos pasado la frontera y no habían detenido a nadie.

—No, claro que no es mi prima —contesté, e intenté serenarme—. Es solo que... —Dudé. ¿Podía hablarles a aquellos tipos del pequeño truco de Irma?—. Mi novia solo lo puso en la solicitud porque, si no, habría tardado más en conseguir el permiso.

El semblante del hombre que tenía delante se iluminó como si acabara de acertar los seis números de la lotería.

—Eres legal, chico —dijo, y asintió en dirección a los otros dos.

Durante el resto del trayecto surgió entre nosotros algo así como una conversación. No llegué a saber mucho de mis compañeros de compartimento, pero el rubio, al menos, me desveló que también era de Hamburgo. Luego hablamos de fútbol y, aunque yo no era un gran forofo del hamburgués St. Pauli, comenté con él en qué liga acabaría el club ese año. Por las preferencias futbolísticas de los demás, deduje que eran de Renania, aunque no se les notaba al hablar.

Por fin llegamos a Rostock. Me recordó un poco a Hamburgo, y tuve que volver a pensar que tal vez acabara quedándome a vivir allí.

—Bueno, pues que te vaya bien —dijo el de las mangas de camisa mientras yo bajaba mi petate del portaequipajes, y me puso un paquete de cigarrillos en la mano. En la funda de plástico había un papelito con una serie de cifras—. Si alguna vez necesitas ayuda por tu novia, llama a ese número.

No me dijo por qué podría necesitar ayuda, pero yo estaba seguro de que no lo llamaría.

—¡Buena suerte! —les deseé a los tres, y me dispuse a bajar del vagón.

Ya volvía a estar nervioso, aunque esta vez por un motivo diferente.

Busqué entre la muchedumbre reunida en la estación con la esperanza de ver a mi chica. Al no encontrarla enseguida, sentí pánico. ¿Se había olvidado? Probablemente. ¿Tal vez había tenido que cambiar a última hora el turno en la clínica?

—¡Georg! —exclamó alguien detrás de mí, y todas las dudas se esfumaron como las nubes cuando sopla una brisa fresca.

Allí estaba Irma, con un abrigo claro debajo del que llevaba un vestido de flores. Al volverme, se acercó corriendo a mí, se lanzó a mis brazos y me besó.

Estar con Irma era una delicia, aunque también me di cuenta de lo sobria que era su vida en aquel piso de un edificio antiguo de tres plantas. Muchas casas tenían grandes humedades o presentaban todavía los daños sufridos en la guerra. En la cocina de Irma se veía una larga grieta, las ventanas no ajustaban bien, pero al menos tenía un cuarto de baño en el pasillo.

Fuera, las cosas no eran mucho mejores.

Sin embargo, cuando estaba entre sus brazos todo aquello me daba igual. Podría haber vivido con ella hasta en una cabaña encima de un árbol, o en un barco en el mar Báltico. Si la tenía a ella, no importaba nada más.

Irma parecía sentir lo mismo que yo. Cuando una noche me arrodillé ante ella y le ofrecí el anillo que en realidad había tenido intención de darle muchas semanas antes, se tapó la cara con las manos.

—¿Quieres casarte conmigo? —pregunté. Aunque no tenía ninguna duda de que aceptaría mi proposición, sentía unos nervios terribles.

—Sí —contestó—. Sí, quiero casarme contigo. Pero...

Ese pero me sorprendió un poco. ¿Después de esos días tan maravillosos me daba un sí con un pero?

—¿Pero? —pregunté—. Pero ¿qué?

—Pero ¿cómo lo haremos? —dijo, pensativa, mientras le daba vueltas al anillo en su dedo—. Tú tienes que volver a Hamburgo y yo no puedo irme contigo.

—Podría venirme a vivir aquí —dije como si tal cosa, aunque sabía que no sería tan fácil.

—¿Y qué será de tu barco? ¿Y de tus padres, cuando se hagan mayores y necesiten tu ayuda? Solo tienen un hijo.

En eso llevaba razón, pero en aquel momento no pensaba en lo que pudiera pasar más adelante. Solo quería estar con ella.

—Si nos casamos, ¿no estaría tu lugar conmigo? ¿No tendrían que permitirte salir?

Irma apretó los labios con fuerza y una lágrima cayó por su mejilla. Fue el momento más doloroso de mi vida, y eso que en realidad debería haber sido el más feliz.

—Por desgracia, no es tan sencillo —dijo—. No tengo ni idea de si puede uno

casarse tan fácilmente con alguien de la RFA. El enemigo de clase.

—¿El enemigo de clase? —pregunté, furioso. Pero ¿cómo se atrevían a llamarnos así?

—Eso dicen los funcionarios del Partido. Afirman que tenéis pensado destruir nuestro país. Por eso, en parte, han cerrado la frontera. Dicen que volveréis a llevar el fascismo al poder y que acabaremos teniendo una nueva guerra.

Entonces sí que me puse en pie. ¡Menudo disparate! La rabia brotó enseguida de mi interior. No podía creer nada de todo aquello, y casi lamenté haberle hecho una proposición de matrimonio. Hasta entonces había sido todo tan bonito... ¡Jamás habría imaginado que, llegado ese punto, tendría que enfrentarme a una discusión sobre política!

—¿Y tú te crees lo que os dicen?

La cara me ardía. Me hubiese encantado dar un puñetazo contra algo, pero no quería romper nada de la habitación de Irma, y tampoco asustarla.

—¡No, claro que no me lo creo! —contestó ella, casi un poco indignada y tan furiosa que enseguida lamenté habérselo preguntado—. Si lo hiciera, ¿te habría enviado una invitación? ¡No te imaginas la cantidad de trabas burocráticas que me pusieron! El jefe del hospital y el secretario del Partido me citaron para que les explicara por qué quería invitar a un ciudadano de un Estado enemigo. Te presenté como un primo mío sin saber si podrían comprobarlo de alguna manera. ¿Y, después de eso, me preguntas si creo lo que dicen? No, no lo creo. ¡Creo que eres un hombre decente, Georg Palatin!

A mi Irma le temblaba todo el cuerpo, y yo, tonto de mí, había puesto en entredicho su sano juicio. Me acerqué a ella y la abracé.

—Perdóname, cariño, no sabía todo eso. Te prometo que nunca volveré a pensar que comulgas con sus mentiras.

Me miró con ira durante unos instantes más, pero después suavizó su expresión y me besó.

Los días siguientes estuve a punto de convertirme en ciudadano de la RDA. Mientras Irma se iba a hacer su turno, yo me acerqué a una HO, que era como se llamaban las tiendas de alimentación, e intenté conseguir lo que ella me había escrito en una lista. Me sorprendió lo poco que había y lo deprisa que se acababan los artículos más solicitados. Mientras que en nuestro país las tiendas ya volvían a estar muy bien surtidas, allí las estanterías estaban vacías. Mientras que en nuestras fruterías se podían comprar frutas y verduras de más al sur, allí solo había coles, zanahorias y apio.

Sin embargo, sí tenían lo mínimo indispensable para vivir y, puesto que era consciente de las escaseces que se habían pasado en la guerra, me alegré de que por lo menos volvieran a contar con lo más básico.

Después de esa compra, estuve mucho tiempo dándole vueltas a la cabeza. Nosotros teníamos las tiendas llenas. A veces también faltaba de algo, pero los

vendedores se esforzaban por encargarlo enseguida. ¡Y la impasibilidad de la gente! Nadie rechistaba si no conseguía algo. En lugar de eso, todo el mundo se marchaba con lo que había y regresaba al día siguiente para volver a probar suerte.

Un día llamaron a la puerta del piso de Irma. Al principio no supe qué hacer, pero luego decidí abrir. Ante la puerta me encontré a un hombre con uniforme de cartero. Una de las mangas de su cazadora estaba vacía y enrollada, y supuse que debía de haber perdido un brazo en la guerra. Bajo el brazo sano llevaba un paquete envuelto en papel tosco. El remitente que aparecía escrito en él me resultó conocido.

—Vaya, es usted nuevo aquí —dijo al verme—. Espero que la señorita Irma no se haya ido a vivir a otra parte.

—No, no se preocupe —contesté—. Soy su prometido y he venido unos días de visita.

—Ah, ¿y de dónde es, si me permite la pregunta?

—De Hamburgo —respondí. Me extrañó la rapidez con que el cartero se familiarizó conmigo, pero lo achaqué a que Irma ya lo conocía desde que vivía allí.

—Ajá —dijo el hombre, pensativo, dejó el paquete en el suelo y luego sacó un papel y un bolígrafo que dejó encima de la caja.

Yo estaba tan sorprendido que al principio no supe qué debía hacer.

—¿Sería tan amable de firmar aquí? —me pidió con una sonrisa.

Estupefacto, accedí a su petición. El bolígrafo dejaba algunos borrones, pero él pareció darse por satisfecho. Le entregué el boli y el papel, y entonces el hombre se inclinó hacia mí y, susurrando, dijo:

—Cuídese mucho de la Stasi, joven, y dígaselo también a su prometida. A esos no les gustan los occidentales, así que será mejor que no se lo cuente a nadie más. La Stasi tiene soplones por todas partes, incluso entre personas que no creería posible.

Sus palabras me asustaron bastante. En un primer momento pensé que el hombre no estaba muy bien de la cabeza, pero entonces se acercó a mí más aún, miró un instante a uno y otro lado y prosiguió en voz más baja todavía:

—¡Míreme a mí! Como consideraron que era un saboteador y un traidor a la patria, me enviaron a la prisión de Bautzen y me torturaron. Tanto que tuvieron que amputarme el brazo. Después de tres años, me dejaron libre porque no habían podido probar nada en mi contra; me habían confundido con otro, por lo visto. Y como tenían mala conciencia, me dieron este trabajo. Normalmente no le cuento a nadie nada de esto, todos creen que perdí el brazo en la guerra, pero la señorita Irma es casi algo así como una nieta para mí. Si puede usted, sáquela de aquí, porque si sigue a su lado, no los dejarán tranquilos. Siempre pensarán que quiere usted destruir su precioso socialismo. Y siempre encuentran algún motivo para enviarlo a uno a la cárcel, créame.

Apenas hubo terminado, una puerta se abrió tras él y una señora mayor con una bata de colores y sin mangas salió al pasillo.

—Ah, señor Meyer, sí que había oído bien.

La mujer, a quien yo todavía no había visto durante toda mi estancia, me miró de

la cabeza a los pies y luego le sonrió al cartero.

Tuve un mal presentimiento.

—¡Señora Höfel, cómo me alegro de volver a verla! —le dijo el cartero—. ¿Está mejor de la pierna?

—Según se mire, y según el tiempo que haga —contestó la mujer, pero su mirada no hacía más que dirigirse hacia mí con curiosidad—. ¿Trae algo para mí hoy?

El hombre buscó en su cartera, sacó la carpeta de las cartas y la sujetó contra su pecho. Me fascinó la destreza con que sostenía aquella carpeta con una sola mano y al mismo tiempo revisaba las cartas. Pero más aún me maravilló que no se hubiera derrumbado por completo después del horror que había vivido.

—¡Ah, pues sí que tengo algo para usted! —exclamó, y sacó con el pulgar una carta que le entregó a la mujer—. ¡Espero que sean buenas noticias!

La vecina contempló el sobre y entonces se le iluminó la cara.

—De mi nieta. ¡Muchas gracias!

—¡Hasta mañana, espero! —dijo el cartero, y volvió a guardar la carpeta—. Una mujer muy agradable —dijo entonces, mientras se preparaba ya para marchar—. Por desgracia, no entro muy a menudo en el edificio y casi siempre dejo el correo abajo, en los buzones. Pero hay personas que esperan sus cartas con impaciencia. Eso es lo más bonito de mi profesión.

Me pregunté si la anciana habría oído lo que el hombre había hablado conmigo. Había abierto la puerta en el momento más oportuno, al menos, pero él no parecía tenerle miedo.

—Bueno, pues ¡que le vaya bien! —exclamó, y bajó la escalera.

Yo le deseé lo mismo y me apresuré a entrar con el paquete, que era de la tía de Irma.

La inquietante historia del cartero me estuvo rondando todo el día. ¿Era posible algo así, o aquel hombre solo me había contado embustes?

No, no creía que fuese eso. Nadie mentía sobre un brazo amputado. Todos los veteranos de guerra de Hamburgo relataban con mucha seriedad dónde habían perdido el dedo, la mano, el brazo o la pierna.

Entonces me vino de nuevo a la cabeza aquel extraño encuentro en el tren. Esas conversaciones a las que, por algún motivo, no les había encontrado sentido alguno. El joven que me había dado las gracias por mi ayuda aunque yo solo había comparado dos fotografías. ¿Qué tenían pensado hacer en la RDA? ¿Serían todos ellos agentes occidentales, quizá? ¿Las fotografías serían para hacer pasaportes falsos?

Recordé lo que me había contado mi madre. En el tren en el que viajó aquella vez, un hombre había intentado huir con un pasaporte falsificado, pero los agentes de la Gestapo se habían dado cuenta de que la fotografía de la documentación no era la suya.

¿Tenían pensado aquellos jóvenes algo similar?

Por suerte, Irma llegó pronto y me sacó de mi tiovivo mental. Me alegré mucho de verla, y ella se alegró de haber recibido el paquete.

—¡Ay, qué bien, un paquete del Oeste! —exclamó, dio una palmada y luego me plantó un gran beso que sabía a sus labios y un poquito a desinfectante.

Después se quitó la chaqueta.

—Por desgracia, hoy no tenían café —comenté con tono de disculpa sobre mi compra, que había dejado expuesta en la mesa porque no sabía dónde guardar cada cosa.

—No pasa nada —repuso ella con alegría, y abrió el paquete—. ¡Siempre podemos contar con mi tía! —Y, tras decir eso, sacó un paquetito de café en grano.

En cuanto Irma se puso a prepararlo, el aroma inundó todo el piso.

Los días pasaron volando. Demasiado deprisa, para mi gusto. Habría podido quedarme toda la vida con Irma, pero mi visado expiraba, así que a principios de noviembre tuve que encaminarme hacia la estación central de Rostock.

Sin prestar atención a las demás personas que ya estaban esperando el tren, la estreché entre mis brazos y la besé. Irma se apoyó en mi hombro y se echó a llorar, porque ni ella ni yo sabíamos cuándo podríamos volver a vernos. Me habría gustado aferrarme a cada uno de esos minutos, pero entonces llegó el tren y no pude hacer otra cosa que subirme a él.

Quería hacerme el fuerte, pero ver llorar a Irma en el andén me partió el corazón y me costó horrores contener mis propias lágrimas.

Cuando el tren partió e Irma fue desapareciendo poco a poco de mi vista, ya no lo aguanté más y me puse a llorar con desconsuelo.

La anciana que estaba sentada delante de mí me ofreció un pañuelo cuidadosamente planchado.

—Ay, pobrecillo, qué bonito debe de ser estar tan enamorado. Pero, créame, su muchacha lo esperará, téngalo por seguro. Los hombres que son capaces de llorar tienen buen corazón.

Fue muy amable por su parte, pero en aquel momento no me vi capaz de apreciar sus palabras como era debido. Le acepté el pañuelo con gratitud y después, aunque mi padre siempre había intentado inculcarme que los hombres no lloraban, me entregué por entero a mi dolor.

En algún momento llegó el paso de la frontera y volví a recuperar la compostura.

Esta vez, el control de pasaportes se desarrolló sin contratiempos, quizá también porque no tenía conmigo en el compartimento a ningún personaje aventurero.

Sin embargo, apenas dejamos la frontera atrás, sentí que me invadía la desesperación. Aquel paso fronterizo me parecía algo definitivo. ¿Cuándo volvería a ver a mi prometida?

¿Qué debía hacer?

No podía dejar sola a mi pobre Irma en aquel país. No después de lo que me había contado el cartero y de haber presenciado yo mismo las condiciones de vida.

No dejaba de darle vueltas a cómo sacarla de Rostock. Entonces recordé el paquete de cigarrillos. Lo tenía en el fondo de mi petate y todavía quedaban tres cigarrillos dentro. Mientras estaba con Irma no lo había abierto, porque ella consideraba que fumar era perjudicial. La nota seguía en la funda.

La saqué y me la quedé mirando, pensativo. ¿Qué clase de jóvenes eran aquellos? En casa de Irma había oído por la radio que de vez en cuando se producía algún intento de romper el «Muro de Protección Antifascista», sobre todo en Berlín.

Decidí que llamaría a ese número en cuanto volviera a estar en casa.

Cuando me apeé del tren en Hamburgo ya era de noche. Me sentía como un contenedor marítimo vacío. Sin Irma, era como si alguien me hubiese arrancado un órgano vital del cuerpo.

Pasé por delante de un teléfono público. Por suerte, era uno de los modernos, en los que ya no había que pedirle conexión a la telefonista.

Aquel papel parecía arderme en el bolsillo. ¿Qué mal hacía llamando a ese número? El joven me había ofrecido ayuda si necesitaba algo para mi novia. Y yo necesitaba ayuda.

De modo que eché las monedas que me quedaban en las ranuras correspondientes y marqué el número.

La conexión tardó un rato en establecerse, después sonó el tono de llamada. Sentí que me latía el corazón en la garganta. ¿Por dónde empezaba? ¿Y si esos hombres resultaban ser criminales? ¿Cómo podrían ayudarme?

Entonces descolgaron al fin.

—Becker, diga —masculló una voz masculina. La reconocí como la del joven que me había dado el número.

—Soy el hombre del tren, al que le diste tu número de teléfono.

Silencio al otro lado. El joven debía de estar pensando con quién se había encontrado y en qué tren.

—El capitán —dije para ayudarle a recordar.

—¡Ah, el hombre de Hamburgo con mirada dura! —repuso, y se echó a reír—. ¿Qué puedo hacer por ti, amigo?

—Di..., dijiste que podía llamarte si alguna vez necesitaba ayuda.

—Sí, eso dije, y lo dije muy en serio.

—Bueno, pues me parece que ahora la necesito —repuse—. Quiero sacar a alguien de la RDA. —Siguió un silencio. Tal vez aquel hombre estaba a punto de reírse de mí, pero valía la pena intentarlo.

—¿Y crees que yo podría conseguirlo? —preguntó.

Empezó a arderme la cabeza.

—Bueno, teníais esa foto... Seguro que era para un pasaporte falso, ¿verdad?

De nuevo silencio por parte de mi interlocutor.

—Lo que quieres hacer es un asunto peligroso. Ven mañana a las cinco de la tarde a la iglesia de San Miguel y allí lo hablaremos todo.

—Está bien, yo...

Pero ya había colgado.

Me quedé mirando un buen rato el auricular, luego lo dejé de nuevo en la horquilla. ¿De verdad debía presentarme al día siguiente a las cinco en San Miguel? ¿Y si esos hombres no eran trigo limpio e incluso los buscaban las autoridades?

Desconcertado, seguí tambaleándome hasta llegar a mi casa. Solo podía pensar en Irma y, mientras me aferraba al recuerdo de sus brazos y su cuerpo, caí en un sueño profundo.

El viento soplaba con un frío húmedo que me atravesaba la cazadora. En vano busqué un lugar donde resguardarme un poco. No parecía haber ninguno, la brisa azotaba constantemente.

A pesar del mal tiempo, a esa hora había mucho ajeteo en la plaza de San Miguel. A mi alrededor pasaba gente a toda prisa con el cuello del abrigo levantado. Yo tenía las manos muy hundidas en los bolsillos de la cazadora y no dejaba de buscar a ese tal Becker. ¿De qué lado vendría? Consulté el reloj. Ya casi eran las cinco.

Me apoyé en la pared y dejé pasear la mirada. Por encima de mí, las campanas empezaron a tañer la hora y seguía sin ver a aquel hombre por ninguna parte. ¿Se había retrasado, o había cambiado de opinión?

Justo cuando las campanadas dejaron de sonar, una figura se acercó a mí. Llevaba una cazadora tosca que le llegaba hasta media pierna y el pelo le tapaba las orejas, pero cuando alzó la cara reconocí al joven del compartimento del tren. Me miró con crudeza.

¿Tenía eso que ver conmigo, o quizá había ocurrido algo?

Me ofreció una mano.

—Me alegro de volver a verte. Ni siquiera te he preguntado aún por tu nombre.

—Palatin —dije—. Georg Palatin.

—Stefan Becker. —Sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo y me ofreció un cigarrillo. Exhaló el humo en el húmedo aire de noviembre y luego preguntó—: ¿O sea que quieres sacar a alguien de la RDA?

Asentí.

—A mi prometida.

—¿Ya sabe la suerte que tiene?

—¿Por ser mi prometida o porque quiero sacarla de la RDA? —repliqué, tras lo cual Becker me dio unas palmadas en el hombro y se echó a reír.

—Pareces un tipo legal, amigo. Por supuesto que me refería a salir de la RDA. ¿Ya has hablado con ella de esto?

—No, la idea se me ha ocurrido a mí. —El humo me ardía en los pulmones—. Volví a encontrar tu número de teléfono y pensé en esas fotos que me enseñaste. Para que juzgase si los dos hombres se parecían.

—Me acuerdo. Mis amigos casi me linchan por ello —explicó—. Pensaban que podías tener contactos en la Stasi.

Esa palabra me provocó un escalofrío en la espalda.

—No, ¿qué te has creído? Si no, no te habría llamado, ¿verdad?

—Pues sí, precisamente si trabajases para la Stasi habrías llamado —contestó el otro—. Pero no creo que sea así. A uno de los suyos lo habrían tratado de otra forma en el paso fronterizo, no habrían husmeado tanto entre sus cosas. Además, tenías un pasaporte occidental, lo vi de lejos.

—Dime —pedí, y bajé la voz. La gente pasaba a nuestro lado sin prestarnos atención, pero nunca se sabía si alguien podía estar escuchando—. ¿Sois agentes o algo así?

—¿Qué? ¿Agentes? —Becker sacudió la cabeza—. Pero ¿qué dices? No, somos estudiantes que de vez en cuando hacemos algún encargo al otro lado. —Me miró un momento, sus ojos se clavaron en los míos varios segundos.

—Traéis a gente de allí, ¿no? —pregunté lleno de esperanza—. Las fotos tenían algo que ver con eso.

—Será mejor no lo digas en voz alta, ni siquiera a tu prometida.

—¿Es que no es verdad?

Becker miró a un lado como si pensara que lo estaban vigilando. Después añadió:

—Traemos a gente de allí, es verdad. Empezamos con compañeros estudiantes, ahora lo hacemos también con otros.

—¿Y cobráis dinero por ello? —No podía imaginarme que se pusieran en semejante peligro a cambio de nada.

—¡No! Pero ¿qué te piensas? Lo hacemos porque no queremos que los rusos encierren a nuestros compatriotas.

La cabeza me ardía de excitación.

—¿Y cómo lo hacéis? ¿Lo de sacarlos de allí?

—Solemos buscar a alguien que se parezca a la persona que quiere salir y le preguntamos si se prestaría a ser nuestro hombre de paja. Con ese hombre de paja cruzamos la frontera, vamos al encuentro del hombre en cuestión y volvemos a cruzar con él. Por eso es importante que se parezca mucho a la fotografía del pasaporte. El hombre que dejamos atrás se presenta en la Policía y dice que ha perdido los papeles. Casi siempre lo vuelven a enviar a casa tras un breve interrogatorio.

—¿Y no se dan cuenta?

—Depende mucho. Después de estar a punto de perder a nuestro último hombre, dejaremos descansar el truco durante una temporada.

—¿Y ahora cómo lo hacéis?

—Todavía no lo sabemos muy bien. —Me miró un buen rato—. Pero creo que

aquí veo una posibilidad.

—¿Una posibilidad? —¿A qué se refería?

—Dijiste que tienes un barco, ¿cierto?

—Lo tengo, sí.

—¿Y has salido a navegar con él en alta mar? Quiero decir, si sabes manejarlo bien.

—Por supuesto que sé. ¿Por qué tendría un barco, si no?

Becker se lo pensó un rato y, mientras tanto, iba dando caladas a su cigarrillo.

—Verás, es solo una idea. ¿Qué te parecería ir a buscar a tu chica en barco?

Arrugué la frente. Aquello era bastante mala idea, porque seguro que las aguas territoriales de la RDA estaban bajo una vigilancia tan estricta como la frontera terrestre.

—Pero mi barco está aquí, en el puerto —objeté—. Aunque cruzara el canal de Kiel y navegara hasta Rostock, no podría recoger tan fácilmente a mi chica, porque seguro que no la dejarán entrar en la zona portuaria. Están siempre alerta.

Becker seguía dándole vueltas. Entretanto, a mí se me había apagado el cigarrillo entre los dedos porque no le había dado ninguna calada más. Por dentro temblaba de frío, pero también de nerviosismo. La idea de ir a buscar a Irma en mi barco me gustaba, pero a la vez tenía muy claro que sabía demasiado poco sobre las costumbres de los puertos en la zona soviética. Si los guardias fronterizos se daban cuenta de que quería largarme de allí con ella, nos dispararían a ambos. De eso sí estaba convencido.

—¿Y si no recoges a tu chica en el puerto, sino en alta mar? —me preguntó el contacto entonces—. Ella podría salir a tu encuentro en una barca.

—Eso es demasiado peligroso —contesté—. En el Báltico hay unas marejadas muy fuertes. Si zozobra, se ahogaría. Además, seguro que no se atreve a salir remando.

—¿Y si hubiera otros con ella? ¿Otros que tal vez tengan una lancha a motor? ¿O un velero? ¿Y si hubiera más personas? No tendrías ni que acercarte a la costa, los fugitivos saldrían a tu encuentro.

La cabeza de Becker parecía ir a toda velocidad. Tiró al suelo el cigarrillo y lo pisó con el tacón mientras seguía pensando.

—He oído decir que hay gente que se ha echado a nadar en el Báltico con la esperanza de encontrar algún pesquero danés...

—Mi barco es un pesquero —dije.

La idea de que Irma tuviera que hacerse a la mar en el Báltico flotando en un cascarón de nuez seguía sin agradarme, pero tampoco tenía una propuesta mejor.

—Bueno, pues ¡de maravilla! Entonces podrá hacer frente al oleaje. —Mi interlocutor volvió a sumergirse en reflexiones profundas—. Tengo que idear todo el plan —dijo luego con expresión de impaciencia—. Volveremos a vernos aquí dentro de una semana. Tal vez para entonces ya pueda darte más detalles.

Después de eso, nos despedimos. Becker desapareció entre la multitud en un momento en que yo aparté la mirada, y ya no fui capaz de localizarlo.

Los días hasta la siguiente cita pasaron muy despacio, pero al fin Becker y yo volvimos a encontrarnos. Esta vez, su rostro estaba tan resplandeciente como una clara tarde de noviembre.

—Lo tengo todo preparado —me anunció—. Ahora ya solo nos falta encargarnos de que lleven a la gente hasta ti. Por lo que parece, podrás ayudar a tu chica junto a otros tres fugitivos. ¿Lo harás?

Dudé. En realidad, aparte de a mi Irma no quería traer a nadie más. Sin embargo, comprendí que Stefan Becker quería una compensación, y sabía que sin su ayuda no podría conseguir nada.

—Sí, claro —respondí por tanto.

Al oírlo, Becker me tendió la mano.

—Muy bien, trato hecho. En los próximos días te daré instrucciones más precisas. ¿Quieres decírselo tú mismo a tu prometida, o nos encargamos nosotros?

—¿Sería muy peligroso si la llamo? —pregunté con inseguridad. No sabía quién podría estar escuchando, sobre todo porque ella no tenía teléfono propio y tendría que ir a casa de la vecina.

—Muy peligroso, sí —respondió Becker—. Es probable que el teléfono que usa esté pinchado. Lo mejor será que nos des la dirección y un mensaje para ella, y nosotros se lo llevaremos. Conocemos a nuestra gente de aquel lado y sabemos a quién tenemos que evitar. Le pediremos que te escriba una respuesta y te la traeremos a nuestra vuelta.

—Está bien —accedí, aunque todavía no estaba del todo convencido.

¿Y si la detenían? ¿Y si Irma no quería arriesgarse? Cuando estuve con ella, no habíamos hablado de ninguna fuga. ¿Qué haría yo si ella no quería dejar Rostock? ¿Y si esos hombres le daban un susto de muerte y creía que eran de la Stasi? ¿Si pudiera ponerme en contacto con ella y prepararla para lo que estaba por venir...!

No obstante, Becker desapareció de allí sin saber las dudas que me corroían por dentro. Al final también yo me marché, porque debía aprovechar la noche para escribirle a Irma una carta en la que se lo contara todo.

Empezaron entonces los días de incertidumbre. Había logrado escribir una carta, pero ¿creería Irma que era mía de verdad? Por seguridad, mencioné un par de cosas que solo nosotros dos sabíamos. Pero ¿permitiría siquiera que se le acercasen aquellos hombres?

Mientras reflexionaba sobre todo ello, caí en una zozobra emocional. Estaba asustado, no podía dormir de tantas vueltas que le daba a las cosas y me movía de un lado a otro de la cama. A mis padres no podía confiarles nada, todavía seguían enfadados porque me había marchado a la RDA sin decirles nada. Y mis amigos... ¿Comprenderían lo que me estaba ocurriendo?

Como aún no había conseguido un nuevo trabajo, me dediqué a hacer arreglos en el barco. En invierno nadie quería salir de excursión, así que puse a punto todo lo que pude.

Entonces, un día poco antes de Navidad, volví a reunirme con Becker. Me dio una carta que se veía que estaba muy sobada después de tan largo viaje. Él, o alguno de sus amigos, debía de haberla llevado pegada al cuerpo para impedir que la Stasi la abriera. Era bastante gruesa, como si Irma hubiese tenido que escribir páginas enteras sobre lo que sentía su corazón. Empecé a tener miedo. ¿Y si cortaba conmigo?

Tanteé el sobre, pero no noté nada que me indicara que en él me devolvía el anillo de compromiso.

Becker me concedió algo de tiempo para abrir la carta y leerla. Saqué las hojas con dedos temblorosos. La mayoría estaban vacías o eran papel de periódico, pero entre todas ellas encontré dos páginas con la caligrafía de Irma.

Me comunicaba que lo que pretendía hacer era un completo disparate y muy peligroso. Yo estaba ya al borde de la desesperación cuando llegué a la siguiente frase: «Pero, porque te quiero, participaré en esta locura. ¡Y ay de ti como no vengas a buscarme!».

Apreté la carta contra mi corazón. ¡Esa era mi Irma! Y me sentí más feliz aún porque escribía que me quería.

—La semana que viene —dijo Becker, y me dio un papel que debía de contener los datos exactos que me había prometido—. Prepara el barco lo mejor que puedas.

Los únicos a quienes les desvelé algo fueron mis dos mejores amigos. Necesitaba una pequeña tripulación en el barco porque, evidentemente, no podía ocuparme a la vez del timón y de ayudar a los fugitivos a subir por la escala de gato.

Uwe se entusiasmó enseguida.

—Pues claro que iré contigo. Será divertido que nos persigan los guardacostas.

—¿Divertido?

—Bueno, ya sabes. Algo diferente, para variar. Además, si lo piensas bien, en realidad ellos no pueden cruzar a nuestro lado. ¡Lo conseguiremos!

Horst se mostró un poco más escéptico, pero también me dio su apoyo.

Un par de días después partimos en dirección a Brunsbüttel, desde donde queríamos entrar en el canal de Kiel.

El tiempo no estaba precisamente de nuestra parte. Había niebla, y comprendí que yo todavía era bastante inexperto al timón de mi barco. Descender por el Elba era muy diferente a navegar por el puerto de Hamburgo. Sin embargo, poco a poco fui ganando seguridad. También me fue muy bien tener a mis amigos conmigo; impedían que le diera demasiadas vueltas a la cabeza y, cuando ninguna otra cosa funcionaba, me hablaban de lo que teníamos por delante.

A última hora de la tarde de ese mismo día llegamos a Brunsbüttel y entramos en el canal. La niebla era espesísima, pero ¿qué podía esperarse con tanta agua bajo

nosotros?

Tumbado en el catre tras mi guardia, pensé en Irma. ¿Cómo se sentiría ahora que faltaba tan poco para su huida? ¿Tendría miedo?

Era una verdadera lástima que no pudiera estar con ella, que no pudiera decirle que todo terminaría bien.

Aunque... ¿terminaría bien? La inquietud de siempre volvió a brotar en mi interior. ¿Y si pasaba algo con la barca, o los guardias fronterizos descubrían a los fugitivos? ¡Eso, por no pensar que Irma me castigaría sin duda por mi locura!

Pero entonces volví a recuperar el control. Becker había prometido ponerse en contacto por radio conmigo a través de una frecuencia que los guardias fronterizos no podían oír.

¡Lo sacaríamos adelante!

Varias horas después, al rayar el alba, entramos en el mar Báltico. Por el camino nos habíamos cruzado con numerosas embarcaciones de carga y un buque holandés que tocó la bocina a modo de saludo aunque no nos conocía.

Llegamos muy temprano. Demasiado, porque la acción no se produciría hasta la noche. Así que entramos en el puerto de Timmendorfer Strand y nos permitimos el lujo de tomarnos un té caliente en una cafetería, además de un buen desayuno.

Aunque todo estaba delicioso, poco después sentí como una piedra en el estómago. Mis pensamientos no hacían más que girar en torno a Irma. A esas horas debía de estar en el hospital. ¡Ojalá no le endilgaran otro turno! ¿Estaría tranquila, o le temblarían las manos? ¿Notarían algo sus compañeros al verla? ¿Estaría vigilada desde hacía tiempo, quizá?

Miré el reloj de la cafetería. El tiempo pasaba muy despacio. ¿Por qué no puede ser ya de noche?, pensaba yo.

En algún momento salimos del establecimiento y nos pusimos a recorrer el paseo de la playa sin ningún plan. El viento era fuerte y el mar estaba frío y desafiante. Las gaviotas aleteaban por encima de las coronas de espuma de las olas. Miré hacia el gris deslavazado del horizonte. Allá, en algún lugar, estaba mi Irma. Esperaba que no cambiase de opinión en el último momento.

Cuando por fin llegó la hora, nos reunimos en el barco. Becker había dicho que se pondría en contacto por radio en cuanto hubiese reunido a todos los fugitivos, porque no iba a llevarme solo a Irma. Aquella noche cargaría con la responsabilidad de tres personas más, una mujer y dos hombres.

Zarpamos hacia el Báltico e intentamos circunnavegar el punto acordado. Junto con la altura de las olas crecía también mi preocupación. Esperaba que la barca de Becker fuese lo bastante estable. Esperaba que no zozobrase. Rescatar a alguien del agua con una marejada como esa resultaría casi imposible.

El embate de las olas suscitó en mí una pregunta más. ¿Cómo conseguiríamos subirlos a bordo sanos y salvos? Mientras planeábamos la travesía, no habíamos podido prever qué tiempo haría.

Las horas volvían a pasar despacio. Se hizo de noche. Nunca antes había experimentado una oscuridad tan negra. Ni siquiera la luna conseguía enviar un poco de luz a través de las espesas nubes.

Al fin llegó el mensaje por radio. Nos sobresaltamos al oír el ruido de las interferencias seguido inmediatamente por unas palabras. Uwe se colocó enseguida los auriculares y se puso a ello.

—Están por aquí cerca y te esperan.

Estaban a una corta distancia de las coordenadas convenidas. Resultó que tanto Becker como sus amigos no solo sabían cómo sacar a personas en secreto, también tenían cierto conocimiento de los mapas marítimos.

Hice virar mi pesquero con cautela y me acerqué al punto señalado.

Con la neblina espesa que había ahí fuera, ¡tenía que ser muy cuidadoso para no embestir la barca!

—¡Mira, ahí! —exclamó Horst, al que le había pedido que tuviera los ojos muy abiertos—. ¡Una luz!

Reduje la marcha del motor y entonces también yo vi un pequeño punto de luz clara a estribor. Detuve el barco y encendí la luz de cubierta. No tenía ni idea de si ya nos encontrábamos en aguas territoriales soviéticas o no. Aunque en ese momento me importaba bien poco, porque en aquella barca de ahí delante estaba Irma, y yo solo tenía que encargarme de subirla a ella y a los demás a bordo.

Le pasé el timón a Horst y salí corriendo con Uwe. Fuera, desenrollé la escala de gato. No pude ver nada hasta que la barca apareció en el resplandor que emitía nuestra luz. Era una vieja lancha a motor con capacidad para cinco personas y una radio.

Entre las figuras que intuía en ella no encontraba a Irma, así que les grité que fuesen subiendo de uno en uno.

La primera en encaramarse a la escala fue una mujer, lo supe por la forma que tenía de trepar. Llevaba unos pantalones recios y una cazadora gruesa, el pelo se lo había recogido bajo una gorra de marinero.

Cuando le ayudé a subir a bordo, vi enseguida que no era Irma. Seguramente sería la siguiente, también envuelta en ropa gruesa.

Y, en efecto, nada más tocar su mano supe que era ella. A punto estuve de subirla a pulso a cubierta, la estreché con fuerza y la besé. Le temblaba todo el cuerpo y estaba llorando.

—Está bien, está todo bien, ya estás conmigo —susurré con la cara hundida en su pelo, al borde de las lágrimas yo también.

Sin embargo, todavía no había tiempo para eso. Los dos hombres subieron a bordo. También ellos estaban helados y con los nervios a flor de piel. Uwe se los llevó a los cuatro a la cabina de pasajeros, donde quedarían a resguardo del viento. Habíamos llevado termos de café para que pudieran entrar en calor.

—¿Queréis venir vosotros también? —exclamé en dirección a Becker y su amigo, pero sacudieron la cabeza.

—No, saldremos de la RDA igual que hemos entrado. Cualquier otra cosa levantaría demasiadas sospechas. ¡Hasta pronto, nos vemos en Hamburgo! Será mejor que os larguéis enseguida. —Dicho eso, dieron media vuelta.

Los seguí un instante con la mirada, después entré otra vez en la cabina del timón. Si estábamos en aguas territoriales enemigas, debíamos largarnos de allí lo antes posible.

No fue hasta que llegó el alba y estuve seguro de que nos encontrábamos a poca distancia de Timmendorfer Strand cuando volví a cederle el timón a Horst y me fui a ver a los pasajeros. Mi bienvenida a Irma me había sabido a poco, pero ahora tenía tiempo para compensárselo.

Mientras tanto, los fugitivos se habían quitado un par de prendas de ropa. No quería ni pensar qué habría sucedido si se hubieran caído al agua, pero conseguí reprimir esas ideas, ya que no había pasado nada de eso.

—¡Aquí está nuestro salvador! —exclamó uno de los hombres, que entonces se presentó como Hans Grunau.

Él y su mujer, Rosemarie, eran médicos; el otro hombre, Peter Thoms, era constructor de barcos y había quedado marcado por la contienda bélica y por haber sido prisionero de guerra después.

—Bajo ningún concepto quería vivir en un país que está ocupado por esos cerdos —masculló con tono sombrío.

También el matrimonio de médicos tenía un buen motivo. En las protestas de 1953 los habían aporreado y detenido. Los habían encerrado y, tras liberarlos, les retiraron el permiso para ejercer la medicina. Después de eso habían trabajado en la agricultura, pero no era la clase de vida que deseaban.

—La perspectiva de morir en el mar no era tan terrible como la de pasar la vida entera sin poder ejercer aquello que se ha estudiado —dijo Rosemarie con una sonrisa de alivio.

Mi Irma había huido simplemente por amor. Aunque se le notaba que había sido una noche horrible para ella, le brillaban los ojos. Y cuando me tomó la mano y apretó con delicadeza, no solo supe que había hecho lo correcto, sino que volvería a hacerlo cuantas veces hiciera falta.

Dos días después llegamos a Hamburgo. Mientras los otros refugiados seguían viaje en dirección al campo de acogida provisional de Uelzen, yo aproveché la ocasión para presentarles a Irma a mis padres. Me sentía un poco escéptico, pensaba que mi padre me pondría las mismas pegas que cuando me compré el barco.

Sin embargo, al explicarle cómo había traído a Irma cruzando el Báltico, me llevó aparte y me susurró:

—Has hecho una buena adquisición. Con el barco y con la chica.

—Pues sí, así fue como ocurrió —dijo Palatin para terminar su historia—. Nunca he lamentado ninguna de mis decisiones. Ni siquiera cuando la Stasi se cernía sobre mí como un ángel de la muerte. Como pueden ver, no lograron atraparme.

A sus palabras les siguió un silencio. Tampoco dijo nada Irma Palatin, que desde el marco de la puerta nos avisó de que la comida estaba lista. Cuando miré a un lado, vi que se secaba unas lágrimas del rabillo del ojo con disimulo.

Menuda historia. ¡Menudo amor! ¿Habría tenido yo el valor de arriesgarlo todo para ir a buscar a Jan al otro lado de la frontera?

No, no es una buena comparación, me dije, y miré hacia Christian, que también se había quedado conmovido por el relato.

—Lo cual es una suerte —intervino Irma Palatin, que se acercó a él y le dio un beso—. Si no, ahora no podrías comerte el asado que he hecho.

La historia siguió resonando en nuestro interior durante un buen rato.

—Si quieres, después puedes venir conmigo a ver mi jardín —le dijo la señora Palatin a Leonie cuando terminamos de comer—. La oferta va dirigida a todos, por supuesto.

—Entonces estaré encantado de apuntarme —repuso Christian sonriendo mientras dejaba la servilleta junto al plato—. Ha sido todo un festín, señora Palatin.

Ella hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Ay, si no ha sido nada.

—Es muy modesta —explicó su marido—, pero sabe muy bien que es su comida la que me mantiene con vida desde hace años. Y ella misma. No sé qué haría sin ella.

Asentí con la cabeza y, cuando Christian salió al jardín con Leonie y la señora Palatin, dije:

—Mi padre ha encontrado impactos de bala en el casco del barco. ¿Tal vez llegó a enfrentarse usted a la guardia fronteriza?

—¡Sí! ¡Ya lo creo! Nos dispararon en una travesía que casi acabó en desastre. Por suerte, ya estábamos demasiado lejos y habíamos vuelto a entrar en aguas territoriales de la Alemania Federal. A uno de los jóvenes que había transportado a los fugitivos hasta el barco, lamentablemente, lo pillaron. Lo estuvieron torturando hasta que cantó quiénes eran sus compañeros. También mencionó mi nombre.

Me lo quedé mirando con espanto.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Una noche, cuando volvía a casa, una mujer de una casa vecina se me acercó. Me dijo que dos hombres extraños habían estado en el barrio preguntando por mi mujer y por mí. Dijo que ya se habían marchado, pero que se habían pasado toda la tarde deambulando alrededor de la casa. De inmediato fui a buscar a Irma al hospital.

Entonces trabajaba en Eppendorf, fui a la sala de enfermeras de la unidad y le dije que teníamos que desaparecer enseguida porque la Stasi iba detrás de nosotros. Por suerte, Irma no dudó ni un instante de lo que le decía. Mientras ella aún estaba acabando su turno, yo organicé un par de cosas y conseguí un coche. El barco no quería llevármelo, era demasiado arriesgado. Luego fui a buscarla al hospital y nos marchamos a Timmendorfer Strand, donde se había ido a vivir Siegfried, mi antiguo compañero de trabajo. Al enterarse de lo que ocurría, nos dejó quedarnos en su casa. Irma pidió una baja por enfermedad y yo le rogué a la vecina que no dejara entrar a nadie en nuestra casa.

—¿Y cómo acabó la cosa?

—Acudí a la Policía y en algún momento los espías de la Stasi se rindieron. Pero a mí, de todas formas, seguía pareciéndome poco seguro quedarnos en Hamburgo. En una gran ciudad es fácil matar a alguien; dos asesinatos no llamarían demasiado la atención. Así que decidí trasladarme con mi barco a Timmendorfer Strand y darle un nuevo nombre.

—*Rosa del Viento*.

—Exacto, *Rosa del Viento*. Por los temporales a los que se había enfrentado y porque la rosa, en la antigua Roma, se consideraba un símbolo de discreción. Eso lo sé por mi Irma.

Sonrió para sí y se quedó un instante absorto en sus pensamientos.

—Al final resultó que la decisión de venirnos a Timmendorfer Strand fue la correcta. Aquí trabajé en el pequeño astillero, e Irma encontró un puesto en una clínica terapéutica de los alrededores. Y ese asunto de que la gente de la Stasi fuera tras nosotros acabó por animarme a hacer algo más. ¿Por qué no arrebatármelos a más personas a esos cerdos? A esas alturas yo había leído que los soviéticos camuflaban sus propios barcos como embarcaciones occidentales. Creyendo que alcanzaban la libertad, los fugitivos caían directos en la trampa. Decían que, una vez, un capitán de la RDA incluso intentó matar a unos fugitivos con la hélice de su barco. Todo aquello me enfurecía tanto que empecé a recoger a personas cada vez que mis contactos preparaban una huida. Ellos venían a mi encuentro en una barca, yo subía a la gente a bordo y desaparecía con ellos.

—¿No recordará a esa Lea, la que escribió la carta? —pregunté, porque era una incógnita que seguía carcomiéndome por dentro.

Georg Palatin me lanzó una mirada escrutadora.

—¿No sería mejor que ella misma le contara su historia? Yo solo fui testigo de un breve fragmento de su vida. A veces, para comprender mejor los actos de una persona, es necesario conocer todo el trasfondo. Desde luego que podría decirle lo que decidió hacer, pero para comprender esa decisión debe usted saber qué la llevó a ello.

—En eso tal vez tenga razón, pero me temo que no podré encontrarla.

—¿Por qué no? ¿Lo ha intentado ya?

—Sí, en foros sobre la antigua RDA. Existen servicios para que los antiguos

fugitivos intercambien información. En todo caso, no sé si alguien se reconocerá en mi anuncio. Por el momento no ha habido ninguna reacción y, aparte de la carta, no cuento con nada más. Ni siquiera sé dónde vive, y publicar un anuncio en todos los diarios de Alemania se comería el presupuesto que necesito para el nuevo motor del *Rosa del Viento*. Por eso esperaba que pudiera contarme usted algo de ella.

—Está bien, entonces no seré malo —repuso Palatin—. A esa mujer, Lea, la tuve en mi barco en el año 1975. Había salido de Ahrenshoop, pero, según me dijo, originariamente era de Schwedt. Su apellido, por entonces, era Paulsen. En realidad yo prefería no conocer los nombres de mis pasajeros, pero, por extraño que parezca, todos ellos se ponían a hablar por los codos en cuanto pasábamos la frontera, y en la siguiente ocasión yo zarpaba con una sensación desagradable en el estómago, porque no sabía si resistiría la tortura de la Stasi en caso de que me pillaran.

—Pero nunca lo atraparon.

—No, el buen Dios siempre lo impidió. Y me alegro de que ahora todo eso haya acabado.

Me tomó de las manos. Tenía los dedos fríos y suaves. Costaba creer que en aquella época tuviera suficiente fuerza para agarrar con firmeza un timón.

—Dele un buen uso al barco y, por mí, cuente también su historia. Pero recuerde siempre una cosa: yo no quiero ser un héroe. Solo soy un viejo que hizo lo que tenía que hacer. Llevé a esa gente al otro lado de la frontera, nada menos, pero nada más que eso. Los verdaderos héroes fueron esas personas que quisieron huir del sistema, que pusieron en peligro su vida, y en parte también la de su familia, para llegar hasta mi barco.

—Y no nos olvidemos de los contactos.

—Sí, de ningún modo debe olvidarlos, porque sin su apoyo no habríamos conseguido nada en absoluto. Hay que estar hecho de una pasta especial para ayudar a otros a alcanzar la libertad y quedarse uno allí para poder seguir sacando a más personas. —Palatin me sonrió—. El joven de ahí fuera parece haberse convertido en un buen hombre, a pesar de todo lo que vivió.

—Sí, yo también lo creo —repuse, y miré por la ventana.

Christian le estaba explicando algo a Leonie junto al seto. ¿Habían encontrado caracoles, arañas, saltamontes?

—Bueno, tal vez deberíamos salir también nosotros dos un rato al sol, ¿no le parece? —propuso Palatin entonces, y quitó el freno a su silla de ruedas.

—No es necesario, ya puedo —dijo cuando corrí a levantarme para ayudarlo—. Tampoco dejo que Irma me ayude; al menos, mientras pueda yo solo. Después del ictus tuve que hacerme amigo de este vehículo, y creo que lo he conseguido con creces.

Por la tarde nos despedimos de los Palatin con la promesa de invitarlos cuando el *Rosa del Viento* volviera a la mar.

Irma Palatin nos dio tantos restos de comida y de tarta que casi no tendríamos que

comer otra cosa en lo que quedaba del fin de semana.

Saciada, satisfecha y llena de ideas, iba sentada junto a Christian, que conducía su coche por la autopista con seguridad.

Había conseguido los indicios que necesitaba. Lea Paulsen. Salida hacia la libertad desde Ahrenshoop. Un hombre llamado Bob. Año 1975. Y un barco llamado *Rosa del Viento*.

Era posible que existieran varias Lea Paulsen, pero solo una tendría una historia como la de «mi» Lea.

Con eso ya podía ponerme en marcha.

Por suerte no encontramos mucho tráfico en la autopista y, cuando cruzamos el dique de Rügen, ya solo se veía una franja de luz solar, roja y ardiente, por encima de las torres de Stralsund.

Poco después llegamos a Binz. Christian enfiló con el coche la carretera que llevaba a nuestra casa.

—¿Y ese quién es? —preguntó extrañado al detenerse junto a la valla.

En el banco de jardín que había junto a la casa estaba sentado Jan. Al ver el coche, se levantó y se acercó a la verja.

Maldita sea, ¿es que iba a presentarse allí todos los fines de semana? Pensé en la llamada que no había contestado. Debía de haberme querido anunciar su visita.

—Es mi exmarido —contesté, y miré hacia atrás. Leonie estaba tan cansada que ni siquiera se había dado cuenta de que habíamos llegado—. Y no tengo ni idea de qué quiere de mí.

—Yo sí —repuso Christian, y miró al asiento de atrás—. ¿Prefieres que me marche ya?

En realidad había pensado terminar ese día tan bonito acurrucada junto a su cuerpo, y de pronto Jan se interponía entre ambos.

Pero, eh, ¿por qué no le presentaba a Jan los hechos consumados? ¿Por qué no le mostraba que en mi vida había un nuevo hombre? Al fin y al cabo, él no había tenido ningún reparo en que yo descubriera quiénes eran las mujeres de su vida.

—No, baja conmigo. No hay ningún motivo por el que no deba presentarte.

Decidida, me desabroché el cinturón de seguridad y abrí la puerta.

—¡Buenas tardes! —exclamó Jan—. Espero no molestar.

—¿Qué pasa? —pregunté sin rodeos, y oí cómo Christian cerraba su puerta detrás de mí.

Jan estaba algo raro, como si hubiese bebido demasiado, así que me alegré de que Christian se hubiese quedado conmigo.

—¿Y ese quién es? ¿Tu nuevo ligue?

Miró a Christian de la cabeza a los pies. No quedaba ni rastro de su contrición de las últimas semanas. ¿Le habría comunicado el médico que ya no estaba enfermo?

—Sí, el mismo. Christian Merten. Christian, este es Jan Wegner, mi exmarido. — Me resultó extraño pronunciar ese apellido que antes había sido también el mío y al

que había renunciado tras el divorcio.

Christian alargó una mano. Vi cómo se tensaba su cuerpo y le indiqué con la mirada que estuviera tranquilo. Después miré a Jan con una advertencia que él, tal como comprobé, entendió.

La tensión entre Christian y mi ex casi resultaba palpable. ¿Qué estaba pasando? Daba la sensación de que Jan tuviera celos de Christian. Lo último que me hacía falta en esos momentos era una pelea entre ellos, ¡y delante de mi hija, además!

—Jan, ¿por qué has venido? —pregunté con frialdad.

—Te he llamado esta mañana —explicó, lo cual en realidad no respondía a mi pregunta—. Quería decirte que tenía intención de pasarme a ver a Leonie. No podía saber que estabas fuera, claro, y tan ocupada que ni siquiera has podido contestar al móvil.

Le lanzó una mirada de burla a Christian, al que se le notaba lo mucho que le costaba contenerse, y eso que aquella noche que estuvimos sentados en la roca casi había defendido a Jan.

—¿Y qué te trae aquí? —volví a preguntar, y me juré que no le haría ningún caso si seguía mareando la perdiz.

—Ya te lo he dicho, quiero ver a Leonie. ¿Dónde está?

—En el coche. Dormida.

—Pues despiértala para que al menos pueda decirle hola.

De pronto estuve segura de que Jan estaba borracho, así que cualquier cosa era posible. Era cierto que nunca nos había tocado ni a Leonie ni a mí cuando se encontraba en ese estado, pero aun así me daba miedo lo que pudiera pasar.

—Vuelve mañana por la mañana —repliqué—. Entonces podrás decirle hola.

Jan asintió, pero en su rostro apareció una sonrisa extraña. Una sonrisa que yo le había visto muchas veces y que confirmaba que no estaba del todo sobrio.

—Sí, por supuesto... Y tú puedes decidirlo, claro, porque al fin y al cabo tienes la custodia... Yo solo soy el imbécil que paga...

—¡Eso es lo que tú quisiste, no lo olvides! —exclamé, porque ese comentario me enfureció, aunque seguramente en ese momento a él le daba igual estar diciendo tonterías.

—Sí, es lo que yo quise. Pero ahora quiero otra cosa. ¡Y lo que no quiero es que ese tipo de ahí tenga nada que ver con Leonie! ¡Es mi hija!

Mantén la calma, intenté repetirme. Está borracho. Quiere provocarte. Pero al mismo tiempo me pregunté cuánto podía tardar la Policía en llegar si ocurría algo que nunca habría esperado de Jan.

—Sí, es tu hija, y ya te dije que lo pensaría. Pero ahora de verdad que sería mejor que volvieras al hotel. Mañana hablaremos de esto.

Jan soltó una carcajada burlona.

—Te he estado esperando todo el día y ahora me echas a las primeras de cambio.

—Por favor, márchese —intervino entonces Christian, que a todas luces se había

cansado del pequeño espectáculo que nos estaba ofreciendo mi ex.

Miré hacia el coche con preocupación. Leonie, por suerte, seguía durmiendo.

—¿Y por qué? ¿Para que puedas tirarte a mi exmujer de una vez?

Christian se debatía consigo mismo para no perder el control.

—Márchese —repitió con tranquilidad, pero sentí que por dentro estaba hirviendo.

Por favor, no hagas ninguna tontería, le supliqué en silencio.

—¡Tú a mí no tienes que decirme nada!

De repente, Jan se abalanzó hacia él y quiso agarrarlo, pero Christian se apartó deprisa. Jan perdió el equilibrio y se golpeó contra la valla.

—¡Cabrón! —maldijo, y dio muestras de querer abalanzarse otra vez sobre Christian.

Entonces me puse entre ambos.

—¡Jan! —le grité. Mi voz resonó entre las copas de los árboles.

¡Que se atreviera a pegarme a mí! ¡Así seguro que no accedería a compartir con él la custodia!

Al menos esa idea pareció abrirse paso entre las nubes alcohólicas que le embotaban la cabeza. Jan me miró preso de la ira, pero no se atrevió a levantarme la mano.

—Vuelve a tu hotel, Jan —dije con toda la impasibilidad de la que fui capaz en ese momento. Tenía el estómago encogido y el corazón me iba a mil por hora. Ya sentía cosquilleos en la piel, anticipando una bofetada—. Mañana hablaremos.

Jan me miró con rabia, luego pasó hecho una furia junto a mí, sin mirar ni una sola vez a Leonie, pero en ese momento me dio igual.

Cerré los ojos y respiré hondo al verlo desaparecer entre los árboles.

Poco después sentí las manos de Christian en los hombros.

—¿Estás bien?

Me temblaba todo el cuerpo. En todo el tiempo que estuvimos casados nunca había ocurrido nada parecido. ¿Qué mosca le había picado? De algún modo no parecía estar relacionado con Leonie, sino con conseguir que se hiciera lo que él quería.

—Sí, más o menos —contesté. Me volví y me abracé a su cuello—. Gracias por haberte quedado.

—Bueno, también es posible que yo tenga la culpa de que la cosa casi se haya descontrolado.

—No, ha estado bien tenerte aquí. Así por lo menos ya lo sabe.

Le rodeé las caderas con los brazos y me quedé un momento mirando hacia donde había desaparecido Jan. Cuando me convencí de que no regresaría, saqué a Leonie del coche.

Por suerte, mi princesita no se había enterado de la discusión. Mientras seguía

medio dormida, le quité la ropa y le puse el camisón. Antes de que pudiera cantarle una nana, ya estaba otra vez en el país de los sueños.

Mientras tanto, Christian había preparado café en la cocina.

Me dejé caer con pesadez en una silla. Había esperado poder pasar una bonita noche con él, pero, después de la aparición de Jan, ni a él ni a mí nos apetecía ya.

Christian me puso una taza de café delante y se sentó frente a mí.

—Un bonito colofón, ¿eh? —dije, y luego probé un sorbo con cuidado—. Lo siento mucho, de verdad.

—No tienes por qué. —Me sonrió.

Era cierto, pero de algún modo tenía una sensación extraña.

—Todo saldrá bien.

—¿Tú crees?

—Al cien por cien. Tu exmarido conseguirá superarlo, estoy seguro.

Me lo quedé mirando. Sentí su mano sobre la mía y de repente ya solo quería estar junto a él. A pesar de todo el agotamiento, que ni siquiera el café podía mitigar, lo deseaba.

Me levanté, lo tomé de la mano y dije:

—Ven conmigo. Ya es tarde y no quiero que conduzcas en plena noche.

Y me lo llevé al dormitorio.

A la mañana siguiente, mientras Christian dormía aún profundamente, me puse mi chándal gris sin hacer ruido y bajé a la playa. Necesitaba un poco de movimiento. Tenía que reflexionar. No sobre Jan; a él lo aparté de momento.

Durante la noche había vuelto a soñar con mi madre. La vi a bordo del *Rosa del Viento*, una mujer que había puesto todas sus esperanzas en una vida más allá del socialismo. Después, cuando mi reloj interior me despertó con la salida del sol, ya no pude dejar de pensar en ella.

Había esperado que en mi nuevo hogar sería capaz de deshacerme del pasado, pero era imposible desprenderme de mi historia familiar. Y, siendo sincera, tampoco era lo que deseaba. Durante mucho tiempo me había obligado a no pensar en ello, pero de pronto estaba segura de que debía hacer algo. Tenía que dejar atrás esa sombra que se cernía por encima de toda mi vida, zanzar de una vez por todas aquel asunto sin resolver.

No sabía si lo conseguiría, pero aquella decisión ya era un comienzo.

Corrí en dirección a la playa de arena acompañada por el rumor de las olas y las llamadas de las gaviotas, a las que despertaba sobresaltándolas con el ruido de mis zancadas.

La idea de buscar a mi madre me había venido a la cabeza más a menudo después de la reunificación, pero siempre la abandonaba por miedo a descubrir que me había abandonado conscientemente. Hasta ese día. De repente había un anuncio en internet para buscarla; aunque todavía no hubiese contestado nadie, yo ya había dado el primer paso. Y eso, hasta cierto punto, se lo tenía que agradecer a Christian. Y a Lea.

¿No sería momento también de atreverme a dar un paso más? Palatin me había hecho ver la fuga de la República con otros ojos, y de pronto sospechaba que en mi caso no bastaría con un foro de internet.

¿Y si solicitaba el expediente de la Stasi sobre mi madre? ¿O el mío propio?

Seguro que a los fugitivos de la República les abrían un expediente, y a través de él quizá pudiera enterarme de si mi madre había hecho algún intento por ponerse en contacto conmigo.

No estaba segura de que me autorizaran a ver su expediente, a menos que ella ya no viviera, pero eso yo no lo sabía. Sin embargo, mi propio expediente sí podría conseguirlo, y también era probable que existiera todavía algún tipo de documentación sobre mí en el hogar infantil en el que había vivido. Quizá sería más fácil acceder a esos documentos que a los expedientes de la Stasi. Y si a través de ellos averiguaba que mi madre me había abandonado deliberadamente y nunca había intentado recuperarme, al menos tendría esa certeza.

Cuando ya había dejado el puente de la isla un buen trecho atrás, di media vuelta. La época en que era capaz de correr durante horas seguidas era cosa del pasado; estaba resollando como una morsa. A mis pensamientos, no obstante, les había

sentado bien la carrera.

Cuando llegué de nuevo a las piedras, me senté junto a la roca de las rosas. Las flores que había allí estaban marchitas. Por lo visto Christian llevaba unos días sin tiempo para reponerlas.

Perdí la mirada en el mar. ¿Cuánto se tardaba en conseguir una autorización para consultar los expedientes de la Stasi? A esas alturas, sin duda ya no existiría tanta demanda como después de la reunificación. ¿O sí? ¿Quedaban todavía muchas personas como yo, que habían esperado con la intención de olvidar lo ocurrido hasta que un buen día se les encendía una chispa que volvía a prender la vieja historia?

—Conque estás aquí —dijo una voz detrás de mí. Sonaba algo soñolienta, pero me recubrió el corazón como si fuese una ola cálida—. Empezaba a preguntarme dónde te habías metido.

—Necesitaba reflexionar. Y este sitio me ayuda.

—Ya me di cuenta la otra vez. —Me dio un beso en la sien—. ¿Es por tu exmarido?

—No, por mi madre. He decidido solicitar los expedientes de la Stasi. Necesito certezas. Un día, cuando Leonie pregunte, quiero poder contarle nuestra historia, y quiero encontrar la paz yo misma, porque desde que estoy aquí, en Binz, siento que mi pasado me persigue. Que las viejas preguntas exigen una respuesta. Da igual cuál resulte ser.

Me apoyé contra él y dejé pasar unos instantes antes de volver a hablar.

—¿Llegaste a saber alguna vez quién causó el accidente de tu madre?

Christian asintió.

—Sí, lo supe. Solicité el expediente de la Stasi de mi padre, y el mío también. Como él ya había muerto, pude consultarlos.

—Entonces, ¿tu padre no te desveló nunca quién fue ese hombre? Y él lo sabía, ¿verdad?

—Sí, lo sabía, pero nunca me lo dijo. Cuando se puso mal de verdad, ya no quise preguntarle. En ese momento tenía otras preocupaciones.

—Pero era algo que nunca dejé de perseguirte.

—No, y es probable que no lo haga en lo que me queda de vida. Pero forma parte de mí, igual que las cosas bonitas que estoy viviendo ahora.

Me besó y luego miró hacia el mar. Su fuero interno parecía agitarse como las olas que chocan contra un dique.

—No tienes por qué contármelo si no quieres —dije—. No quiero que te sientas obligado, ¿sabes?

—Te lo agradezco, pero en el fondo sí quieres saberlo, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Los documentos decían que el hombre era un colaborador informal de la Stasi. Su alias era Möwe. —Miró hacia el mar, un mechón de pelo le cayó en la cara—. ¿Me prometes que te guardarás el nombre para ti?

Asentí. ¿A quién le interesaba ya quién era aquel tal Möwe? Mucho más importante era que Christian, en ese momento, me estaba ofreciendo un regalo enorme. Me ofrecía su confianza.

—Möwe, aunque fue descubierta, consiguió labrarse después una carrera sorprendente que al final lo llevó a ser hotelero. —Me miró. En sus ojos destellaba una ira contenida que seguramente jamás se enfriaría—. Es Joachim Hartmann.

Contuve la respiración. ¿De verdad había dicho Hartmann? En ese momento me quedé tan sorprendida que no fui capaz de decir nada. ¿Hartmann era el conductor que se había dado a la fuga después de atropellar a la madre de Christian? Sí, claro, un poco baboso sí era, pero no lo habría creído capaz de huir tras un accidente.

—Inspira —dijo Christian, y me sacó de mi paroxismo con un beso—. Si no, tendré que hacerte la respiración boca a boca.

—¿Estás seguro de que fue Hartmann? —pregunté.

Christian asintió.

—Sí, solicité la revelación del alias. —Se miró las manos—. En un primer momento, el nombre no me dijo nada. Hay muchos hombres en Alemania que se llaman como él. Pero después de investigar y preguntar un poco, descubrí dónde podía encontrar a ese Hartmann en concreto.

—¿Y qué hiciste?

—Nada —contestó—. ¿Qué debería haber hecho? ¿Ir a buscarlo y hablar con él? ¿Partirle la cara? No me apetecía. Además, ¿de qué habría servido? Nada de lo ocurrido podía deshacerse. Así que me callé, hasta hoy. Eres la primera que lo sabe.

No estaba segura de si debía alegrarme por ello. El hombre al que yo apoyaba en su éxito empresarial había destrozado la familia del hombre al que amaba.

—¿Y por qué no me lo habías dicho antes?

—Porque no quería que enturbiara tu relación profesional con él. Llevar la publicidad del Hotel Meerblick es un buen encargo. Mi padre, en su época, colaboró en los trabajos de la primera remodelación.

—¿Hartmann ya estaba vinculado al hotel entonces?

—No, no tengo ni idea de lo que hacía en aquella época. De no haber sido por el accidente, y de no haberse enterado mi padre de quién era el culpable, seguramente jamás habríamos oído el nombre de Hartmann. Pero eso no debe influirte a ti. El mero hecho de que se trate de un hotel muy bonito y que haya creado muchos puestos de trabajo debería impedir que lo eches todo por la borda. Hartmann contrajo una gran deuda para con mi familia, porque, si no hubiese atropellado a mi madre, no, si por lo menos hubiese tenido las agallas de responder de aquello que había hecho, mi padre jamás habría pensado en huir, y entonces Lukas seguiría con vida, y es probable que mi padre también. Pero tú no tienes nada que ver con su pasado, así que deberías aceptar su dinero.

Me quedé allí sentada como si alguien me hubiese dado un veneno paralizante. Sentí un cosquilleo en los dedos y los brazos empezaron a pesarme, no podía

levantarlos. Hartmann tenía la culpa de todo aquel sufrimiento. Y había sido demasiado cobarde para aceptar su castigo. En lugar de eso, había dejado que la Stasi le cubriera las espaldas porque necesitaba de sus servicios.

—De verdad que espero que mantengas tu promesa —dijo Christian, y me acarició el pelo—. No se lo digas a nadie, y tampoco le des a entender a Hartmann que lo sabes. Es una culpa de un tiempo pasado. Una culpa que solo nos concierne a él y a mí. No puedo decir hasta qué punto sigue siendo un cargo de conciencia para él. Tal vez sueña todavía de vez en cuando con mi madre y con el accidente. Tal vez quiso resarcirnos, pero no se lo permitieron. Lo que sucediera en aquel entonces solo lo sabe él. Y ni borracho pienso presentarme ante ese hombre a acusarlo de nada. Porque eso querría decir también que tal vez tenga que perdonarlo, y no quiero hacerlo. Prefiero dejar que siga como está, y que se lleve la culpa con él a la tumba.

Yo seguía oyendo sus palabras en mi interior cuando subimos la escalera hacia mi casa. Le había prometido a Christian que no dejaría que Hartmann notara nada. Aun así, no sabía cómo debía comportarme ante él.

Para mí su encargo era de una importancia vital, y a esas alturas teníamos la campaña casi a punto para el lanzamiento. Solo nos faltaba terminar un *spot* en el que él había insistido, y entonces podríamos enviar el material a las agencias de viajes interesadas. La cita para el rodaje era la semana siguiente. En cuanto el anuncio estuviese terminado, yo habría salido del apuro. Naturalmente que realizaría un seguimiento del proyecto, pero sería cosa de Hartmann darle continuidad. Llegado ese momento, ya solo me reuniría con él en contadas ocasiones.

Tal vez Christian tuviera razón. No tenía que convertir su causa en la mía. Aun así, a partir de entonces vería al hotelero con otros ojos. Pero no por mucho tiempo, me dije. Cuando el encargo esté terminado, pasas página y no te vuelves a dejar ver por allí.

Cuando Christian acabó de desayunar y salió de casa, preparé a Leonie para ir a la guardería.

—Mamá, ¿por qué estaba el tío Christian aquí esta mañana? —me preguntó mientras le ayudaba a ponerse la chaqueta—. ¿Es que ha dormido en nuestra casa?

La miré con sorpresa y entonces me di cuenta de que ni se me había pasado por la cabeza explicarle que Christian y yo estábamos juntos. Tal vez fuera el momento adecuado. Mejor dicho, en ese momento ya no me quedaba más remedio que hacerlo.

—Bueno, es que el tío Christian... Te cae bien, ¿a que sí?

—¡Sí, muy bien!

—Yo también lo quiero mucho. Mucho, mucho.

Sin querer, me encogí de hombros como si pretendiera protegerme de un golpe. ¿Y si me preguntaba si lo quería más que a su papá?

—¿Ha dormido contigo en tu cama? —quiso saber.

—Sí, ha... Es lo que se hace cuando quieres a alguien.

—Entonces, ¿él también te quiere a ti?

—A las dos, a ti y a mí.

—Está bien —dijo como si nada, pero vi con claridad que seguiría haciéndome más preguntas. No en ese momento, sino más adelante, cuando hubiese digerido la novedad—. ¡Hoy les contaré a todos que he conocido a un capitán! —me anunció con orgullo mientras salíamos de casa—. Y que tenía un perro enorme.

Estaba segura de que con eso entusiasmaría por lo menos a sus compañeros de juegos. Y también estaba bastante aliviada por haberle contado ya lo de Christian.

En el trayecto hacia la guardería me vino a la cabeza la pregunta de qué le diría a su nieta mi madre biológica. Si me había abandonado conscientemente porque le resultaba una carga, tal vez no le interesaría, pero ¿y si las cosas fueron de otro modo?

—Mamá, hoy no me cuentas nada —protestó Leonie, y fue entonces cuando me di cuenta de que, en efecto, no habíamos hablado desde que salimos—. ¿Estás triste?

—No, Leonie, solo estoy pensando.

—¿Y en qué piensas?

—En tu abuela —se me escapó. Solo lo lamenté después. Sin embargo, para Leonie, abuela solo había una.

—¿Qué le pasa? ¿Es que está enferma?

—No, no está enferma.

Me recorrió un escalofrío al pensar en lo que dirían mis padres si se enteraban de que me había puesto a buscar a la mujer que me había dejado tirada hacía más de veinte años y nunca había intentado encontrarme. Casi fue como si pudiera ver cómo se le demudaba el rostro a mi madre, cómo se derrumbaban los hombros de mi padre. En los primeros tiempos, cuando todavía les daba muchos quebraderos de cabeza, a menudo se sentían decepcionados conmigo.

—Solo estaba pensando en ella porque sí. ¿Tú no piensas a veces en mí?

—¡Sí! —exclamó Leonie—. Y también en la abuela y en el abuelo y en papá.

Papá. ¿Pensaría en él si hubiera visto cómo estaba el día anterior?

Llegamos a la guardería y así me ahorré más preguntas.

Delante de la puerta había otra madre que estaba entregando a su hijo al cuidado de las maestras. Esperé un momento, porque no me apetecía tener que charlar por cortesía, y luego saqué a Leonie de su silla.

—Buenos días —me saludó con alegría la maestra, Nicole—. Espero que hayan pasado un buen fin de semana.

—Sí, nos ha ido muy bien. Hemos salido de viaje, ¿verdad, Leonie?

—¡Sí, y hemos conocido a un capitán de verdad! —informó mi hija, entusiasmada, mientras se deshacía de la chaqueta y la colgaba en un gancho sobre el que había una pegatina con su nombre—. Iba en silla de ruedas y era muy viejo.

—Ah, pues eso tienes que contárnoslo en el corro de la mañana —dijo la maestra.

Tras ella vi aparecer a varios niños que por lo visto esperaban a mi hija. Ella

levantó la mirada hacia mí con impaciencia.

—Venga, ve. Que te lo pases muy bien hoy —le dije, y me incliné hacia ella.

—¡Adiós, mami! —exclamó, y me dio un beso.

—Bueno, ¿cómo se va adaptando? —le pregunté a Nicole mientras Leonie corría a reunirse con sus compañeros.

—Muy bien, se ha integrado de maravilla.

—¿Todavía llora de vez en cuando?

—Solo si se hace daño, pero eso pasa muy pocas veces. Es una niña muy responsable.

Eso me hizo sentir orgullosa. Antes de que pudiéramos seguir hablando, unos niños se acercaron a Nicole y le preguntaron dónde estaban las ranas de plástico.

—¡Bueno, hasta esta tarde! —exclamó ella, y yo me volví para regresar al coche.

En casa, enseguida encendí el ordenador y abrí la página web del Comisionado Federal para los Archivos del Servicio de Seguridad del Estado, o sea la Stasi. Me bajé un formulario de solicitud y me enteré de que debía compulsar mi identidad en una oficina de empadronamiento.

Como la oficina de empadronamiento que me correspondía solo abría los martes y los jueves, aplacé ese punto de mi agenda para el día siguiente, pero me puse a rellenar el formulario sin más dilación.

En el apartado de «Información sobre una persona desaparecida o fallecida» me detuve unos instantes. ¿Y si intentaba que me entregaran el expediente de mi madre?

Sin embargo, como me negaba a suponer que no siguiera viva, solo marqué la casilla de solicitud de mi propio expediente y después fui rellenando los demás puntos.

Así llegué a las instrucciones de funcionamiento. Según decían, también podía solicitar acceso a otros expedientes si me había visto afectada como tercera parte. Aquello me abría otra posibilidad. ¿Y si presentaba dos solicitudes, una para mí y otra como tercera parte en el expediente de mi madre?

Sin perder tiempo, me decidí a imprimir un segundo formulario.

Estaba tan absorta en lo que estaba haciendo que me sobresalté cuando sonó el teléfono. Dejé la impresora funcionando y contesté sin fijarme en el número de quien llamaba.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —preguntó la voz de mi padre, y con tanta alegría que supuse que tenía buenas noticias. Algo grande debía de estar pasando—. Desde que viniste a vernos no hemos vuelto a hablar por teléfono.

—Estoy bien —respondí, y sentí nacer una alegre expectación en mi interior—. Solo he estado investigando un poco sobre el barco y, por lo demás, he andado ocupadísima, pero no nos podemos quejar. ¿Y cómo os va a vosotros?

—¡De maravilla! ¿Tienes un ratito para mí?

—Pues claro, ¿qué ocurre?

Por favor, que haya encontrado un motor, pedí a los cielos.

—Parece ser que uno de mis compañeros ha encontrado un motor para vosotros en Gedser, Dinamarca.

Me dio un vuelco el corazón.

—¡Sí! —exclamé, pletórica.

—Pero hay una pega.

¡Oh, no!

—¿Y cuál es? —Entorné los ojos. ¿De verdad tenía que haber una pega? ¿No podíamos tener suerte por una vez en aquel asunto?

—Van a subastar un barco por partes. Quieren desguazarlo y, por lo visto, a alguien se le ha ocurrido la idea de ofrecerlo en lotes.

Eso sonaba a una cantidad ingente de dinero. Fue como si me cayera un pedazo de roca sobre el pecho.

—¿Y en qué condiciones está el motor?

—Por lo que dice mi compañero, en muy buenas condiciones.

—Vaya, pues eso es estupendo.

—Sí, pero también quiere decir que otros propietarios y astilleros pujarán por él. Y chatarreros, claro. Tendréis que emplearos a fondo para conseguirlo.

—¿No tenéis ningún contacto allí?

—Sí, gracias a él nos hemos enterado de la existencia del motor. Pero, por desgracia, eso no cambia nada en cuanto a la subasta. De esa parte tendréis que encargáros vosotros. —Y los chatarreros y los astilleros tenían muchísimo más dinero que nosotros, parecía resonar en sus palabras.

—Muy bien, lo hablaré con Christian —dije con un suspiro—. Gracias por haberos preocupado.

—Te enviaré los datos de contacto de la compañía naviera por correo electrónico, así podréis ir a verlo. Y si conseguís el motor, avisadnos, que nosotros lo vamos a buscar.

—¡Qué detalle por tu parte! ¿Y por lo demás? ¿Vais avanzando con el barco?

—Sí, ¡y cómo! Por suerte, hay cosas que habíamos estimado peor de como estaban en realidad. La vieja dama sigue siendo capaz de sorprendernos.

Espera a que te cuente lo de Palatin y cómo se ganó el barco su nombre actual, pensé, pero eso tendría que dejarlo para otra ocasión, porque entonces mi padre dijo:

—Oye, ahora tengo que irme. Llámame cuando os hayáis decidido. Y si no, claro, también.

—Lo haré, papá. ¡Te quiero mucho!

—Y yo a ti, pequeña. ¡Dale un beso a la leoncita!

Colgué. Qué cerca... Estábamos muy cerca de conseguir ese motor. Pero ¿tendríamos la liquidez necesaria para pujar por él?

Regresé al ordenador. El correo electrónico de mi padre ya había llegado. Christian entendería mejor que yo todos esos datos técnicos, así que se lo reenvié.

Después intenté localizarlo en el móvil. Por desgracia, me saltó el buzón de voz, así que le dejé un mensaje diciendo que tenía novedades sobre el barco y luego volví a ponerme con mis formularios.

Justo cuando acababa de rellenarlos, sonó mi móvil. Era Christian.

—¿Qué novedades son esas? —preguntó. Tenía voz de cansancio.

—Un compañero de mi padre ha encontrado un motor para el *Rosa del Viento*.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó.

—Pero tenemos la pega de que hay que viajar hasta Gedser y pujar por él.

—¿Pujar?

—Sí, por lo visto estas piezas tan antiguas están muy solicitadas. Mi padre me ha enviado un par de documentos. ¿Nos vemos esta noche?

—Lo siento, he de ir a Berlín, tengo un compromiso allí. Pero ¿qué te parece si nos vemos dentro de un rato? Debajo de mi despacho hay una cafetería muy agradable. Puedo aprovechar la ocasión para enseñártela.

—Vale, ¿a qué hora te iría bien?

—Pásate sobre las dos, así tendremos tiempo suficiente hasta que salga el tren y tú podrás ir a buscar a Leonie a la guardería. La dirección la encontrarás en mi tarjeta.

—Hace tiempo que me la aprendí de memoria —repuse, y me despedí de él.

Dos horas después, me había puesto en contacto también con Protección a la Infancia de Leipzig y había solicitado los expedientes de los hogares infantiles de la ciudad. La mujer que me atendió fue muy amable y me prometió comprobar si existía alguna documentación sobre mí, para que no tuviera que tomarme la molestia de desplazarme en persona.

Aun así, enseguida me explicó que no me permitirían consultar los expedientes por mí misma; me los leería en voz alta una oficial encargada. Sin embargo, con eso me bastaba si encontraba alguna mención sobre mi madre.

Antes de salir, eché un último vistazo en los foros de internet, pero nadie había respondido ni al anuncio de Lea ni al de mi madre.

Apagué el ordenador, fui al dormitorio y me planté frente al armario. Era indiscutible que me tocaba volver a salir de compras: mi vestuario me pareció anticuadísimo. Me decidí por un vestido verde de hilo con encajes y unas rositas en el escote —mi vestido preferido, aunque tenía cinco años ya—, y me lo puse.

El despacho de Christian estaba en un edificio de dos plantas que, tal vez porque las normas municipales así lo prescribían, se amoldaba arquitectónicamente a las construcciones colindantes. Exhibía un frontón de madera tallada como el que tenía también mi casa, y un tejado a dos aguas. Las ventanas, sin embargo, tenían unas persianas muy modernas. También la puerta de cristal era imponente; muy segura, sí, pero nada parecido a lo que se encontraba en la arquitectura de balneario del siglo XIX.

Busqué el apellido Merten en la lista de los timbres y lo encontré en el tercer lugar, debajo de un bufete de abogados y de una aseguradora. Estaba muy bien acompañado.

—¿Sí? —se oyó por el interfono.

—¡Servicio de habitaciones! —exclamé, porque tenía ganas de tomarle un poco el pelo.

—Ah, vaya, pues no sé si he pedido lo que trae, pero suba, suba...

Se oyó el zumbido de la puerta al abrirse. La empujé y entré.

Me recibió un olor a productos de limpieza, y mis pasos resonaron por la escalera. Había también un ascensor, todo un lujo en un edificio de dos plantas, y una gentileza para los clientes a los que les costaba caminar.

Yo preferí subir a pie, porque en cierto modo me sentía desbordante de energía: había dado el primer paso para descubrir los motivos de mi madre biológica, y teníamos una posibilidad —aunque pequeña— de conseguir un nuevo corazón para nuestro barco.

Con todo eso, casi habría podido olvidar mis problemas con Jan.

Arriba, en la puerta, Christian me estaba esperando con una gran sonrisa.

—Vienes con las manos vacías, qué lástima —dijo, y puso cara de fingida decepción.

Yo me apreté contra él y lo besé.

—¿Esto no es nada?

—Mmm... —murmuró—. Es más de lo que merezco.

—En eso me atrevo a contradecirte.

Volvió a besarme y me hizo entrar en el despacho. Estaba amueblado de una forma tan espartana como lo había imaginado. El luminoso vestíbulo estaba decorado con fotografías enmarcadas de barcos y motos en blanco y negro. Las pasiones de Christian. A través de una pequeña antesala en la que los clientes podían sentarse y tomar un café se llegaba a su despacho, presidido por un gran escritorio. La estantería que había a un lado parecía contener todo lo que se podía leer en la actualidad sobre economía y finanzas. La única decoración era una escultura abstracta de bronce que había junto a la ventana. Y, desde luego, también más fotografías en blanco y negro, pero esta vez nada de barcos ni de motos, sino paisajes agradables.

—¿No tienes secretaria? —pregunté, extrañada.

—¿Para qué la necesito? —replicó él—. Lo tengo todo perfectamente controlado.

—¿Y el trabajo de oficina lo haces tú solo?

—Igual que tú, supongo. ¿O es que tienes pensado contratar a un tío bueno como secretario? Porque entonces dejo mi trabajo ya mismo y te presento una solicitud.

Volvíamos a besarnos. Sus manos se deslizaron por mi espalda y bajaron hasta las nalgas. Un agradable escalofrío me recorrió todo el cuerpo y de repente me pareció que el sexo en la oficina no era una mala idea.

Al mismo tiempo, sin embargo, vi que desde la casa de enfrente tenían una fantástica vista de palco del despacho de Christian. Él también parecía ser consciente de ello, porque después de besarme una vez más, se apartó de mí.

—En fin —dijo, y lanzó una mirada de pena en dirección a la ventana—. Este es mi reino.

—Es muy... empresarial —comenté sonriendo.

—Las personas que acuden a mí no suelen estar interesadas en la decoración, quieren que les proporcione competitividad, y la mejor forma de conseguir transmitir eso es mediante un diseño de líneas claras. Seguro que la publicista estará de acuerdo conmigo, ¿o no?

—Desde luego. Y también me alegro de ser publicista, porque en mi despacho sí es legítimo colgar en la pared, por ejemplo, un cuadro con un frambueso gigantesco.

—Si tienes que hacer una campaña para una de esas granjas de frutales que ofrecen experiencias y cuyos puestos móviles crecen como setas por todas partes en cuanto empieza la temporada de espárragos...

—Dime, ¿es que no te gustan sus frutas?

—Huy, sí, soy uno de sus mejores clientes. Por eso sé muy bien que hay en cantidad...

Era sencillamente maravilloso irse por las ramas con él, pero un vistazo al reloj enmarcado en negro de la pared me dijo que no disponíamos de mucho tiempo si todavía queríamos ir a tomar algo.

Christian siguió mi mirada y me pareció que adivinaba lo que estaba pensando.

Sonrió, me tomó de la mano y me sacó del despacho.

Fuera, el sol brillaba tanto como la luz de mi interior, porque con su invitación habíamos dado un paso más. Un paso más en su corazón.

Nos sentamos en una pequeña cafetería desde la que se disfrutaba de una buena vista del mar. Como el cielo, a pesar del sol, estaba algo nublado, también el Báltico daba la sensación de estar gris. Aun así, el paisaje era precioso.

Christian dejó su *smartphone* en la mesa y abrió el correo electrónico que yo le había reenviado.

—Mi padre me ha dicho que el motor está muy bien conservado, que es lo mejor de todo el barco.

—Es posible —reflexionó Christian mientras contemplaba los datos—. Ese barco, por fuera, está para el desguace, pero todavía tiene un corazón fuerte. Y nuestro *Rosa del Viento* necesita un trasplante.

—Pues tenemos un donante adecuado. De todas formas, más gente peleará por el motor. No tengo ni idea de la cantidad de dinero que están dispuestos a invertir los chatarreros polacos o daneses, pero dudo mucho que tengamos una posibilidad.

—¿Por qué no? —se extrañó Christian—. Los chatarreros quieren el metal, no el motor. En este caso, los astilleros son una competencia mayor. Pero ese motor es muy especial, no creo que queden ya muchos barcos de ese modelo.

—Entonces, ¿crees que sí tenemos perspectivas de éxito?

—¡Por supuesto! No puedo darte un porcentaje exacto, pero deberíamos intentarlo, sin lugar a dudas. —Siguió leyendo—. ¿Y cuándo es la subasta? Ah, aquí está. O sea que aún tenemos tres semanas. Estupendo, hasta entonces puedo familiarizarme un poco con cómo se puja por un motor de barco.

—Seguramente sería bueno que estuviéramos presentes.

—¡Por descontado! Así también podríamos visitar la ciudad, y quizá conocer un poco de Dinamarca.

Sonaba de maravilla, y seguro que a Leonie también le encantaría la idea.

Sonreí un momento sin decir nada, luego decidí contarle también la otra cosa que me había ocurrido.

—Hoy he llamado a Protección a la Infancia de Leipzig.

Christian se quedó descolocado por el cambio de tema, pero tenía que sacarlo de alguna forma.

—He preguntado por los expedientes del hogar infantil al que me llevaron cuando desapareció mi madre. Tal vez ahí encuentre algo sobre ella.

Christian lo pensó unos instantes y luego asintió con la cabeza.

—Ha sido buena idea. A mí no se me habría ocurrido.

—Mientras buscaba la dirección de internet de la administración encargada de la documentación de la Stasi, he pensado que esos expedientes debieron de existir y que tal vez todavía se conservaran...

El tono del móvil interrumpió mis explicaciones. Lo saqué y miré la pantalla. Era de un número fijo de Binz que me resultó familiar.

Contesté.

—Señora Hansen, soy Nicole Sander, de la guardería Seestern. —Le temblaba la voz.

Asustada, le presté toda mi atención.

—¿Qué ocurre? —pregunté con inquietud. ¿Se habría caído Leonie de la estructura de barras?

—Es su hija... No ha vuelto a entrar después del recreo y me temo que se ha escapado.

—¿Qué? —¡Aquello no podía ser cierto! No acababa de decirme eso, ¿verdad?—. ¿Cuándo? —El corazón se me detuvo, me costaba respirar. Me levanté de un salto de la silla, alarmada.

—Debe de haber sido hace nada. Hemos dejado salir un rato a los niños después de la pausa del mediodía y no les hemos quitado el ojo de encima, pero de repente Leonie no está... Vamos a avisar a la Policía, pero si pudiera usted venir...

—Ahora mismo voy para allá —dije, conmocionada, y tuve la sensación de que me caía.

Leonie. Leonie había desaparecido. ¿Cómo había podido suceder? ¿Es que las maestras no tenían ojos en la cara?

—¡Annabel! —La voz de Christian me sacó de la confusa vorágine de mis pensamientos.

Por lo visto me había preguntado algo, pero yo no lo había oído. Me lo quedé mirando fijamente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

Pero yo tenía las cuerdas vocales paralizadas.

—¡Leonie ha desaparecido! —Por fin, a saber cuántos segundos después, conseguí pronunciar aquellas palabras.

Todavía tenía el cuerpo paralizado, el corazón me latía a mil por hora y a trompicones, me temblaban las extremidades y, aun así, no podía moverme.

—¿Qué?! —La exclamación de Christian me devolvió de golpe a la realidad.

—Ha desaparecido, me ha llamado su maestra. Cuando los demás han entrado de jugar en el patio, ella no estaba.

—¡Dios mío! —exclamó Christian, y corrió enseguida a la barra para pagarle el café a la camarera, que se quedó estupefacta, y anular el resto de nuestro pedido.

Cuando regresó, me tomó del brazo y me sacó fuera.

—¿Dónde tienes el coche?

—En algún sitio de una bocacalle cerca del hotel —dije, pero, por extraño que fuese, no lograba recordar dónde lo había aparcado exactamente.

—El mío está más cerca. Vamos.

Corrimos a su plaza de aparcamiento. Subimos al coche a toda prisa y, mientras yo todavía me abrochaba el cinturón, Christian puso el motor en marcha. Aunque se le notaba que estaba preocupado, no parecía nervioso, sino muy concentrado.

—¿La guardería ya ha informado a la Policía?

—Sí, o por lo menos iban a hacerlo.

Me temblaba todo el cuerpo. Nunca me había sentido tan desamparada.

—Bien, por si acaso llama tú también y diles que eres la madre de la niña perdida. Cualquier información que tengan deben dártela a ti, no a la guardería.

Saqué el móvil y marqué el número de emergencias. Al cabo de un rato, cuando por fin me contestaron, expliqué lo que ocurría. El operador no sabía nada de una niña desaparecida, pero prometió enviar a alguien a la guardería.

Hasta que llegamos allí pasaron solo unos minutos, pero a mí se me hicieron eternos. Mi cerebro iba a toda velocidad y proyectaba miles de posibilidades aterradoras sobre dónde podía estar mi hija.

La peor de ellas era que mi exmarido hubiera hecho algo con ella.

—Si Jan la ha... —Las palabras no conseguían salir de mis labios. Me sentía como dentro de una película de Hollywood—. ¿Y si la ha secuestrado? ¿Y si se la ha llevado de la guardería? Seguro que hoy todavía estaba por aquí.

Por otra parte, habría esperado cualquier cosa de él, pero no que secuestrara a su propia hija. Probablemente había sido un desconocido... Esa idea me cerró un nudo en la garganta. Era mucho peor que si Leonie estuviera con su padre.

—Nadie ha dicho que la haya secuestrado. Seguro que no es tan idiota.

La mandíbula de Christian se movía con rabia mientras conducía sin apartar la mirada de la calzada. Yo estaba al borde de las lágrimas.

—La encontraremos. —Sus palabras me sacaron del terrible torbellino de mis pensamientos—. Estoy seguro de que todo se aclarará. Primero hay que preguntarles a las maestras dónde podría haberse escondido.

Por lo visto fuimos más rápidos que la Policía, porque el aparcamiento estaba vacío, igual que el patio. Crucé la puerta hecha una furia. Una de las maestras de la guardería vino a mi encuentro.

—¿Dónde la han perdido? ¿Han visto a alguien por aquí cerca?

Estaba convencida de que Leonie se habría marchado con su padre con absoluta tranquilidad, sobre todo si él le había prometido llevarla a casa.

—No, no había nadie. Los hemos dejado salir a jugar y una de nosotras ha salido también con ellos, pero en un lado del patio tenemos la maleza muy crecida.

—¿Y ya han buscado por allí?

—Sí, pero no está. Sin embargo, puede que haya atravesado los matorrales. Mis compañeras la están buscando. Yo la he llamado a usted enseguida, en cuanto nos hemos dado cuenta.

—¿Y la Policía?

—También deberían estar de camino. El operador de emergencias me ha dicho que ya había llamado usted.

—Así es.

Mientras intentaba controlar el temblor de manos miré a Christian, que estaba hablando por el móvil.

Le di las gracias a la maestra y salí a la calle.

—Perfecto, hasta entonces —dijo Christian, y colgó al verme—. Venga, vamos a buscarla.

—¿Y tu tren? —pregunté, desconcertada, mientras mis piernas me llevaban como por sí solas al patio de la guardería—. ¡Tenías que irte a Berlín!

—He aplazado la cita, esto es más importante.

Aquello era sencillamente maravilloso por su parte, pero por desgracia en ese momento no podía reconocerle el mérito, porque el miedo por Leonie me estaba matando.

Corrí hacia la estructura de barras y el tobogán de patitos, los pasé de largo y llegué a los setos. En efecto, allí había un agujero en la valla por el que una niña de cinco años podría haberse colado. Pero ¿de verdad se había escapado Leonie? No era propio de ella hacer algo así.

Un adulto, en cambio, no cabía por el agujero, pero sí era posible que se hubiera colocado por la parte de fuera y la hubiese llamado.

—¡Vamos por el otro lado! —propuso Christian, y echó a correr delante de mí.

—¿Habrán preguntado las maestras a los demás niños? —dije resollando junto a Christian, que cruzó la verja con el rostro demudado y luego rodeó la guardería.

No muy lejos de allí había un acceso a la playa, según anunciaba un cartel indicador. ¡¿No se habría ido Leonie hasta el mar?!

Sentí un terrible dolor de estómago, el corazón me iba a toda velocidad.

—Si han sido listas, lo habrán hecho antes de salir a buscarla.

Si han sido listas... ¿De verdad habían sido lo bastante listas?

Probablemente mi hija ya estaba muerta... No, no está muerta, me obligué a pensar. Yo sentiría algo así. Lo intuiría, sin duda. Además, las cosas no tenían por qué ser como en una de esas películas. Aunque era posible que...

De reojo vi que llegaba un coche de la Policía. Christian también se dio cuenta.

—Ve tú a hablar con los agentes y enséñales una foto de Leonie —me dijo—. Seguro que tienes alguna, ¿verdad?

Por supuesto que la tenía.

—Yo iré a mirar en el acceso a la playa y seguiré buscando desde allí. Si tienes novedades, llámame, ¿de acuerdo?

Habría preferido ir con él, pero tenía razón, era mejor que me reuniese con la Policía y les proporcionara toda la información que pudieran necesitar. Después volvería corriendo.

—Toma. —Me puso la americana y la corbata en las manos y echó a correr.

Yo me fui hacia el coche patrulla, que estaba parado frente a la guardería. Los dos hombres que se apearon me miraron sorprendidos.

No me quedé con los nombres y las graduaciones con que se presentaron.

—Soy la madre de la niña —expliqué, dejé colgada la americana y la corbata de Christian en la valla y saqué el monedero del bolso. Me temblaban tanto las manos que me costó muchísimo sacar la fotografía de Leonie.

—Tranquilícese, joven —me aconsejó el mayor de los dos agentes, pero ¿cómo quería que me tranquilizase, si la vida de mi hija podía estar en peligro?

Por fin conseguí sacar la foto y se la entregué a los policías.

—Esta es. Las maestras dicen que podría haberse escapado por la valla.

—¿La pequeña conoce los alrededores? —preguntó el agente más joven mientras miraba la fotografía.

Esa pregunta me resultó extraña. ¿Acaso los niños de esa edad conocían ya toda la ciudad en la que vivían?

—No, no conoce nada de esto, nos trasladamos aquí hace apenas unas semanas.

—Bien, entonces tú ve a buscar a la playa —le dijo el agente mayor a su compañero—. Yo iré a hablar con las maestras y luego probaré en la ciudad.

Acto seguido, el hombre desapareció en el interior de la guardería y el otro agente echó a correr. ¿Debería haberles dicho que sospechaba que su padre podría haberla secuestrado?

Entonces se me ocurrió una idea. Saqué el móvil del bolso y marqué el número de Jan. Si no tenía nada que ver en el asunto, seguro que se pondría o me llamaría poco después. Naturalmente, no contestaría si lo pillaba conduciendo.

Marqué su número y luego esperé nerviosa mientras escuchaba los tonos de llamada. Dejé que sonaran cinco veces, luego saltó el buzón de voz. Furiosa, colgué.

¿Había acertado con mi sospecha? ¿Se la estaba llevando en esos momentos a Bremen o a alguna otra parte?

Mi sensación de impotencia hacía que quisiera abofetearme, pero, como eso no habría servido de nada, volví a guardar él móvil, eché a correr por la calle y me puse a gritar el nombre de mi hija sin hacer caso de las miradas de extrañeza de los transeúntes.

Las horas siguientes fueron un auténtico infierno. No importaba adonde fuese, no encontraba a Leonie. Registré los recovecos de mi mente con insistencia febril, en busca de indicios sobre dónde podía haberse metido. Tenía debilidad por los barcos, ¿estaría quizá en el puente de la isla?

Al final empecé a abordar sin orden ni concierto a los transeúntes enseñándoles su fotografía. A juzgar por sus reacciones, debían de tomarme por loca. En todo caso, no fueron de gran ayuda, porque ninguno de ellos dijo haberse cruzado con una niña pelirroja. Por último, resollando de desesperación, me dejé caer en un banco.

Por extraño que fuese, me pregunté cómo habría reaccionado mi madre biológica si yo hubiese desaparecido. Si en aquella época hubiese sucedido lo contrario y fuese yo, en lugar de ella, quien se hubiese marchado. ¿Habría buscado a su hija con un pánico tan grande como el mío? Era una pregunta que nunca había tenido que hacerme, pero de pronto estaba ahí, y mi corazón me dijo con claridad que sí, que habría salido a buscarme.

Al mismo tiempo, comprendí lo complicado que era encontrar a una niña en una ciudad. Al suponer que mi madre no había querido volver a verme, me había mostrado muy injusta con ella, sin lugar a dudas. Habría tenido que buscarme por toda la RDA, perseguida en aquella época por la Stasi y, tras la reunificación, sufriendo los obstáculos de silencios y expedientes desaparecidos. Tal vez, igual que yo en esos momentos, se había sentado muchas veces en un banco para echarse a llorar.

Entonces recibí una llamada y contesté sin mirar quién era.

—¿La has encontrado? —Christian. Y parecía exhausto.

—¡No! Incluso he preguntado a los transeúntes, pero nadie la ha visto.

—¿Dónde estás ahora?

—En el paseo de la playa. Cerca de un hotel.

—Pues vuelve a la guardería, tal vez deberíamos intentarlo con el coche.

Tal vez deberíamos intentarlo por la autopista, en dirección a Bremen, pensé, sombría.

—Sí, ya voy —dije, sin embargo.

En el trayecto de vuelta volví a buscar en todos los rincones posibles y recorrí la playa con la mirada esperando encontrar algún rastro. Quizá Leonie había ido a ver si encontraba a alguna sirena.

Por fin llegué a la guardería tambaleándome. Christian me estaba esperando en la

valla. Tenía grandes manchas de sudor bajo los brazos.

—He recorrido toda la playa hasta el final, donde las rocas, pero nada. Incluso he ido a tu casa, pero tampoco estaba allí.

—¿Y los agentes?

—No han vuelto aún.

Dejé caer los hombros y respiré temblorosa. ¿Dónde más podíamos buscar?

—¡Mira! —exclamó Christian de repente, y señaló hacia la playa.

Uno de los agentes se acercaba desde la dirección contraria a por donde había llegado yo. Llevaba algo en brazos.

Me eché a gimotear y salí corriendo. Por favor, mi hija no, imploré en silencio. Lo daría todo, hasta el *Rosa del Viento*, pero mi hija no.

Entonces vi que la niña que llevaba en brazos sí era Leonie, pero que se agarraba con fuerza a la camisa del policía.

—¡Leonie! —llamé o más bien chillé.

Sentí que se me aflojaban las piernas, que parecían no querer obedecerme, pero me obligué a seguir corriendo.

Por fin llegué hasta el agente. A punto estuve de arrancarle a mi niña de los brazos, pero entonces me di cuenta de que algo iba mal. Leonie se agarraba con el brazo derecho, pero el izquierdo parecía tenerlo extrañamente dormido. Llevaba la cara cubierta de suciedad, tenía arena en el pelo.

—¿Qué le ha pasado? —le grité al hombre.

—Me temo que se ha roto un brazo. La he encontrado cerca del bosque. Debe de haberse tropezado con una raíz y luego se ha precipitado por la pendiente de una duna.

¿Qué se le había perdido en el bosque a mi niña? ¿Por qué se había escapado hasta allí?

Esas preguntas se aclararían más adelante, de momento solo sentía la alegría de volver a tenerla conmigo, por mucho que me inquietara lo que había dicho el agente de que se había «precipitado».

—¿Puedo? —pregunté, y alargué las manos hacia ella.

—Por supuesto —dijo el hombre, y me la pasó.

—Leonie «Corazón de León», ¿qué te ha pasado? —Se me saltaron las lágrimas. ¡Mi pobre niña estaba herida!

Leonie me miró con los ojos algo turbios. Al parecer, la fractura del brazo y el miedo la habían dejado sin fuerzas, porque ni siquiera podía llorar.

—Charlotte ha dicho que había visto a papá, entonces yo he salido corriendo a buscarlo, pero no lo he encontrado por ninguna parte, y entonces me he caído y ya no he podido levantarme porque el brazo me hacía mucho daño.

Esas palabras hicieron que me estremeciera. ¿De verdad había estado Jan allí? ¿Se había plantado delante de la guardería, como un acosador?

¿Y cómo iba a saber la tal Charlotte quién era el padre de Leonie? Sin duda esa

niña era un mal bicho de categoría. Decidí que hablaría con la maestra.

Pero antes teníamos que ir al hospital.

—Muchas gracias por su ayuda —le dije al policía, y le pasé a Leonie a Christian.

Él envolvió a mi princesita con su americana y la tumbó con cuidado en el asiento de atrás. Vi entonces que también a él le caían lágrimas por la cara.

—¡Ha aparecido! —sollocé, y lo abracé—. Tiene el brazo roto y hay que ir al hospital, pero ha aparecido.

—No sabes cómo me alegro —repuso—. Más de lo que te imaginas.

A esas alturas ya no estábamos solos. Unos cuantos padres habían llegado para recoger a sus hijos. Sin embargo, a mí poco me importaban. Lo único importante era que no había perdido a Leonie para siempre.

Al final, una niña salió y se acercó a nosotros corriendo más deprisa de lo que su madre podía seguirle el ritmo.

—Leonie, ¿te has hecho daño?

¿Sería aquella Charlotte, tal vez? Sentí que la ira crecía en mi interior y miré con hostilidad a la mujer de cuya mano se había escapado, pero me obligué a ser razonable.

—Me he roto el brazo, pero seguro que mañana vuelvo a venir.

—Todos estábamos muy asustados —dijo la niña, y se tiró de su vestido de florecitas.

—¡Steffie, vuelve aquí! —llamó su madre desde lejos. Poco después, la mujer estaba junto a nosotros—. Discúlpenla, por favor —dijo, y tomó a su hija de la mano como si fuésemos a quitársela y a llevárnosla con nosotros—. Ya me he enterado de lo ocurrido y me alegro mucho de que hayan vuelto a encontrar a la pequeña sana y salva.

—¡Leonie es mi amiga! —le explicó Steffie a su madre, que le sonrió y luego asintió con la cabeza en dirección a mí.

—Claro que sí, y por eso nos alegramos el doble de que haya aparecido.

Después de todo, no había sido mala idea enviarla a la guardería.

—¡Señora Hansen! —exclamó entonces una de las maestras, que se nos acercó corriendo—. ¡Gracias a Dios que Leonie está aquí!

Lo cual no es mérito suyo, pensé con malicia. Si la hubieran vigilado mejor, no se habría caído por una duna.

El caso era que tampoco me apetecía meterme en una larga discusión ni aceptar disculpas de ninguna clase.

—Les agradecería muchísimo que la próxima vez me ahorraran este mal trago y la vigilaran mejor —dije con frialdad—. Puesto que veo que mi hija ya ha encontrado amigos aquí, lamentaría mucho tener que sacarla de su centro.

Dicho eso, me subí al coche y Christian arrancó.

Media hora después llegamos a urgencias del hospital de Bergen. De una

ambulancia sacaban a un paciente en camilla, y un par de enfermeros, que debían de estar haciendo una pausa, charlaban frente a la puerta.

Deseé que no tuviéramos que esperar demasiado, porque entretanto Leonie se había recuperado de la primera impresión y el brazo había empezado a dolerle tanto que no hacían más que caerle lágrimas. Yo no me había roto nunca ningún hueso, así que no podía imaginarme cómo era, pero debía de dolerle muchísimo.

Christian llevó a mi princesita al mostrador de admisiones, donde una enfermera que hablaba por teléfono interrumpió la conversación nada más vernos.

—Me llamo Hansen, mi hija Leonie acaba de tener un accidente. Se ha caído, me parece que se ha roto el brazo y es posible que tenga también otras heridas.

La mujer me miró fijamente.

—Un momento, voy a llamar a la pediatra de guardia. —Dicho esto, levantó de nuevo el auricular.

—Todo irá bien —dije, intentando consolar a Leonie, que todavía lloraba en voz baja—. La doctora te examinará y te curará el brazo, te lo prometo.

—Lo siento mucho, mami —dijo ella entre sollozos—. Nunca volveré a creerme nada de lo que diga Charlotte. Y tampoco me escaparé más.

Me sequé una lágrima de la mejilla e intenté no echarme a llorar desconsoladamente delante de ella.

—Ya se me ha olvidado. Ahora lo que tienes que hacer es ponerte buena, ¿vale?

Ella asintió con debilidad y volvió a acurrucarse contra la manga de Christian, que estaba sucia y mojada a causa de las lágrimas.

—La doctora Bodenstein ya viene de camino —me informó la enfermera—. Siéntense un momento.

Ni a Christian ni a mí nos apetecía sentarnos. Yo temía que, si me sentaba en una silla, no sería capaz de volver a levantarme, porque mi cuerpo se transformaría en una bola de plomo.

Nos apartamos a un lado e intenté distraer un poco a Leonie. El hospital debía de resultarle muy intimidante. La última vez que había estado en una clínica era un bebé; y por suerte había sido una niña muy sana.

Solo unos minutos después, una mujer de mediana edad cruzó la puerta. Por encima del uniforme de quirófano verde llevaba una bata blanca, y se había recogido la melena rubia en un moño en la nuca.

Miró un momento hacia la enfermera, que nos señaló, y entonces se acercó a nosotros.

—Buenos días, soy la doctora Bodenstein, y supongo que tú eres Leonie.

Mi hija asintió sin fuerzas.

—¿Ustedes son los padres?

—Yo soy su madre —dije, y miré hacia Christian.

—Y yo el novio de su madre. Leonie no es mi hija, lo cual lamento mucho.

—Bien, acompáñenme.

Nos llevó por un pasillo ancho y muy iluminado, en el que había una cama vacía y una camilla con ruedas, hasta la sala de consulta, que parecía aún más espartana que el despacho de Christian. Allí, él la dejó en una camilla.

—Esperaré fuera —anunció.

—Está bien —repuse, y me concentré en Leonie.

—¿Así que ha tenido un accidente en la guardería?

—No, se ha escapado de la guardería, se ha caído y se ha precipitado por una pendiente. Un agente de la Policía la ha encontrado y nos ha dicho que el brazo parecía roto.

La doctora asintió y comenzó con su examen. Le miró los ojos, presionó en diferentes puntos de su cuerpo, la auscultó, le dio golpecitos, le examinó la barriga y la espalda. Mi hija dejó que le hiciera todo aquello sin protestar, pero cuando la doctora le tocó el brazo, gimoteó.

—Chsss... Está bien —dijo la mujer, y la soltó enseguida—. A primera vista no ha sufrido ninguna herida interna, pero el brazo sí que parece estar roto.

Apenas dijo eso, una enfermera entró por la puerta.

—Tina, avise a rayos X de que tenemos una paciente, por favor.

La enfermera asintió con la cabeza y desapareció otra vez.

—Levantamos acta de todos los accidentes, la guardería debería tener un seguro para estos casos. Porque, a mi entender, esto es claramente un caso para la mutua de accidentes laborales. ¿Es que las maestras no la estaban vigilando?

—Eso parece, porque se les ha escapado por un agujero que hay en los setos. De todas formas, el grupo es bastante grande.

Pero ¿por qué estaba yo defendiendo a esas mujeres? Habían desatendido su deber de vigilancia. De haber sido Jan, le habría puesto a la guardería una denuncia de aúpa. Pero yo no era Jan. Arreglaría el asunto a mi manera.

—Yo también tengo hijos, dos, y me volvería loca si me llamaran de la guardería para decirme que han desaparecido.

Asentí con la cabeza.

—Loca de miedo es como estaba, sí. No soy capaz de describirlo.

—¿Sabe? Aquí he visto muchos casos de niños que han tenido accidentes. Algunos se caen de un columpio, otros de la bicicleta, y siempre doy las gracias por cada día que a mis hijos no les ocurre nada. Pero una nunca está libre de peligro, ¿no le parece?

Sacó un formulario de su archivador y anotó algo.

Poco después regresó la enfermera, esta vez acompañada de una joven asistente.

—¿Qué le parece si Tina se lleva a Leonie a rayos X y usted me explica algo más acerca de ese accidente? —dijo la doctora después de pasarle a la enfermera una nota en la que decía qué parte había que radiografiar.

Miré hacia Leonie. ¿Querría ir ella a rayos X sola? Tenía claro que no me dejarían estar presente, pero quería asegurarme de que no le daba miedo.

—¿Has oído? —le pregunté—. Ahora van a hacerte una foto del brazo.

—¿A través de la piel?

—Sí, a través de la piel.

—¿Y eso cómo lo hacen?

—Con un aparato de fotos muy especial.

Sonreí entre lágrimas. Si era capaz de volver a hacer preguntas astutas, significaba que se estaba recuperando. Seguro.

Mientras esperaba frente a la sala de rayos X, de pronto me sonó el móvil. Lo saqué y miré la pantalla. Era un mensaje de Jan.

Estaba en la consulta del médico y no he podido contestar. ¿Qué quieres?

Al ver ese mensaje despreocupado, como si la pelea del día anterior no se hubiese producido, en un primer momento me puse tan furiosa que ni siquiera supe apreciar el hecho de que hubiera contestado. Después me llamé al orden. Probablemente ayer estaba muy borracho, me dije.

—Aquí tiene que apagar el móvil —me advirtió una enfermera antes de que pudiera teclear una respuesta.

Asentí con la cabeza y guardé el aparato. Ya se escribiría a Jan más tarde, cuando me hubieran devuelto a mi niña. De momento, aún tenía que salir con Leonie para volver junto a Christian, que se había quedado en la sala de espera.

—Bueno, pues ya puede llevarse otra vez a su hija —me anunció un médico un cuarto de hora después, y luego se volvió hacia Leonie—: ¡Y ten cuidado de no darle ningún tortazo a nadie con la escayola!

—No lo haré —prometió ella—. ¿Ahora nos vamos a casa, mami?

—Sí, ahora nos vamos a casa.

—¿Vendrá también el tío Christian?

—Pues claro, tiene que llevarnos en coche.

—Eso está bien.

Se acurrucó contra mi cuerpo. El brazo herido le colgaba, escayolado de arriba abajo, en cabestrillo. La primera doctora vino a nuestro encuentro.

—Aquí tiene un par de analgésicos infantiles, dele uno si lo necesita. Y si ocurriera cualquier cosa, vuelva o llame por teléfono al médico de guardia. ¿Con qué pediatra está?

—Todavía no tenemos, hace poco que hemos venido a vivir aquí.

La doctora desapareció por una puerta y luego salió otra vez con una tarjeta de visita en la mano.

—Tenga, puedo recomendarle a este colega. Por supuesto, tiene usted total libertad para ir a cualquier otro médico, pero he tratado a varios de sus pacientes y cae muy bien, los padres suelen estar contentos con él.

Me guardé la tarjeta y le di las gracias con la esperanza de que no fuera necesario

consultar con ningún otro médico los días siguientes.

Fuera, en admisión de urgencias, Christian estaba sentado con un vaso de café en la mano. A juzgar por la expresión de su rostro, el brebaje parecía no gustarle nada. Cuando nos vio, se levantó y tiró el vaso en una papelera que había cerca.

—Aquí tenemos otra vez a nuestra pequeña cazadora de sirenas. —Le acarició el pelo con suavidad a Leonie y le dio un beso—. ¿Ha ido bien?

—Sí, tendrá que llevar la escayola tres semanas. Por lo demás, no se ha hecho nada, solo un par de moratones, pero por suerte para eso no hace falta escayolar.

—Pues entonces hemos tenido todos mucha suerte, ¿a que sí? Bueno, venga, que os llevo a casa.

Lo seguimos fuera, hacia el aparcamiento. Ya había oscurecido. Las luces azules de una ambulancia que llegaba a toda velocidad centellearon fantasmagóricas por encima del edificio del hospital. Yo estaba como embotada, pero al mismo tiempo sentía alivio. Mi niña estaba viva, la fractura se curaría. Cómo era la vida... En casa, cuidaba de ella como un perro guardián para que no bajara por aquella escalera, y de todas formas se rompía el brazo cayéndose desde lo alto de una duna. Comprendí que a un hijo era imposible protegerlo de todo, por mucho que uno quisiera.

En el coche me senté atrás, al lado de Leonie, que se recostó somnolienta en su asiento. Entonces me acordé del mensaje.

—Me ha escrito Jan —dije mientras sacaba el móvil.

—Ajá, ¿para disculparse por el disparate de ayer?

—No, porque lo había llamado yo antes. Quería ver dónde estaba, porque la verdad es que pensaba que... —Miré a Leonie. No, delante de ella no podía decir que había sospechado de él, de que podría haber secuestrado a su propia hija.

Christian, sin embargo, me entendió perfectamente.

—No le habrás echado la bronca, ¿no?

—No, he dejado sonar el móvil y ya. Luego he visto el mensaje, cuando me han mandado fuera para hacerle la radiografía a Leonie. Dice que estaba en una consulta médica y pregunta que qué quiero.

—¿Vas a contárselo?

—Me parece que es lo correcto. Si vuelve a presentarse estas próximas semanas y quiere ver a Leonie, verá la escayola. —Abrí el mensaje y escribí una respuesta—. Además, es su padre. Si quiere ser responsable de ella, también tiene que conocer las partes malas.

Después de enviar el mensaje volví a guardar el móvil en el bolso.

—Y tú, ¿qué vas a hacer con tu compromiso?

—Lo he aplazado a mañana. Me marcharé temprano, con eso bastará.

—Oye, ¿ya te he dado las gracias por ser tan maravilloso?

—No, pero quizá tengas alguna idea de cómo puedes expresarlo.

Sonreí.

—¿Esta noche?

—Esta noche seguro que te pasas todo el rato sentada junto a Leonie para cuidar de ella, así que tengo las de perder. Además, será mejor que descanséis. Os dejaré y luego me iré a mi casa para estar en forma mañana temprano.

Eso podía entenderlo.

—Está bien, pero vuelve a llamarme antes de irte, por favor.

Christian asintió y me besó.

—Ah, sí, ¿y cómo quedamos con lo del motor? —pregunté después de sacar a Leonie del coche.

—¡Nos lo agenciaremos! —repuso Christian, nos lanzó otro beso con la mano y entonces arrancó.

Por la noche no pude dormir a pesar de estar agotada. No dejaba de darle vueltas a lo que habría podido pasar. A la idea de la desesperación con la que debía de haberme buscado mi madre y con la que tal vez me buscaba aún... También la historia de Christian se colaba continuamente en mis pensamientos. De pronto, podía comprender el pánico que debió de embargarlos a su padre y a él cuando comprobaron que Lukas había desaparecido. Me alegraba infinitamente de que nuestra historia hubiese tenido un final feliz. ¿Terminaría bien la búsqueda de mi madre? ¿O desaparecería para siempre, igual que el pequeño Lukas?

Mientras caminaba inquieta por el salón, porque ya no aguantaba más sentada en el sillón junto a la cama de Leonie, volvieron a llamarme la atención las solicitudes de los expedientes de la Stasi. ¿Cuánto tiempo me harían esperar? ¿Medio año? ¿Uno entero? ¿Varios? ¿Cuándo podría zanjar ese asunto? ¿Encontraría un final algún día?

Si se corroboraba que mi madre me había abandonado sabiendo lo que hacía, lograría expulsarlo por fin del rincón más oculto de mi corazón y olvidarme de ello.

Estuve un buen rato sentada en el salón antes de irme a mi dormitorio. A esas horas ya despuntaba el día. Vi en mi móvil que me había llegado un mensaje de Jan hacía unas horas.

Me escribía que no podría visitar a Leonie en una temporada, pero que le enviaría algo para consolarla. Esa era una faceta de él que desconocía. Aunque volviera a ser algo materialista, se esforzaba por demostrar que se preocupaba por su hija.

En cualquier caso, seguía sin disculparse por su conducta del domingo por la tarde, pero de eso ya hablaríamos la próxima vez que lo viera.

Al final me metí en la ducha y me quité de encima la pesadez de la noche. Mientras lo hacía, se me ocurrió una idea. Vestida de chándal y armada con una tijera de podar que había encontrado en un armarito del vestíbulo, salí al jardín y corté un par de ramas del rosal más espeso. Las flores estaban cargadas de gotas de rocío y emanaban un aroma maravilloso.

Con el ramo, bajé la escalera de la playa y fui hasta la roca de Christian. Una ráfaga de viento debía de haber tirado las rosas secas y quizá las había lanzado al agua, donde las olas se las habrían llevado consigo. Dejé las rosas frescas, me senté a un lado y pensé en Christian y en su hermano pequeño con la mirada puesta en el

mar.

TERCERA PARTE

LA CARTA

Suspiré al cerrar el foro de internet, donde nadie había contestado aún a mis anuncios de búsqueda. No tenía ni una pista siquiera, y los hilos de las conversaciones no hacían más que alargarse interminablemente hacia abajo por la pantalla. Era frustrante.

Tal vez Lea había dejado atrás su historia después de la huida y no quería volver a hablar de ello. ¿Y en el caso de mi madre? ¿Sabría algo de ese foro, se conectaba alguna vez a internet? ¿O le daba igual?

Me vino a la cabeza otra posibilidad más, y espantosa. Que quizá ya no estaba viva. Entonces solo me quedaría reconstruir lo ocurrido a través de los expedientes. Unos expedientes que tal vez Protección a la Infancia de Leipzig me dejara consultar.

Mientras intentaba olvidarme de la funesta posibilidad de que mi madre hubiese muerto, le lancé una mirada a Leonie. No había podido ir a la guardería al día siguiente como le había prometido a su amiga, desde luego, así que la subí conmigo a mi despacho, la senté en una silla y le di algo que hacer. Como tenía el brazo derecho sano, podía dibujar. El dolor la había dejado bastante decaída al principio, pero luego los analgésicos que me había dado la pediatra funcionaron y se puso a dibujar algo. Al menos la guardería me había llamado de buena mañana el día después del incidente. Tuve una conversación muy larga con la compungida directora, que se disculpó con seriedad y prometió que no volvería a suceder nada parecido.

Yo sabía que esas promesas eran difíciles de cumplir, pero por mi parte le insistiría a Leonie en que no volviera a escaparse más.

La directora también me pidió que le llevara el parte del accidente para poder entregárselo a su compañía aseguradora. Le prometí que me pasaría a finales de semana.

Christian estaría fuera hasta el sábado, pero me llamaba varias veces al día para preguntar qué tal nos encontrábamos las dos. Qué ganas tenía de pasar el fin de semana con él. Debía reflexionar sobre varias cosas, en especial sobre mi madre.

La mujer de Protección a la Infancia había prometido ponerse en contacto conmigo pronto, pero yo estaba a punto de estallar por dentro a causa de la impaciencia.

Después de comer llamó mi madre adoptiva, porque el día anterior yo le había dejado un mensaje en el contestador. No la había encontrado en casa y luego ya no pude volver a intentarlo en toda la tarde.

—Madre mía, pero ¿qué cosas hacéis? —preguntó, afectada.

—Sí, bueno, mi vida en estos momentos es estupenda —dije con un suspiro—. Pensaba que ahora todo iría mejor, pero Jan se presenta de repente y desata el caos.

—¿Jan? —se extrañó mi madre—. ¿Jan ha vuelto a aparecer?

Me di cuenta de que no le había contado nada. La vida, en cierto modo, me estaba

superando. Pero Christian estaba ahí, y de pronto fui consciente de que ahora era con él con quien hablaba de mis problemas. Me entró mala conciencia.

—Perdona que no te haya contado aún nada de todo esto —repuse—. Sí, Jan ha vuelto a aparecer de un día para otro, y me ha pedido que comparta con él la custodia. Ya no quiere seguir siendo solo el que paga la manutención, imagínate.

Mi madre soltó un suspiro.

—Y yo que pensaba que eso ya lo habíamos superado.

—Eso pensaba yo también, pero así es la vida. Un día crees que lo tienes todo bajo control, y al día siguiente, bum, vuelves a tropezar.

—Sabes que no debes compartir la custodia con Jan. Renunció a ella de forma voluntaria.

—Sí, pero desde entonces han cambiado muchas cosas.

Le hice un breve resumen de su enfermedad, su cambio de opinión y su segunda aparición en nuestra casa.

Mi madre guardó silencio, una clara señal de que estaba profundamente preocupada.

—¿Y Leonie sigue yendo a la guardería?

—No, mientras lleve la escayola se quedará conmigo en casa. —Sabía que se le había pasado por la cabeza la misma idea que a mí, así que añadí—: Pero no creo que Jan intente nada. Se siente frustrado, nada más, y teniendo en cuenta su diagnóstico, incluso puedo llegar a comprenderlo.

—Aun así, ten mucho cuidado. ¿Me lo prometes? Y en cuanto a la cuestión de si quieres dejar que participe en la educación de Leonie, lo mejor será que hagas caso a lo que te diga el corazón. Da igual lo que decidas, nosotros te apoyaremos.

Bueno, ¿y qué me decía el corazón? ¿Que prefería no ver a Jan en una buena temporada? ¿Que no me apetecía tener que acordar con él toda clase de cosas? ¿Que no quería pedirle a Leonie que viajase hasta Bremen todos los fines de semana o que se quedara allí semanas enteras?

—Eres un sol, mamá. Gracias.

—¿Y cómo se encuentra nuestra leoncita? ¿Le sigue doliendo mucho?

—Va mejorando poco a poco, pero la escayola le impide hacer un montón de cosas, claro. Y también está enfadada porque no puede ir a la guardería.

—Lo principal es que no le duela debajo de la escayola.

—Le he prometido que le dibujaré una flor cada día. Cuando el cirujano se la quite, se quedará boquiabierto.

Me sorprendí sonriendo. Christian no solo tenía magia para hacerme feliz a mí, sino también a mi madre. Me dolió no haber tenido valor para contarle que había solicitado mi expediente de la Stasi y la documentación del hogar infantil.

El jueves, el cartero llamó al timbre. Pensé que sería lo de siempre, o tal vez un envío de la imprenta con los ejemplares de muestra del folleto fotográfico.

Pero recibí el sobre grueso que esperaba y también otro más pequeño. La dirección de Bremen a la que iba dirigida la carta estaba tachada, así que por lo visto mi solicitud de reexpedición había funcionado de maravilla.

Cuando vi el remitente, contuve la respiración.

¡No podía ser cierto!

La carta la enviaba una tal Silvia Thalheim, de Hannover.

Me quedé paralizada.

Estuve varios minutos mirando el sobre que tenía en la mano, como si de repente las letras hubiesen empezado a brillar. ¡No era posible! ¿Se trataba de mi madre? ¿De dónde había sacado mi dirección?

Abrí la carta con manos temblorosas y saqué del sobre dos hojas de papel dobladas. Estaban escritas con una caligrafía bonita que parecía algo insegura. Ya no recordaba cómo era la letra de mi madre. ¿De verdad me había escrito ella?

Querida Annabel:

Por favor, que no te asuste mi carta, y tampoco la tires enseguida, te lo ruego. Dame la oportunidad de explicarme.

No espero que te alegres demasiado, seguramente a mí me pasaría lo mismo si estuviera en tu lugar. Tu madre desaparece de repente de tu vida y te deja sola durante más de veinte años. ¿Qué se puede decir a eso?

En realidad, solo que siento muchísimo haber tardado tanto en encontrar el valor para escribirte.

Hace unos nueve meses me autorizaron a consultar mi expediente de la Stasi después de llevar más de seis años esperando la tramitación de mi solicitud.

Podrías preguntarte por qué no se me ocurrió la idea de solicitar mi expediente de la Stasi hasta el año 2007. Es una historia muy larga que, si quieres, te explicaré.

El largo encarcelamiento me dejó muy marcada. Incluso cuando ya estaba en el Oeste, el tiempo que pasé en la prisión de Bautzen seguía afectándome. Lo que me hicieron en aquella época dejó una marca grabada a fuego en mi cuerpo. Las consecuencias llegaron en forma de graves enfermedades, y fueron esas enfermedades, en primer lugar, las que me impidieron aclararlo todo justo después de la reunificación, pero también estaba el miedo. Miedo de enfrentarme al pasado, miedo de descubrir algo que me destrozara todavía más.

En 2007 encontré por fin las fuerzas para solicitar mi expediente. Por entonces tenía una salud estable y podía mirar hacia el futuro. Jamás habría imaginado que tardaría tanto en poder revisar mis documentos. Habían pasado dieciocho años de la reunificación y cualquiera habría pensado que ya no habría tanta demanda de solicitudes. Sin embargo, por algún motivo, en mi caso tardaron mucho.

Mientras tanto, mi salud volvió a empeorar, y tanto darle vueltas a las cosas de manera infructífera, todos esos intentos de encontrarte por diferentes medios, me dejaron sin fuerzas. Además, ¿dónde debería haber buscado? La Stasi me obligó a firmar los papeles de adopción sin decirme cómo se llamaban las personas que te acogieron e hicieron de ti su hija.

Y entonces llegó el momento. Recibí la autorización para consultar el expediente. Por desgracia, en aquella ocasión no pude hacerlo, mis citas en el hospital me lo impidieron, pero me concedieron una nueva oportunidad y por fin pude ver quién tenía la culpa de todo el sufrimiento que habíamos vivido tú y yo.

Gracias a tu expediente descubrí también quiénes te habían adoptado. Realicé un par de investigaciones más —muchas puertas se abren con más facilidad cuando uno ha sido víctima de la arbitrariedad de la Stasi—, y al final conseguí que me diesen tu dirección. Ya tenía todo cuanto necesitaba.

Pero entonces me faltó el valor.

De repente sentí miedo de que no quisieras recibir noticias mías.

Sin duda, a estas alturas ya tendrás tu propia familia y es probable que me hayas olvidado hace tiempo. No tengo ni idea de lo que te contaron entonces. Imagino que una sarta de mentiras. Tal vez, incluso me odies y no quieras saber nada de mí.

Todo eso me ha pasado por la cabeza.

Sin embargo, ahora he sabido que no me queda mucho tiempo, así que por fin me he atrevido.

Dejo a tu juicio el ponerte en contacto conmigo. Si a esta carta no le sigue ninguna noticia tuya, la olvidaré y te dejaré en paz. Pero, como me gustaría que supieras lo que ocurrió, después de mi muerte te haré llegar algo que contendrá la verdad. Entonces podrás hacer con ello lo que quieras. Espero que me perdones.

Con mis mejores deseos y todo mi cariño,

Tu madre, Silvia Thalheim

Me dejé caer en el sofá. Mi cabeza se quedó vacía durante varios minutos, mirando la pared blanca de la habitación y oyendo el leve tictac del reloj de la cocina.

Esa carta me había golpeado como una maza. Tal vez habría hecho mejor abriéndola en presencia de Christian.

La leí de nuevo, y esta vez creí oír la voz de mi madre.

Después de estar un buen rato reflexionando, me levanté y empecé a caminar intranquila por toda la casa. ¿Era posible? ¿Una semana después de solicitar el expediente de la Stasi, mi madre daba señales de vida?

Busqué el sobre. La carta se había enviado primero a Bremen. Miré el matasellos. A pesar de la orden de reenvío, había tardado dos semanas en llegar. Era posible que

mi madre no esperase ya recibir mi respuesta. Y apenas un instante después, unas palabras sueltas destacaron en mi mente.

¿Encarcelamiento? ¿Bautzen?

Pero si a mí me habían dicho que había huido, y ella misma reconocía que había acabado en el Oeste.

—Mamá, ¿puedo beber algo?

La voz de Leonie me sacó de mis pensamientos. Me di la vuelta.

—Claro que sí, cielo —dije, y corrí hacia mi hija, que estaba en el vano de la puerta con su conejo de peluche en el brazo sano.

En realidad debería haber estado durmiendo la siesta, pero la escayola se lo había impedido.

Me la llevé a la cocina, la senté en el banco tapizado y le serví un vaso de zumo de manzana. Mientras estaba ocupada en eso, me di cuenta de que era lo mismo que solía hacer mi madre conmigo, la madre que acababa de escribirme. El zumo de manzana fue, hasta mi sexto año de vida, el remedio curatodo contra las penas, la sed, un juguete roto o un dibujo que me había salido mal. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que yo hacía lo mismo con mi hija.

—Toma, cariño —dije, metí una pajita en el vaso, se lo puse delante y luego me serví un poco de zumo yo también.

Leonie succionó con ganas mientras yo paladeaba el sabor a manzana.

—Pareces triste, mami —comentó mi hija—. ¿No te encuentras bien?

—Solo estoy un poco cansada —mentí, porque no podía decirle que su abuela biológica me había escrito y me había suscitado toda clase de interrogantes.

—Entonces tendrías que dormir la siesta —opinó—. Podríamos irnos las dos a tu cama, y así seguro que yo también dormiré mejor.

¿Por qué no? Aunque en realidad no estaba cansada, con ella a mi lado me sería más fácil sobrellevar todas esas reflexiones.

Así que nos metimos en mi cama y, notando la espalda de Leonie contra mi vientre, me fui calmando poco a poco. A ella pareció pasarle lo mismo, porque al cabo de pocos minutos ya estaba dormida. Miré por la ventana, donde el sol hacía brillar uno de los rosales de un rosa claro. Pensé en el pequeño Lukas, en la historia de Palatin.

Y luego otra vez en mi madre. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué había estado presa en Bautzen? ¿Podía creerla?

Pasé un rato más pensando en esto y lo otro, e intenté desenterrar recuerdos que me dieran alguna pista, pero no encontré ninguno. En aquella época tenía seis años, los acontecimientos se habían precipitado, yo no tenía aún la madurez suficiente para poner en duda lo que me contaban, y un par de años después ya fue demasiado tarde.

En algún momento, yo también me quedé dormida, agotada por la noticia y de tanto darle vueltas a la cabeza. No soñé nada, pero mi primer pensamiento al

despertar fue la pregunta de si debía hablarles a mis padres adoptivos de la carta de Silvia. Lo del expediente de la Stasi me había costado, pero, teniendo en cuenta los plazos de espera, era un asunto que se podía dejar para más adelante; sin embargo, de pronto Silvia Thalheim había aparecido realmente en mi vida.

¿Qué debía hacer? ¿Ir a verla? ¿Comprobar si aún vivía?

Pero ¿qué me contaría? ¿Su historia tiraría por la borda todo lo que yo había creído hasta el momento? ¿Haría que se tambaleara mi relación con mis padres adoptivos?

Me incorporé con cuidado y me levanté de la cama. La siesta me había sentado bien, pero el trabajo me aguardaba y, además, esperaba que llegara la inspiración.

Cuando salí del dormitorio, sonó mi móvil. Recordé que lo había dejado arriba, en el estudio, así que subí corriendo y contesté sin mirar la pantalla.

—Soy Hartmann —contestó mi jefe.

Me quedé paralizada. Hartmann. Alias Möwe.

Cambia de chip, me dije. Ahora no eres Annabel, la novia de Christian; eres Annabel Hansen, la publicista que necesita encargos para poder alimentar a su hija.

—Me alegro de que haya llamado, señor Hartmann —repuse, aunque, después de lo que me había contado Christian, no me alegraba en absoluto—. ¿Alguna novedad? ¿Ha recibido ya los folletos?

—¡Sí, y han quedado fantásticos! —contestó—. La verdad es que quería preguntarle si le apetecería venir a nuestra fiesta de verano. Asistirán algunas personalidades y, además, ya les he hablado hasta la saciedad a mis socios de lo buena publicista que es usted.

Me pregunté si también les habría contado que antes lo conocían por el alias de Möwe. Seguro que no. ¿Cómo reaccionarían si se enterasen?

—¿Oiga? —preguntó la voz de Hartmann, que me trajo de vuelta a la realidad.

—Sí, sigo aquí. Es que estaba sacando la agenda —mentí—. ¿Cuándo es la fiesta?

—El 25 de junio. Me alegraría mucho que pudiera venir.

Me sentía dividida. Por un lado, en esa fiesta tal vez conseguiría nuevos encargos. Las fiestas de verano eran estupendas para establecer contactos profesionales; pero, por otro, no me apetecía nada relacionarme con Hartmann más allá de los límites del trabajo.

—Lo anoto y miraré si puedo encontrar una canguro para Leonie —dije, lo primero que se me ocurrió.

—Ah, por supuesto. ¿Quiere que investigue por usted?

Antes preferiría que me arrancaran un brazo, fue lo que me vino a la cabeza, pero respondí con amabilidad:

—Muchas gracias, pero no será necesario. Ya tengo a alguien en mente, ahora solo falta ver si la persona en cuestión estará libre esa tarde.

—En caso de que no, hágamelos saber. ¡Seguro que encontramos sustituto!

—Sí, sin duda. ¿Cuándo necesita que le confirme mi asistencia?

—Me encantaría tener su confirmación hoy mismo, pero entiendo que quiera esperar a haberlo organizado todo. Digamos que dentro de una semana.

—Perfecto.

Iba a despedirme ya de él, pero sentí que Hartmann tenía algo más que decirme.

—Ah, sí, antes de que se me olvide. He oído que ha comprado usted un viejo barco del puerto, ¿no es así?

Sus palabras fueron como una jarra de agua helada. ¿Cómo se había enterado? ¿Aún conservaba en el puerto algún amigo de aquella época? ¿Es que no podía acostumbrarse a dejar de espiar? Aunque sentí crecer una oleada de ira, me obligué a permanecer serena.

—Sí, así es.

—Estoy impaciente por ver qué hace con él. Tal vez se nos ofrezcan posibilidades de colaboración.

Oh, eso sí que me apetecía muchísimo, porque ¿no debería decirle entonces que mi barco había transportado hasta Occidente a personas que huían de ese sistema para el que él había trabajado? ¿El sistema que había arrancado a mi madre de mi lado?

Estuve a punto de estallar y soltarle todo eso, pero recordé a tiempo, por suerte, la promesa que le había hecho a Christian.

—Ya veremos lo que se puede hacer. Oiga, ahora tengo un compromiso que atender, le llamaré la semana que viene, ¿de acuerdo?

—Sí, hágalo. Y ya me explicará todo sobre ese barco.

Después de colgar, me pregunté si no debería hacerlo de verdad. Sin duda sería interesante ver qué cara ponía. Pero no, no quería permitirle que se nos acercara ni a mí ni al *Rosa del Viento* de ninguna manera.

Cuando mi enfado con Hartmann se esfumó, regresaron los pensamientos acerca de mi madre. Me senté delante del ordenador y busqué información sobre la prisión de Bautzen. Para mí no era más que un concepto vago, algo sobre lo que la gente susurraba en mi infancia, pero de lo que nunca se hablaba abiertamente.

Las fotografías que encontré eran terroríficas, igual que los relatos de las personas que habían estado allí recluidas. Me imprimí un par de artículos y los leí a conciencia.

Al caer la noche, todavía no había conseguido decidirme a llamar a mis padres, aunque cada vez se me acumulaban más preguntas.

¿Conocieron ellos el destino de mi madre? ¿Supieron que la habían obligado a darme en adopción? ¿Me acogieron para hacer de mí una buena ciudadana de la RDA?

Mis ideas empezaron a tomar una dirección que yo no había querido seguir.

Me esforcé en recordar cómo eran los Hansen en aquella época y cómo eran hoy. Jamás habían intentado imponerme ninguna ideología. A mi padre nunca le habían gustado los fugitivos de la República y había sido miembro del Partido, pero nunca

hablábamos de política. Nadie tuvo nada en contra de que yo escuchara música occidental. Nadie me obligó a ver los horribles desfiles militares del 1 de mayo ni de la fiesta nacional, el 7 de octubre. Lo único que hacían mis padres era izar la bandera del edificio en las ocasiones correspondientes.

El hecho de que justo después de la reunificación se marcharan a vivir a Hamburgo tampoco parecía indicar que fuesen demasiado leales a la línea del Partido.

De pronto mis dudas crecieron tanto que empecé a encontrarme mal. Nada más dejar a Leonie en la cama me desbordaron las lágrimas.

¿Y si mis padres lo habían sabido todo? ¿Y si con una sola frase suya, yo hubiese podido disipar toda la ira contra mi madre? ¿La había acompañado yo en esa huida aunque no lo recordara? Tal vez estaba profundamente dormida.

Aunque... ¿de veras había sucedido eso? ¿Y si la habían atrapado mientras intentaba huir? ¿Y si de verdad tenía pensado dejarme abandonada?

Me vi tan zarandeada hacia uno y otro lado que al final no supe qué hacer, así que busqué el móvil y marqué el número de Christian. Tal vez tenía mala suerte y estaba en una cena de negocios, pero valía la pena intentarlo.

Después de dos tonos, contestó.

—Hola, preciosa, ¿ya me echas de menos?

Esas palabras casi me hicieron sonreír, pero sentía un dolor inmenso en mi interior y lo único que deseaba era que estuviera conmigo para poder mirarlo a los ojos y apoyarme en él mientras se lo contaba todo.

—¿Christian? —pregunté, y me sequé una lágrima del ojo.

—Sí, estoy aquí, ¿qué pasa? ¿Estás llorando? ¿Qué ha ocurrido?

—Sí, bueno, no, en realidad no es nada malo. Leonie y yo estamos bien, y los demás también, pero... —Respiré hondo—. Hoy he recibido una carta.

—¿Malas noticias? —Christian parecía desconcertado. No era de extrañar, si su novia lo llamaba y se echaba a llorar.

—Me ha escrito mi madre.

—¿Tu madre? ¿Cómo es que no te ha llamado? —preguntó, extrañado. ¿Cómo iba a saber que no me refería a mi madre adoptiva?

—No, mi madre biológica, Silvia Thalheim. —El sonido de ese nombre me resultaba extraño.

—Pero... ¿Cómo...? ¿De dónde ha sacado tu dirección? —Por la voz de Christian, me di cuenta de que primero tenía que asimilarlo.

—Por lo visto, pensó en hacer lo mismo que yo, solo que hace siete años ya. ¡Siete años! ¿Te lo imaginas? Tardaron seis años en autorizarle el acceso a su expediente de la Stasi. Me temo que conmigo también tardarán todo ese tiempo...

—Eso no lo sabes.

—No tengo ni idea de cómo ha conseguido mi dirección. De todas formas, era la dirección de Bremen, porque la carta ha llegado remitida desde allí gracias a mi

solicitud de reexpedición. Solo pensar que quizá estuvo en Bremen, y que pude pasar por su lado sin reconocerla...

Mis pensamientos iban de un lado a otro sin orden ni concierto. Christian me escuchó con paciencia.

—¿Y qué te dice en la carta? —preguntó después.

—Se disculpa por haber tenido que abandonarme y también me cuenta algunas cosas más. Que estuvo presa en Bautzen, por ejemplo.

—Pero... yo creía que había huido.

—Eso creía yo también, pero es posible que la detuvieran en el intento. Tal vez yo misma la acompañaba en la fuga y no lo sé. —Di un golpe con la palma de la mano en la carta, que había dejado encima de la cama, delante de mí—. Escribe algo sobre que la forzaron a firmar los papeles de la adopción.

Sollocé.

Christian guardó silencio y esperó.

—Ya no sé qué es lo que debo creer. Estos últimos días estaba tan decidida a descubrir lo que ocurrió entonces que me habría gustado ver esos expedientes ya mismo, y de pronto llega esta carta. Cuesta creerlo.

—Mmm... A veces me parece que nuestros deseos están en marcha antes aún de que nosotros los pensemos y los expresemos en voz alta. Que tú ya deseabas descubrir la verdad acerca de tu madre, seguramente desde hace mucho más que estas últimas semanas.

—Sí, aunque siempre lo había reprimido.

—Pero muy en el fondo querías encontrarla, sin duda desde hace mucho tiempo. Solo te faltaba un empujón, y el *Rosa del Viento* te lo ha dado, pero de todas maneras el destino te llevaba ya mucha ventaja. Esas cosas pasan a veces. Si no lo he entendido mal, habrías recibido esa carta aunque no te hubieras marchado de Bremen. Sin embargo, es probable que tu postura ante ella hubiese sido diferente a la de ahora, que sabes algo más acerca de lo que era huir de la RDA.

En eso llevaba razón. Era probable que ni siquiera hubiese abierto la carta; en cambio, había llegado justamente ahora que todo había cambiado.

—Yo... no sé qué tengo que hacer con todo esto. ¿Debo contárselo a mis padres? Al fin y al cabo, están involucrados en el asunto. Siempre di por hecho que lo que me contaban era la verdad, confiaba en ellos. Pero ¿y si sabían lo que había ocurrido en realidad? ¿Y si también ellos siguieron ocultándome la verdad cuando el sistema ya no existía y yo ya era lo bastante adulta para comprenderlo? —Me quedé mirando fijamente la carta mientras sentía los latidos nerviosos de mi corazón, y luego añadí—: ¿Y si esto hace tambalearse todo lo que conocía hasta ahora?

Christian guardó silencio unos instantes.

—Ya sé que la decisión es solo tuya, pero tal vez deberías preguntarles a tus padres por los acontecimientos de entonces. —Hizo una breve pausa y preguntó—: ¿Te apetece hacerlo? ¿Hablar con ellos?

—Creo que sí —contesté, y levanté la barbilla. La voz de Christian hizo amainar un poco la marejada que arreciaba en mi interior, aunque sin duda la tormenta no pasaría hasta que todo estuviera aclarado—. Todavía quiero saber qué sucedió en realidad. En mi cabeza me he imaginado tantas posibilidades... No quiero esperar más. Y, de todas formas, los expedientes de Protección a la Infancia siempre puedo verlos más adelante. Además, mi madre me ha escrito que no le queda mucho tiempo. Debe de estar enferma. O solo intenta llamar mi atención.

—No creo que nadie desee engañar sobre algo así. No voy a pedirte que me leas la carta, pero tal vez mañana podrías enseñármela.

—Pero mañana...

—... es viernes —terminó él la frase por mí—. Aquí he acabado antes de lo previsto y, si quieres y no tienes ningún otro compromiso, me gustaría mucho que mañana os vinierais a mi casa y os quedarais a pasar el fin de semana. ¿Qué me dices?

Al principio no dije nada, solo me soné la nariz, porque casi me asfixiaba de tantas lágrimas y mocos.

—Te digo que eres maravilloso y ya está.

—Espera a que hayas visto mi apartamento... —bromeó, pero enseguida se puso serio de nuevo—. Encontraremos una solución para todo esto.

—Ya lo sé. Gracias.

Me enjuagué los ojos. Seguía sintiendo un peso en el corazón y estaba desconcertada, pero sabía que Christian pronto estaría a mi lado. Solo tenía que aguantar una noche más.

—¿Annabel?

—¿Sí? —pregunté.

—Te quiero. Y estoy a tu lado.

—Yo también te quiero —dije antes de colgar.

—Tienes los ojos muy rojos —me dijo Leonie a la mañana siguiente, mientras desayunábamos.

Aunque la conversación con Christian me había dado algo de consuelo, durante la noche todo había vuelto a abrumarme en varias ocasiones. Preguntas, dudas, reproches, ira. Se abría ante mí una nueva época, lo sentía, y estaba bien que ocurriera. Ahí estaría la nueva Annabel, la que intentaba comprender lo ocurrido. La que quería descubrir cuál era su verdadera historia. La que por fin sabía qué era lo que estaba buscando. Esa sensación de necesitar un proyecto, en realidad, no había sido más que mi deseo de tomar las riendas de esa gran asignatura pendiente que había dormitado desde siempre en mi interior y ponerle fin.

—Anoche dormí mal —respondí—. Ahora mismo tengo muchas cosas en que pensar.

—¿Y eso te pone triste?

Por lo visto mi hija no se creía el cuento de que no había dormido bien. Estaba creciendo muy deprisa.

—Sí, hay un par de cosas que también me ponen triste.

—¿Es por el barco? ¿Porque el motor está roto?

¿También se había enterado de eso? Pues qué bien. Tal vez a partir de ahora tendría que andarme con más cuidado con lo que decíamos delante de ella.

—Sí, por eso estoy triste —reconocí, porque no podía hablarle de la carta ni de lo que había desencadenado en mí. Aún no. Quizá lo hiciera más adelante. No tenía por qué preguntarse algún día qué secretos habían atribulado a su madre.

—Más tarde podríamos bajar a ver a las sirenas junto al mar —propuso mi princesita—. El tío Christian me ha dicho que saben hacer magia. Quizá con su magia puedan arreglar el motor del barco.

No pude evitar reírme. Qué sencillo resultaba el mundo cuando se era niño. Para algunas cosas seguía habiendo hadas y sirenas que podían arreglarlo todo.

Leonie no tenía ni idea de lo mucho que deseaba que las sirenas pudieran ayudarme de verdad. Sin embargo, del asunto de mi madre tendría que encargarme yo sola.

—¿Me dibujas otra flor en la escayola? —me pidió después de desayunar.

—Sí, claro, cielo. Escoge un color —repuse, y la miré mientras salía de puntillas por la puerta de la cocina para ir a buscar los rotuladores.

Por la tarde apareció Christian, mi salvador. Yo ya había metido un par de cosas en una bolsa para irnos a su casa, lo cual también tenía muy ilusionada a Leonie. No hacía más que maravillarme una y otra vez con el poder mágico que parecía ejercer Christian sobre ella. Desde que había entrado en nuestra vida, mi hija estaba más

contenta. Probablemente necesitaba una figura paterna. Y probablemente también sentía que su presencia me hacía bien.

—Aquí están mis dos mujeres preferidas —dijo al bajar del coche.

—¿Hoy no vienes con la moto? —pregunté mientras cerraba la puerta y cargaba con nuestra bolsa al hombro.

—Habría sido un poco incómodo, a menos que Leonie hubiese querido sentarse en el depósito.

Levantó a mi hija un momento en brazos y ella soltó un gritito de alegría; luego volvió a dejarla en el suelo. Verlos a los dos relacionarse con tanta confianza me hizo reír.

—Será mejor que de momento nos quedemos con un solo brazo roto. Si al final se rompe el otro, tendrás que pasarte horas contándole historias para que no se aburra.

Me acerqué a él y lo besé.

—No sería ningún problema, conozco historias de sobra —repuso—. Bonita blusa.

Llevaba una túnica blanca de algodón, algo transparente, que me había comprado durante unas vacaciones en Marruecos. Por aquel entonces aún no había tenido a Leonie, pero todavía me quedaba bien. Era una de las pocas cosas que había rescatado de mi antigua vida en Bremen.

—Es bastante vieja. He pensado que sería mejor ponerme algo cómodo.

—Tampoco es que viva en una casa en ruinas...

—Yo no he dicho eso. Pero vives cerca de la playa, y tal vez nos sentemos un rato en la arena. Eso es diferente a acomodarse en una roca.

—Y eso que las rocas son muy bonitas. —Me pasó un brazo por los hombros y me susurró al oído—: Gracias por las rosas.

—Tú no tenías tiempo y no quería que tu familia se sintiera abandonada.

Se le iluminó la cara y volvió a besarme.

Poco después nos subimos al coche y fuimos avanzando lentamente por entre las hordas de turistas que invadían la calzada. A mi juicio, aún no hacía bastante calor para bañarse, pero ya había unos cuantos intrépidos que se lanzaban a las olas, según atestiguaban las bolsas de playa y las chanquetas de goma en la arena.

En el ambiente inmobiliario, el apartamento de Christian se habría definido como «un caramelo», porque se encontraba en una especie de villa llamada Seeperle. El edificio comprendía seis viviendas, y la suya tenía muy buenas vistas de las dunas cubiertas de vegetación.

—No os asustéis con la cabeza de alce —bromeó mientras abría la puerta—. Solo habla de vez en cuando.

Los ojos de Leonie se abrieron con asombro.

—¿Tienes una cabeza de alce que habla?

—Sí, pero es posible que ahora no esté en casa.

En efecto, en el vestíbulo colgaba una tabla en la que parecía que pudiera

enmarcarse una cabeza de alce. Sin embargo, en lugar de la cabeza había un pequeño cartel que decía «Vuelvo enseguida».

—¿Lo ves? —le dijo a Leonie—. No está.

—¿Y cuándo va a volver?

—Eso es difícil de saber. Me parece que se ha ido de vacaciones a las montañas.

Lo expuso de una forma tan convincente que Leonie se lo creyó.

Christian le guiñó un ojo y luego me susurró al oído:

—Un regalo tonto de cuando cumplí los treinta. No consigo encontrar el valor para tirarlo.

—¿Por qué habrías de hacerlo? —repuse—. Tal vez te acepten en la comunidad de caza mayor.

—Eso lo dudo mucho, no soy capaz de matar ni una mosca.

El apartamento estaba amueblado de una forma muchísimo más acogedora que su despacho. Unos cálidos tonos marrones se mezclaban con grises y blancos, un sofá cómodo invitaba a sentarse y acurrucarse.

—Y esta es la habitación de su majestad.

Abrió una puerta que daba al salón.

El corazón se me desbocó al ver un póster de color rosa con unicornios y duendes. Debía de haberlo comprado especialmente para Leonie, y mi hija reaccionó con el entusiasmo correspondiente.

—Venga, ya puedes sacar tus cosas de la maleta —la animó Christian, y yo le pasé su pequeña bolsa rosa—. Bueno, ¿qué me dices? —me preguntó a mí mientras Leonie intentaba sacar su conejo de peluche tirándole de las orejas con cierta brusquedad.

—Es una maravilla. Si no hubiese conseguido la casa, me habría quedado con este piso.

—Con la diferencia de que un apartamento como este ya no se puede conseguir. Como residencia vacacional sí, pero no como domicilio habitual. Los alquileres de los nuevos inquilinos son astronómicos.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Once años. La casa tenía un aspecto muy diferente en aquel entonces, pero para mí lo principal siempre fue poder vivir junto al mar, y por suerte mi casero comprendió que valía la pena conservar la propiedad en buen estado. La renové, y una casa en la que no quería vivir nadie se convirtió en un objeto codiciado. El propietario gana una fortuna con nosotros.

Me tomó de la mano y me llevó al dormitorio. Estaba todo decorado en blanco, negro y plata, lo cual le daba un aspecto muy elegante. Tenía una cama enorme, y ya sentí un cosquilleo de felicidad pensando en tumbarme allí con él.

—Bueno, ¿qué me dices? —preguntó, y me atrajo hacia él.

—Muy prometedor —contesté, y lo besé.

—¡Ya estoy! —exclamó Leonie entonces, y me recordó que no estábamos solos.

—Más tarde —dijo Christian, como si me hubiese leído el pensamiento—. Primero deberíamos comer algo y, como soy un pésimo cocinero, os invito fuera.

Después de comer fuimos a sentarnos en la arena y contemplamos a Leonie mientras perseguía a las gaviotas con su brazo escayolado. Las olas rompían en la orilla y traían consigo conchas y algas desde las profundidades marinas.

—¿Tienes la carta aquí, contigo? —preguntó Christian cuando llevábamos un rato sentados en silencio.

Asentí con la cabeza, porque me la había metido en el bolso. Saqué el sobre y se lo pasé.

—El viejo correo postal, rápido y fiable como siempre —dijo después de ver la fecha del matasellos.

—Fue una buena idea realizar la solicitud de reexpedición —repuse—. Si no, la carta habría podido acabar en un limbo postal.

—O la habrían devuelto al remitente. A pesar de toda la agitación que ha provocado, me parece bueno que la hayas recibido. Todo el mundo tiene derecho a conocer la verdad y su propia historia.

Leyó las dos hojas con cuidado y, según me pareció, dos veces. Luego las dejó.

—Tu madre debió de vivir una experiencia horrible. No escribe si estuvo en Bautzen I o II, pero supongo que fue en esta última. Bautzen II era la cárcel de la Stasi, en la que metían a los presos políticos. En ese caso, poca diferencia hay si la encerraron porque quería huir o porque les resultaba incómoda a los de arriba.

Me aparté un mechón de pelo de la cara.

—Es posible que yo también la acompañara en la huida, pero no me acuerdo de nada. Solo tengo ese dibujo con el que sueño algunas noches. Me despierto en un coche y veo unas luces azules. Eso puede querer decir que me sacaron de mi casa, pero también...

—... que apresaron a tu madre y a ti te metieron en el coche mientras a ella se la llevaban detenida.

—Exacto.

—Deberías escribirle —dijo, y volvió a doblar las hojas—. Si no, te preguntarás toda la vida qué pasó.

—Es verdad. Aun así, me da miedo que con eso pueda estropearlo todo. Que acabe viendo a mis padres adoptivos con otros ojos.

—Es posible que así sea —opinó Christian—. Esta carta que has recibido te permite preguntarles también a ellos. Pero no importa lo que llegues a saber, siempre debes tener en cuenta cómo se portaron y se portan contigo, lo que significan para ti. A mí los dos me han parecido unas personas encantadoras que te adoran. Aunque no conozco detalles más concretos, me atrevería a decir que no debió de ser sencillo acoger en su hogar a una niña que se encontraba bajo la vigilancia de la Stasi. ¿Ellos han llegado a ver sus expedientes?

Negué con la cabeza.

Y entonces Christian expresó en voz alta otro de mis miedos. ¿Y si mi padre fue un colaborador informal? ¿Y si no fue solo mi padre, sino también mi espía?

Esa idea me cerró un nudo en el estómago, así que la aparté de mi mente. No quería meter a mi padre en el mismo saco que a Joachim Hartmann, un hombre que había escapado impune sin tener que responder de sus actos.

—Si en algún momento llegas a consultar tu expediente, de todas formas te enterarás. Pero por lo menos ahora tienes la ocasión de hablar de ello con tu madre, y es posible que también todas las dudas que tienes en cuanto a los Hansen queden aclaradas. No todo el que resultaba beneficiado por el sistema era una mala persona.

Suspiré con pesadez, pero luego asentí. Christian me puso una mano en el brazo y apretó con suavidad. Nos quedamos varios minutos sentados en silencio. Leonie, no muy lejos de nosotros, estaba construyendo algo que parecía un castillo de arena. Qué deprisa podía cambiar todo lo que uno conocía...

—Detrás de la primera hoja hay un número de teléfono —dije al tiempo que le quitaba la carta de las manos y le daba la vuelta. El número no lo había descubierto hasta esa mañana, cuando había vuelto a leer la carta una vez más antes de guardarla —. Seguramente se le ocurrió que, si no quería escribirle, también podía llamar.

—¿Y lo harás?

Asentí.

—Sí, quizá sea mejor que llame. Hablar me resulta más fácil que escribir. Además, la carta ha llegado con retraso. No quiero dejar que pase más tiempo, porque tal vez ella no lo tenga.

—Entonces llámala luego, cuando volvamos a casa. Yo jugaré un rato con Leonie para entretenerla.

—Gracias —repuse, y me acurruqué a su lado.

Tres horas después, miraba el elegante teléfono blanco de Christian como si fuera una serpiente que fuese a morderme la mano en cualquier momento. Esa llamada lo cambiaría todo.

Intenté identificar mis sentimientos. ¿Seguía teniendo alguno hacia mi madre? Hasta ese momento habían sido emociones de carácter más bien negativo: ira, rabia, desesperación. No había sido hasta esos últimos días cuando había experimentado comprensión hacia ella. ¿Qué sentiría al conocer toda la historia?

Eso no podría saberlo hasta que la hubiera escuchado, así que me di el empujón que me faltaba, levanté el auricular y marqué el número de la carta.

—Centro de cuidados paliativos Sonnengrund. Enfermera Marion, diga — contestó una agradable voz de mujer.

¿Un centro de cuidados paliativos? Al oírlo me quedé tan descolocada que no pude hablar. Mi madre vivía en un centro de cuidados paliativos. ¿Acaso no tenía a ningún familiar que pudiera ocuparse de ella? ¿Era yo la única que le quedaba?

—¿Diga? —repitió la mujer.

—Sí... Mmm... Me llamo Hansen, Annabel Hansen. Me gustaría hablar con la señora Thalheim.

Me encogí por dentro. ¿Habría muerto en esos días? A un centro así solo iban personas a quienes no les quedaba mucho tiempo de vida.

—Un momento, por favor —se limitó a decir la enfermera, sin embargo, y me pasó.

Poco después contestó una voz ronca de mujer. ¿Le habría dicho la enfermera quién estaba al teléfono?

—Thalheim, ¿diga?

Sentí un nudo en la garganta. ¿Qué debía decirle? ¿¡Hola, soy tu hija! No, no acababa de parecerme adecuado.

Y la voz... No sonaba tal como yo la recordaba. Eso podía deberse a la enfermedad que no había logrado superar.

—Soy Annabel —empecé a decir con vacilación—. Annabel Hansen.

Silencio. Silvia Thalheim no dijo nada al principio, pero oí su respiración pesada y un poco metálica. Era probable que tampoco ella reconociera mi voz. ¿Cómo iba a hacerlo? En aquella época tenía seis años.

—¿Annabel? ¿Mi Annabel? —preguntó.

—Sí —dije, algo angustiada—. He recibido su..., tu carta, quiero decir. Es que me he trasladado y ha tenido que dar un rodeo, por eso no he llamado hasta ahora.

De nuevo un momento de silencio.

—Cómo me alegro de que hayas llamado —dijo despacio—. Creía que habrías roto la carta.

—No, no. No lo he hecho. Solo que no sabía...

—¿Si ponerte en contacto conmigo o no? Es comprensible, después de todo este tiempo. —De nuevo una pausa. Respiraciones—. No deberíamos engañarnos. Yo sé muy bien que apenas te acuerdas de mí. Un lazo desgastado se rompe con facilidad, y quién sabe lo que te contarían. Pero es bonito oír tu voz, oír que he dejado algo en el mundo.

—Me... Me gustaría ir a verte, si puedo —dije siguiendo un impulso. Seguro que por teléfono no querría contarme su historia, y a mí tampoco me apetecía pedírselo, porque daba la sensación de que hablar así le exigía un esfuerzo enorme.

—Pues claro que puedes —repuso, y casi me pareció percibir una leve sonrisa en sus palabras—. De todos modos, no deberías esperar mucho para venir. Como tal vez hayas notado, no me encuentro demasiado bien. Cada día puede haber novedades.

Sentí la certeza de que aquello no era mentira y también otra cosa: miedo. Me daba miedo. Esa sensación era nueva.

—¿Qué te parece la semana que viene? ¿El martes o el miércoles?

—Hasta entonces creo que sí aguantaré. —Lo que yo en un principio había tomado por un ruido metálico resultó ser una risilla. A pesar de todo, conservaba el

sentido del humor. Eso hizo que me cayera simpática—. Por mí, puedes venir cuando quieras. No me voy a ir a ninguna parte.

—Bien, pues hasta el martes —me oí decir, aunque no tenía ni idea de cómo iba a organizarme.

A Leonie podía dejarla con mis padres si hacía falta, aunque para eso tendría que explicarles mis intenciones.

—¡Me alegrará mucho verte! —Inspiró un instante, luego añadió—: Una pregunta más: ¿tienes hijos?

—Una hija pequeña.

—Qué bien. ¿Me traerás una fotografía de ella? No quiero obligar a la pequeña a verme en este estado, pero sí me gustaría mucho saber cómo es.

—Desde luego, te llevaré una foto.

Después nos despedimos.

Cuando colgué, me quedé varios minutos mirando por la ventana. El piso de repente me pareció infinitamente silencioso. Solo oía mi propia respiración, que volvía a tranquilizarse y a ir más despacio. Me notaba toda sudada bajo la túnica, como si hubiese corrido los cien metros lisos.

Había quedado con mi madre, una mujer a la que hacía más de veinte años que no veía. Una semana antes, no me habría atrevido ni a soñar con ello.

Esa noche, Christian y yo nos amamos casi con desesperación. Yo quería olvidarlo todo por unos instantes y dejarme llevar por mis sentimientos. Y lo conseguí, aunque fuera por poco tiempo.

—¿O sea que ya has tomado una decisión? —me preguntó cuando yacíamos agotados el uno junto al otro.

—Sí, iré a verla. Aunque no quiero llevar a Leonie conmigo. No quiero poner su mundo del revés. No comprendería lo que es una abuela biológica, para ella solo existe la abuela que conoce.

—Me parece lo correcto. En algún momento será lo bastante mayor para comprenderlo. Ya ha sufrido mucho con la separación de su padre.

Era cierto, también había que añadirle eso. Jan. Jan, que quería estar más presente en su vida. Jan, que se había comportado con una estupidez extraordinaria. Jan, de quien no había vuelto a saber más después de su promesa de enviarle algo a Leonie.

Por otro lado, tampoco yo había intentado ponerme en contacto con él. Tenía la sensación de que necesitaba algo más de tiempo...

—Aun así, tendré que dejar a Leonie con su abuela. No puedo pedirle a ninguna canguro que se quede con ella dos días enteros, así que voy a necesitar una buena excusa.

—Todavía no quieres decírselo a ellos.

—No, y tampoco sé si lo haré algún día. Depende mucho de cómo vaya nuestra conversación. Tal vez lo único que quiera después sea olvidarme de todo.

—Pues deja a Leonie conmigo y ya está —propuso Christian—. Así no tendrás que inventarte nada, y nadie se enterará. O, mejor aún, voy yo a vuestra casa.

—¿Y tus compromisos?

—Se pueden aplazar. Esto es más importante.

También yo lo veía así, pero de todas formas tenía mala conciencia. Últimamente Christian se había ocupado mucho de mí.

—Eres un cielo —dije, y le di un beso—. Podemos hacerlo como tú prefieras.

—Entonces iré yo a vuestra casa. Si te soy sincero, me gusta muchísimo más que este apartamento.

—Y eso que tienes un piso de ensueño.

—No es nada en comparación con tu casa.

—Muy bien, como tú quieras —repuse.

—Iré allí. Y te aseguro que no perderé de vista a Leonie ni un momento.

—¡Eso no lo consigo ni yo!

Le acaricié el pecho y apoyé la cabeza en él. Qué bien sentaba tenerlo conmigo; era un buen contrapunto a todo lo que había ocurrido esas últimas semanas.

—Conmigo estará en buenas manos, créeme.

Me besó en el pelo, y lo creí.

El martes por la mañana me desperté con dolor de tripa de puro nerviosismo. Una noche más sin dormir apenas. ¿Cuándo volvería a conciliar el sueño? Seguramente cuando hubiese atado todos los cabos sueltos de mi vida. Sin embargo, de repente sentía que el miedo y la inseguridad me calaban hasta los huesos y me obligaban a salir de la cama.

Por un lado, quería conocer la verdad; por otro, me asustaba lo que estaba a punto de ocurrir y lo que vería.

Después de tomarme una taza de café conseguí ponerme en marcha. Saqué al vestíbulo la bolsa de viaje que había preparado la noche anterior y luego miré fuera.

Christian no estaba por ninguna parte. Me daba un poco de reparo dejar a Leonie allí sola. No era que no confiase en Christian para cuidar de mi hija, pero nunca había estado tanto tiempo separada de mi princesita, y no quería hacerla pasar por los mismos sentimientos de abandono que había sufrido yo a su edad.

Sin embargo, me dije que nuestro caso era diferente. Solo vas a marcharte dos días y luego regresarás sabiendo qué fue lo que ocurrió de verdad aquella noche de hace tantos años. Aun así, estaba nerviosa.

—¿Me traerás algo bonito cuando vuelvas? —me preguntó Leonie, que se plantó en el vestíbulo. Toda aquella situación también le daba algo de miedo.

Ya habíamos hablado de que estaría de viaje dos días. Le había explicado que tenía un asunto del que ocuparme en Hannover, y con eso se dio por satisfecha, porque sabía que su mamá tenía que ganarse el pan.

—Pues claro que te traeré algo bonito. —No le había dicho nada de ese paquete que su padre quería enviarle, por si las moscas, porque no sabía si llegaría algún día.

—¿Me dibujas dos flores en la escayola? ¿Una para hoy y otra para mañana? —Alargó una mano con los rotuladores.

—Claro que sí —contesté, y obligué a mis manos nerviosas y frías a tranquilizarse para no estropear el dibujo.

Los pétalos quedaron algo temblorosos de todos modos, pero Leonie no pareció darse cuenta. Cuando terminé, se alejó con sus rotuladores dando saltitos.

Entonces oí el motor del coche de Christian y salí.

—Buenos días, bella mujer, espero no haberla despertado —dijo al apearse.

—Muy gracioso, como si hubiese podido pegar ojo.

Nos abrazamos.

—Bueno, ¿cómo estás? Aparte del pánico...

—Tengo muy mala conciencia por dejar aquí sola a Leonie.

—No la dejas sola. Estoy yo con ella.

—Es verdad, pero... Bueno, es por la sensación que yo misma tuve cuando mi madre se marchó.

—No es lo mismo. —Me besó en la frente—. Tú vas a volver mañana. Hasta entonces nos las apañaremos.

—Lo que espero es apañármelas yo. —Respiré hondo, pero no había forma de que la presión que sentía desapareciera.

—Lo harás. Y también me tienes a mí aquí, puedes contarme todo lo que te angustie.

Entramos en casa, le enseñé lo más importante y le dejé unos cuantos números de teléfono. El día anterior me había encargado de llenar bien la nevera, la ropa preferida de Leonie estaba limpia, y también le había comprado un bloc de dibujo nuevo, porque era de esperar que quisiera desfogarse dibujando.

—¿Esperas alguna llamada? —preguntó Christian, y señaló el contestador automático—. ¿De Hartmann, tal vez?

—No, si quiere algo me llamará al móvil. —Se me había olvidado por completo contarle a Christian lo de la invitación a la fiesta de verano, pero tampoco tenía demasiadas intenciones de asistir, a pesar de todos los contactos que tal vez podría hacer allí—. Mi número privado solo lo tenéis mis padres y tú. Si te llaman ellos, diles que..., que estoy de viaje por trabajo.

—Está bien —repuso, aunque me di cuenta de que no le hacía gracia mentirles—. Y, ya que estoy aquí, me pondré a organizar el viaje para lo de la subasta.

—A la que por desgracia no podré ir, con la niña con un brazo escayolado —dije, suspirando—. Esa semana tiene hora con el médico y decidirán si se le quitan la escayola o no.

—Podré encargarme yo solo. Tú ocúpate primero de las cosas que son más importantes.

Me estrechó entre sus brazos y me besó. Habría podido quedarme horas enteras así, pero, como solía decirse, el tren no esperaba a nadie.

Christian me había aconsejado que no condujera yo sola ese largo trayecto, y al final me alegré de haberle hecho caso, porque seguro que no habría podido concentrarme en la carretera.

—Pórtate bien, cielo —le dije a Leonie—. Mamá le escribirá mensajes al tío Christian durante el viaje para que te los lea. Y cuando esté en el hotel, te llamaré, ¿vale?

Ella asintió con la cabeza y se me echó al cuello. Por un momento me sentí tentada de llevármela conmigo, pero no podía ser. Lo que me esperaba en Hannover tenía que afrontarlo yo sola. Así que me despedí de mi hija y de Christian, con todo el pesar de mi corazón, y cargué la bolsa en el Volvo. Lo dejaría en el aparcamiento de la estación; hasta allí sí que podía conducir.

La estación de Binz estaba llena de turistas que regresaban a casa: parejas mayores, familias con niños, viajeros solitarios como yo.

Mientras me dirigía al andén con mi equipaje, me sonó el móvil. ¿Sería Christian? ¿Me había olvidado algo?, fue lo que se me pasó por la cabeza, pero al mirar la

pantalla vi un número desconocido.

—Seeger, de Protección a la Infancia de Leipzig —dijo la voz desconocida de una mujer—. Hace poco hablamos por teléfono porque deseaba usted tener acceso a un expediente.

Me quedé un momento en silencio, desconcertada, pero enseguida me centré.

—Sí, es verdad. ¿Han encontrado el expediente de mi caso, entonces?

—Sí, y si lo desea puedo concertarle una cita el viernes de dentro de dos semanas para una primera lectura.

—Eso... sería estupendo —contesté, y tomé enseguida nota mental de ello.

A esas alturas sentía cierta inseguridad, porque lo que quería saber también me lo podía contar mi madre. De todas formas, tal vez estuviese bien enterarme de lo que habían dejado registrado sobre mí las autoridades de la RDA.

Tras una breve conversación en la que la mujer volvió a indicarme que no me permitirían ver directamente el expediente pero que sí podría tomar notas, nos despedimos.

Guardé el móvil en el bolso y miré hacia la otra vía. Volví a recordar mi sueño. Mi madre no estaba allí, por supuesto, pero yo me dirigía a verla. Y deseaba con todo mi ser que la maleta que arrastraba de mi pasado no me impidiera encontrarme con ella.

Cuando llegó el tren, fui hasta mi asiento con la bolsa y la subí al portaequipajes. El sol se abrió paso entre las nubes; haría un buen día. Como no me apetecía conversar con otros pasajeros, me limité a cerrar los ojos y en algún momento sentí que el tren daba una sacudida. Se había puesto en marcha. Ya no había vuelta atrás.

Varias horas después y tras un trasbordo en Berlín, llegamos a la estación central de Hannover. Bajé mi bolsa y fui hacia la puerta del vagón. Puesto que el tren todavía tardaría un rato en detenerse del todo, saqué el móvil y escribí un breve mensaje diciendo que había llegado bien.

El cielo pendía pesado y gris sobre los tejados de la ciudad. El tiempo había cambiado por el camino, como si se hubiera amoldado a mi estado de ánimo.

Durante el trayecto había intentado mentalizarme para lo que me aguardaba. Una y otra vez había mirado el dibujo que llevaba conmigo. El último dibujo que había hecho sobre la mesa de nuestra cocina. El molino de viento y la niña. ¿Lo recordaría ella también?

Esa idea me puso melancólica. En todos esos años no había pensado nada demasiado positivo acerca de mi madre, pero ¿y si todo aquello era falso? Al teléfono me había parecido una mujer muy amable, y era una injusticia terrible que no me hubiera encontrado hasta ahora, cuando le quedaba tan poco de vida.

Antes de poder reflexionar más sobre ello, el tren al fin se detuvo y me apeé siguiendo la corriente de los demás viajeros. En el edificio de la estación olía a cruasán, pero no tenía hambre.

Mi primera intención había sido la de ir al hotel y después al centro de cuidados paliativos, pero la inquietud me estaba partiendo por dentro. Así que fui a la parada de taxis y, cuando por fin me tocó el turno, le pedí al conductor que me llevara directamente al centro de paliativos.

Durante el trayecto charlamos sobre el tiempo; el hombre se preguntaba si el verano sería un poco más caluroso. En eso poco podía ayudarme yo, así que la conversación se agotó enseguida.

El centro de cuidados paliativos se encontraba en las afueras de la ciudad, junto a un parque precioso. Antes debió de ser una villa, y parecía evidente que el propietario anterior había donado el edificio.

El conductor se detuvo ante la entrada y me presentó el ticket.

—Serán diecisiete cincuenta.

Le puse en la mano un billete de veinte y le pedí una tarjeta.

—Le llamaré para que me pase a buscar.

—Perfecto. ¡Que vaya bien! —exclamó mientras yo bajaba del coche.

El taxi se alejó y yo me eché la bolsa al hombro y miré hacia delante. A pesar de los coloridos arriates, la villa transmitía una sensación algo opresiva. Detrás de esos muros había personas con una salud deteriorada que ya no tenían a nadie o no deseaban cargar a sus seres queridos con el peso de sus últimos días. Era como si el eco de sus vidas y su sufrimiento resonara tras esas ventanas.

Finalmente tomé impulso y crucé la puerta de cristal de la entrada, que se abrió con un leve siseo. En el interior reinaba una atmósfera tranquila. Las paredes estaban pintadas de un rosa amable y tenían cuadros de paisajes y flores como decoración. Había un pequeño tresillo en la zona de recepción, cuyo mostrador encajaba con discreción en la estampa. Un hombre y una mujer aguardaban junto a uno de los grandes ventanales, charlando.

Todo aquello me recordó un poco a una clínica de reposo. La impresión agobiante del exterior se desvaneció.

—Buenos días, me llamo Annabel Hansen y había quedado hoy con la señora Thalheim.

La enfermera me sonrió.

—Sí, nos lo ha comunicado ella con mucho orgullo. Está muy emocionada. Solo tiene que seguir ese pasillo hasta la habitación diecisiete.

Le di las gracias y enfilé el pasillo que había a la izquierda del mostrador. El olor a desinfectante no resultaba muy intenso, pero sí se apreciaba. No era de extrañar, aquello no era un hotel normal y corriente, sino uno donde la gente iba a pasar las últimas semanas y meses de su vida.

Me detuve frente a la puerta de la habitación diecisiete.

Ahí detrás estaba mi madre. Mi madre, a la que hacía más de veinte años que no veía, de la que durante tanto tiempo había creído que me había abandonado sin indagar nunca sobre mí, y cuya historia desconocía.

Me quedé un buen rato de pie ante esa puerta porque me faltaban las fuerzas para empujar el tirador hacia abajo. Mi madre estaba en un centro de cuidados paliativos, no viviría mucho más. ¿No habrían podido ser otras las circunstancias de nuestro reencuentro?

Me sobrevino el impulso de llamar a Christian, o a mis padres adoptivos. Quería explicarle a alguien lo que sentía, pero comprendí que, en esos momentos, no podía llamar a nadie. La única persona con quien podía hablar sobre mis sentimientos en esos instantes estaba tras esa puerta.

Así que levanté la mano y llamé.

—Adelante —dijo una voz débil.

Respiré una vez más para relajar la tensión de mi pecho, después puse la mano en el tirador y apreté hacia abajo.

La figura que encontré en la cama estaba muy delgada y habría pasado desapercibida si no hubiese llevado un vestido de colores vistosos y un pañuelo estampado en la cabeza. Su rostro estaba muy consumido, pero aun así sus facciones se parecían de manera inconfundible a las que yo veía todas las mañanas en el espejo.

Me había olvidado de eso, igual que del hecho de que teníamos los mismos ojos verdes.

¿Cómo debía dirigirme a ella? ¿Con un «mamá»? Así llamaba a mi madre adoptiva, pero también era como había llamado a Silvia Thalheim hacía muchos años, cuando todavía era una niña. ¿Sería adecuado?

—Bella —dijo, y una sonrisa le iluminó la cara—. ¡Has venido!

Asentí con la cabeza y cerré la puerta al pasar. Mientras me acercaba a ella me apoyé en el mobiliario. Salvo por la cama hospitalaria, aquello parecía una habitación de hotel muy normal. Había un televisor sobre una cómoda marrón, un sillón de lectura delante de la ventana con una mesita baja al lado, un armario ropero y una mesa con dos sillas.

Y entonces ya no vi nada más, porque me encontré delante de mi madre.

La enfermedad le había dejado una huella visible. Tenía las mejillas enjutas, las arrugas más marcadas de lo que en realidad deberían estar a su edad. El pañuelo que le cubría la cabeza ocultaba solo en parte que había perdido su preciosa melena pelirroja.

Algo me cerró la garganta. Luché por contener las lágrimas.

Durante todos esos años, pensar en ella había desatado en mí un caos de sentimientos: ira, incomprensión, nostalgia, esperanza o decepción se habían ido sucediendo y me habían dejado impotente, asustada y, de nuevo, furiosa. Esos sentimientos, unidos a mi incapacidad de controlarlos, me habían llevado a querer alejar su recuerdo de mí todo lo posible.

Y de pronto sentí una pena profunda.

—Mamá. —Por fin lo dije, y las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas.

Entre nosotras ya no existía ningún lazo, la gente de la Stasi lo había destruido,

pero todavía quedaba un hilo, delicado y frágil. Lo sentí con claridad. Tal vez era la llamada de la sangre, como decían algunos.

—Deja que te dé un abrazo, hija mía —dijo, y extendió las manos.

La derecha la tenía unida mediante una vía al gotero que había por encima de la cama.

Me entregué a ese abrazo, porque en aquel momento me pareció lo más natural del mundo. Sentí el cuerpo de mi madre quebradizo como una brizna de paja, y casi igual de liviano. Me dio la sensación de que podría levantarla a pulso. El vestido le olía un poco a medicamentos, pero mucho más a rosas. Era un aroma que recordaba de mi infancia.

—Me alegro tanto de que estés aquí... —me susurró al oído.

Al principio no fui capaz de contestar nada porque las lágrimas me cerraban la garganta. Caían al pañuelo de su cabeza y a la almohada.

Avergonzada, me sequé las mejillas en cuanto me soltó.

—Eres preciosa —dijo después de respirar hondo un par de veces—. Siempre me preguntaba cómo serías, pero nunca te imaginé tan guapa.

Eso me hizo sentir algo cohibida. No es que yo pensara que fuese fea, cierto, pero ¿preciosa? Debía de verme con los ojos de su corazón de madre. Un corazón que, evidentemente, nunca había olvidado sus sentimientos por mí.

Pero ¿y los míos? ¿Qué decían mis sentimientos?

Nos estuvimos mirando durante una pequeña eternidad.

—Ojalá todo hubiera sido de otra manera —dijo ella entonces.

—Yo también lo pienso —repuse.

Asintió con la cabeza.

—Como sabes, mi tiempo es muy valioso, así que me gustaría explicarte enseguida lo que ocurrió entonces. Pero, antes, querría saber qué te dijeron la noche de mi desaparición.

—Me explicaron que habías huido de la República.

A Silvia se le demudó el rostro.

—Era lo que me temía, pero te aseguro que mientras a ti te llevaban a ese hogar infantil, yo estaba todavía en el país. O, mejor dicho, de camino a un interrogatorio. Aquella noche me llevaron de nuestra casa sin más explicaciones, sin que yo hubiese hecho nada. Me acusaron de traición a la patria y de conspiración con el enemigo de clase. Me interrogaron durante horas, y todo eso solo porque me negué a colaborar con ellos haciendo lo que me pedían.

Se quedó callada, tenía que recuperar el aliento. Sentí con claridad lo mucho que se agotaba al hablar.

—¿Alguna vez has pensado en solicitar tu expediente de la Stasi?

Asentí.

—Presenté una solicitud, poco antes de que me llegara tu carta.

—Entonces es que tu historia rondaba en tu interior.

—Sí. Pero antes, si te soy sincera, no tenía ningún interés en conocerte. Siempre me hicieron creer que tú me habías abandonado.

—¿Y qué fue lo que te animó a querer ver finalmente el expediente?

—Mi barco —respondí—. Yo... he comprado un barco. Junto con mi nuevo novio.

—¿Un barco? —Las cejas ya casi inexistentes de mi madre se alzaron deprisa.

—Un viejo pesquero. En él encontré la carta de una mujer que huyó al Oeste a bordo del barco. Eso lo desencadenó todo. He descubierto las historias del barco y de sus pasajeros. Incluso he conocido cómo se le ocurrió a su antiguo capitán la idea de traer a fugitivos por el mar Báltico. Puse un anuncio para encontrar a la mujer de la carta, porque me gustaría mucho saber qué la empujó a marcharse al Oeste.

Me detuve un instante, porque me di cuenta de que le estaba explicando a mi madre con emoción todo aquello por lo que yo la había despreciado de niña a causa de lo que me habían hecho creer. Sin embargo, eso ella no podía imaginarlo.

—Y entonces comprendiste que había llegado el momento de interesarte por la fuga de la República de tu madre.

Asentí, acongojada.

—Es algo que nunca ha dejado de perseguirme. Mira. —Saqué el dibujo de la bolsa y se lo di—. Siempre lo he guardado. Es el único recuerdo que me dejaron.

Mi madre alcanzó el papel. Le temblaban las manos.

—Es el dibujo que hiciste aquella noche, ¿verdad? Te lo llevaste contigo a la cama y no lo soltaste cuando te llevaron con ellos.

Asentí de nuevo.

—Me desperté en un coche de la Policía. No tenía ni idea de lo que había ocurrido. Solo tenía este dibujo, y lo que me contó un funcionario. Después me llevaron al hogar infantil y, de allí, un año más tarde, a casa de los Hansen.

Me habría gustado decirle que eran personas decentes, pero seguro que eso la habría herido. Mirando el dibujo, se le saltaron las lágrimas y lo dejó caer. Sin embargo, enseguida recuperó el dominio de sí misma.

—Lo siento —dijo, y se secó las lágrimas de los ojos—. Últimamente siempre me obligo a gastar la menor energía posible, y llorar es un derroche de energía.

—Pero también proporciona alivio. —No sabía si lo que sentía yo en esos instantes era alivio, pero la sensación de mi interior había cambiado.

—Para ti sí, pero yo..., yo solo siento alivio al verte aquí. Viendo que por fin puedo poner remedio a lo ocurrido. Estos últimos meses es lo único que me ha importado.

Alargó la mano para tocarme el brazo. La tenía suave y fría.

—Nunca quise abandonarte, pero no me dejaron otra opción. Me llevaron a Bautzen II, donde sin duda me habría podrido si Occidente no hubiese comprado mi libertad. En 1987, uno de mis guardianes se presentó y me anunció que podía irme al Oeste si quería. Al principio pensé que era una trampa, pero después supe que

querían comprar mi libertad. La RDA estaba más arruinada que nunca, así que se mostraba dispuesta a aceptar la oferta. El verano de ese año llegué al campo de acogida provisional de Giessen. Como cualquier otro refugiado, solo que con una diferencia: que en realidad yo nunca había tenido la intención de huir. Lo único que había hecho era relacionarme con las personas equivocadas. —Rio con amargura y luego guardó silencio. Su pecho se hinchaba y se vaciaba con esfuerzo.

La contemplé y me pregunté si todo eso era verdad, pero ¿quién, aparte de mi madre, podía conocerla? ¿Y qué sacaba ella con mentirme?

Sentí que sí era cierto. La Stasi encarceló a mi madre y ella no abandonó el país hasta que la RFA pagó por ella.

—¿Cómo pudieron llegar las cosas tan lejos? —pregunté al final. Mi voz sonaba muy afectada. Sentía un martilleo en las sienes—. ¿Por qué fueron a por ti? Nunca me explicaste nada.

—No podía. Como seguro que tú tampoco podrías explicárselo a tu hija. —Me sonrió y luego preguntó—: ¿Has traído una foto de tu pequeña? Me gustaría mucho verla.

Rebusqué con torpeza en mi bolso y por fin saqué el monedero. Encontré la foto y se la alcancé. Al hacerlo, me di cuenta de que Leonie ya había crecido mucho desde que se la había hecho.

—Hace poco se ha roto el brazo, pero es una niña sana y feliz.

Silvia contempló un buen rato la fotografía y luego acarició su carita sonriente. Era una de las fotos más bonitas que tenía de mi hija.

—Se parece a ti.

—A nosotras —repuse.

—Puede. Pero también tenéis mucho de tu padre. ¿Leonie suele dibujar?

—Casi tanto como yo a su edad —contesté con una pequeña sonrisa, y me sorprendió ver que conseguía tragarme el nudo que me cerraba la garganta—. Dibuja gasolineras de barcos y sirenas en las rocas y muchas cosas más. Casi todo lo que oye y lo que le da por imaginar.

Silvia sonrió.

—Entonces es igual que tú. Qué lástima que ya no llegaré a conocerla.

Se le escapó un suspiro tan pesado que no fui capaz de prometerle que volvería a visitarla con mi hija. Mi intuición me decía que no tendríamos ocasión de hacerlo.

—Espero que no tengas nada en contra de que quiera aprovechar el tiempo que nos queda para saber todo lo posible sobre ti —me dijo entonces, y señaló la cómoda—. Cuando te vayas, quiero que te lleves esa grabadora de casete y el sobre que hay ahí. En esa cinta está mi historia. O, mejor dicho, la explicación de cómo acabé metida en este embrollo. La grabé poco antes de ingresar en este centro. Aunque he tardado mucho y tenía miedo de buscarte, siempre esperé volver a verte algún día. Más vale tarde que nunca, ¿verdad?

—Gracias —dije.

Mi madre sonrió y buscó mi mano.

—Gracias a ti, hija mía —dijo entonces—. Por haberme perdonado.

—¿Qué tendría que haberte perdonado? —repuse—. ¿Que el Estado nos separase y nos llenase la cabeza con tantas mentiras que ninguna de las dos sabía ya cómo encontrar a la otra?

—Lo has expresado muy bien, y sin duda tienes razón. Entonces, te doy las gracias por haber dudado y haber venido hoy. Y ahora tienes que contármelo todo sobre ti, tu barco y tu vida. Tenemos mucho sobre lo que ponernos al día.

Pasé con Silvia cinco horas en las que le ofrecí un resumen preciso de mi vida, incluyendo la adopción, mis estudios, el matrimonio, la maternidad y el divorcio. Y, cómo no, tampoco faltaron Christian y el *Rosa del Viento*.

Cuando la enfermera entró en la habitación para darle la medicación a mi madre, me di cuenta de que ya era hora de marcharme. Mi visita la había dejado visiblemente cansada y, después de que se tomara las medicinas, su estado pareció empeorar.

Yo aún no sabía con exactitud lo que tenía, pero vi que la estaba consumiendo. Supuse que era cáncer, pero no se lo pregunté.

Al despedirnos, nos abrazamos un buen rato.

—Saluda a tu nuevo hombre de mi parte..., y quizá algún día le expliques a Leonie que también tuvo otra abuela.

Esas palabras, aunque las pronunció con claridad y serenidad, hicieron que se me saltaran las lágrimas de nuevo. ¿Tendría alguna ocasión más de verla?

—Volveré —le prometí entonces.

Seguramente en la siguiente visita me acompañarían Christian y Leonie. Mi madre había aguantado tanto tiempo que sin duda nos quedaban algunos días o semanas más.

Silvia asintió con la cabeza.

—Me alegro —repuso, pero en sus ojos vi que no creía que fuera a pasar—. Cuídate mucho y cuida de tu vida, ¿de acuerdo?

Cuando llegué a la habitación del hotel, me sentía pesada como el plomo. Un extraño vacío se había apoderado de mi cabeza, como si todo lo que había oído necesitara un rato para asentarse de verdad dentro de mí.

Abrí la bolsa y saqué la grabadora de mi madre. Costaba creer que todavía existieran esos cacharros y que mi madre hubiese grabado su historia con uno de ellos.

Miré la cinta, de una hora de duración, y me pregunté qué contendría.

Lo primordial sobre mi madre ya lo sabía; sabía que no me había dejado abandonada. El resto, sin embargo, me daba un poco de miedo. ¿Qué habría vivido en aquella época, cuando la encarcelaron?

Como todavía no me veía capaz de apretar el botón del *play*, me desvestí y me

metí primero en la ducha. Después me puse el camisón, aunque aún era de día. Quería estar cómoda si iba a pasarme una hora entera escuchando.

Cuando salí del baño, me senté en la cama, me puse la grabadora en el regazo y metí la cinta. Mientras tanto, intenté imaginar a mi madre sentada en un sillón delante de su ventana, pronunciando esas palabras que yo estaba a punto de escuchar. Una lágrima me resbaló por la mejilla. Me invadió un gran pesar. ¿Por qué no había dado antes algún paso para encontrarla, por qué no la había buscado?

Porque estaba cegada. Porque había creído lo que me contaron después de que desapareciera. Porque tenía miedo, igual que ella. ¿Quién quería que le derribaran las fachadas de una vida erigida con tanto esmero para dejar atrás el pasado? Hasta ese momento no supe el gran error que había cometido al no buscarla antes.

No estaba segura de poder mantener la calma si algún día llegaba a saber el nombre del funcionario que me había mentado tan descaradamente.

Aunque tal vez reaccionara igual que Christian y no hiciera nada con ello. Si el funcionario no recibía la oportunidad de expiar su culpa, tendría que cargar con ella en la conciencia para siempre. Y si, tal como creía mi madre, existía un cielo, esa culpa, sumada a todas las demás con las que hubiera cargado, le garantizarían un lugar de honor en el infierno.

Sin embargo, en ese instante lo importante no era ni la venganza ni mis sentimientos al respecto. Solo quería escuchar la historia de Silvia, que al mismo tiempo era también la mía. Así que apreté el *play* y esperé a oír su voz tras los crujidos iniciales de la grabación.

SILVIA

Mi querida Annabel, esto es para ti. Debes saber que ni mucho menos te abandoné, como tal vez te hayan contado. Solo fui víctima de mis ideas, las cuales siempre expresé con sinceridad, como una tonta, sin preocuparme por las consecuencias que eso comportaría.

No hice nada por maldad ni porque me instigaran a ello desde el Oeste, como afirmaron en sus acusaciones. Lo único que quería era no ser culpable de lo malo que pudiera pasarles a unas personas que no tuvieron más intención que la de hacer que nuestro país fuese mejor, un país en el que no se viviera como en una cárcel, en el que todo el mundo pudiera decir lo que pensaba. Uno que fuese un reflejo de la *Utopía* de Tomás Moro.

Esa, por desgracia, fue mi perdición. Pero de eso te hablaré después, no quiero anticiparme.

No tengo ni idea de dónde estarás ahora, pero me aseguraron que te habían dejado en buenas manos. Evidentemente, no se trató de una comunicación oficial; una trabajadora de la Stasi se apiadó de mí y me dijo al menos eso. Pero nada más.

No conozco a la familia que te acogió, y tampoco sé qué apellido llevas. Te buscaré, pero no sé si esa búsqueda se verá recompensada algún día con el éxito.

Aun así, espero de corazón que tengas una buena vida y que, a pesar de todo, te hayas convertido en una mujer que expresa sus opiniones con libertad. Y también espero que no me hayas olvidado, al margen de que algún día recibas esta cinta o no.

Eres hija de la feria de muestras; o al menos así era como te llamaba yo para mí. En Leipzig, donde vivía entonces, si tenías suerte podías conseguir un empleo de azafata en la feria de primavera o en la de otoño, y así entrar en contacto con personas a las que de otro modo no habrías conocido nunca.

Empresas del mundo entero exponían allí sus productos y traían consigo el esplendor y los aromas de sus países. En los pabellones se oían los idiomas más variopintos y, aunque teníamos instrucciones muy estrictas de no establecer ningún contacto personal con representantes del extranjero capitalista, nosotras hablábamos con ellos y así nos enterábamos de que lo que nos enseñaban por televisión en el programa *Der schwarze Kanal* era falso.

Sí, claro, en el Oeste la gente moría a causa de las drogas, había criminalidad, contaminación medioambiental y sida. Pero las personas normales eran iguales a nosotros. Simpáticos o desagradables, amables o cascarrabias, con buen o mal humor. De ningún modo eran el monstruo que la propaganda quería hacernos creer.

Como esos contactos estaban prohibidos de manera oficial, pero no se podían evitar, para los puestos de la feria seleccionaban de entre todos los solicitantes solo a

la plantilla de mayor confianza. En vista de lo que viví después, cuesta creer que yo me encontrara entre ellos, ¿verdad?

Mis padres eran miembros del Partido, siempre fieles a su mandato. Mi padre trabajaba en el periódico, mi madre en la administración de la Clínica Universitaria. Yo misma, desde pequeña, había participado en las actividades del Estado, pertenecía a los Jóvenes Pioneros, a los Pioneros de Thälmann y a la Juventud Libre Alemana, siempre había colaborado en actividades extraescolares y casi todos los años me habían elegido delegada de grupo. Mi compromiso continuó en la universidad. Me uní a acciones colectivas y organicé actos de la Juventud Libre Alemana. Sacaba sobresaliente en marxismo-leninismo, una asignatura que todos los alumnos debíamos cursar, aunque mis inclinaciones se decantaban más hacia las lenguas y la literatura. Quería trabajar algún día en una de las grandes editoriales de la RDA, y tampoco tenía ningún inconveniente en entrar en el Partido Socialista Unificado de Alemania cuando terminara los estudios.

Llevaba una vida modélica para la RDA, cosa que justificaba la confianza que depositaron en mí cuando me permitieron trabajar en el stand de una empresa austríaca.

También Austria era por entonces el extranjero capitalista, pero, como había reconocido a la RDA, no estaba tan mal considerada como la RFA.

Las personas de aquel stand eran muy amables y, aunque el primer día tuve alguna que otra dificultad para comprender las expresiones típicas de su alemán, desde el principio me sentí muy cómoda entre ellos. La empresa vendía piezas de maquinaria que yo no había visto en mi vida, pero hicieron que me integrara y, al terminar la jornada, me pasaban algo de moneda extranjera.

Fue en una de sus veladas donde lo conocí. A tu padre, del que apenas te hablé nunca. No quería que tuvieras ningún problema, porque ya era bastante malo que yo me hubiese relacionado con él. Todo lo que podría haber sido yo a ojos de los funcionarios del Partido quedó destruido por ese único momento. El momento en que me miró a los ojos.

No sé si te acuerdas de mí, pero, cuando era joven, tenía el mismo cabello pelirrojo y los mismos ojos verdes que tú. A veces me daba un poco de pena que no hubieses heredado algo más de tu padre, porque tenía un precioso pelo negro azabache y los ojos castaños. Tal vez de adulta te parezcas un poco a él y tengas sus rasgos angulosos o sus manos largas.

Era diez años mayor que yo y no pertenecía a la empresa austríaca. Trabajaba como jefe de compras para una empresa de maquinaria pesada de Stuttgart, era un hombre de mundo, encantador y, según comprobé después, muy culto. Jamás había conocido a un hombre como él. Y es probable que él tampoco a una pelirroja como yo.

Cada vez que miraba en dirección a él, lo sorprendía observándome, como si pudiera sentir mis ojos. Y también yo sentía cuándo me miraba.

En algún momento se me acercó y me preguntó si era de Austria. Eso me

sorprendió, porque creía que se me reconocía claramente como ciudadana de la RDA; las demás trabajadoras eran mucho más desenvueltas que yo. Pero él no se había fijado en la diferencia, y eso hizo que me cayera simpático.

Se presentó como Thomas. También tenía apellido, desde luego, pero no sé en qué manos acabará esta cinta, así que me lo guardo para mí.

Sé que a ningún hijo le interesa la sexualidad de sus padres, y menos aún cómo fue concebido. De todas formas, te diré lo siguiente: esa noche dormí con él, y fue una de las noches más bonitas de mi vida. A esa primera le siguieron otras. Todas las noches que quedaban de feria las pasamos en mi pequeño piso de estudiante. Mi compañera, Karla, reconoció sin ningún pudor que sentía envidia, pero, como era amiga mía, fue lo bastante discreta para desaparecer cuando me presentaba con él. Se iba a casa de su amigo Mirko, para hacer lo mismo que yo con tu padre.

Cuando la feria de muestras terminó y tuve que dejarlo marchar, fue como si me hundiera en un pozo profundo. Me prometió que me escribiría y me dejó quinientos marcos de la RFA por si llegaba a necesitarlos. Era una fortuna, así que los escondí de inmediato. Tal vez me hicieran falta en algún momento, pero no tenía ninguna intención de gastármelos alegremente en cualquier tontería.

Aquellos hombres se presentaron varias semanas después de la feria. Llevaban unos trajes que no eran de su talla y unas gafas de sol con las que tal vez creían que pasarían desapercibidos. Me estaban esperando a la entrada de la universidad.

Al principio no les presté ninguna atención, tenía la cabeza llena de teoría de la literatura y de los vocablos que aún debía memorizar para la asignatura de ruso. Pasé junto a ellos sin detenerme un segundo, fui a mi bicicleta y me peleé con el candado, que siempre se negaba a abrirse o a cerrarse cuando más prisa tenía.

Esa vez, si el candado no se hubiese quedado enganchado, es probable que hubiese podido escabullirme de ellos. En cambio, tuvieron tiempo más que suficiente para elegir el momento oportuno.

—¿Es usted la señorita Thalheim?

Por supuesto que lo era, y ellos lo sabían perfectamente.

—¿Sí? —repuse, extrañada de que dos tipos con una pinta tan extraña se pasearan por el campus.

Uno de ellos sacó entonces una identificación.

«Ministerio para la Seguridad del Estado», se leía. Antes de que pudiera ver el nombre, el documento había desaparecido otra vez.

Se me metió el miedo en el cuerpo. ¿Habría visto alguien cómo entraba en mi casa con Thomas? ¿Se habían dado cuenta de que era occidental por su vestimenta?

Durante las ferias de muestras, muchas mujeres se llevaban a casa a hombres del Oeste, ya fuera por amor o para contribuir a la economía doméstica con un par de marcos occidentales. La ciudad estaba llena de hombres con traje que se notaba que no habían comprado la ropa en nuestras tiendas VEB Herrenmode.

En realidad, me había asegurado de no llamar mucho la atención con Thomas,

pero tal vez alguno de los vecinos había visto algo y me había denunciado.

En ese caso, la próxima vez seguro que no me darían ningún empleo en la feria.

—Nos gustaría hablar un momento con usted, ¿puede ser? —preguntó el otro, el que no me había enseñado su identificación.

—Sí, claro —respondí, e intenté que no notaran lo nerviosa que estaba.

Por dentro, sin embargo, me sentía a punto de estallar. Me encontraba fatal y, para ocultar el temblor de las manos, decidí meterlas en los bolsillos del pantalón.

Los dos hombres me acompañaron hasta un edificio que yo siempre había creído que era un bloque de viviendas normal y corriente, pero resultó que funcionaba como punto de encuentro para la gente de la Stasi. Allí entraban y salían los colaboradores informales se entregaban los informes sobre las personas que estaban bajo vigilancia.

Estaba segura de que me había metido en un lío, y bastante gordo, la verdad. ¿Cómo iba a explicárselo a mis padres? ¿Que la Stasi me había detenido porque me había liado con un hombre del Oeste? ¿Que, precisamente a través de mi experiencia en la feria de muestras, por una vez no había creído en aquello que nos inculcaban? ¿Que había incumplido las reglas en una única ocasión?

Poco después me encontré sentada en una silla tapizada con una burda tela de color mostaza. Ya no estaba mirando solo a aquellos dos hombres que me habían abordado, sino también a un tercero, en la solapa de cuya americana brillaba una insignia del Partido.

—Amiga de la Juventud Thalheim —empezó a decir este último, y abrió ante sí un clasificador de cartón.

¿Era aquel mi expediente? No podía creer que la Seguridad del Estado me hubiera abierto un expediente.

Todavía tenía náuseas y el sudor empezaba a bajarme por el cuello de la blusa, a pesar de que fuera hacía un fresco día de otoño y de que la sala en la que me encontraba ni siquiera tenía calefacción.

—¿Se le ocurre por qué querríamos hablar con usted? —me preguntó.

Negué con la cabeza. Por supuesto que podía imaginármelo, pero reconocerlo habría sido mi perdición.

—Hace un par de semanas trabajó en la feria de muestras de Leipzig, ¿cierto?

Asentí.

—Para una empresa del extranjero no socialista. ¿Austria?

De nuevo, solo pude asentir con la cabeza, porque, por lo visto, todo aparecía ya en mi ficha.

—Ha llegado a nuestro conocimiento que usted, además de eso, estuvo también en contacto con trabajadores de empresas de la Alemania Occidental. ¿Es correcto?

De repente sentí toda la cara entumecida. De modo que se trataba de Thomas. ¡Dios mío!

—Nosotros..., la empresa, quiero decir, organizó una noche un acto al que también asistieron representantes de empresas de la Alemania Occidental. Yo asistí a

ese acto.

El hombre entrelazó las manos sobre la mesa y se inclinó un poco hacia delante.

—¿Y en esa velada pudo enterarse de ciertas cosas? ¿Cosas que tal vez puedan sernos útiles a nosotros?

Enarqué las cejas. ¿A qué se refería?

—Bueno, las conversaciones giraron casi siempre en torno a contratos comerciales —respondí, porque estaba segura de que era eso lo que le interesaba al Estado.

—¿Y qué me dice de la esfera privada?

Empecé a marearme. ¡De ningún modo podía explicarles que me había acostado con Thomas! ¡Eso no era asunto del Estado, y mucho menos de la dirección del Partido!

—No sé a qué se refiere con eso —contesté, insegura, mientras mentalmente ya estaba buscando alguna excusa.

El hombre que tenía delante soltó un bufido.

—A que si, tal vez, se enteró usted de alguna información personal. Si alguno de ellos engaña a su mujer, cuáles son sus pasatiempos o si hace poco que se han comprado un yate o algo por el estilo. También a qué escuelas van sus hijos y, lo mejor, si tienen las manos sucias. Algo como una infidelidad o una aventura nos sería de gran ayuda.

Me quedé estupefacta mirando a aquel hombre. ¿De verdad acababa de decir eso? Yo no era más que una simple azafata de feria, ¿de verdad pensaba que los austríacos o sus invitados se habrían dedicado a explayarse delante de mí sobre sus intimidades, que incluso habrían confesado sus secretos más escabrosos?

—No, no. No me enteré de nada parecido —repose, desconcertada, aunque era la verdad.

Thomas me había explicado que hacía tres meses había roto con su novia, pero ¿a quién le interesaba? Esas cosas también sucedían en nuestro país.

Entonces lo comprendí. La Seguridad del Estado quería conocer los trapos sucios. Eso me sorprendió muchísimo, porque hasta ese momento había creído que solo les preocupaba que elementos enemigos pudieran poner en peligro el bienestar de los ciudadanos. Interesarse por aventuras e infidelidades, a mi entender, era más propio de los servicios secretos occidentales.

—¿Alguna otra cosa que pudiera sernos de valor?

Sacudí la cabeza.

—No, yo..., no me fijé en lo que decían. Nos habían indicado que debíamos evitar cualquier contacto personal con los participantes no socialistas de la feria.

¡Me sentí orgullosa de mí misma al ver que se me ocurría esa respuesta! Era justo lo que nos habían dicho al prepararnos para el trabajo en la feria.

El hombre parecía decepcionado.

—Tal vez no debería haberse tomado esas instrucciones tan al pie de la letra —

dijo de repente.

Y de nuevo la imagen que tenía de la Seguridad del Estado dio un vuelco importante. ¿De verdad el desconocido que tenía ante mí me estaba pidiendo que me saltase las instrucciones de los funcionarios?

—Bueno, así son las cosas. La próxima vez irá mejor, ¿verdad?

No supe qué quería decir con eso, pero dejó de someterme a aquella tortura.

—Amiga de la Juventud Thalheim, en vista de su compromiso verdaderamente ejemplar en la universidad y en la Juventud Libre Alemana, quisiéramos invitarla a trabajar con nosotros.

El hombre se reclinó en la silla y se quedó mirándome fijamente.

A pesar de que iba muy tapada, me sentí como si estuviera desnuda ante él. Era probable que me leyera el pensamiento a través de la expresión de la cara, así que intenté no pensar nada en ese momento.

—Las ventajas para usted serían evidentes —siguió diciendo, casi con autocomplacencia—. Recibiría un puesto en la feria la mitad del año, e incluso nos encargaríamos de que la contrataran de forma fija una vez termine los estudios. Además, podría pertenecer al cuadro de viajes. Se le remuneraría bien por su trabajo y tendría a su disposición todo lo que pudiera necesitar.

Era como si me hubiesen pegado un puñetazo. Un segundo antes temía que me metieran en la cárcel por mis noches de amor con Thomas, ¡y de repente me estaban ofreciendo un puesto en la feria y formar parte del cuadro de viajes!

¿Y si les decía que más adelante me gustaría trabajar en una editorial? Seguro que eso tampoco representaba ningún problema.

—¿Qué... tendría que hacer yo a cambio? —pregunté con cierta ingenuidad. ¿Qué hacía uno cuando trabajaba para la Stasi?

—La destinaríamos a diferentes lugares, aunque sobre todo a las ferias. Tendría que aguzar los oídos y levantar acta de todas las conversaciones que escuchara. Naturalmente, la prohibición de establecer contacto personal quedaría entonces levantada. Usted nos comunicaría sus observaciones y nosotros las valoraríamos. — En ese momento volvió a inclinarse hacia delante. Sus ojos seguían sin apartarse de mí ni un segundo—. Sin duda, comprenderá que para nuestro país es de vital importancia ir siempre un paso por delante en cuanto a informaciones. Eso atañe tanto a la información tecnológica como a la privada. Debemos conocer bien a nuestro enemigo, y para ello podría sernos usted de gran utilidad.

Inspiré hondo, temblorosa. Cuadro de viajes, un puesto en la feria de muestras, privilegios; todo aquello sonaba de maravilla. De no haber conocido a Thomas, es probable que hubiese aceptado, pero en aquel momento pensé en la gente tan amable de Austria, pensé en Thomas y en sus compañeros de trabajo, y supe que jamás querría hacerles ningún daño, por mucho que a ojos del partido fuesen el enemigo de clase.

—Tengo..., tengo que pensármelo —dije, vacilante.

No sabía qué consecuencias tendría eso ni qué as podían esconder aún en la

manga, pero no me veía capaz de acceder tan deprisa. No en aquel momento, y era probable que nunca llegara a hacerlo.

El hombre de la Stasi soltó un soplando de frustración y volvió a reclinarse en el respaldo. ¿De verdad había creído que correría a aceptar su oferta? ¡Si apenas unos minutos antes pensaba que iban a castigarme por haber tenido contacto con un ciudadano occidental!

—Lo comprendo —dijo al fin—. Y es de justicia darle un poco de tiempo para considerarlo. Sin embargo, también le digo otra cosa: no estropee sus buenas perspectivas de futuro con vacilaciones innecesarias. Cuanto antes se decida a trabajar para nosotros, mejor podremos continuar planificando su vida futura. Porque usted quiere tener una buena vida, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Sin embargo, no podía aceptar su oferta. No quería espiar a nadie. No estaba interesada en sus vidas y, si bien me habían educado para ser leal al Partido, para mí siempre había existido también el mundo del otro lado de la frontera, un mundo que yo no imaginaba tan hostil como nos lo presentaban en nuestra propaganda. Mi sentido común me decía que estaba mal meter las narices en cosas que no eran asunto mío.

Eso no lo expresé en voz alta, desde luego. En esa ocasión fui lo bastante lista para guardarme mis opiniones.

—Bien, entonces yo diría que hablaremos de nuevo dentro de una semana. O eso espero. Un colaborador se dirigirá a usted para obtener su respuesta. Si acepta, solo tendrá que firmar su declaración de compromiso y, después, yo personalmente le indicaré cuáles serán sus cometidos. Si se niega, tendrá que arreglárselas usted sola, por lo menos mientras no cambie de opinión. —Alzó las manos como si mi destino futuro no fuese cosa suya.

Luego se dirigió hacia la puerta. Poco antes de abrirla se volvió una última vez.

—Ah, sí, seguro que no hace falta que le diga que esta conversación es confidencial. No comente una palabra con nadie, ni siquiera con sus amigos o familiares. ¿Nos hemos entendido?

—Sí —respondí, y sin darme cuenta contuve el aliento hasta que desapareció de mi vista.

Salí de aquel edificio conmocionada. Ya había oscurecido y yo tenía la bicicleta en el campus universitario, pero en ese momento se me había olvidado cómo llegar hasta allí. Las palabras del hombre de la Stasi parecían arderme aún en los oídos.

«No estropee sus buenas perspectivas de futuro con vacilaciones innecesarias.»

Si rechazaba la oferta, ¿de verdad se asegurarían de que no llegara a labrarme un futuro? ¿De que no consiguiera los puestos que deseaba?

Me habría gustado mucho poder discutirlo con mis padres, pero no me permitían decirle nada a nadie. Durante varios días estuve cargando sola con el secreto. Deseaba ser una buena ciudadana para el Estado, pero ¿espíar? Eso no quería hacerlo.

Por miedo a encontrarme a la gente de la Stasi en la universidad, informé de que

estaba enferma y me encerré en mi piso. No fue hasta después cuando caí en la cuenta de que también sabían dónde vivía y que, en cualquier momento, podían presentarse en mi casa.

Cuanto más se acercaba el día en que los camaradas esperaban recibir una respuesta, peor me encontraba yo. Cada vez que alguien llamaba al timbre, aunque solo fuera el cartero, me sobresaltaba.

Así pasaron dos semanas, y al final comprendí que no podría esconderme para siempre, de manera que volví a la universidad, aunque algo había cambiado en aquellos días. Sentía que me seguían. No había ningún motivo para ello y, cada vez que miraba hacia atrás, no encontraba a nadie que me pareciera sospechoso, pero, aun así, continuamente sentía una mirada entre los omóplatos, que solo desaparecía cuando cerraba las cortinas de mi apartamento.

Durante una semana todo fue como siempre, y entonces, una tarde, salí de la universidad y corrí como de costumbre a los aparcamientos de bicicletas.

—Ah, amiga de la Juventud Thalheim —dijo tras de mí una voz que me dejó paralizada.

Había esperado que todo pasase, que quedase olvidado, pero la Stasi nunca olvidaba nada.

—¿Ya vuelve a encontrarse mejor?

De modo que habían solicitado informes sobre mí. Me alegré de haber comunicado mi enfermedad de manera oficial. Así, por lo menos, podía fingir que no estaba evitando a conciencia un segundo encuentro con esos hombres.

—Sí, estoy mejor, camarada —repuse—. Gracias por preguntar.

—Bueno, en tal caso, sin duda estará dispuesta a seguirnos para tener una nueva conversación con nosotros. Al camarada jefe del departamento le gustaría mucho conocer su respuesta.

Me quedé helada. ¡De ninguna manera pensaba volver a entrar en ese edificio del Ministerio para la Seguridad del Estado!

—Bueno, amiga de la Juventud, pues esperemos que no haya destrozado usted su futuro con esa decisión. En cualquier caso, siempre puede cambiar de opinión.

Esa clara amenaza me dejó sin palabras. ¿O sea que la Stasi se aseguraría de que no tuviera un futuro? ¿Y eso a pesar de que era la mejor de mi promoción? ¿Aunque siempre hubiera intentado hacer todo lo que el Estado pedía de mí?

No, no había hecho todo lo que me pedían. Les había fallado al negarme a colaborar en un asunto muy importante para ellos, pero por nada del mundo quería ocuparme de espiar a nadie, probablemente incluso a Thomas. Aunque ya solo teníamos noticias uno del otro muy de vez en cuando, yo seguía pensando en él, sí, seguía un poco enamorada y esperaba volver a verlo algún día. Recordé la amabilidad de las personas de aquel stand de Austria, que no eran los monstruos que querían hacernos creer.

Furiosa, regresé a casa empujando la bicicleta y decidí que esa noche me

emborracharía como jamás lo había hecho. Cierto era que no podía hablar con nadie, pero no podían impedirme beber.

Después de ese encuentro, empecé a ver todas las cosas bajo una luz completamente nueva. Yo, que siempre había creído que los eslóganes que nos rodeaban tenían sentido y que merecía la pena luchar por ellos, de pronto veía que solo eran palabras vacías. El Estado de los obreros y los campesinos quizá se ocupaba del bienestar de sus ciudadanos en la superficie, pero siempre que hicieran lo que se exigía de ellos, y siempre que no se salieran de la fila.

Yo me había negado a acatar, y empecé a notar las consecuencias. Sin embargo, no fue hasta mucho después cuando esa mancha en mi expediente se convirtió en mi perdición. Antes tuve que enfrentarme a unas preocupaciones muy distintas, porque me di cuenta de que se me retrasaba el período. Cuando, además, empecé a tener náuseas por las mañanas, me sobrevino un oscuro presentimiento que quedó corroborado cuando fui a ver a una ginecóloga.

—Felicidades, está embarazada —me anunció, y dejó con brío mi ficha sobre la mesa.

En un primer momento me quedé atónita. Soltera y embarazada. De un hombre del extranjero capitalista. Estaba segura de que la Stasi me encerraría entre rejas si llegaba a enterarse.

—Si no quiere tener el niño, puedo concertarle una cita para un aborto —añadió la doctora, que debió de darse cuenta de que no me alegraba en absoluto.

Sin embargo, negué con la cabeza.

—No. Quiero tenerlo —dije con seguridad.

La doctora asintió al oírme.

—Está bien, pero, si cambiase de opinión, hágamelo saber a tiempo, por favor.

Dije que sí con la cabeza, aunque sabía que no iba a cambiar de opinión.

Enseguida me vi enfrentada a cómo sería la vida que había elegido para mí. A mis padres se les vino el mundo encima cuando se lo comuniqué. Mi padre quiso saber el nombre del tipo, pero yo no podía decírselo. Un hombre del Oeste; seguro que con eso lo habría dejado al borde de un ataque al corazón. Me mantuve firme en mi silencio incluso cuando amenazó con desheredarme.

Finalmente lo aceptaron, no sé muy bien cómo, aunque no podía esperar ninguna ayuda de ellos. Mis padres viajaban demasiado a menudo como para poder ocuparse del niño y, puesto que un embarazo fuera del matrimonio también era una vergüenza para una ciudadana de la RDA, tampoco podría contar con ayuda de ningún otro tipo.

Aun así, seguía estando convencida de no abortar, y esperaba que también Thomas me apoyara en mi decisión, así que una noche le escribí una larga carta.

En ella no le explicaba nada del intento de reclutamiento por parte de la Stasi ni de ningún secreto de Estado, puesto que no conocía ninguno. Solo le hacía saber que nuestras noches juntos habían tenido consecuencias y que iba a ser padre.

Al día siguiente envié la carta y esperé que él la recibiera y, quizá, se pusiera en contacto conmigo. No le pedía ni mucho menos que nos casáramos. Aquello habría

sido imposible. Yo no podía cruzar al otro lado, y seguro que él no querría venirse al mío.

De todos modos esperaba que me escribiera, o que viniera a verme algún día. A fin de cuentas, los ciudadanos del otro lado sí tenían permiso para cruzar la frontera. Tal vez se acordaba de mí, tal vez se alegraba incluso de tener un hijo, pero, aunque no fuera ese el caso, sí deseaba recibir noticias tuyas.

Sin embargo, su respuesta no llegaba. En un primer momento no le di demasiada importancia, puesto que sabía que la correspondencia entre los dos estados tardaba un tiempo en llegar a destino, pero luego empecé a temer que la Stasi hubiese interceptado la carta. No obstante, al ver que varios meses después ninguno de ellos se había presentado en mi casa para interrogarme, me convencí de que no tenían la carta ni la habían leído.

A esas alturas me preguntaba si no se habría perdido. Estaba segura de que Thomas, de algún modo, habría dicho algo. Cada vez que corría al buzón cuando llegaba a casa tenía la vana esperanza de recibir una respuesta tuya, pero nunca encontraba nada y, al cabo de medio año, perdí toda esperanza y decidí tomar las riendas de mi suerte y educar sola a mi hijo.

Terminé los estudios en la recta final del embarazo y poco después naciste tú. No tenía trabajo ni dinero, pero sí una niña por la que al menos recibía una ayuda estatal. Durante una temporada seguí viviendo en el apartamento de Karla, pero pronto empezaron a ponerla muy nerviosa tus llantos nocturnos.

No se quejaba, pero yo veía que no estaba a gusto. Le quedaban dos semestres de hincar codos, y pasarse las noches despierta porque yo tenía que darte de comer o cambiarte los pañales no era lo más aconsejable.

De manera que presenté una solicitud para un apartamento, lo cual no era muy fácil para una mujer soltera, y al poco tiempo recibí la comunicación de que me habían asignado uno.

Esperaba que fuese un piso en un edificio bonito de nueva construcción, pero me dieron uno en el casco antiguo, en una casa sin renovar. El cuarto de baño y el retrete se compartían con el resto de la planta. Aun así, estaba feliz de tener por fin mi propio espacio. Mientras dormías, yo escribía solicitudes para trabajar en editoriales, en el teatro, en bibliotecas. ¡En algún sitio tenía que haber un puesto para una licenciada en germánicas!

Pero me llovían los rechazos. Poco a poco empecé a comprender lo que había querido decir aquel hombre de la Stasi. Sin duda no era que no existiera ningún puesto disponible; todo el mundo sabía que solían contratar a más personas de las necesarias si hacía falta. Algunos puestos estaban incluso duplicados. Sin embargo, los buenos los recibían solo las personas de confianza: ciudadanos que no tenían ningún problema con hacerle un pequeño favor al Estado de vez en cuando. Y, por desgracia, yo estaba excluida de esos «puestos buenos».

Me sentía desorientada. ¿Qué debía hacer? Oficialmente no había desempleo en la RDA, y sin embargo yo no tenía trabajo. Tampoco me quedaba ya dinero de

Thomas, porque hacía tiempo que lo había intercambiado en el mercado negro para ir tirando.

Llevada por la desesperación, volví a escribirle otra vez. Con educación, le rogaba que me enviara una pequeña ayuda para su hija, ya que por lo menos era su deber encargarse de la manutención.

Y entonces, una tarde, llamaron a la puerta de casa. Abrí suponiendo que sería el cartero, pero a aquel hombre no lo conocía de nada. Ya temía estar a punto de recibir una nueva oferta de la Stasi, pero el hombre era algo así como un funcionario que, una vez le dejé pasar, me soltó una interminable charla sobre lo deleznable y lo completamente asocial que era no ocupar ningún puesto de trabajo. Acabó dándome una lista de establecimientos en los que encontraría empleo.

Casi no pude evitar reír al ver de qué sitios se trataba. Entre ellos había fábricas textiles, puestos de dependienta en tiendas de alimentación HO y una cooperativa de producción agrícola. En todos esos lugares buscaban mano de obra, solo que yo era una licenciada en germánicas con muy buenas notas en marxismo-leninismo.

Cuando se me ocurrió hacer ese comentario, recibí la charla número dos: que no todo el mundo podía dedicarse a la profesión que había estudiado, y que no era ninguna vergüenza hacer una contribución diferente al socialismo.

No tengo ni idea de cómo conseguí dominarme, pero, cuando el hombre se marchó, estampé un candelabro contra la puerta de pura rabia. Fueron tus llantos los que me hicieron recuperar el sentido, y corrí a consolarte.

Como necesitaba trabajar, y gracias a la Stasi seguramente no podía esperar encontrar nunca un puesto en una editorial o en el periódico, me tragué mi orgullo y fui a una oficina de orientación laboral. Allí me dijeron que había plazas de aprendiz de dependienta, lo cual al menos era mejor que un puesto de mano de obra no cualificada, así que solicité una. En HO no me quisieron, pero en Konsum me dieron una oportunidad. Al día siguiente me encontré detrás de un mostrador, pesando carne picada y chuletas, y dando largas a la gente cada vez que nos llegaban menos plátanos o naranjas cubanas de las que habíamos esperado.

De mis padres no podía esperar ningún tipo de apoyo. Cuando supieron que me había quedado embarazada fuera del matrimonio y que no quería dar a conocer el nombre del padre, cortaron todas las vías de comunicación conmigo. Ni siquiera quisieron ver a su nieta. Mi madre vino a visitarme una vez, pero solo para gritarme reproches. Tuve que pedirle que se marchara y no volví a verla nunca.

Sin embargo, no tenía tiempo para regodearme en la autocompasión.

Por las noches estudiaba para mi formación profesional o desahogaba mi enfado si habíamos tenido que apartar mercancía «bajo mano» para determinadas personas. Los beneficiarios de esos favores solían ser miembros de la Stasi, o personas de quienes la directora del establecimiento sacaba algún provecho personal.

Pero yo te tenía a ti, así que decidí tragármelo todo y no volver a «estropear» mi futuro. Aprobé el examen final como la mejor de la promoción y me aceptaron en Konsum. Aquello fue una victoria, aunque modesta, sobre la sombría profecía y aquel

funcionario de la lista.

Reconozco que en algunos momentos me planteaba regresar al edificio del Ministerio de Seguridad del Estado y comunicar que había cambiado de opinión. No sabía si todavía le resultaría de algún valor a la Stasi; en la feria de muestras no habían vuelto a contratarme, pero seguro que encontrarían un destino en el que mis oídos pudieran serles útiles. Y, así, tal vez algún día llegaría a trabajar en una editorial.

Sin embargo, con un solo vistazo al verdadero rostro del país me había bastado para reforzar mis convicciones. Por mucho que tuviese ventanas con corrientes de aire, un horno que no calentaba bien y un retrete famoso por atascarse, mi sentido común siempre me impedía volver a ponerme en contacto con la Stasi. Lo único que deseaba era tranquilidad, criar a mi hija y vivir.

Y entonces, un día, cuando ya no pensaba en ello y no lo habría creído posible, llegó una carta de Thomas. Dudé mucho tiempo si abrirla o no. ¿Qué me habría escrito? ¿Que no quería volver a saber nada de mí? ¿Que quería casarse conmigo? No sabía qué me daba más miedo. Aún tenía la sensación de que la Stasi no me quitaba los ojos de encima. Era probable que hubiesen leído tanto mi carta como la suya, y que se estuvieran divirtiendo de lo lindo a nuestra costa.

Esperaba que Thomas hubiese encontrado al menos un par de palabras de comprensión y me ofreciera algo de ayuda, por mucho que, cuatro años después de nuestras noches de amor, llegara algo tarde.

Me quedé de piedra al comprobar que la carta no era de él, sino de su mujer.

En ella, me pedía con insistencia que no volviera a ponerme en contacto con su marido y que criara yo sola a mi «bastarda», porque su marido ya había pagado por mis servicios amorosos y ella no pensaba permitir que una «puta rusa» intentara aprovecharse de él de esa manera.

Conmocionada, me derrumbé en el sofá que había comprado con mi primer sueldo como dependienta titulada. Tú jugabas a mi lado con bloques de construcción y no te enteraste de cómo hervía de ira tu madre.

Bastarda, puta rusa... ¿Qué demonios le había contado Thomas? ¿Y cómo se le ocurría a esa mujer escribirme después de tanto tiempo?

Probablemente solo existía una explicación: debía de haber encontrado alguna de las dos cartas que Thomas, por lo visto, había guardado durante todo ese tiempo. Entonces le había pedido explicaciones y él, para salvar el pellejo, había improvisado diciendo que se había acostado con una prostituta.

El hecho de que hasta ese momento él no hubiera dado señales de vida ya resultaba muy elocuente. Nunca había tenido la intención de volver a verme ni de ayudarme. Fueran cuales fuesen los motivos por los que no había destruido esas cartas, era evidente que había sido tan cobarde como para cargarme a mí con toda la responsabilidad cuando le pidieron explicaciones, y así desatar sobre mí la ira de su mujer, de la que jamás me había comentado nada.

Al principio estuve tentada de cantarle las cuarenta a la señora, pero me pareció mejor no ponerme en contacto con ella. Mi vida, aunque fuera muy diferente a como yo la había soñado, volvía a estar encarrilada. Los vecinos del edificio eran amables y a veces me ayudaban cuando no llegaba a fin de mes. Y sobre todo eran muy cariñosos contigo. En cuanto me presentaba en algún sitio contigo de la mano, las ancianas sacaban cuadernos de dibujo y chocolate, a veces incluso de Occidente, lo cual a mí no me hacía mucha gracia por culpa de Thomas y de su estúpida mujer, pero siempre lo aceptaba con gratitud. Así pues, pese a las deficiencias arquitectónicas de mi piso y aunque la nueva solicitud de vivienda que había entregado seguía sin respuesta, no había ningún motivo para poner en peligro todo eso escribiéndole al enemigo de clase.

Furiosa, rompí la carta y tiré los pedazos de papel al fuego. Me juré que jamás volvería a liarme con nadie.

Pasaron dos años de relativa calma. Trabajaba, rechazaba las proposiciones de los hombres y me concentraba por entero en ti. Habías crecido mucho y empezaste a dibujar. Todo lo que yo te contaba, de un modo u otro, lo plasmabas sobre el papel. Empecé a preguntarme si no habrías heredado de tu padre esa pasión por el dibujo.

Tal vez no habría tenido que volver a pensar en Thomas, quién sabe. Un día, cuando salía del Konsum con un par de plátanos que había podido apartar para nosotras en la bolsa de la compra, me encontré con un hombre esperando en la esquina. Me resultó extraño, con su abrigo largo..., y daba la sensación de estar esperándome a mí. ¿Otro camarada de la Stasi? ¿Querían, después de haberme dejado tranquila una temporada, proponerme otro trabajo? ¿Qué ocurriría si volvía a negarme? ¿Me meterían en la cárcel? ¿Se llevarían a mi hija, me prohibirían trabajar?

Agaché la cabeza e intenté hacer como si no lo hubiese visto.

—Silvia.

Me quedé helada. Conocía esa voz. Aunque hacía muchos años que no la oía, supe de quién era. Y justo entonces me di cuenta de que volvía a haber feria de muestras. Ya no me preocupaba mucho por eso, de vez en cuando alguien dejaba caer algún comentario al respecto, pero, en general, en mi Konsum nunca me enteraba de cuándo había feria o cuándo no.

Y repente tenía a Thomas delante.

Al principio no me lo podía creer. ¿Me había desmayado quizá tras el mostrador y estaba soñando? Lo fulminé con la mirada.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a verte.

—¿Cómo..., cómo has sabido dónde...? —No conseguí terminar la pregunta.

—He movido mis contactos. Tu amiga me ha contado que todavía estabas en la ciudad y que te había visto aquí.

—¿Mi amiga?

Desde mi encontronazo con la Stasi y mi embarazo, ya no tenía amigas. Ni

siquiera tenía unos padres que me apoyasen.

—La chica con la que vivías.

No sabía que mi antigua compañera de piso se acordara aún de mí. ¿O es que había empezado a hacer de espía para la Stasi? ¿Trabajaba en la feria de muestras y él la había reconocido?

—Quisiera explicarte...

—¿Explicarme el qué? —lo atacó. Mi sorpresa ante su aparición se transformó en ira—. ¿Por qué no has dicho nada en seis años? ¿Por qué le contaste a tu mujer que te habías acostado con una puta rusa en Leipzig y que le habías pagado bien?

Me di cuenta de que se quedaba blanco.

—¿Qué...? Pero...

—Tu mujer me escribió diciendo que era mejor que criara sola a mi bastarda. Bien, pues eso es lo que he hecho, y no tengo ninguna razón para seguir hablando contigo.

—Pero, Silvia...

Alargó una mano para sostenerme del brazo y yo me zafé de él.

—No tengo nada que hablar contigo.

Apretó los labios. La expresión de su rostro se endureció. Estaba segura de que daría media vuelta, furioso, y desaparecería. Pero se quedó allí plantado.

—Lo siento mucho —dijo entonces—. Yo... no quería que encontrara la carta, pero lo hizo. No dije que fueras prostituta, eso se lo inventó. No sabía que te había escrito.

—Bueno, pues me escribió. Y ¿sabes? ¡Me alegro! Así por lo menos no he tenido que aguantar más disgustos como los que sufrí después de que nos conociéramos.

Toda la ira acumulada me presionaba en ese instante en el pecho. Temía estallar en cualquier momento si no la dejaba salir, pero conseguí contenerme. Si me hubiese puesto a explicar a gritos en plena calle lo que había vivido con la Stasi, sin duda me habrían llevado directa a Bautzen.

—Ven conmigo —dijo él entonces—. Ven conmigo al Oeste. Me encargaré de que la niña y tú podáis salir. No puedo dejarte aquí.

Esa perspectiva sonaba muy tentadora, pero... él seguía casado. Y tampoco había forma de salir de la RDA. Era evidente que no lo había pensado a fondo.

—Me parece que no hay más remedio —repliqué, y de repente me dio igual quién nos estuviera oyendo. Mi voz se volvió estridente, crispada—. ¡No hay forma de salir de aquí! Ni siquiera tú conseguirías sacarme.

—Silvia —dijo de nuevo, y su voz sonó tan suave que me costó trabajo no ablandarme—. ¿No podemos ir a algún sitio a hablar?

Miré la hora en mi reloj de pulsera. Faltaba poco para que cerrase la guardería, tenía que ir a recogerte.

—No tengo tiempo —dije—. Tengo que ir a buscar a mi hija.

De repente me sentí agotada. Me dolían los pies de haber pasado tantas horas tras

el mostrador de la tienda, y tenía hambre.

—Vuelve a casa, Thomas —dije en voz baja, y sentí una profunda decepción en mi interior. No por él; estaba mucho más decepcionada conmigo misma por no poder reunir el valor suficiente para creerlo—. Has sido muy amable por venir, pero no puedes ayudarme. Te deseo lo mejor.

Dicho eso, me monté en la bicicleta y empecé a pedalear sin volver la vista atrás ni una sola vez.

Los días siguientes, sin embargo, deseé que Thomas apareciera e intentara convencerme de nuevo de que podía hacer algo por mí. Estuve siguiendo las noticias de la feria de muestras, veía incluso *Aktuelle Kamera* en mi televisor en blanco y negro con la esperanza de que apareciera en algún rincón, detrás de Honecker y las demás momias del Partido, aunque solo fuera un segundo. Pero no lo vi.

La última noche de feria, tú estabas sentada a la mesa de la cocina, aplicada en un dibujo de un molino de viento. ¿Lo tienes aún? No sé cuánto te dejaron conservar de tu vida anterior, pero quizá guardes al menos el recuerdo.

Quise quitarte el dibujo, pero tú, por algún motivo, insististe en llevártelo a la cama. Como estaba cansada y todavía esperaba ver alguna noticia de la feria de muestras, te dejé.

Hacía ya un buen rato que estabas dormida cuando llamaron a la puerta.

Me quedé de piedra. ¿Sería Thomas? ¿De verdad lo volvía a intentar?

Si era él, esta vez no podría resistirme.

El corazón me palpitaba de agitación cuando fui a la puerta. Ni siquiera después de tres timbrazos parecía tener intención de marcharse. Solo faltaba que gritara mi nombre y acabara despertando a todos los vecinos del edificio.

Me alisé el pelo y la falda, después quité la cadena y abrí. Intenté poner cara de reproche, aunque en realidad era alegría lo que sentía.

Pero no era Thomas.

Se me heló el rostro. No conocía a esos hombres, pero de manera instintiva supe quiénes eran antes de que uno de ellos anunciara con una voz dura y gélida:

—Ministerio para la Seguridad del Estado. ¿Tiene la bondad de acompañarnos?

No me dieron ninguna explicación, pero sabía que tampoco podía esperarla. Me llevaron con ellos y pensé, equivocadamente, que me soltarían. ¡Al fin y al cabo, no había cometido ningún delito!

Por eso me obligué a mantener la calma, porque sabía que todo aquello no haría más que empeorar si me resistía. De haber sabido lo que me esperaba, habría intentado arrancarles los ojos.

Me llevaron al mismo edificio en el que ya había estado años atrás, cuando recibí su oferta. Incluso el hombre que apareció al cabo de un rato era el mismo que en aquella otra ocasión, solo que esta vez no parecía ni amable ni adulator.

Me echaron encima todas las acusaciones imaginables: espionaje, hermanamiento con el enemigo de clase, traición a la patria. Me quedé sin aire cuando me presentaron las «pruebas». Eran las cartas, mis dos cartas a Thomas y la respuesta de su mujer. No había olvidado lo que decían esas palabras, pero volver a ver esa caligrafía fue una conmoción para mí.

—Hace tres días la vieron reencontrarse con ese hombre y hablar con él sobre una fuga de la RDA.

Lo miré sin salir de mi asombro. ¿Cómo se habían enterado?

Comprendí que ni siquiera mi traslado y el cambio de profesión me habían apartado del foco de la Stasi. Había sido una ingenua al creer que ya no me tenían bajo vigilancia. Probablemente, también Thomas estaba vigilado. La intervención de mi antigua «amiga» me pareció entonces muy sospechosa y me enfadé por no haber sospechado algo antes.

—Señora Thalheim —dijo el hombre con una expresión adusta para acabar—. Debería haber cooperado hace años. Y, sobre todo, debería haber pensado mejor eso de relacionarse con el enemigo de clase. Ahora ya no puedo hacer nada por usted ni por su hija.

Ese encuentro con Thomas acabó conmigo. A pesar de que sin duda él había tenido buena intención, con ello me había traído la ruina de forma definitiva. Eso fue lo que pensé en aquel momento, en todo caso. Sin embargo, después comprendí que la culpa no era de Thomas, sino del Estado. Un Estado que no quería resignarse a que una de sus hijas no estuviera dispuesta a espiar por él.

La época que siguió a todo aquello fue un infierno. Me interrogaron una y otra vez, me metieron en celdas oscuras, me mantuvieron despierta y una vez incluso me dejaron desnuda. Me humillaron, me torturaron con agua helada, me amenazaron. Tenían una baza muy buena para presionarme: tú.

En aquel entonces aún creía que volvería a verte algún día. No sospechaba que hacía tiempo que te habían desarraigado y te habían buscado otra familia. No supe nada de eso hasta que Occidente compró mi libertad, y para entonces ya era demasiado tarde. Desaparecí al otro lado del Telón de Acero y ni siquiera sabía cómo te llamabas.

Pero no quiero malgastar el poco tiempo que me queda con el rencor. Prefiero pensar en tu padre, que, aunque no lo consiguió, sí tuvo buenas intenciones; y en ti, en la felicidad que supusiste para mí durante casi siete años, antes de que me enviaran al infierno.

Hay algo que deberías saber. Me partieron el corazón cuando no me permitieron despertarte y despedirme de ti.

Pasado el infierno, intenté localizarte, pero la Stasi trabajaba de una forma muy meticulosa. Mi abogado no hacía más que chocar contra diferentes muros.

Y cuando el muro más terrible de todos cayó, al principio seguí sin tener ninguna posibilidad de dar contigo. A eso se le añadía también el miedo a lo que pudiera

encontrar. Temía que ya no te acordaras de tu madre.

La desesperanza hizo mella en mí y tardé mucho tiempo en encontrar fuerzas para solicitar mi expediente de la Stasi.

Intenté construirme una nueva vida, pero lo conseguí solo a medias. Encontré trabajo en una editorial, pero mis enfermedades me impidieron llegar muy lejos. A pesar de todo, hice amigos que aún hoy siguen estando a mi lado. Verás, hubo también momentos alegres, pero mi encarcelamiento y el que me separaran de ti habían dejado en mi alma una sombra que, a día de hoy, no me ha soltado aún. Nunca me abandonará. Todas mis relaciones quedaban ensombrecidas por ello y al final se rompían, seguramente por la desconfianza que había desarrollado hacia los demás y de la que aún hoy no he podido librarme.

Ya casi se ha terminado la cinta, así que el resto del tiempo lo aprovecharé para decirte que te quiero por encima de todo, y que siempre te querré.

Espero que me perdones y que no me olvides.

Apagué la grabadora. La noche ya se había deslizado hasta la ventana del hotel. Las gotas de lluvia del cristal brillaban cada vez que un coche las iluminaba con sus faros al pasar. En realidad tendría que haber algo de claridad todavía, pero las nubes se habían tragado toda la luz.

Una infinidad de palabras resonaban en mis oídos. Era inimaginable todo lo que le había ocurrido a mi madre.

Ella no había hecho nada más que enamorarse de un alemán occidental.

Me quedé un rato más sentada en la oscuridad. Lo que acababa de oír se mezclaba con recuerdos, equívocos, sentimientos y cosas que había oído.

No se trataba solo de su historia, sino también de la mía.

Así que rebobiné la cinta y volví a escucharla desde el principio.

—En breve llegaremos a Binz, donde tienen conexión con el regional exprés a Sassnitz. Les damos las gracias por viajar con los Ferrocarriles Alemanes y esperamos que hayan tenido un buen viaje.

El vello de la nuca se me erizó un poco cuando el hombre repitió el anuncio en un inglés macarrónico, pero unos instantes después ya había terminado. El tren aminoró la marcha hasta que se detuvo en la estación.

Por fin, de vuelta en casa. A pesar de que solo había estado fuera dos días, me daba la sensación de que había pasado un año entero.

Durante el trayecto había intentado poner en orden mis pensamientos. Me habría gustado volver a escuchar toda la historia, pero no tenía auriculares y no quería que los demás pasajeros escucharan aquellas palabras que no iban dirigidas a ellos.

¿Qué debía hacer ahora? ¿Seguir igual que hasta entonces, o hablarles a mis padres adoptivos de esa visita? ¿Se sentirían heridos porque había ido a ver a mi madre? ¿Me sentiría herida yo si descubría que estaban al corriente de todo y me lo habían ocultado a sabiendas?

Tenía que hablar con Christian sin falta.

Encontré mi viejo Volvo en el aparcamiento, entre dos vehículos nuevos y relucientes. El techo de mi coche estaba cubierto de hojas y flores de tilo. Dejé la bolsa en el asiento de atrás, subí y, mientras me abrochaba el cinturón, aspiré el conocido aroma de la tapicería.

Me invadió un extraño sentimiento de calma. Por fin sentía una certeza: mi madre no me había abandonado. Eso era más valioso que ninguna otra cosa.

Puse el motor en marcha y arranqué en dirección a mi casa. El coche de Christian seguía allí, también tenía algunas hojas de tilo por encima.

La casa parecía tranquila. La contemplé un momento y recordé que el primer día que pasé allí había pensado que aquel lugar me liberaría del peso de los últimos años. Sin embargo, me había equivocado. Uno nunca quedaba libre del todo, pero el peso se hacía más ligero si conocías la verdad.

Me apeé con una sonrisa en los labios, saqué mi bolsa y fui hacia la puerta.

Le pondría a Christian la cinta con la historia, porque tenía que saber quién era yo.

Nada más llegar a la puerta, aquel gato que aún no sabía de dónde salía asomó la cabeza por la esquina. Esta vez no lo espanté, sino que lo llamé incluso.

—Gatito, gatito...

Aunque no sirvió de nada, porque de todas formas se alejó corriendo. Qué animal más huraño. Tal vez debería dejarle algo de comida. Leonie se pondría contenta si nos quedábamos con él, podría llevarlo al veterinario y hacer que lo vacunaran.

Antes de meter la llave en la cerradura, Christian abrió la puerta y salió. Tenía un

semblante serio.

Yo dejé la mano suspendida a la altura de la cerradura y me lo quedé mirando.

¿Había sucedido algo? ¿Con Leonie, quizá?

Esa idea me recorrió todo el cuerpo abrasándome a su paso.

—¿Qué ocurre? —pregunté, ya con miedo.

A Christian le temblaban los labios.

—¿Le ha pasado algo a Leonie? —Casi grité esas palabras, pero él negó con la cabeza.

—Han llamado del centro de cuidados paliativos —dijo entonces—. La señora Thalheim..., tu madre, ha muerto esta mañana.

Me quedé allí de pie, paralizada. ¡No podía ser! ¡Era imposible! Pero si acababa de hablar con ella...

Claro que la había visto débil, pero estaba convencida de que aún le quedaban algunas semanas más.

Christian me abrazó. Dejé caer la mano, se me resbaló la llave.

—Lo siento mucho.

No pude decir nada. En mi cabeza seguían resonando aún las palabras que había oído en la cinta. Después de escucharla varias veces, me había dado cuenta de que su voz, hacia el final, se volvía más débil, que cada vez tenía que hacer más pausas. Me pregunté entonces cuánto tiempo habría tardado en grabar la historia, ya que sin duda no había sido en una única sesión.

Qué extraño que no se me hubiese ocurrido antes.

Christian logró hacerme entrar hasta el salón. Leonie vino corriendo hacia mí, y yo reaccioné de forma mecánica, aunque seguía paralizada.

Silvia había muerto. Solo había conseguido aguantar hasta verme a mí. O, mejor dicho: apenas dos días más, y ya no la habría encontrado con vida. Solo me habría quedado la grabación, pero no habría podido hablar con ella.

—¡Mami, mira, el tío Christian me ha dibujado una ballena azul enorme en la escayola! —exclamó Leonie, entusiasmada.

Me obligué a dejar de lado mis pensamientos y a sonreír.

Mi hija, a la que ya no podría presentarle a su abuela biológica, me había puesto el brazo delante de las narices. La ballena tenía una sonrisa simpática y echaba un chorro de agua hacia lo alto. A su alrededor danzaban varias olas como las de un viejo tatuaje marinero.

—Vaya, es muy bonita —dije, e intenté contener las lágrimas, aunque no lo conseguí.

—¿Por qué estás llorando, mami? —preguntó Leonie.

La abracé con fuerza.

—Porque estoy muy contenta de volver a estar en casa con vosotros.

Y eso no era mentira.

Ya no sabía cuánto tiempo llevábamos sentados juntos en el sofá, contemplando cómo caía el ocaso sobre el jardín.

—La enfermera me ha dicho que pidió que esparcieran sus cenizas en un cementerio natural —dije al cabo de un rato.

Después de cenar había llamado al centro de cuidados paliativos, donde me comunicaron todos los detalles. La enfermera de la noche había pasado a ver a mi madre una última vez, y por la mañana la habían encontrado plácidamente dormida.

—La estaba esperando a usted —me dijo para terminar—. Ha sido muy bonito que viniera a verla.

Me pregunté si le habría contado su historia al personal del centro.

—¿Quieres ir? —me preguntó Christian, y me acarició el hombro.

—No lo sé.

—¿Y tus padres? ¿Quieres contárselo?

Durante el viaje había pensado mucho acerca de mis padres adoptivos. ¿Debía decírselo? ¿Debía hacerles preguntas? Tomar una decisión al respecto me resultaba difícilísimo, pero en esos momentos, mientras estaba allí sentada en silencio, sentía que algo de todo ello había cristalizado.

Para mí siempre se había tratado de una cuestión de sinceridad, de confianza. Siempre había esperado que me dijeran la verdad. A menudo no había sido así, pero sabía que en ese punto necesitaba certeza. Los llamaría a primera hora de la mañana. Empezaría con cuidado, estando atenta a su reacción, y luego les haría las preguntas para las que quería una respuesta. Y sabía que los perdonaría si alguna vez me habían ocultado algo. Eran mi familia, por mucho que hubiese sido la Stasi quien nos convirtió en lo que éramos.

Por fin me levanté y fui a la habitación de Leonie. Estaba dormida en su cama sin saber nada de los últimos acontecimientos. Y así estaba bien, aunque me entristecía.

Era una lástima que jamás fuese a conocer a su abuela biológica, pero tal vez tampoco sería necesario. Sus abuelos vivían en Hamburgo, y daba lo mismo cuál había sido su postura frente al sistema en el pasado; eran personas decentes.

Yo, de todos modos, me alegraba de haber podido ver a mi madre una última vez. Y de haberle concedido algo de paz interior.

Después de estar un rato mirando a mi hija desde el marco de la puerta, regresé junto a Christian.

La vida me estaba esperando.

A la mañana siguiente bajé a la playa. Había vuelto a cortar unas cuantas rosas y cambié el ramo de encima de la roca. Los paseantes me miraron mientras lo hacía. Era probable que se preguntasen lo mismo que me había preguntado yo hacía tan solo unas semanas.

Cuando regresé, tanto Leonie como Christian seguían durmiendo. Mis padres ya

se habrían despertado, así que subí con el móvil al despacho, donde nadie me interrumpiría.

Me senté frente a la ventana y marqué el número. Las nubes se desplazaban por encima del agua, un velero navegaba a lo lejos.

—Hansen, diga —contestó mi madre.

A esas horas mi padre ya debía de estar de camino al trabajo, y me parecía mejor comentar primero con ella mi intención de preguntarles. A mi padre era más fácil romperle el corazón que a la mujer fuerte que era mi madre.

—Hola, ¿mamá? —pregunté por el auricular, y sentí un dilema en mi interior. También Silvia había sido mi madre.

—¿Qué me cuentas, cielo? —me preguntó, tan despreocupada que me lo hacía más difícil—. ¿Va todo bien con Leonie?

—Sí, está de maravilla. Es que... —Me detuve. Aún podía evitar la conversación pasando a temas cotidianos, pero no era eso lo que quería—. Hace unos días recibí una carta.

—¿De quién?

—De Silvia Thalheim. Mi madre biológica.

Silencio. Mi madre se había quedado sin habla, pero ¿qué había esperado yo?

—¿De dónde ha sacado tu dirección? —preguntó cuando se repuso un poco de la sorpresa inicial.

—No lo sé. Consultó su expediente de la Stasi y descubrió que me habían adoptado. La carta la envió a Bremen, pero me la han reenviado desde allí.

Mi madre soltó un hondo y largo suspiro. Era evidente que no se trataba de la conversación que había esperado.

—Por favor, explícame todo lo que sepas de entonces. Ya sé que desde que soy mayor no he vuelto a preguntar por ello, pero... Tengo que saber lo que sabéis vosotros. Si no, toda la vida me preguntaré...

—Si también fuimos responsables. —Mi madre sonaba herida. No había sido esa mi intención—. El caso es que... En aquella época, hacía mucho que habíamos presentado una solicitud de adopción. Yo enseguida descubrí que no podía tener hijos, pero siempre habíamos querido ser padres, así que lo intentamos de esa forma. Por entonces tu padre participaba de forma activa en el Partido, lo consideraban un camarada de confianza.

—¿La Stasi había buscado su colaboración? —no pude evitar preguntar. Como director de turnos de los astilleros, seguro que les resultaba una persona de interés.

—No, que yo sepa. Intentábamos mantenernos al margen de esas cosas. Pero, aun así, a alguien debió de caerle bien. Nos comunicaron que podríamos adoptar a una criatura. También nos dijeron que sería la hija de una fugitiva de la República y que recibíamos la gran responsabilidad de criarla para hacer de ella una buena ciudadana socialista. Como te he dicho, tu padre era un hombre sin tacha y yo, como trabajadora de la administración del distrito, también era considerada persona de confianza.

Rellenamos una montaña de formularios y soportamos el sermón de un funcionario. No tengo ni idea de si era de la Stasi o no, nadie nos enseñó ninguna identificación. Nos impusieron que no habláramos abiertamente contigo sobre tu madre biológica hasta que fueras mayor y también nos advirtieron que te mantuviésemos alejada de influencias perjudiciales. Accedimos a todo ello de buena gana, aunque sabíamos que no compartíamos la postura del Estado. En algún momento nos dejaron ir a buscarte, y debo decir que me enamoré de ti nada más verte. Eras tan guapa, con tu melena pelirroja y tus pecas. En aquella época hablabas con un ligero acento sajón; es una pena que lo hayas perdido con el tiempo.

—Y luego me convertí en una mocosa insoportable —repliqué, y ahogué un sollozo, algo aliviada, aunque aún me quedaban dudas.

—Recordabas muy bien a tu madre, así que ¿cómo ibas a reaccionar? Llegaste a una familia con la que no querías estar, era comprensible que quisieras volver con tu madre biológica. Por eso te rebelaste.

Al verlo en retrospectiva, me maravillaba la ecuanimidad con la que habían soportado mis padres mi mal comportamiento. Cuando hacía alguna maldad, me reprendían, pero no recibía más represalias. Mientras otros niños se quedaban castigados sin salir de casa, a mí nunca me hicieron eso. En algún momento entré en razón y comprendí que aquellas personas no me querían ningún mal, y que tampoco habían sido ellos los que me habían apartado del lado de mi madre.

—¿Alguna vez os preguntasteis si me vigilaban? —quise saber, porque una vigilancia me parecía lógica después de adoptar a la hija de una supuesta fugitiva de la República.

—Desde luego. Nos vigilaban a todos, de eso éramos conscientes. Pero también creíamos estar haciendo lo correcto en todos los aspectos.

—Me dejabais ver la televisión occidental.

—A nuestros ojos eso no era nada malo. Además, tenías que poder seguirles el ritmo a los demás niños del colegio. Los funcionarios que se preocupaban de que la gente joven no entrara en contacto con los medios de comunicación occidentales nos parecían cortos de miras, porque una educación completa consiste también en conocer todas las perspectivas. Pero, claro, en eso debíamos ir con cuidado.

Recordé entonces cómo eran mis padres cuando yo aún era joven. Sí, habían creído en el socialismo, y tal vez creyeran aún que algo parecido podía funcionar. Pero era cierto, jamás me habían aislado de nada, salvo de algunos detalles de mi propia historia, y porque les habían obligado a hacerlo.

—¿Annabel? —dijo entonces mi madre con inseguridad—. ¿Puedo preguntarte qué te dice en esa carta? Tu madre...

Había sido sincera conmigo, así que también yo debía serlo con ella.

—Me ha escrito que no huyó. Que la encarcelaron porque tuvo problemas con la Stasi. La obligaron a firmar los documentos de la adopción.

—¡Dios mío! —exclamó mi madre. La conocía lo suficiente para saber que su horror era auténtico—. No sabíamos nada de eso. ¿Crees que es verdad?

—Podré comprobarlo en el expediente de la Stasi. Ya he entregado la solicitud correspondiente, pero pueden tardar mucho en autorizarme a consultarlo.

Pensé que al oír eso era cuando a mi madre podía entrarle miedo, porque, si habían estado implicados, su nombre aparecería también en el expediente. Esperé nerviosa a oír su reacción. Noté que el corazón me latía en la garganta y que el estómago se me encogía más aún.

—Sí, está bien que lo hagas. Verás, nosotros estuvimos mucho tiempo sopesando si hacerlo también, pero decidimos que no. ¿Qué se saca de saber que el vecino te estuvo espiando? ¿Que se redactaban informes sobre tu vida? En nuestro caso, los colaboradores informales debieron de morir de aburrimiento.

Tras esas palabras, las dos estuvimos un rato en silencio. Mientras oía la respiración de mi madre y ella la mía, comprendí lo pérfidos que habían sido los métodos de la Stasi. No me habían dejado en manos de una pareja de la propia organización, sino de unos camaradas supuestamente leales, para que así yo cayera para siempre en el olvido. Era la mejor forma de castigar a mi madre por haberse negado a colaborar con ellos.

—¿Mamá? —pregunté, rompiendo el silencio.

—¿Sí, cielo?

—Muchas gracias. Por hablar conmigo de esto.

Mi madre suspiró.

—No, gracias a ti. No te imaginas el peso que me has quitado del alma. Jamás tuve el valor para hablarte de ello, igual que tu padre. De algún modo, siempre esperé que fueses tú quien preguntara, pero, como no lo hacías, pensé que lo habías olvidado.

Por lo visto, también la gente de la Stasi pensó que olvidaría. Sin embargo, eso no sucedería jamás. Igual que tampoco olvidaría lo que mis padres adoptivos habían hecho por mí.

—He cargado con todas estas preguntas como si fueran una piedra enorme, pero ahora ya puedo mirar hacia delante.

—Entonces, ahora las dos nos encontramos mejor, ¿no?

Me di cuenta de que estaba sonriendo.

—Sí, así es. Sobre todo porque Silvia, mi madre, murió ayer, ¿sabes? Poco después de que estuviera con ella.

También habría podido hablarle entonces de la cinta, pero preferí dejarlo para otro momento.

—Lo siento mucho —me dijo con sinceridad, y se quedó un rato callada.

Ahora era mi madre la que tenía algo que asimilar, así que solo pregunté:

—¿Podrías quedarte con Leonie la semana que viene? Tenemos la subasta del motor, y yo he de ocuparme también de otra cosa.

—Por supuesto, cariño, me alegrará mucho tenerla aquí. —Mi madre parecía aliviada de haber regresado a la normalidad.

También yo lo estaba.

Desde que había ido a visitar a mi madre, cada vez que veía un hospital me invadía una sensación desagradable. De nuevo la experimentaba en esos momentos. Veía su cuerpo demacrado en la cama y notaba el olor a desinfectante en la nariz, aunque en el centro de cuidados paliativos se habían esforzado muchísimo por evitarlo en la medida de lo posible.

Sin embargo, la visita de ese día era tan indispensable como lo había sido el viaje para verla. Quedaba todavía una cosa que debía aclarar sin más dilación, aunque para ello fuese necesario que me tragara mi orgullo y me embarcase en algo que me provocaba una terrible inseguridad.

Leonie estaba con sus abuelos, que se habían alegrado muchísimo de tener con ellos a mi princesita. Ella les había enseñado con orgullo su escayola decorada, y yo sabía que podía confiar en que cuidarían bien de la niña mientras yo clarificaba el último punto oscuro de mi vida.

En realidad seguía sin confiar para nada en Jan, a pesar de su interés por el brazo roto de Leonie y la muñeca que al final sí le había enviado. Pero tal vez una conversación con él me ayudaría a avanzar.

Sí, había ido a verlo a él en lugar de acompañar a Christian a la subasta.

Respiré hondo y entonces crucé la puerta de la Clínica Paracelsus de Bremen. Llevaba en la mano un ramo de flores. Después de enterarme por su secretaria de que ya lo habían operado y que tenía que someterse a quimioterapia, decidí hacerle una visita. Sin Leonie. Mi hija podría haberme acompañado, porque su fractura se estaba curando bien, pero quería estar a solas con Jan. Quería que se concentrara solo en mí. Porque, si no hablaba conmigo, si yo no podía ser completamente sincera ante él, lo de la custodia compartida no iba a funcionar.

En el mostrador de recepción encontré a una joven con una blusa floreada y una amable sonrisa.

—Querría ver al señor Wegner, por favor —dije.

La recepcionista me informó de dónde se encontraba. Poco después subía en el ascensor a medicina interna, donde encontré la habitación más deprisa de lo que en realidad me habría gustado. Sin embargo, antes de que pudiera cambiar de opinión, la puerta se abrió y de allí salió una enfermera con una bandeja llena de medicamentos.

—¿A quién busca? —preguntó con diligencia.

—Al señor Wegner —contesté. Habría sido una tontería decir cualquier otra cosa; a fin de cuentas, estaba allí porque yo misma lo había decidido.

—¡Ah, pues se alegrará! —Se volvió y exclamó con simpatía—: ¡Señor Wegner, tiene visita!

Jan estaba sentado en la cama con ropa cómoda de color azul. Lo vi pálido, había adelgazado un poco. No era de extrañar, después de todo lo que había sufrido. En la mano llevaba una vía sujeta con esparadrapo, y por encima de él colgaba un gotero

con un líquido transparente.

Se le abrieron los ojos con sorpresa al verme. Seguro que lo último que esperaba era que esa visita fuera yo.

—¿Annabel?

Cerré la puerta al entrar, pero por alguna razón todavía no podía acercarme a él.

—Sí, soy yo.

—¿Has venido a verme?

—Quiero hablar contigo. —Entonces sí que me acerqué a la cama y le di las flores—. Toma, son para ti. Espero que te recuperes.

—Gracias. —En su voz casi se oía cierto deje de timidez.

Permanecimos largo rato en silencio. No sabía por dónde empezar. No estaba bien discutir con un enfermo, la verdad, pero ¿conseguiríamos hablar como dos personas civilizadas cuando se trataba de Leonie? ¿De todo lo que quería Jan y de lo que hasta el momento no había hecho?

—Acércate una silla y siéntate —me dijo después de mirarme un rato.

Arrastré hasta los pies de la cama una de las que había junto a la ventana.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Bueno, según se mire. La operación ha ido bien, pero tengo que someterme a más tratamientos. Para empezar, seguramente ya puedo irme despidiendo de mi pelo.

En otra época tal vez le habría hecho el comentario jocoso de que entonces se parecería a Vin Diesel, pero sentí que no era momento para esa clase de bromas.

—Aun así, el pronóstico pinta bien —siguió explicando—. Si supero esto, tengo muchas probabilidades de llegar a los cien años.

—Me alegro —repuse, y luego se hizo un silencio.

Sentía el nerviosismo de Jan, y tampoco yo podía decir que estuviera tranquila. Uno nunca olvidaba del todo las viejas heridas.

—No quieres compartir conmigo la custodia, ¿verdad? —dijo decepcionado, mirando a la cama—. Bueno, no te lo puedo reprochar, después de lo de tu nuevo novio.

—En realidad he venido para hablar contigo de cómo quieres que organicemos la custodia compartida —expliqué.

Jan me miró con incredulidad.

—¿De verdad quieres...?

—Sí, pero me gustaría saber cómo vas a organizarte. Leonie debería tener una vida lo más estable posible, a pesar de nuestra ruptura.

—A mí también me parece muy importante —repuso Jan—, aunque hace un año fui demasiado imbécil para darme cuenta.

¿Podía confiar en él? Por lo menos debía intentarlo, si iba a darle una oportunidad.

—Tendrás que cambiar de vida. No quiero que Leonie esté mucho tiempo alejada de su entorno. Se ha amoldado muy bien a la nueva casa, y para ella no sería bueno

tener que estar viajando continuamente entre Binz y Bremen.

—Y que tú te traslades está del todo descartado, ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

—Ahora Binz es mi hogar, y además soy muy feliz con Christian. Mi nueva relación también le ha hecho mucho bien a Leonie.

—Entonces, te sería fácil sustituirme por él.

—No se trata de sustituir a nadie, Jan. Se trata de que él está ahí. De que él también se preocupa por mí. Tú siempre serás el padre de Leonie, pero para ser su padre tienes que hacer algo más que pasarnos dinero, enviar muñecas y llamar por teléfono. Tienes que demostrar que de verdad quieres ocuparte de ella.

Lo estuvo pensando un rato, luego cambió de postura hacia un lado. Al hacerlo, se le demudó el rostro de dolor.

—En cuanto a lo de los viajes: estos últimos días he tenido mucho tiempo para pensar —dijo—. Cuando estuve en Binz, pasé por delante de una casa que está en venta. Tiene dos plantas y es bastante céntrica. He sopesado la idea de comprarla.

—¿Quieres venir a vivir a Binz?

Eso sí que no podía imaginármelo. Jan necesitaba el resplandor de la gran ciudad; al final, ni siquiera Bremen le había parecido lo bastante grande. Hamburgo era lo mínimo, cuando no París, o Nueva York. ¿Y de pronto quería vivir en aquella bonita localidad vacacional?

Volví a pensar entonces en lo que me había dicho Christian sentado a la mesa. Que tal vez Jan quería volver conmigo. Pero eso no iba a pasar.

—No, no voy a vivir en Binz. No de forma fija, al menos. Pero tal vez tu nuevo novio y tú queráis iros de vacaciones algún día, o disfrutar de un fin de semana libre. O tengáis que salir de viaje por negocios. En esas ocasiones yo podría estar allí, y Leonie no se alejaría de su nuevo hogar.

—¿Harías eso? ¿Sacrificarías tu tiempo libre por nosotros?

—En mi empresa cuento con buenos colaboradores, y también puedo trabajar desde casa sin ningún problema.

—¿Y tu novia?

—Tendrá que asumir que me he convertido en otra persona. Si no, tampoco hará nada a mi lado.

Lo miré, poniéndolo a prueba. ¿De verdad la enfermedad le había cambiado tanto? Me permití dudar, pero a veces también se encontraba uno con sorpresas buenas.

—Está bien —dije—. Si te ciñes a ese plan, lo haremos así. No necesitamos que ningún tribunal lo ratifique. Puedes ver a tu hija siempre que quieras, y si de verdad te decides a comprar esa casa para ocuparte de ella, a mí me parece bien.

Me tendió una mano. Busqué en su mirada algo que confirmara el pequeño rescoldo de duda que me quedaba aún, pero no encontré nada.

Una hora después, cuando salía del hospital, se habían reunido nubes de lluvia. ¿Sería buena o mala señal? Justo cuando me dirigía hacia el aparcamiento me sonó el móvil. Pensé en Christian, que estaba en Dinamarca. ¿Ya había terminado la subasta? Miré el reloj. Las cinco menos cuarto. No nos habían dado una hora exacta, pero era posible que a esas alturas la decisión estuviese tomada.

Saqué el móvil y contesté.

—¡Lo tenemos! —oí que exclamaba Christian con entusiasmo—. ¡Tenemos el motor!

Respiré con alivio y sonreí de oreja a oreja.

—¡Bien hecho! Ahora asegúrate de volver a casa lo antes posible. Esto hay que celebrarlo.

Colgué y fui a mi coche. En cuanto llegara a Hamburgo, lo primero que haría sería brindar con mis padres y con Leonie por el *Rosa del Viento*.

EPÍLOGO

TRES MESES DESPUÉS

El corazón me cerraba la garganta de puro nerviosismo. Miré hacia el mar, sobre el que se levantaba una preciosa mañana de octubre, y supe que el barco ya estaba de camino. Al cabo de unas horas, el *Rosa del Viento* llegaría a Sassnitz y allí encontraría su nuevo hogar.

Los últimos meses no siempre habían sido fáciles. Los costes habían variado muchísimo, a veces parecían elevarse y luego, por alguna feliz casualidad, volvían a bajar un poco.

Por el motor nuevo, en todo caso, habíamos pagado hasta el último céntimo. Según mi padre, demasiado, pero el caso era que lo habíamos conseguido, y con él, el barco volvió a tener un corazón fuerte.

Esas últimas semanas, yo le había hecho muchísima publicidad a la embarcación, y el capitán del puerto me había permitido organizar una pequeña fiesta para unos cien invitados más los paseantes que se interesasen por el barco.

La selección de invitados la había realizado con muchísimo cuidado. Entre ellos había políticos, personas de la vida pública y directores de hoteles a los que quería convencer para que en sus establecimientos ofrecieran trayectos y publicidad del *Rosa del Viento*. Ya había llegado a algunos acuerdos en ese sentido, incluso con unos empresarios de Hamburgo con los que me había puesto en contacto mi padre.

Me había resultado difícil invitar a Joachim Hartmann. Su hotel era sin duda una buena oportunidad para publicitarme, pero seguía sin olvidar que hombres como él habían sido los culpables del sufrimiento de Silvia Thalheim. Por ese motivo no me presenté en su fiesta de verano; oficialmente, desde luego, había sido a causa del brazo roto de Leonie.

El empujón decisivo había llegado por parte de Christian.

—Invítalo sin problema, tiene muchos contactos y podría serte beneficioso. No se trata de nuestros sentimientos personales, se trata de nuestro barco y nuestro negocio. Hartmann puede reparar con el *Rosa del Viento* todo lo que no hizo bien.

La idea de que un antiguo colaborador informal de la Stasi diera su apoyo a un barco cuyos pasajeros conocerían la historia de los fugitivos de la RDA me sedujo.

—Entonces, ¿quieres darle la oportunidad de expiar sus errores? —pregunté mientras le daba vueltas a la tarjeta de invitación en la mano.

—Jamás podrá enmendar la muerte de mi madre, pero creo que a mis padres les habría alegrado, sobre todo a mi padre, que nos ayude. ¿Ya le has explicado que el barco llevó a fugitivos al Oeste?

—No, todavía no. Por eso me muero de ganas de ver qué cara pone cuando se entere.

—Motivo de más para invitarlo, entonces.

No pude argumentar nada en contra de eso, así que envié la invitación, que Hartmann aceptó de inmediato. Quizá porque quería exhibirse en público, pero a mí me parecía bien.

Aparté esos pensamientos, volví a entrar en casa y en ese momento recordé a Silvia.

Un mes después de haber ido a verla, acudí a la oficina de Protección a la Infancia de Leipzig para que me leyeran mi expediente del hogar infantil. Desde luego, había vuelto a suponer un gran esfuerzo organizarlo todo, pero, gracias a Christian y a mi madre, había logrado encontrar el tiempo.

La funcionaria fue muy amable y me llevó a un despacho luminoso en el que empezó a leerme los folios en voz alta. Casi todo eran anotaciones sobrias, pero entre ellas se encontraba también el apunte de que mi madre había sido encarcelada, supuestamente porque tenía pensado fugarse de la República. Sobre las condiciones de su encarcelamiento no aparecía nada, pero la amable funcionaria me leyó varios informes sobre mis dificultades para adaptarme al grupo y cómo, aun así, iba progresando.

Después llegó la adopción por parte de los Hansen. Cuando leyó la declaración de renuncia que, según me había contado mi madre, le habían obligado a firmar, me eché a llorar.

—¿Prefiere volver otro día? —me preguntó la funcionaria, pero dije que no.

Después de recuperarme un poco, le pedí que siguiera. Aun así, ya solo había anotaciones sobre mi evolución. Con su firma en los documentos de la adopción, mi madre había desaparecido de mi vida. Cualquier otra cosa que quisiera saber sobre ella estaría en los expedientes de la Stasi, pero todavía pasaría bastante tiempo hasta que me permitieran verlos.

De nuevo me invadió el arrepentimiento; me arrepentía de haber seguido creyendo lo que me habían contado incluso después de la reunificación del país. Me arrepentía de no haber movido cielo y tierra antes para buscarla, y también lamentaba muchísimo el hecho de que seguramente jamás llegaría a saber quién era mi verdadero padre. ¿Qué me diría si me viera? ¿Viviría aún? Era más que probable que nunca llegara a saberlo.

Podría haberme enfadado con mi madre por habérmelo ocultado, pero el rencor no llevaba a ninguna parte. Prefería pensar en cómo me había abrazado y me había sonreído con sus últimas fuerzas. Mejor tarde que nunca, decía una voz en mi interior. Al menos la había encontrado, y eso significaba mucho.

En agosto fui al lugar en el que habían esparcido sus cenizas. Silvia había dejado instrucciones muy precisas al respecto. Tres buenos amigos habían llevado a cabo la ceremonia. Existía un testamento, pero después de conocer su diagnóstico y aceptarlo, había regalado todo cuanto poseía. Yo conservaba la grabadora de casete, y a veces, cuando estaba sola y quería oír su voz, me ponía la cinta.

Dentro de casa me esperaba Leonie, que ya se había puesto su vestido nuevo. Ese

agosto había cumplido seis años, y había entrado en el grupo de preescolar. Solo le faltaba un año para ir al colegio... El tiempo pasaba volando.

Jan había demostrado tomarse en serio su promesa y se pasaba a vernos cada dos fines de semana. Lo de comprar la casa aún no lo había conseguido, pero se alojaba en un hotel y pasaba mucho tiempo con Leonie. También nuestra relación fue mejorando poco a poco. Esa temporada en el hospital había hecho cambiar un poco a mi exmarido.

Para el viaje inaugural del *Rosa del Viento*, sin embargo, no pudo venir a causa de un compromiso laboral. Aun así, se lo perdoné porque nos envió a Christian y a mí un ramo de flores enorme.

—Mamá, ¿cuándo va a llegar nuestro barco? —preguntó Leonie emocionada.

A esas alturas, su brazo roto ya no era más que un recuerdo lejano, pero había conseguido que no volviera a escaparse nunca más de la guardería.

—Debería arribar a Sassnitz a las doce —contesté.

Mi hija soltó una risilla. La primera vez que me oyó utilizar la palabra «arribar», me había preguntado si el barco subiría hasta arriba de la colina como si fuese un coche. Yo le expliqué que se decía así cuando un barco llegaba a puerto, pero de todas formas le entraba la risa cada vez que lo oía.

—Pero tú aún tienes que ponerte un vestido —me dijo entonces—. Seguro que el tío Christian va en el barco, ¿verdad?

—Sí, va a bordo. Y con él vienen también el abuelo, el capitán Palatin y la nueva tripulación del barco.

Sorprendentemente, enseguida habíamos encontrado a personas dispuestas a trabajar para nosotros, y eso a pesar de que no podíamos pagar grandes sueldos.

Mi padre, por supuesto, no había querido perderse la primera travesía del *Rosa del Viento*. Christian también estaba entusiasmado a más no poder, y a mí se me ocurrió la idea de invitar a Georg Palatin y a su mujer al viaje inaugural.

Me habría encantado ir a bordo con ellos, pero tenía muchas cosas que organizar. Ya disfrutaría de otra travesía, una que cruzara todo el puerto de Sassnitz y saliera un poco por mar abierto.

Le arreglé el pelo a Leonie, que no quería seguir llevándolo suelto, sino con muchas horquillas de colores, y luego me puse un elegante vestido de tubo de color azul que había descubierto en una boutique de Stralsund.

Cuando estuvimos listas, salimos de casa.

—¡Gatito! —exclamó Leonie, pero no echó a correr. Solo señaló al gato, que se había puesto cómodo al lado de nuestro coche.

El animal se sobresaltó, alarmado, pero entonces nos reconoció y se relajó un poco. Todavía no era tan dócil como para dejarse acariciar. Aun así, aceptaba la comida que le dejábamos, por lo que yo era optimista y no perdía la esperanza de que algún día nos permitiera levantarlo en brazos y llevarlo al veterinario.

Leonie y yo subimos al coche y nos dirigimos a Sassnitz.

Cuando llegamos al puerto, ya se habían reunido algunas personas en el amarradero. Todavía era muy pronto, pero probablemente querían asegurarse los mejores sitios. Había organizado una recepción con bufé para dar la bienvenida al *Rosa del Viento*, y la empresa de *catering* lo estaba montando todo. Después de charlar un poco con los presentes, rebusqué con nerviosismo en mi bolso y saqué el discurso que quería pronunciar. Eso me tenía nerviosísima. Realizar una presentación ante mis clientes no me suponía ningún problema, pero nunca había pronunciado un discurso tan largo. Repasé una vez más todos los puntos y no encontré nada que sonara exagerado.

Poco después empezaron a llegar los primeros invitados. Yo les iba dando la bienvenida si podía, y también charlaba un poco con algunas personas que habían venido porque habían visto la noticia en el periódico.

Hartmann no estaba por ninguna parte. ¿Habría decidido no venir al final?

No creía que fuera eso, sin duda querría hacer una gran aparición.

Los minutos iban estirándose como un chicle. Consulté el reloj. Las doce menos cuarto. Se acabaron los saludos personales, tendría que retomarlos más adelante. Ocupé mi lugar en el muelle junto a Leonie y miré hacia el mar.

El *Rosa del Viento* apareció exactamente a las 12.01 por la bocana del puerto. La multitud reunida tras de mí enmudeció de pronto.

Mientras sostenía a mi hija de la mano, contemplé fascinada cómo el barco, impulsado por su nuevo motor, surcaba las aguas azul grisáceo del Báltico y se iba haciendo cada vez mayor. El azul del casco era tan vivo como el color del agua, las estructuras superiores blancas relucían al sol. La cabina de pasajeros tenía ventanas nuevas que destellaban con los reflejos. Durante los trabajos de restauración se habían retirado los restos innecesarios de los aparejos de pesca, de modo que ahora el *Rosa del Viento* tenía todo el aspecto de una embarcación de pasajeros.

Lo único que me daba un poco de lástima era que en los foros de internet nadie había contestado a mis anuncios de búsqueda. Tal vez Palatin quisiera contarme por fin la historia de Lea, para así poder añadirla a todas las demás que conocía del barco.

A pesar de ello, sentía un gran orgullo en mi interior. Lo habíamos logrado. ¡El *Rosa del Viento* volvía a navegar! Y a bordo, a excepción de Leonie, llevaba a todas las personas que yo amaba y valoraba. ¿Qué más podía desear?

Al fin, se oyó su fuerte sirena. Entre los presentes estalló un aplauso mientras el capitán atracaba la embarcación con seguridad. Por la pasarela bajaron entonces sus pasajeros: mis padres, Christian y, por último, Georg Palatin y su mujer. Todos ellos se reunieron en los puestos de honor que les habíamos preparado.

Miré a Christian, que me ofreció una sonrisa maravillosa y asintió con la cabeza para animarme. Ya esperaba con impaciencia nuestra celebración privada de esa noche, pero antes tenía que cumplir con mi misión. Dejé a Leonie de la mano de Christian, me acerqué al púlpito y encendí el micrófono. Contemplé entonces por

primera vez a todo el público. ¡Cuánta gente! Por lo visto, el barco seguía causando sensación incluso entre los más jóvenes. Respiré hondo y empecé mi discurso.

—Damas y caballeros, me alegra mucho darles la bienvenida a la celebración de la travesía inaugural del *Rosa del Viento*. Este barco no solo será una nueva perla del puerto de Sassnitz, también tiene una convulsa historia a sus espaldas. Construido como pesquero, tuvo luego la misión de dragar minas hasta el año 1959, cuando Georg Palatin lo compró y lo transformó en una embarcación de recreo. Me alegro mucho de que el señor Palatin haya podido estar hoy entre los presentes.

Hice una pausa cuando empezaron los aplausos y miré al capitán, que apretaba la mano de su mujer, algo intimidado. Aunque seguía sin gustarle la fama, sí me había permitido mencionar su nombre en el discurso.

—Georg Palatin se enamoró en aquel entonces de su mujer, que todavía hoy sigue a su lado, y así dio comienzo un nuevo y aventurero capítulo de la vida de este barco. Para poder casarse con ella, el señor Palatin corrió el riesgo de ayudar a su esposa y a otras tres personas a huir de la RDA.

Mis ojos buscaron a Hartmann y lo encontraron cerca de la barra. Su rostro parecía de piedra. Eso está bien, me dije. Aquí tienes tu oportunidad.

—Hasta el año 1988, Georg Palatin salió en numerosas ocasiones para rescatar a fugitivos del agua o recogerlos de barcas poco seguras. Una vez, el *Rosa del Viento* se vio incluso bajo fuego enemigo. El riesgo personal que corrió el capitán fue enorme.

De nuevo estallaron los aplausos. Le dirigí un gesto de la cabeza a Palatin, que tenía las mejillas sonrojadas. Aunque no lo quisiera, se había merecido un reconocimiento.

—Georg Palatin se convirtió con ello en una parte fundamental de la historia de este barco. Sin embargo, tras la reunificación de Alemania tuvo que vender el *Rosa del Viento*. Durante mucho tiempo, el barco no tuvo ningún uso, y entonces Christian Merten y yo misma lo descubrimos aquí, en este puerto. Nos enamoramos enseguida del pesquero y decidimos devolverle su antiguo esplendor. En esos momentos no conocíamos todo el pasado que tenía el barco, pero un día descubrí a bordo una carta que nos dio el empujón decisivo. Era de una mujer llamada Lea, y en ella describía parte de su huida. Nos decidimos a buscarla, pero hasta ahora no hemos logrado encontrarla. Aun así, le damos las gracias. A pesar de que no conocemos su verdadera historia y tampoco sabemos si tuvo un final trágico, fue ella quien nos puso sobre la pista correcta.

»Ahora nos toca a nosotros seguir adelante con la historia del barco, y eso es lo que me gustaría celebrar hoy aquí con ustedes. ¡Muchas gracias!

De nuevo se oyeron aplausos. En realidad, yo solo estaba aliviada por haber acabado ya el discurso y que hubiera salido bien. Me acerqué a Christian y lo besé, luego saludé también a mis padres con un beso.

—Lo has hecho muy bien, hija mía —me dijo mi padre, y me abrazó con fuerza.

—No, tus compañeros y tú sois quienes lo habéis hecho bien. ¡Mira qué maravilla! Y cuánta gente quiere verlo...

En los minutos siguientes hubo dos momentos de gran aglomeración. Uno para la excursión por el puerto, que ese día aún era gratis, y otro en el bufé. Christian y yo no hacíamos más que saludar a los invitados. Nos separamos un instante, y entonces Hartmann se acercó a mí.

—Felicidades, señora Hansen, el barco se ha convertido en toda una sensación.

—¡Muchas gracias, es muy amable por su parte! Luego tiene que subir para dar una vuelta por el puerto.

—Gracias, seguro que lo hago. Y mantengo lo que le dije: estaré encantado de apoyarla, si hay algo que pueda hacer.

En ese momento, Christian se unió a nosotros y yo me sentí algo incómoda, aunque ya sabíamos que no podríamos evitar eternamente ese encuentro con Hartmann.

—Christian, este es el señor Hartmann. Señor Hartmann, este es mi novio, Christian Merten —dije para presentarlos con la mayor objetividad posible.

Los dos hombres se miraron. ¿Se acordaría Hartmann de él? Seguro que no. Nunca se produjo un enfrentamiento entre Jonas Merten y él.

Christian le ofreció una mano y puso su cara de póquer.

—Me alegro de conocerle.

—Como ya le he dicho a su compañera sentimental, es un barco maravilloso. Y me gustaría apoyarlos, si puedo.

—Es una oferta muy amable —repuso Christian.

Sentí con claridad lo mucho que se estaba controlando, pero Hartmann no se dio cuenta de nada. Y, por suerte, ya nos estaban esperando los siguientes invitados que querían saludarnos.

—Señor Hartmann, me alegro de que haya venido. ¡Disfrute de la fiesta! —le dije, y me despedí con un gesto de la cabeza.

Entonces me llevé a Christian de allí.

—Lo has hecho muy bien —le susurré.

—¿El qué? Si no he hecho nada...

—¡Por eso!

Le di un beso y me sentí orgullosa de él.

Una mujer se acercó a nosotros. Tendría unos sesenta años, llevaba un vestido de verano de color claro con encajes, y un sombrero blanco que cubría su media melena rubia; se la habría podido confundir con la mujer de un anuncio publicitario.

—Señora Hansen, señor Merten —dijo, y nos tendió una mano—. Soy Lea. Lea Petrowski, Paulsen de soltera.

Me la quedé mirando como si me hubiera alcanzado un rayo.

Cualquiera habría podido afirmar que era Lea, pero en el discurso no había mencionado su apellido.

—¿De verdad? ¿Es usted...?

No se parecía al elfo delicado que me había imaginado. Era más bien una mujer que no se dejaba avasallar por la vida.

—Soy la que escribió la carta, sí. Y, por si quiere comprobarlo, iba dirigida al que entonces era mi novio, Bob, con quien quería reunirme al huir aquel día. Aunque luego todo salió de otra manera...

Christian y yo nos miramos. Él estaba tan incrédulo como yo.

—Pero ¿por qué no nos ha dicho nada hasta ahora?

—A veces tienes que estar preparado para contar una historia. Entro a menudo en foros donde antiguos refugiados de la RDA intercambian experiencias. Un conocido de uno de ellos creyó haberme reconocido en un anuncio. Cuando lo leí, supe que usted me buscaba a mí, pero tuve mis dudas. Sin embargo, al enterarme de que habían restaurado el *Rosa del Viento*, decidí que había llegado el momento oportuno. Así que, ¿todavía le interesa?

Media hora después, estábamos las dos sentadas en la cafetería a la que me había llevado Christian antes de que Leonie se escapara.

Todos los demás seguían de celebración junto al barco. Leonie estaba con Christian y con mis padres, el capitán Palatin daba la sensación de querer embarcarse de nuevo en grandes travesías. No tardaría en reunirme con ellos, pero, tal como había prometido, no quería hacer pública la historia de la mujer que había puesto en marcha todo aquello.

Pedí *latte macchiato* para las dos y dejé la carta sobre la mesa. Ella sonrió y la tocó con cuidado.

—No había vuelto a pensar en ella —dijo—, pero aún me acuerdo de las motivaciones que tuve para escribirla. Su anuncio me lo hizo revivir todo de nuevo. He hablado con mi marido, y él cree que puedo contarles sin miedo todo lo que ocurrió.

La camarera nos trajo los cafés y Lea empezó a contar su historia.

—Bob era estadounidense. En realidad se llamaba Nolan, pero como se parecía a Bob Dylan, yo lo llamaba Bob. Nos conocimos durante unas vacaciones de verano en el lago Balatón, y casi lo tomé por loco cuando me dijo que era de Estados Unidos, porque hablaba un alemán perfecto. Resultó que estudiaba en Hamburgo, en la universidad. Durante las vacaciones tuve tiempo suficiente para llegar a conocerlo mejor, y estaba segura de que no podía haber un hombre más fantástico que él. Al regresar, empezó a cuidarme y a enviarme cosas con las que yo, en la RDA, ni siquiera habría soñado.

Se detuvo un momento y sonrió.

—Ya puede imaginarse usted lo que habrían dicho mis padres sobre semejante «enemigo de clase». No solo era un occidental, sino de Estados Unidos, además, el gran mal, el mayor adversario de la Unión Soviética durante la Guerra Fría.

—Puedo imaginarlo muy bien —repuse, porque, aunque yo misma no había tenido que ir a muchas clases de ciudadanía, a posteriori sí había sabido mucho sobre

aquellas circunstancias.

—En pocas palabras: lo nuestro no podía ser. Cuando mi padre quiso obligarme a ir con la Juventud Libre Alemana a la Unión Soviética para participar en la construcción del oleoducto de Druzhba, comprendí que había llegado el momento de decidirme. ¿Sabe lo que era Druzhba?

Negué con la cabeza. Antes de que yo pudiera entrar en la Juventud Libre Alemana, la RDA ya era historia.

—El proyecto de Druzhba consistía en construir un oleoducto entre la RDA y la Unión Soviética, y muchos voluntarios de la Juventud Libre Alemana viajaron a la república socialista soviética de Ucrania para colaborar en él. Mi padre, que trabajaba en la refinería de petróleo de Schwedt, quiso obligarme a apuntarme como voluntaria para mejorar así mis posibilidades de conseguir una estancia de estudios en Moscú. Me habría pasado meses, tal vez años, desaparecida en ese oleoducto. Era lo último que deseaba. Y estudiar en Moscú era algo que solo emocionaba a una persona: mi padre.

»Cuando Bob vino la siguiente vez, le conté mis penas y decidimos que debía huir de la RDA. Él tenía un amigo que era surfista y se le ocurrió una idea genial: escaparía sobre una tabla de surf por el mar Báltico. Ese amigo suyo tenía otro amigo en Ahrenshoop que también quería salir del país. Así que una noche de niebla me escapé, llegué a Ahrenshoop y empecé a construir las tablas de surf con Manfred, como se llamaba el chico. Nos resultó bastante difícil, porque nos costaba mucho conseguir los materiales. Intentábamos hacernos con todas las revistas posibles que trataran el tema del surf, y la abuela de Manfred nos ayudó un poco trayéndonos de contrabando en la maleta, tras un viaje al Oeste, varios títulos que le había pedido su nieto. En esas revistas encontramos muchísimas ilustraciones y también alguna instrucción sobre cómo construir tu propia tabla.

»Un conocido de Manfred, además, tenía la suerte de poder sacar bajo mano materiales que nos eran útiles. En pocas palabras, nuestro proyecto iba tomando forma lentamente.

»Durante ese tiempo, sin embargo, ocurrió algo. Perdí mi corazón. Sucedió en el jardín de la abuela de Manfred, que era una anciana encantadora cuya casa recordaba a la casita de una bruja, con un jardín como los de los cuentos. Allí crecían toda clase de árboles frutales y arbustos, además de preciosas flores. Tal vez fuera la magia de las grosellas espinosas, pero el caso es que me enamoré de Manfred. Muy poco a poco. Al principio creí que solo era amistad, pero luego empecé a sospechar que se trataba de amor. Me encontraba en un dilema, pues también quería a Bob. ¿Por quién debía decidirme?

Bebió un sorbo de café y enseguida volvió a perderse en su pasado.

—Cuando llegó el día de la huida, Manfred estaba decidido a acompañarme. Puede que nuestras tablas de surf fueran algo improvisadas, pero aun así servirían. Partimos al anochecer con la esperanza de que los guardacostas no pudieran vernos, pero nuestro peor enemigo no era la Marina de la RDA, sino el mar mismo. El oleaje

nos separó y perdí de vista a Manfred. Desesperada, intenté esperarlo, pero el tiempo no mejoraba y yo sabía que con mi traje de buceo improvisado a base de retazos no aguantaría mucho más. Cuando ya casi me había quedado sin fuerzas, apareció un barco y me subieron a bordo. Era el *Rosa del Viento*. Me pareció un pesquero, pero luego me enteré de que se trataba de un barco para fugitivos. El barco recogió aquella noche a cuatro personas más del agua. Yo, sin embargo, solo podía pensar en Manfred. Ya no quería vivir sin él. Sí, estaba segura de que lo amaba. Pero ¿dónde estaba? ¿Lo habían descubierto los guardacostas? ¿Había dado media vuelta? ¿Me estaría buscando a mí, tal vez?

»Le expliqué al capitán lo que había ocurrido. Él me prometió que buscaría a Manfred siempre que no tuviera que entrar en aguas territoriales de la RDA. Muerta de miedo, empecé a buscarlo también con la mirada, pero no lo encontrábamos.

»Me invadió la desesperación. Por supuesto, en Hamburgo me estaba esperando Bob, pero ¿seguía queriendo irme con él? ¿No tenía mi doble juego la culpa de que hubiera perdido a Manfred?

»Le escribí una carta a Bob para despedirme. Esperaba que ese acto me devolviera a Manfred. Y, como si mi caligrafía hubiese contenido algún tipo de magia, al final lo encontramos. Estaba completamente agotado, flotando en el agua. Entre Palatin, su tripulación y los demás fugitivos lo subieron a bordo. Lloré de felicidad y, poco antes de irme con él al hospital, le entregué a Palatin la carta con la petición de que la destruyera. Sin embargo, por lo visto él la escondió en el barco.

—Para dejar una pista a quien viniera tras él.

—Puede ser. O tal vez solo buscó una forma de tapar un agujero a toda prisa. Quién sabe.

Lea, absorta en sus recuerdos, miró su taza, en cuyo fondo solo quedaba un resto de café. La mía estaba casi llena, y el café se me había quedado frío.

—El caso es que me alegro de que haya encontrado usted la carta. Aquella fue la época más bonita de mi vida.

—¿Y ese Bob? ¿Alguna vez volvió a verlo?

Lea asintió.

—Sí, después de la reunificación. Fui yo quien lo busqué, porque no tenía la conciencia tranquila después de haberlo abandonado de esa manera. Cuando al fin di con él, estaba casado y tenía cuatro hijos. Y por suerte ya no estaba enfadado conmigo.

La mujer sonrió para sí. Me di cuenta de que no quería hablar más de él.

—El caso es que tenía a Manfred a mi lado, y ninguna otra cosa contaba. Estaba felicísima de que hubiera sobrevivido. Nos fuimos a vivir a Uelzen, y luego a Amrum, donde aprendimos a surfear de verdad. No regresamos a Ahrenshoop hasta después de la reunificación. Ahora vivimos en la casita de su abuela, la del jardín encantado. ¿Tal vez le gustaría venir a vernos algún día?

—Me encantaría —repose, y le indiqué por señas a la camarera que nos trajera la cuenta—. Pero antes tenemos que dar una vuelta con el *Rosa del Viento*.

La mujer asintió, y poco después salíamos de la cafetería en dirección al puerto. Allí me estaban esperando Christian y Leonie.

—Bueno, ¿todos los secretos aclarados? —preguntó él, y me guiñó un ojo con picardía.

Miré a Lea, y ella asintió.

—Bueno, pues vamos, que el *Rosa del Viento* acaba de arribar de nuevo y está listo para dar otra vuelta.

Le di la mano a mi hija y juntas subimos a bordo. Cuando la fría brisa marina me sopló en la cara, cerré los ojos y supe que había comenzado una nueva vida. Desde luego, tardaría aún una temporada en asimilar todo lo que había pasado esos últimos meses, pero también había recibido la oportunidad de superarlo. Y de ofrecérselo más adelante a mi hija como legado.

Cuando el *Rosa del Viento* zarpó, me acurruqué contra Christian y abracé a Leonie con fuerza. Tenía todo lo que necesitaba.